

CUENTOS Y LEYENDAS



Resurrección
M^a de Azkue



egin

Biblioteca

© ORAIN S.A. - Edizio honetarako.

ISBN: 84 - 89077 - 22 - 3

L. G. SS 192 / 95

Bilduma eta azalaren diseinua: Borja Goitia

Presentación

Sin menospreciar sus facetas como escritor, como editor, como músico, la importancia de este inagotable estudioso, hijo de poeta Eusebio María Azkue, llamado Resurrección María de Azkue donde más brilla es en su labor como lingüista y más concretamente como euskerólogo. Su *Diccionario Vasco-Español-Francés* sigue siendo un material insustituible en opinión de todos los estudiosos del euskera, desde Mitxelena hasta Villasante. Igualmente su labor como fundador de Euskaltzaindia junto a Campión, Elizalde y Urkijo y sus orientaciones con respecto a la posible unificación del euskera son dignas del mayor de los elogios.

Si lo apuntado está fuera de toda duda, sus cuatro tomos de recopilaciones de cuentos populares, costumbres, creencias y dichos publicados bajo el nombre de *Euskal Errien Yakintza*, son una muestra de su paciente trabajo a lo largo y ancho de toda la geografía vasca, labor realizada entre 1935 y 1947. Así a sus méritos en lo que hace al desarrollo del euskera han de sumarse innegablemente los contraídos como etnólogo. Sus trabajos en este terreno hacen que sean fuente inexcusable de cara al conocimiento de las costumbres y la sabiduría populares de nuestro pueblo.

En el libro que ahora ve la luz en esta colección, el segundo de la recopilación ya mentada, se reúnen la friolera de doscientos cuarenta y un cuentos, cortos y largos. Tenemos la ocasión de encontrarnos en estas páginas a personajes tan célebres como Mateo Txistu y desplazarnos a lugares tan nuestros como el Txindoki, Roldán, Getaria o Gernika, acompañados de *lamiak*, *basajaunak* y otros seres mitológicos. Es tal la envergadura de la empresa del sacerdote lekeitiarra que lo difícil es señalar con quién no nos vamos a encontrar en este apabullante trabajo.

Magnífica ocasión se nos presenta con este libro para disfrutar y conocer las imaginativas leyendas que se han ido transmitiendo generación tras generación en diferentes lugares de nuestro país. El humor, la picardía y el ingenio populares al alcance de todos, llevados por la experta mano de Resurrección María de Azkue.

Iñaki URDANIBIA

CUENTOS Y LEYENDAS



CUENTOS Y LEYENDAS

PROLOGO

SUMARIO:

I. Su clasificación. — II. Comparación con los de otros pueblos. — III. Una comedia de Hans Sachs (héroe de la ópera wagneriana *Die Meistersinger von Nürnberg*), semejante a nuestro cuento «Zeruko berriak» (Noticias del Cielo). — IV. Su procedencia y nombres de los colaboradores. — V. Fórmulas populares y algunos otros curiosos datos.

I. Como puede leerse en el prólogo del primer tomo, han pasado ya cincuenta años desde que comencé a recoger estos cuentos y leyendas. Constan allí, en la página 10, los nombres de los lugares donde aprendí muchos de estos datos. Al concebir la idea de publicarlos, viendo que pasaban de doscientos, tuve por más propio darlos a conocer por grupos en vez de publicarlos uno tras otro. Ha confirmado esta idea algo que leí en el *Boletín de la Academia Española*. Vi entre sus hojas, en abril de hace dos años, un escrito largo y substancioso, titulado «La clasificación de los cuentos populares». Su autor es Aurelio M. Espinosa, profesor de la Universidad de Stanford, en California. He aquí lo más significativo de este escrito: «La clasificación de los cuentos populares constituye un problema muy discutido entre los folkloristas, y no se ha resuelto todavía de una manera definitiva.»

Lo que este ilustre folklorista nos dice de los cuentos en su hermoso y largo trabajo no cuadra a nuestros cuentos y cuentecitos, por lo menos en general. Son más fáciles los nuestros; de ellos, la mitad son chistosos, ingeniosos otros muchos, procedentes de alegre chaveta. Hay también entre ellos, aunque no demasiados, números que pueden figurar dignamente al lado de cuentos y leyendas de cualquier pueblo. Mencionemos unos cuantos: «El rostro del rey», «Piojo real», «Los carboneros en palacio», «El carbonero y la muerte», «El dragón», «Tres consejos», «Tres estudiantes», «La cardencha espía», «El león y los ferrones», «El lobo pastor», «Pedro Arraizpe»... y otros, no pocos.

Aun a pesar de haber leído que aún no se ha determinado la clasificación de los cuentos populares, quise yo agrupar nuestros cuentos y leyendas, dejando esa dificultad para los de otros pueblos. Los clasifiqué de dos maneras: primero, en tres grupos: cuentos humanos, so-

brehumanos y subhumanos; más tarde, en estos cinco: cuentos ingeniosos, morales, (propios) de varios pueblos, humorísticos y leyendas. Pero, por un lado, como es muy difícil acertar cuándo o cómo y de qué empieza un cuento a ser leyenda; por otro, como necesitaría años para saber uno por uno cuáles son los de otros pueblos; y, además, como los cuentos de muchas generaciones y siglos y pueblos, empezando por los más antiguos, han salido a luz sin hacer mención de su clasificación, he resuelto publicar esta mi colección de cuentos como todos los demás: los más largos, uno tras otro, y detrás de ellos, los restantes, los más cortitos.

II. Es muy natural que este segundo libro se haga a semejanza del primero, comparando los datos de otros antiguos pueblos con los datos de este nuestro, que es el más antiguo de Europa. Para eso, adquirí en Alemania, hace unos catorce años, una colección de cuentos distribuídos en doce tomos. Su nombre es *Die Märchen der Weltliteratur* (Los cuentos de la Literatura mundial). Dejando sin leer, por falta de tiempo, los cuentos de Madagascar e India y China y de otros varios pueblos lejanos; he examinado muchos cuentos del Cáucaso, los Balcanes y Norte de Europa. Y así como hallamos en algunas lenguas del Cáucaso unas cuantas palabras y modismos de esta nuestra vieja lengua, también entre los cuentos hay algunos que tienen cierta semejanza. Lo mismo sucede en los Balcanes y Norte de Europa. A unos del Cáucaso se parecen estos cuentos nuestros: «La hija y la hijastra» y *Die Stieftochter* (la hijastra) de allí en la página 113; nuestro «Los asociados» y *Der Träumer* (El soñador) de allí, en la página 17; nuestro «Amezketano y mardileño» y *Der Geschickte Dieb* (El hábil ladrón) de allí, en la 260.

Aquí no se hará otra cosa que citar. A continuación de cada cuento verás, lector, en qué se parecen nuestros cuentos y los de aquéllos. Son semejantes nuestro *Errege-zorria* (El piojo real) y *Der Teufel, der das Flohfell erkannte* (El diablo que conoció la piel de la pulga), de los Balcanes. También nuestro hermoso cuento *Iru burubide* (Tres consejos) y *Die drei guten Ratschläge* (Los tres buenos consejos), del Norte de Europa.

He aquí unos cuantos nuestros que tienen cierto parentesco con otros de varios pueblos antiguos: «El burro y cuatro astrónomos», «Atarrabio», «Tres verdades», «Tres haraganes», «Jesucristo y San Pedro», «Un nuevo Prefacio», «Apuro de San Martín» y «La edad del diablo».

III. He querido hacer una excepción con el cuento denominado «Noticias del cielo». Cuando de las mil y una canciones de mi *Cancionero popular vasco* extraje doscientos diez de los más selectos para ponerles acompañamiento de piano, al llegar a la canción *Etzite yin* observé una cosa rara: que el *leit motif* de Hans Sachs en *Los maestros cantores de Nuremberg*, de Wagner, y el que puse yo a mi cancioncita son casi lo mismo. Al ver esto añadí estas palabras tras la música:

Perdóneme Wagner el haber supuesto en la heroína de este poemita la misma devoción al juego de pelota como la que tenía el Príncipe de sus *Maestros Cantores*, Hans Sachs, al engolfarse en la lectura de la Biblia.

Cotéjese el tema musical de esta canción (Véase el acompañamiento en el número 8 del primer tomo del *Cancionero Selecto*)



con el de la célebre citada ópera:



Este Hans Sachs no nació en el cerebro de Wagner. Fue hijo de Nuremberg, zapatero y también poeta fecundo y famoso. Hace poco ha sido publicada una obrita suya en dos tomos denominada *Obras dramáticas escogidas de Hans Sachs*. Las veintinueve comedias que han salido a luz en estos libritos son para días de Carnaval. Son muy semejantes «El estudiante viajero en el Paraíso» y nuestro cuento «Noticias del Cielo». Al publicar este cuento podrá ver el lector por qué es creíble que esta hermosa comedia de Hans Sachs es madre o, por lo menos, ascendiente de ese nuestro cuento.

IV. Es cosa natural que se quiera saber el origen local de estos 232 cuentos y cuentecitos, y hasta el personal; es decir, el nombre del colaborador. Las bases de tal idea son estos dos viejos proverbios: el *suum cuique* de los latinos, y el «a cada uno, lo suyo», de los vascos (en bizkaino, *al que ha lo que ha*). Mencionemos, por tanto, los nombres de las villas y villorrios en que viven, o han vivido, estos cuentos. Las cifras denotan el número de orden de cada uno de ellos. Al pie de cada nombre de lugar verá el lector quienes han sido mis colaboradores. En vez de esos nombres, de vez en cuando aparece una X, para manifestar que no sé quién fue el colaborador de tal cuento.

V. Alguna otra cosa. A) El pueblo no da nombre a los cuentos, por lo menos a la mayor parte. En Bizkaya y Guipuzkoa mucho se oye «Pedro y María» como título del cuento. ¡Cuantos «Pedro y María» habremos oído y dicho en la niñez!

En este libro sólo dos figuran con ese nombre. Todos los demás no eran otra cosa que niñerías.

B) Entre los jovencitos que refieren cuentos tienen éstos un dicho, siempre el mismo, para empezar; y otro, también éste igual, para terminar. La fórmula inicial es ésta en Bizkaya: «*Una vez, en el mundo, como muchos otros, vivían N. y N.*»

En Mundaka, los niños (por lo menos cuando era niña mi madre) empezaban así sus cuentecitos. El mayorcito de entre ellos hacía a sus compañeros esta pregunta: «¿*Cuántos huevos habéis comido vos?*» Con esto quería dar a entender: ¿*Cuántos cuentos sabéis?* (Aun entonces se hablaba raras veces tuteando, por lo menos en las villas.)

En Guipuzkoa empiezan así: «*En cierta ocasión vivían N. y N.*»

En Zuberoa (Soule): «*Una vez había...*»

En la Baja Nabarra: «*En el mundo, como hay muchos, había un hombre...*»

En la Alta Nabarra: «*En cierta ocasión vivía un hombre...*»

Las fórmulas finales más oídas son éstas.

En Bizkaya: «*Si aquéllos vivieron bien, que nosotros vivamos mejor...*»

En Guipuzkoa (también en varios lugares de Bizkaya): «*si fue así o si no fue así, que se meta en la calabaza*».

En la región labortana de Ainhoa tienen dos. La una: «*¿Estos vivieron bien? Nosotros mejor.*»

La otra: «*Noticias posteriores yo no las sé.*»

Como puede adivinar el lector, estos dichos, sin duda por ser fórmulas risibles, no se usaban ni se usan entre personas mayores, no siendo alguna rarísima vez.

1.— ENTRE AEZKOANOS Y SALACENCOS (BN)

Una vez estaban unos salacencos riéndose en la mesa de una posada con cuentos y ocurrencias de aezkoanos, y uno de ellos refirió esto como cosa sucedida:

«A un sacristán aezkoano envió su cura mayor a Pamplona en cierta ocasión para que comprara y le trajera un nuevo y hermoso incensario. Al muchacho, antes de llegar a Pamplona se le olvidó este nombre de incensario. ¡Qué miedo el suyo! Porque no sabía cómo dar a entender a los tenderos lo que necesitaba. ¡Qué miedo!

El aezkoano se descalzó la abarca y, moviéndola colgada de correas de derecha a izquierda, dio a entender y halló lo que quería.»

Cuando los salacencos terminaron su hermosa risotada, un aezkoano les respondió:

—Dicen que también en Salazar ha habido hombres olvidadizos, y no como quiera.

—¡Olvidar! ¡Qué y a quién?

—Perdonad, señores; pero, según dicen las gentes, en un pueblo de Salazar trataron en pública junta de que en la iglesia habían de colocar una cosa grande, hermosa y buena. Enviaron a su alcalde a la fábrica en que hacían cosas como la que aquéllos querían, diciendo:

«Vos sois entre nosotros el más vivo, el más despierto y el que mejor habla.»

Al alcalde se le olvidó el nombre de aquella cosa grande, hermosa y buena; y cuando se cansó de andar de tienda en tienda, preguntó a un comerciante:

—¿Dónde se vende una cosa grande, de iglesia, con unas largas trompetas, que un hombre, moviendo sus manos acá y allá, hace sonar, oooooj oooooj?

Dicen que el alcalde manifestó lo que quería comprar, dando rugidos como los del burro: un órgano.

Añaden que los salacencos no pudieron reírse de este cuento.

2.— HIJA E HIJASTRA (B)

A un hombre, que era padre de una hija única y jovencita, dejóle viudo su mujer. No pudiendo gobernar bien la casa, en cuanto le llegó el día de quitarse el luto, tuvo el proyecto de casarse por segunda vez. Por segunda esposa tomó a la primera mujer que apareció en su presencia. Ella era bruja. Pronto tuvo de esta bruja otra hija. Antes que esta segunda, saliendo de la infancia, llegara a la juventud, murió su padre. De entonces en adelante quedó la bruja teniendo por compañía hija e hijastra. Tan grande como el amor que tenía a la hija era el odio y animadversión para con la hijastra. No podía sufrir con paciencia que la muchacha de sus entrañas fuese fea, feísima, mientras era hermosa, cada día más hermosa, la niña de la primera mujer. Una vez, en pleno invierno, envió a ésta vestida de traje de papel y descalza a recoger fresas, encargándole trajera un cesto de ellas. La pobre muchacha fue temblando de puro frío y encontró a tres hombres en una choza.

—¿Adónde vas, muchacha? —le preguntaron.

—La madre me ha enviado a por fresas.

—¡A por fresas! ¡Con el frío que hace y con el vestido que tienes! ¿Qué clase de madre es ésa?

—Es mi madrastra

—¡Ah, ya! Pues ahí mismo, bajo las leñas de detrás de la choza hallarás tales fresas, por lo menos para llenar un cesto.

Cuando llenó colmadamente de hermosas fresas el cestito, fue a los tres hombres a darles gracias. Estos, acogiéndola cariñosamente, le hicieron tres regalos.

El primero dijo:

—Ojalá te caiga un pedazo de oro por cada palabra que pronuncies.

El otro:

—Ojalá seas cada día más hermosa.

El tercero:

—Ojalá, al morir, te introduzcan los ángeles en el Cielo.

Al llegar a casa, cuando vio la madrastra que traía el cesto lleno de fresas y que ella venía aun más hermosa que antes y sembrando oro, le preguntó:

—¿Dónde has estado, muchacha?

—He estado en una choza del otro lado de esa pequeña cima.

—¿Has visto a alguien allí?

—A tres hombres. Ellos me han mostrado el lugar de las fresas.

Al oír esto, hizo la bruja que su hija se vistiera de hermosos gruesos vestidos, y haciendo que cogiera en su mano el mismo cesto, dijo a la hijastra:

—Tú, muchacha, acompaña a esta hasta la cima por donde se ve de lejitos esa choza. Ven después tú sola a casa.

Cuando llegó a la choza la hija de la bruja, viendo allí a los tres hombres, les dijo:

—También a mí me ha enviado la madre a por fresas.

—¡A por fresas! ¿No tenéis acaso bastante con un cesto?

No le mostraron ningún fresal. Tres regalos, sí, también a ésta le hicieron.

El uno:

—Ojalá te caiga un sapo por cada palabra que pronuncies.

El otro.

—Ojalá seas cada día más fea.

El tercero:

—Ojalá, al morir, te lleven al infierno Belcebú y sus compañeros.

Al llegar a casa, viendo la madre vacío el cesto, más fea la que lo traía y arrojando de la boca sapos, cobró para con la hijastra un odio aún mayor que antes. Al día siguiente, el río estaba helado de puro frío. Eso es lo que quería la bruja. Envió a la hijastra, haciéndole coger unas madejas de hilo en la mano, enviola al río a que las golpeará: descalza, como la víspera, y medio desnuda, ¡pobrecita! Cuando llegó junto al río, teniendo yertas las manos, y golpeando sin fuerzas las madejas, un caballero, viéndola tan hermosa y tan astrosamente vestida, movido de compasión, se fue a ella y le dijo:

—¿En qué te ocupas aquí, muchacha?

—La madre me ha enviado a lavar estas madejas de hilo.

—¡Con el frío que hace y con el vestido que tienes! ¿Qué clase de madre es ésa?

—Es mi madrastra.

—¡Ah, ya! Ven a mi casa. Mi madre te adoptará por hija para siempre.

El tal caballero era el rey, y llevó a la muchacha a que fuese su esposa. La madre del rey tenía a la nuera un amor como si fuera hija propia. Estando ésta para tener el primer niño, su madrastra, la bruja, al saber estas noticias, se fue allá mismo a vivir en compañía de su hija. No sabemos por qué medio consiguió la bruja meterse en palacio y ser partera de la joven reina. Mientras el rey y su madre estaban entre las flores del jardín tomando el sol con el recién nacido, la bruja, teniendo por compañía a su feísima hija, entró en el cuarto de la nueva y feliz madre. Quitando a ésta de la cama, metió en su lugar entre sábanas a su hedionda hija, la de los sapos.

Cuando el rey entró en el cuarto y vio a su esposa convertida en fea mujer, estuvo no sabiendo qué hacer. La bruja, poco antes, arrojó al río a la reina, su hijastra. Entonces empezó un pájaro a gorjear:

Chin Chaun pájaro,
pajarito silbante *
en el burro dijés de maiz,
en el tonel un adorno,
el caballero va loco,
lleva como a un moro.

Así conocieron dónde estaba la verdadera reina. Quemaron a la bruja en el horno y a su hedionda hija la ahogaron en el mar.

María Martina Maruri, de Murelaga.

* Así me dio la hija de Murelaga estos versitos. Es difícil penetrar su sentido. Puede leerse en mi *Cancionero Popular Vasco*, pág. 640, la canción *Txintxin txirikitin txoria, txoritxo txilibitaria*. Estas palabritas parecen tomadas de las del cuento.

3.— UN ALBOGUERO EN PARIS (B)

En el valle de Arratia había antiguamente más albugueros que ahora. ¿Será porque los hombres son ahora algo más débiles? A decir verdad, se necesitan buenos pulmones para tocar el albugue: fuertes, sanos, duros, casi infatigables. Los demás instrumentos que se tocan con los labios permiten al artista abrir la boca y tomar aliento. El albugue no. Los albugueros toman aliento por la nariz, teniendo siempre la boca como mordiendo el pico del albugue.

Hace como cuatrocientos años, vivía en Zeanuri el más famoso de los albugueros. En tres generaciones que siguieron a su muerte, se decía: «¡Pecho como el de aquél!» No ha llegado a nosotros su nombre. Estando en cierta ocasión en una taberna (a juicio de algunos pasó esto en un pueblecito alavés de Urrunaga), después de beber una cosa regular, decía el zeanuriano:

—¿Quién (tiene) pulmones como los míos? Yo pasaría la calle más larga de París a macho, de un extremo a otro, tocando albugue, sin abrir ni una vez la boca y sin interrupción, sin callarme.

—Por ver eso, también iría yo a ese París. ¿Y qué apostamos, Arrati?

—Si quieres, un macho rojizo, hermoso, apostará cada uno.

—Muy bien. Saldremos de aquí el lunes a la mañana para Vitoria y alguien nos dirá seguramente qué camino hay que tomar para París.

Llegaron por fin nuestros hombres a aquella hermosa ciudad de Francia. Preguntando, supieron cual era la calle más larga, y una mañana empezaron a andar los dos, juntamente con el sol, desde un extremo de aquella larguísima calle. ¡Empezando a la mañana seguía tocando al anochecer, sin interrupción, sin callarse ni abrir la boca! ¡Ya es tocar! El arriero, viendo que había de perder la apuesta, hizo que su macho tomase la delantera, cerró con una mano la abertura saliente del albugue y con la otra impidió que el pobre artista alentara, el cual, ahogado y ya cadáver, cayó de su macho.

Mientras tocaba el albuguero tuvo un pensamiento que alguien, no sabemos quién, lo dio a conocer en estos versos:

Por la mañana, en París; en París por la noche.
¡Qué largura la de las calles de París!
Si tuviera recorrida esta calle,
mío fuera el macho rojo que detrás viene.
¡Sudoroso, tocando el albugue,
en calle que tiene siete leguas de largo!
Si las siete las tuviera recorridas,
volvería Arrati a casa dueño del macho.

4.— LOS ASOCIADOS (B)

Un rico, habiéndose propuesto conocer el mundo, salió de casa, y, según iba andando, encontró a un hombre haciendo una enorme carga de leña. Para atarla agarró al roble más grande, lo sacó de raíz y lo retorció.

Viendo esto díjole el rico:

—Tienes que venir conmigo.
De allí a poco encontró a otro mirando arriba.
—¿En qué te ocupas? —le preguntó aquél.
—Hace una hora que he disparado un tiro: bajará dentro de otra hora.
—Ven también tú con nosotros.
Encontraron a un tercero que tenía sus oídos pegados a la tierra.
—¿Qué traes, muchacho? —preguntóle el rico.
—Yo, gracias a los oídos, sé noticias de todos los sucesos del mundo. Sin embargo, ignoro uno.

—¿Cuál es ése que ignoras?
—El ruido que al brotar hace el trigo.
—Debes (venir) con nosotros.
Encontraron a un cuarto teniendo cerrada con un dedo una de las fosas de su nariz.
—¿En qué te ocupas de esa manera? —le preguntó el más viejo.
—Con el viento de una fosa nasal muevo yo el mazo y los ejes de la herrería de ahí al lado. Si abriera las dos, esa fábrica, sacada de raíz, iría volando.

—Ven con nosotros también tú.
Al llegar a la ciudad del rey, empezaron a dar gritos de desafío.
—Si hay algún levantador de cargas como nosotros, véngase a medio camino.
Cuando este desafío llegó a oídos del rey, hizo que trajeran a la plaza de frente a su palacio al hombre más forzado de la ciudad. Allí estaban ya los cuatro asociados. Hizo (el rey) que llenaran por completo de oro y plata unos grandes sacos y los llevaran a la plaza. Un cortesano de su majestad les dijo a los cargadores:

—Podéis ya empezar (liter.: «Ahí sois, hombres»)
El forzado de la ciudad (pudo levantar) algún saco que otro, pero todos, ni siquiera moverlos. El asociado retorcedor, en cambio, echándose a la espalda, como si fuera de plumas, todo el conjunto, ganó todo el dinero.

Los cuatro volvían hacia casa llenos de dinero y de regocijo. El tercer asociado, el taimado, por lo que pudiera suceder, aplicó el oído a la tierra para saber lo que en el mundo ocurría.

—Muchachos: somos perdidos —les dijo a los compañeros.
—¿Pues qué?
—El rey trae hacia acá un número indecible de guerreros. Somos perdidos.
El segundo asociado, el de la escopeta, les dijo:
—No os asustéis, muchachos, no os asustéis. Quietos aquí mismo y veremos luego la capacidad de cada uno.

Pronto estuvieron delante de ellos los guerreros enviados por el rey. Según aparecían, así los mató el escopetero. Después tuvieron que viajar por mar. El rey envió para perseguirles buques llenos de combatientes marinos. El de los finos oídos les dijo:

—Compañeros: aquí tenemos a otros.
Entonces, el cuarto asociado, habiendo esperado a que aquéllos estuviesen delante, abrió sus dos fosas nasales y, dándoles viento por un lado y por otro, hundió al rey con todos sus guerreros y buques.

5.— UN ALCALDE EN EL PORTAL DEL CIELO (BN)

Jesús empezó una vez a reñir con San Pedro, diciéndole que se le ablandaba el corazón a cada lamento que oía y que por lo mismo dejaba entrar en el Cielo a quienes no debía dejar. San Pedro, afligido, andando arriba y abajo, dijo:

—Al primero que venga, he de apurarlo ciertamente.

Apareció un alcalde andaluz, pidiendo permiso para entrar en el Cielo, añadiendo que estaba limpio de conciencia y de estómago.

—Tengo que ver si estás limpio de estómago. Para eso tienes que tomar una purga del mundo.

El alcalde le ofreció dos mil pesetas por que le dejase entrar sin tal requisito.

—Aquí el dinero no vale nada.

—El gobernador de mi provincia recibe contento aun cien pesetas para hacer lo que yo quiero.

San Pedro dijo al Angel de la Guarda fuese al mundo en busca de una purga. Al instante se la trajo el Angel y al alcalde se la hicieron tomar. Este empezó en seguida a echar de la boca lo de dentro; primero, unas hierbas; luego, guijarros de carretera; por fin, árboles, pinos.

Al ver aquello le dijo San Pedro:

—Ese tu interior no está limpio para ir al Cielo. ¿Qué ha pasado en ti?

El Angel dijo:

—Siendo alcalde, tomaba las hierbas en arriendo, también carreteras y bosques: los vendía después y a nadie pagaba.

Entonces, San Pedro:

—No irás al Cielo hasta devolver esas cosas. Ya es tarde.

Mostróle al lado izquierdo un portal, diciendo:

—Vete de aquí; ahí tienes, en el infierno, otros alcaldes parecidos a ti.

Maximino Iziz, de Villanueva (en Aezkoa).

6.— TORRE DE ALOS (G)

Era éste el nombre de una famosa casa de los contornos de Deba. El de su dueño, Beltrán Pérez de Alós. Se casó él dos veces. Tuvo de su primera mujer una hija, hermosa, gallarda y buena, a quien daban por nombre Paloma de Alós. La segunda mujer dio dos hijas a Beltrán. A Usoa (la paloma) la trataba mal su madrastra.

Beltrán, por librar a su amada hija de aquellas aflicciones, se fijó en uno con quien se casara. Llegaron los días de boda y tuvo que dejar Beltrán su morada para ir a luchar contra los moros, y estuvo siete largos años sin volver a casa.

Cuando llegó a Alós, una noticia espantosa atravesó a Beltrán el corazón: que aquellos años, en que se ocupó él de matar moros, nació en Alós un niño ilegítimo, y que la madre de este niño era su esposa o tal vez su hija Usoa. Esta versión mentirosa la esparció la madrastra.

Tuvo Beltrán una ocurrencia para conocer la verdad pura: la de simularse muerto. Prontito se esparció en aquellos contornos la noticia de la muerte del caballero de la Torre de Alós. Mucha gente concurrió, entre parientes y amigos, a la vela mortuoria.

En aquella época había la costumbre de plañir no sólo en la conducción de cadáveres, sino aun durante la vela.

Cuando le llegó su vez a la primera hija de Beltrán, se levantó del suelo, se acercó al féretro y dando un beso en la frente a su amado padre, cantó con estas palabras su endecha:

Torre de Alós. sí; torre de Alós.
 ¡Cuán larga es la escalera de la torre de Alós!
 Cuando estaba yo en la torre de Alós hilando,
 el negro cuervo graznaba en las ventanas.

Cuervo Negro era el apodo del padre del muchacho ilegítimo, y aun él lo era, hijo de un primo de Beltrán.

Siguió aún Usoa entonando endechas, y las palabras de sus labios pusieron en evidencia que el niño mal nacido de Alós era de la señora de la casa. Esta se levantó entonces y, con una seña suya, también su vécemarido, el *Cuervo Negro*; y cuando entre ambos iban a matar a Usoa, salió del féretro Beltrán y en un instante quitó la vida a *Cuervo Negro*.

7.— CUANDO YO ESTABA EN ALDAZ-TORREA (B)

Una casa de Lekeitio, provista de escudo de armas, tenía por nombre Aldaztorre, y estaba muy cerca del pueblo, en la cima de una cuesta.

A poco de haber aprendido la hermosa leyenda *Alostorrea* (La torre de Alós), empecé yo en mi pueblo natal a buscar alguna otra leyenda de Aldaztorre (torre de la cuesta), pues titubeaba entre creer o no que las dos eran una misma cosa.

Algo me enseñaron dos mujeres. La mayor, que se llamaba Clara *Iñurri*,* sólo esta cosa:

aldaztorrean nenganean ira garu-e-tan,
 Eioi zaria etori-batan grauetan.

De la nuera de Clara, llamada Guillerma Akarregui, aprendí una hermosa leyenda, provista de música. El lector puede ver esta música en las páginas 932, 933 y 934 de mi *Cancionero popular vasco*. Aquí van solamente las palabras.

La nuera.—Estando yo hilando con mi rueca en Aldaztorre, me vino el negro cuervo graznando. «Cuervo viejo, ¿qué noticias traes?» «Dicen que se ha perdido la barca.» «Soy, pues, perdida. ¡Oh desdichada hija! Allí tenía yo veintiún primos y hermano, más necesario que ellos, mi padre. Más olvidadizo (*sic*) que ellos, el dueño.»

La suegra.—¿Qué dices, puerca desvergonzada? ¿Has mencionado el último al dueño? Si hubieras nombrado al dueño desde el principio, hubieras tenido parte en Aldaztorre.

La nuera.—Es mía el arca que está arriba llena de dinero hasta los bordes. Tenía yo

(1) *Hormiga*. No recuerdo su apellido.

medido con celemín el oro, a fanegas la plata. Mil ducados era mi tesoro secreto. ¡Qué dote para una buena hija! Aldaztorre tiene de latón las puertas, de plata sus platos y jarras. ¿Iré o me quedaré, madre mía?

La suegra.—Vete, vete, hija amada.

La nuera.—El niño pequeñín se agita en mi vientre (lit.: «me da coces»), ojalá el Señor del Cielo disponga sea varón.

La suegra.—Ya sea hijo, o ya hija, tendrá su parte en Aldaztorre.

8.— GRAN HOLGAZAN (B)

En una pequeña villa vivía un solterón, tan flojo como viejo. Muchos no sabían cuál era su nombre. Todos le llamaban *Alper Andi* (gran holgazán) y, por turnos, asumían el cuidado de alimentarle. Algunos, hartos ya de dar, creyendo que sería conveniente resolver en una reunión lo que había de hacerse con *Alper Andi*, consiguieron, a fuerza de insistir, que todos los hombres se reuniesen en la Casa de la Villa.

A muchos parecía bien que, como hasta entonces, por turnos, se le recibiese como comensal.

—¿Todo ello, qué es lo que se le da?

Sin embargo, uno de los más viejos les respondió que él, a pesar de ser mayor y más débil que *Alper Andi*, vivía sujeto al trabajo «y lo mejor sería que también ése, una de dos: o se dedicase a trabajar o, de lo contrario, fuese llevado vivo a la tierra (al cementerio)». Todos recibieron a carcajadas este parecer. *Alper Andi*, levantando ambos hombros, manifestó como que no le importaba.

—¿En qué día tendremos esa conducción?

—En tal día.

Cuando ese día llegó, metieron al hombre en un gran ataúd y le llevan. En el camino, según le llevaban, una ancianita les dijo:

—No he oído campanas. ¿A quién lleváis ahí? ¿Quién ha muerto?

—Llevamos a *Alper Andi*.

—Pues, mirad, yo... le hubiera dado una fanega de trigo. Al oír esto, sacó *Alper Andi* la cabeza y preguntó:

—¿Asado o sin asar?

—Sin asar.

—Entonces, adelante.

En aquel tiempo solían llevar a la iglesia los cadáveres, teniendo al derredor parientes y amigos, para celebrar allí la vela nocturna.

El cuerpo de *Alper Andi*, por no ser cadáver, dejaron sólo, en el ataúd, entre luces. Pasada la media noche, entraron allí mismo unos ladrones con propósito de repartir el dinero. Después de ocuparse en aquello, ensalzaron los excelentes robos de aquellos días, y uno de ellos decía:

—Al hombre, los bienes que tiene, sí; pero no se le puede quitar la vida, pues es cosa dada por Dios...

—¡No quitarle! Ahora mismo veréis cuán lindamente quitaré yo la nariz a ese que yace ahí, a pesar de ser cosa dada por Dios.

Cuando habiendo dicho esto se acercó al féretro, levántose de él *Alper Andi* y dijo con firmeza:

—Santos del Cielo y ánimas del Purgatorio: ayudadme.

Se asustaron los ladrones y se fueron. *Alper Andí*, según guardaba los dineros, decía en voz alta:

—A Fulano, le debo un ochote (moneda de ocho maravedises); a Zutano, un cuarto (moneda de cuatro)...

Los ladrones, como les dolía dejar allí tan gran tesoro, comparecieron de nuevo, y al oír (hablar de) ochotes y cuartos dijeron:

—¡Jesús! Aquí hay lo menos doscientos hombres —y echaron a correr.

En adelante, vivió a gusto *Alper Andí*, y, como hasta entonces, sin trabajar.

Francisco Urkiaga, de Murelaga.

Este cuento y el del seminarista Zatika son semejantes.

9.— LOS DOCE APOSTOLES (BN)

Un hombre, yendo a la fuente, cantando, por agua, volvió triste a la vuelta. Se le apareció la Virgen María y le hizo esta pregunta:

—¿Qué tienes tan triste?

—Se me ha presentado el demonio en la fuente y me ha dicho que si para mañana a estas horas no aprendo los doce apóstoles, se adueñará de mi alma.

—Estáte tranquilo: yo me presentaré a él.

Al día siguiente, estando junto a la fuente la Santísima Virgen, se le fue el demonio y le dijo:

—Amigo, di uno.

—Yo no soy tu amigo. Mi amigo es Dios. Tú no eres mi amigo. Mi amigo es Aquél, el Salvador mío y de todo el mundo, uno solo: nuestro Dios.

—Amigo mío, di dos.

—Tú no eres mi amigo. Mi amigo es Dios, Salvador mío y de todo el mundo: Aquél es mi amigo. Dos son dos los altares de Jerusalén; uno solo nuestro Dios: Salvador mío y de todo el mundo; Aquél es mi amigo; tú no eres mi amigo.

—Amigo, di tres.

—Yo no soy tu amigo... Tres son tres la Trinidad; dos son dos los altares de Jerusalén; uno solo nuestro Dios, Salvador mío y de todo el mundo. Aquél es mi amigo, tú no eres mi amigo.

.....
—Amigo, di doce...

—Yo no soy tu amigo... Doce, los Apóstoles; once son once las Vírgenes *; diez son diez los Mandamientos; nueve son nueve las Ordenes; ocho son ocho los cielos; siete son siete los gozos de la Virgen María; seis son seis los alumbradores del Cielo; cinco son cinco las llagas de Nuestro Señor Jesucristo; cuatro los Evangelistas; tres la Trinidad; dos los altares de Jerusalén; uno solo nuestro Dios, Salvador mío y de todo el mundo. Aquél es mi amigo; tú no eres mi amigo. Anda a lo profundo del infierno y revientate allí.

La persona de Valcarlos (Luzaide) Ana María Camino, que me enseñó el cuento, añadió: «Dicen

* Birginak, no Birjinak, sino como Birguinak.

que con referir esto, un diablo revienta en la profundidad del infierno.» Este cuento tiene el mismo fondo que el intitulado «San Martín en estutasuna» (El apuro de San Martín), de esta colección. Se diferencian, principalmente: 1º, en que los interlocutores de aquél son San Martín y el demonio; los de éste, como se ha visto, el demonio y en cierto modo la Virgen; 2º, en que aquél se canta, por lo menos en gran parte; de éste no me dieron noticia de que jamás se haya cantado.

10.— DOCE HOMBRES (B)

Iban en cierta ocasión de Arratia a Bilbao doce hombres cogiendo al hombro cada uno un saco de trigo. Al llegar al puente de Lemona pusieron en tierra sus sacos, diciendole que tenían que descansar. Al ver tantos sacos, ocurrióle a uno decir esto:

—Apostaría a que llevamos más sacos que el número de hombres.

Unos dijeron que no, otros que sí.

—Lo veréis: uno, dos, tres..., once, doce sacos. Uno, dos, tres..., diez, once hombres.

No se incluyó a sí mismo entre los hombres. También empezaron algunos otros a contar y les sucedió lo mismo: no se incluyeron a sí mismos y resultaron hombres uno menos que sacos. Según unánime parecer, echaron al arroyo el saco número doce.

Cuando tomaron reposo suficiente, cada cual echó a la espalda su saco con ánimo de ir adelante. Uno se quedó sin el suyo,

—¡Qué hazaña la que hemos hecho! —dijo él— Hemos echado mi saco.

—Pues baja a buscarlo.

—Está demasiado alto este puente para poder bajar.

—Yo te sostengo agarrado de la mano, otro me sostendrá a mí, y así lo cogemos entre todos.

Cuando se pusieron los doce colgados, dándose las manos, el de más arriba, cansado ya.

—Muchachos —les dijo—, aguardad un momento hasta que eche saliva a la mano.

En cuanto soltó sus manos, ¡cataplum!, ¡cataplum!, ¡cataplum!, cayeron los doce al arroyo y los doce se ahogaron.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

11.— CONFORME AL DICHO DE LA MADRE (S)

Hasta hace poco tiempo, Santa Engracia era un pueblo apartado (perdido), y sus habitantes tenían un aire rústico y torpe. El obispo de años atrás le dirigió, en francés, estas palabras: «Santa Engracia, Santa Engracia, tú no verás más mi cara», tanta fatiga le produjo la ida y vuelta de allí.

Un sacerdote de aquellos tiempos advirtió una vez, durante la misa mayor, la falta de un muchacho aldeano * que no asistió a la catequesis. Al día siguiente fue a saber si el muchacho estaba tal vez enfermo. Al acercarse a su casa, ve al citado joven silbando muy fuerte dentro de la palma de su mano, habiendo subido a la tranquera del barrio. Pero al ver al sacerdote, baja al galope y se mete en casa. El cura le siguió desde muy cerca y no tuvo tiempo para cerrar la puerta.

* *Excautar, baserritar*. Este *etxautés* parece hijo de *Bearnés*.

—¿Por qué no estuviste ayer en Misa mayor? —le dijo al chaval el sacerdote.

Y el chaval, con la cabeza muy agachada, poquito a poco, iba acercándose a una puerta medio abierta del fondo de la cocina, pues detrás de ella tenía a su madre encamada, que, vestida de andrajos, no quería presentarse delante del señor párroco. Repite el sacerdote la pregunta, y la madre, por entre la puerta, le dice a su chico:

—Dile que has estado en la misa de la mañana.

El niño no le oyó bien y, dirigiéndose a la madre, con una voz nasal dijo:

—¿Eeeeh?

Y la madre, con inquietud:

—Dile que has estado en la misa de la mañana, borricote.

Como el cura le repitió por tercera vez la misma pregunta, el chico le dijo:

—Pues he estado en la misa de la mañana, borricote.

El cura levantó los hombros y se fué. La madre agarró del brazo al chico y con dos bofetadas le calentó los carrillos. Nunca pudo el mozaletete acertar qué falta había cometido, pues habló de la mismísima manera que su madre.

Fabien Hastoy, de Atharratze.

12.— AMEN (G)

Al anochecer, entró un chivo en una iglesia. Como de costumbre, antes de cerrar las puertas el monaguillo dio los consabidos gritos, una vez en español, otra en vascuence:

—*Inor badago?* ¿Ya hay alguno?

El chivo nada le contestó y el monaguillo, después que cerró bien las puertas, marchó en dirección a su casa. Ya de noche, varias mujeres que volvían de alguna tertulia oyeron grandes golpes, que salían de la iglesia, y acercándose a la puerta estuvieron muy atentas, queriendo saber quién era el de dentro: si algún ladrón, alguna alma del Purgatorio... o quien fuere.

El chivo, que estaba dentro, daba unos golpes enormes para abrir la puerta a cornadas. Las tertulianas, temblando de espanto fueron corriendo y jadeantes a casa del párroco y dijeron al cura:

—Don José Miguel, don José Miguel, el enemigo infernal anda en la iglesia. Venga usted a hacer los conjuros, véngase cuanto antes.

El párroco, acompañado de las dos mujeres, llamó en casa del sacristán y sostuvieron un largo diálogo, el sacristán desde la ventana y desde el portal el cura. El sacristán le dijo repetidas veces que él no había aprendido jamás a conjurar y lo que habría de hacer él lo podrían muy bien aquellas dos mujeres.

—Pero atiende, muchacho. Tú no tendrás que hacer otra cosa que contestar de lejos Amén a lo que yo diré. Nada más. Ven, Luciano.

—Señor: a mí el enemigo (el demonio) no me tiene ningún miedo; pero a esas mujeres... ¡como siempre están rezando! ¡Jesús!

—Ven, hombre, por favor —le dijo una de las mujeres.

—Toma la llave, Josefa, y allá os arregléis.

El sacerdote, no se sabe si con alguna amenaza o de qué otra manera, pudo convencer al sacristán y allí se iba algo más atrás que los otros tres. En el intervalo, estaba el chivo junto a la puerta, en silencio, queriendo salir de allí. Una vez que llegaron los cuatro al

pórtico de la iglesia, mientras las dos mujeres se pusieron a rezar y el sacristán a andar hacia atrás, el sacerdote, después de haberse santiguado, aunque costándole algún esfuerzo, pudo introducir la llave en la cerradura, y en cuanto se oyó su graznido, cogió el chivo al pobre párroco en sus astas y le llevó en volandas.

Corría el sacristán y daban gritos las mujeres, mientras el párroco hizo oír estas palabras:

—Luciano, ayúdame, que me lleva el demonio.

A lo que el sacristán contestó:

—Amén —escapándose a su casa.

María Marca, de Hernani.

13.—EL AMERICANO Y EL ARRIERO (S)

Vivía en otra época en un pueblo de Basaburua (S) un americano, tan rico como grueso y tan grueso como rico. Un día fue a que le herrasen el macho. En la herrería se encontró con un arriero, que también vino allá a que le herrasen su macho. Empezó el arriero diciendo a gritos que no había otro hombre tan forzudo como él. Entonces el americano:

—¿Que tú eres tan fuerte? ¡Mira!

Te apuesto a quién pone antes sobre el macho carga de cuatro quintales.

El arriero:

—Con mucho gusto. Juguemos nuestros machos.

Se van al molino (pues estaba al lado) y eligen las dos cargas de cuatro quintales cada una, dos enormes sacos de trigo. Empiezan a cargar, siendo testigos el herrero y el molinero. Carga el arriero prontamente el primer saco; pero viendo que el otro no se movía, le dice:

—Luego la palabra (es) palabra.

Ahora no hay que echarse atrás.

El americano, con una risa:

—Sí; la palabra (es) palabra. Sigue adelante.

Con esto, se agarra con una mano a la cubierta del macho y ¡plau! monta en su lomo a horcajadas, diciendo:

—Aquí tienes a mi macho cargado de cuatro quintales.

El americano ganó (la apuesta), pues con su tripaza pesaba más de cuatro quintales. Pero como no tenía necesidad de un segundo macho, le dejó al arriero (con el suyo) a cambio de una jarra de vino. Y la bebieron entre los cuatro.

Johane Jaureguierry, de Atharratze.

11.— EL AMEZQUETANO Y EL MADRILEÑO (AN)

I

Un famoso ladrón (era él madrileño) oyó que había otro en Guipuzkoa y vino a conocerle. Para eso llegó a Amezketa. Cuando se juntaron, acordaron ir a Madrid. Según

iban andando, al ver el de Amezketa un nido de cuervo entre las ramas de un haya, dijo:

—¡Qué muchacho aquél que sacara los huevos sin espantar del nido a aquella ave!
Diciendo

—Pues se los sacaremos —se fue el madrileño sobre el haya.

Habiendo agujereado cuidadosamente el nido por la parte de abajo, sacó los huevos uno a uno. Mientras tanto, el de Amezketa, subiendo silenciosamente por debajo del otro, metió aquellos huevos en su bolsillo, quitando del bolsillo del otro, y según subió, así bajó, silenciosamente. Bajó también el madrileño cuando vació el nido, dejando al ave en su sitio.

—Mira, según me has dicho, le he quitado los huevos.

—¿Dónde tienes esos huevos?

Metió la mano en el bolsillo y, al hallar uno solo, dijo:

—Somos tal para cual, y tenemos que ir juntos.

Y sin más, empezaron a andar.

II

En Madrid había en un archivo (*sic*) mucho dinero bien guardado. En cuanto llegaron los dos camaradas allá, notaron los del archivo que alguien disminuía el dinero, quitando de allí las piedras sillares. Descando saber quién era el ladrón, se acercaron los del archivo a un antiguo y viejo ladrón, famoso, que estaba ciego. Este les dijo que hicieran fuego, pues saldría humo de entre las piedras. Después colocaron goma por mandato de aquel ciego, en la creencia de que el ladrón quedaría en aquella goma pegado.

Una de las noches siguientes se acercaron nuevamente a aquel archivo los dos amigos. Moviendo y quitando, como la otra vez, entre los dos una piedra sillar por medio de una palanca, penetró el madrileño y quedó en la goma pegado, sin poder moverse ni para arriba ni para abajo. El compañero, después de estar en espera largo tiempo, queriendo saber lo ocurrido, penetró allí sigilosamente y viendo que eran inútiles los esfuerzos que hizo por sacar de allí al compañero, le cortó la cabeza para que nadie le conociese y la llevó a casa, bien oculta entre la ropa.

Al día siguiente, al hallar al ladrón con la cabeza cortada, fueron nuevamente los del archivo adonde el viejo y ciego ladrón, a pedirle consejo. Al saber lo ocurrido, con la alegría que reflejaba en el semblante, dijo el ciego:

—Si tuviera veinticuatro años y la vista, ¡qué compañero sería ése para mí! Si queréis saber quién es ese avisado ladrón, enviad un pordiosero a por limosna a todos los rincones. Los grandes ladrones suelen ser grandes limosneros. También yo lo fui así en mis días. El que vaya de pordiosero, haga una cruz con cal en la casa del hombre que haga buena limosna, y veréis lo que resulta.

El pordiosero, según lo mandado, se fue a pedir limosna por todos los rincones. El de Amezketa le dio un duro. Hizo el pordiosero una cruz con cal en la puerta del bienhechor y volvió aún más ligero que hubo marchado.

El amezketano, al salir de casa para alguna parte y observar aquella cruz, compró un poco de cal y blanqueó con cruces todas las puertas de las cercanías. Pronto aparecieron en aquella calle el archivero y unos policías, sirviéndoles de guía el pordiosero. ¡Cuál no sería su rabia al ver tantas cruces! ¿En cual entrarían? ¿Quién podría conocer al ladrón? Nuevamente volvieron a donde el ciego todos ellos: pordiosero, archivero y alguaciles. El ciego, diciéndoles de nuevo aquello de: «¡Quién tuviera veinticuatro años y la vista!», les dio este consejo:

—Señores: cojan el cadáver del ladrón y vístanle con los vestidos que antes tenía y atando bien sobre una acémila el cadáver así vestido, pasen calle arriba y calle abajo frente a esas casas de las cruces. El cadáver sin cabeza del ladrón pronto denunciará a ese ladrón vivo, dueño de dos cabezas.

El de Amezketa era zapatero y pasaba entre cueros algunas horas de los días de media semana. Una tarde, en que pasaron por frente a su tienda el cadáver sin cabeza, aunque el zapatero se hizo el desentendido, su mujer lanzó un grito, Barruntando, al parecer, el marido lo que venía encima, le hizo un corte en el dedo a su mujer con la tijera. Al momento entraron en casa del zapatero los buscadores del ladrón.

—Venid con nosotros.

—¿Con ustedes, adónde y a qué?

—Vosotros habéis sido los que habéis cortado la cabeza. Esa mujer ha lanzado un grito al ver el cadáver, y de ahí hemos conocido...

—¿Pues no ha de gritar, si le he cortado el dedo con estas tijeras? También vosotros gritaríais a buen seguro.

Después de estar largo tiempo discutiendo salieron como entraron el arriero, el alguacil y los compañeros.

Después, creyendo que traerían la cabeza a donde el cuerpo, dejaron el cadáver en una choza, escondiéndose los portadores en unos rincones. Al anoecer, barruntando señales de tempestad, se fue el amezketano a caballo, llevando en las alforjas la cabeza y además pan y vino. Comenzó a llover torrencialmente y le hicieron entrar en la choza. Le dieron pan y vino al jinete, al de Amezketa. Luego diciendo «que también él tenía vino» les dio a los otros a beber el suyo. Y porque sin duda el vino tenía opio, todos quedaron dormidos. Al fin, dejando junto al cadáver, en aquella choza, la cabeza del madrileño, su compañero de latrocinios, se fue el despierto amezketano por su camino.

Martín José Miquelarena, de Baraibar (Larraun).

Este cuento y el titulado, «Consejos de un viejo ladrón» aprendido en Murelaga (Bizkaya) son parecidos. También los del Cáucaso tienen un cuento muy parecido a éste.

15.— EN LAS PEÑAS DE ARANGUIO (B)

Un muchacho ejercía oficio de pastor en las peñas situadas entre Amboto y Aranguio. De vez en cuando solían presentársele lamias. Todas le zarandeaban, bailando. El, contento. Una le acompañaba hasta casa e hicieron contrato de casarse. La lamia, como recuerdo, le puso en el dedo meñique una sortija. Al ir el muchacho a casa

—Madre —dijo a la señora—, madre: esta vez también nosotros casarnos o algo así hemos de hacer.

—¿Con quién muchacho?

—Con una hermosa muchacha. Suele ella venir donde mí a la selva.

—¿Casarte sin más ni más?

—Sí, madre.

La madre se fue a consultar el caso con un sacerdote del barrio y obligó al muchacho a que hiciese lo mismo. A éste dio el eclesiástico este consejo:

—Mira a esa muchacha a los pies, a ver de qué clase los tiene.

El muchacho, al día siguiente, después de haber estado con la novia, acudió al sacerdote, y al decirle:

—Tiene patas de pato.

Díjole aquél:

—Devuélvele la sortija.

Fuese el muchacho, y al aparecérsese la lamia, quiso darle la sortija y no pudo sacarla del dedo. Por fin, cortó su meñique y se la arrojó provisto de la sortija, y según venía a todo correr hacia casa le siguió por detrás la compañera. Se acostó el muchacho y no se levantó más,

Aprendido de una hija de Ochandiano llamada Mercedes. Lo publiqué en el año 1927 en un trabajo titulado «Las lamias en el País Vasco», en la revista *Euskera*.

16.— EL ROBLE Y LA ASTILLA O PRAKAMAN Y PRAKAMAN (B)

En una linda villa que se llama Marquina, vivieron padre e hijo, que, además de parecerse mucho en sus hechos y semblante, tenían el mismo nombre y apodo. Mientras el hijo era jovencito, el padre era *Prakaman* y el hijo *Prakamancito*; cuando el hijo se hizo hombre y el padre se hizo viejo, el hijo era *Prakaman* y el padre *Prakaman* el viejo, y cuando murió el padre, el hijo se hizo dueño único de todo el apodo. ¿Quién no sabe lo que son el roble y la astilla? Estos padre e hijo, aunque a semejanza del roble y la astilla, eran muy parecidos, tenían, sin embargo, notas diferenciales: ambos eran de mucha labia, charlatanes, lisonjeros, de muchas relaciones o, como dicen muchos bizkaínos mayores, eran hombres que se daban a todos. Sin embargo de esto, el viejo era amigo de la casa; el joven, de la calle; el padre, trabajador; el hijo, holgazán completo. Este empezó a aprender muchos oficios: carpintero, cantero, sastre, y, últimamente, cuando se le empezó a crecer la espalda y a aflojarse el estómago y a estrechar la bolsa del padre, se hizo marino.

La carrera marina del hijo parece que acertó mucho los años a *Prakaman* el viejo; pues pareciendo roble fuerte, corpulento y de mucha vida, el pobre se encorvó y vino de repente a tierra. El joven, cuando a los seis meses tuvo en San Sebastián noticia de la defunción, tomó, a pie, camino del pueblo en la idea de que el padre le dejó una buena herencia (lit., «ubre bien repleta»); pero, aunque era de un pezón, fue de gran agujero y se agotó antes de lo que creía.

Allí andaba después *Prakaman* en toda boda y reunión en la que hubiese zambra, y aunque no era de ningún gremio, se presentaba también en el banquete que se da a los obreros al finalizar un edificio. También entraba, sin reparo, entre mujeres, y muchas de ellas, sobre todo las solteronas, que no le iban en zaga en atrevimiento, no le despachaban de entre ellas.

Es posible que alguien que no conozca bien el País Vasco diga: ¿Cuándo se han reunido las mujeres, sin hombre, en comilonas? ¿Son de tan malas inclinaciones? No, no lo son. No sabemos en qué otro pueblo se podrá hallar mujer tan trabajadora como la del País Vasco. Son de buenas costumbres: ahorradoras, madrugadoras, vigorosas para toda clase de trabajos y además diligentes, resueltas y hábiles. Porque saben guardar su puesto tienen esas sus reuniones y banquetitos, de vez en cuando: después de los funerales y cuando van a visitar a una nueva madre. Una mujer recién parida suele ser visitada por sus parientes y amigos y vecinas (todas mujeres) al domingo siguiente de restablecerse y

suelen tomar entre ellas pan y vino con alguna otra cosita. Estas reuniones tienen su nombre adecuado: en la parte de Marquina *batiua* (bautizo), en Arratia *bataiua* (bautizo), en Txorierri *andra-ibustea* (la entrevista de mujeres), en algunos pueblos de Guipúzcoa *martopila* (regalos que se hacen a la recién parida), en algunos de Navarra *atso-opila* (torta de viejas) y en alguna otra parte (en Arraitz y Bizkaya) *atso-lorreta* (acarreo de viejas) o algún otro nombre gracioso semejante a éstos, como también *emarkari*, *kusari* y algún otro.

Prakaman solía también entrar, sonriente, a ágapes de esta clase. Y aunque la sesión fuese duradera, siempre estaba dispuesto, con la sonrisa en los labios, a dirigir palabras cariñosas a cualquiera mujer, así fuese la solterona más huesuda. A las birrochas, las llama-ba a cada momento muchacha; a las ancianas, señora: si era muy vieja, abuela; a las muchachas, flores de San Juan, y a la madre del recién nacido le daba noticias de las propiedades curativas de tales y cuales hierbas, de cómo educan a sus hijos los padres de lejanas tierras y otras muchas curiosidades. Por el niño decía que era palomita, polluelo sin plumas, ángel sin alas, mañana de primavera..., y otros conceptos llenos de mimos. Y de esto nunca se olvidaba, antes que otro alguno empezaba *Prakaman* a decir que el niño se parecía al padre, que tenía la nariz de la madre, ojos del padrino...

Cuando se sentaba a la mesa, siempre tomaba un traguito en nombre y a la salud de la madre recién parida. Más de una anciana manifestaban a *Prakaman* su disgusto con cara adusta y si hubiera dependido de ellas pronto hubiera tenido que salir, o por la puerta o por la ventana. En una de estas reuniones, unas mujeres entradas en años, que habían llegado antes que él, empezaron a decir a la recién parida:

—Francisca, hoy no se le perdona, si viene, a ese vago, flojo, abandonado y fastidioso. ¿Pues qué? Siempre «haría esto y lo otro» y nunca hacerlo. Decididas, adoptemos, por fin, una resolución y no tendremos necesidad de adoptarla por segunda vez.

—Por cierto que vosotras me consideraréis de malas entrañas. Al hombre que viene a visitarme, hombre pacífico, que no sabe perjudicar a nadie, ¿vamos a despacharle, por no darle pan y vino y alguna otra cosita?

—Francisca: si ése es hombre, también puedes considerar como hombres a los espan-tapájaros de nuestros trigales. Tú no te muevas. Yo me encargo de lo que hay que hacer aquí. Traedme un yugo, pero pronto; y una de vosotras lleve de la cuna a la cama a la criatura, y, en su lugar, pondremos en la cuna, Francisca, el yugo bien envuelto. Pero pronto, pues allí nos viene. ¿No le veis a él allí, bajo el ribazo? ¡Está más arrugado su estómago! Vete por tu camino, lelo, meloso, adulador.

—Mari Andrés, más bajo, que si no, va a oír.

—Que nadie se ría luego. La que tenga ganas de reír, suelte ahora una carcajada.

Al poco rato de esto, entro *Prakaman*. Para entonces, allí había dos mesas grandes, una frente a otra, bien cubiertas con manteles blancos y revestidas de abundantes jarros, panes y viandas. *Prakaman*, tocando con la mano la boina, en ademán de saludo, dijo:

—Que Dios santo nos conceda a todos muchas buenas tardes como las de hoy; pero especialmente a la señora de nuestra casa, mi compañera de escuela Francisca, a su pichón de hijo, hermosa flor de orillas del arroyo, y a todos los que hemos venido a ensalzar a madre e hijo. Ahí está también Mari Andrés, tan hermosa como siempre.

—Sí; aquí estoy yo, igual que siempre. Tú, *Prakaman*, no eres, pues, como siempre.

—Mari Andrés y yo siempre hemos sido buenos vecinos y nos hemos entendido bien.

—Cuando eras pequeño eras más sincero que ahora, y no poco. ¿No recuerdas cómo empezaste a aprender el oficio de cantero, con mi difunto marido? ¡Ay! Entonces esa cintura estaba más flexible que ahora.

—A Mari Andrés siempre la he considerado como a las naranjas de Valencia: de exterior agrio y muy dulce en el interior. Mari Andrés siempre ha tenido para mi, desde la niñez hasta la fecha, palabras duras y el corazón muy blando. Francisca: bebamos un traguito de vino por su salud y la del niño y por el bien de todos nosotros.

—Para eso sí —le dijo Mari Andrés, eres mejor para eso que para inclinar el cuerpo y sudar trabajando. Ni siquiera ha mirado dónde está la criatura...

—Mari Andrés, ¿y qué, aun que no la hubiera visto? No hay más que mirar a la madre para saber que el hijo es hermoso, con pantorrillas gordas y carrillos rojos, como los ángeles del altar mayor. Pero no crean por lo dicho que no haya visto la criatura. Ahí está, hermosa, bien envuelta en la cuna. En la nariz es el mismo padre; en la frente y en los labios parece la misma madre, y, a mi parecer, será hermoso y de pescuezo ancho, como el abuelo.

Al oír esto, empezaron a soltar carcajadas viejas y chicas, todas las de la reunión. Más de una estaban agarradas a las costillas, no pudiendo alentar por las risas. En esto sacó de la cuna Mari Andrés el yugo y, poniendo delante de *Prakaman*, le dijo:

Un *Prakaman*, dos *Prakamanes*.

A que no adivináis quién es *Prakaman*.

—Aquí le tienes a esa tu hermosa criatura, parecida a los ángeles del altar, de pantorrillas gruesas. Mírale bien. También tu padre era tan charlatán, y no es de extrañar: *De tal palo, tal astilla* (lit.; «El roble tiene astillas de su clase»).

Oído a Domingo Aldazabal, de Marquina, y publicado por primera vez en *Euskalzale*, del año 1898.

17.— LAS PIEDRAS DE ROLDAN (S)

Llegando a loma de Lexiguieta el gran Roldán, levantando la cabeza sobre la cima de (la montaña de) la Magdalena, ve el borde del puerto de las Españas repleto de soldados de Mahomet, muy negro. Queriendo destrozar aquel formidable ejército, coge Roldán en la palma de la mano la cresta de una cerçana montaña, para aplastar a los moros. Pero, como aquella loma era una covacha de vacas, al lanzarse resbaló en una boñiga de ganado.

Habiendo arrojado mal la cresta de la montaña, pues casi se le escapó de los dedos, quedó reducida a tres trozos. El primero se detuvo en la montaña de Ligui, muy erguida, con su base medio metida en tierra. Lo mismo quedaron el segundo trozo en la montaña de Echebarre y el tercero en la de Lakarri.

Desde entonces, allí están, bien separados de las demás rocas y mucho más grandes que ellas. Los habitantes de Basaburua los llamamos «Las piedras de Roldán».

Fabien Hastoy, de Atharratze.

18.—EL PASTOR LADRON (AN)

En un monte del Baztán había tres cabañas próximas. La de Garciarena, la de Arburu y otra. En verano se juntaban en una cabaña los tres pastores. Al de Garciarena le robaron los quesos de una semana. Garciarena, al ver esto, se quedó triste. De su cabaña a la cabaña de la tertulia llevó un librito. Estando en la puerta, se le fue el tercer pastor y le dijo:

—Alguien me ha robado los quesos de la semana.

Le dijo el otro:

—Al menos, yo no.

—No sospecho de ti. Con la mentira hemos de sacar la verdad. Tengo yo aquí un libro y al de Arburu voy a decirle que es la Escritura Santa. Aunque niegue, voy a decirle que la Santa Escritura confesará la verdad. Tú entra, sin que él te vea, debajo de la cama. Cuando yo diga en voz alta: *¿Quién ha robado los quesos de Garciarena?* Tú di: *El pastor de Arburu.*

Le vieron a éste que saliendo de Arburu se dirigía a la cabaña de la tertulia y, según lo acordado, se escondió el tercero debajo del camastro. Al momento de venir, le dijo el de Garciarena:

—Me han robado los quesos de la semana.

El otro añadió:

—Yo no.

—Alguien es el ladrón.

—¡Te juro que yo no he robado nada!

—Yo no digo quién, sino que me los han robado.

—He aquí la cruz, que yo no he llevado.

—No me jures ni me hagas cruces. Aquí tengo la Santa Escritura y si le pregunto, ésta me dirá la verdad.

—Si quieres, puedes preguntar.

Entonces abrió el libro y dijo en voz alta:

—Escritura Sagrada, dime la verdad. *¿Quién se ha llevado los quesos de Garciarena?*

—El pastor de Arburu —contestó el tercero, por debajo del camastro.

El de Arburu dijo:

—Que no sepa ni la tierra, pues te los traeré todos.

Y el de Garciarena:

—De ser así, en seguida.

En esto salió el tercero por debajo del camastro.

Cruz Goyeneche, de Elbetea (Baztan).

19.— EL OSO, EL LOBO Y EL ZORRO (S)

Habiéndose encontrado en el prado suave y llano de Erroimendi un oso, un lobo y un zorro, se solazaron como pasatiempo en probar quién era el más diestro. Primeramente se pusieron a luchar. Siendo el oso demasiado fuerte, los otros dos pronto se rindieron. Después, a quién había de hacer oír más lejos su voz. En eso el lobo fue el superior. Por fin, poniéndose a saltar, el oso dio el salto más corto, el lobo algo más largo y el zorro pasó con cuatro pies la raya del lobo. Pero quedó el zorro tan exhausto de fuerzas que se le escapó un ruidito trasero.

—Mal educado, sucio, como eres, tengo que cortarte una oreja —dijo el lobo.

El zorro corrió hacia un agujero estrecho y profundo del tronco de un árbol, y corrió el lobo para alcanzarle. Justamente se adelantó el zorro; pero, como la extremidad de su cola aún la tenía fuera, el lobo se la retuvo, mordiendo. Empezaron a tirar, el uno adentro, el otro afuera.

El zorro, como sufría y empezó a fatigarse, le grita al lobo:

—¡Ah, borricote! Tú crees tal vez que tienes mi rabo en la boca. Sigue, sigue, estás agarrando a una vena de este árbol y seguramente no te quedarás con él.

El lobo se lo creyó, el zorro recogió dentro su rabo y dejándole al lobo con un palmo de narices se tumbó dulcemente para hacer un ronquidito.

Fabien Hastoy, de Atharratze.

20.— LOS MORUECOS Y EL LOBO (R)

De un rebaño de corderos iban huyendo dos moruecos a las ovejas. Al pasar por un bosque, les salió un lobo y les dijo:

—Os digo de veras que tengo que comer a uno de los dos.

Al oír esto, los moruecos empezaron a llorar, y, plañendo, le decían: El uno:

—Déjame a mí.

El otro:

—A mí no me comas.

El lobo, dispuesto ya a tomar de ellos un hartazgo, les dijo:

—Callaos; tratad entre vosotros quién de los dos ha de ser.

Allí mismo se ocuparon de ello los moruecos, y dijeron al lobo:

—Tú estáte aquí quieto; nosotros nos pondremos a tu lado, cada uno por nuestra mano. Nos atrasaremos doce pasos, de allí empezaremos a correr al mismo tiempo, y tú dejarás con vida al que llegue el primero a darte un beso.

—Bien —les dijo el lobo—; pero que sea en seguida.

En un Jesús (en un momento) hicieron los moruecos su esfuerzo: corriendo, llegaron ambos al mismo tiempo. Al darles su beso, al lobo se le fueron los intestinos por los riñones y todas las costillas se amontonaron, ya destrozadas.

En señal de triunfo, hablaron así los moruecos al lobo:

—Te damos esta advertencia a cambio de lo que tú querías hacer a nosotros. Conserva el apetito para hartarte de nosotros, hasta que de nuevo lleguemos a saludarte.

Cada uno le metió por las narices un cuesco y luego se fueron por el camino que llevaban.

Mariano Mendigacha, de Bidangoz (Roncal).

21.— EL BURRO Y CUATRO ASTRONOMOS (AN)

En una casa de aldea juntáronse cuatro astrónomos (?): español, francés, inglés y portugués. Se ocuparon de astronomía (?). Resolvieron que (a su juicio) no llovería en dos meses. Uno de los cuatro salió del aposento y se encontró con la señora de la casa. Esta puso en tierra la calderita para recoger gotera.

—¿En qué os ocupáis, señora? —le dijo el astrónomo.

—Hoy lloverá, y quiero recoger la gotera.

—¿En qué tenéis la base de ese parecer?

—Tenemos en la cuadra un burro de dieciséis años. Cuando este burro, como ha hecho muy poco antes, mueve las orejas a los dos lados, pliplap, aquel día seguramente ha de llover.

—Quitáos de ahí. Aquí estamos cuatro astrónomos y creemos que no lloverá en dos meses,

—Así lo creen ustedes, mi burro opina lo contrario, yo creo al burro.

Llegaron aun a hacer una apuesta: la dueña de casa a favor del astrónomo orejado de la cuadra. Al cabo de hora y media se desató una tempestad de truenos y la lluvia arrastró aun las piedras de la calle.

Al ver esto, el que perdió la apuesta, fue donde sus compañeros y les dijo:

—Señores (lit.: «hombres»): vámonos cada cual a nuestro pueblo. El burro de la cuadra sabe más que nosotros.

Lo aprendí en Bilbao, de Pedro Arbilla, hijo de Ulzama (AN).

22.— ATARRABIO (AN)

Don Juan de Atarrabio y otros dos (entre éstos el fraile de Bera)* fueron una vez, se asegura, al infierno a aprender algo con Cherren (con el demonio). Como pago de su aprendizaje les pidió Cherren que uno de ellos habría de quedarse allí. Al salir de allí (transcurrido el tiempo de aprendizaje), dijo el diablo:

—¿Quién es el que ha de quedarse aquí?

—El que viene detrás de mí. Agárrale a ése —contestó Atarrabio.

El diablo metió la espada e hizo quedarse a tal estudiante. Era la sombra de Atarrabio lo que fue detenido.

Después estuvo de párroco en Goñi. Atarrabio solía tener sombra durante la Misa, al levantar al Señor, en la Consagración; en otros momentos, no. Atarrabio no quería ir sin sombra al otro mundo. Para eso dijo una vez al sacristán:

—A la hora de la Consagración, cuando en mis manos tenga levantado al Señor, golpéame en medio de la cabeza con un gran martillo y mátame. Saca después el corazón y, fijándolo en la punta de un palo, ponlo en el portal. Si lo lleva el cuervo, seré condenado; si lo lleva una paloma, salvado. De eso acertarás la suerte de mi alma.

El sacristán hizo como se le ordenó. Vino una gran banda de cuervos y mientras volaban dando vueltas, una paloma blanca, pequeña, apareció y llevó consigo el corazón. Entonces creyeron que Atarrabio fue llevado al cielo. Estando él de cura en Goñi fue a dormir la siesta y mirando al horizonte dijo a la madre:

—¡Madre, oh madre! Si aquella nube empieza a crecer, llámeme antes que empiece a tronar.

La madre se descuidó y llamó algo tarde al hijo. La nube estaba ya encima. Levantóse a prisa el cura. En Goñi había hermosos trigos aquel año. Por entre la nube díjole el diablo:

—¡Ah, qué caballos tengo para trillar tus trigos!

El sacerdote, teniendo en la mano el libro de los conjuros y la cruz, le respondió:

* Véase el cuento titulado «El marido del otro mundo».

—¡Ah, qué frenos tengo para domar a tus caballos!

Había al lado del cementerio una gran cantidad de barricas y dicen que allí se metió todo el pedrisco que cayó de entre la nube y así el discípulo, venciendo al maestro, conservó intacto el trigo.

Tuvo otra vez una inspiración del Señor: que el Papa estaba en Roma de consulta con dos malvados y que hiciera algo en su favor. Atarrabio tenía como súbditos suyos a tres genios, que solían acudir a él cuando eran llamados. Quería disponer del mejor para ir a Roma y sacar al Papa de aquel apuro. Apareció un genio.

—¿En cuánto tiempo me llevarás a Roma?

—En un cuarto de hora.

—No eres bueno.

Llamó al segundo:

—¿En cuánto tiempo me llevarás a Roma?

—En cinco minutos.

—No eres bueno.

Llamó al tercer genio.

—¿En cuánto tiempo me llevarás a Roma?

—Allí y aquí.

—A ti te necesito.

—¿Pero que recompensa me habéis de dar?

—La nata (lo mejor) de mi comida de hoy.

Según iban en el mar, el de los calzones rojos (el diablo) porque le quería echar al agua, le hizo esta pregunta:

—¿Como es aquel dulce nombre que soléis decir los cristianos?

—Arre, diablo —le respondió.

En Roma, fue al palacio del Papa.

Al portero (le dijo):

—Necesito estar con el Santo Padre.

—No se puede.

—Sí, es necesario, tengo que verle.

—Imposible.

Entonces Atarrabio dio al portero una vara, diciéndole:

—Con esta vara tome la medida de la mesa que tiene el Santo Padre, en largura y anchura.

Aquella vara tenía una cruz. El portero se fue con ella en la mano y midió la mesa del Papa.

A la misma hora desapareció aquella mujer: era un diablo.

El Papa dijo al portero:

—¿Por mandato de quién has hecho eso?

—Por mandato de un hombre que está ahí.

—Que venga acá.

—Para entonces estaba ya Atarrabio en Gofii. Al volver de Roma y llegar a la cocina sacudió su sobre-todo y le cayó nieve.

—Madre: esta nevando en los puertos de Jaca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tan seguro como el cucurrucu que ha de cantar ese gallo que está en el asador.

Y el gallo asado cantó y la madre le creyó entonces. Después dijo a la madre que tenía que hacer su comida con diez nueces. Comió las nueces, la nata de su comida (cás-

caras de nueces) fue para *kaltxagorri* (de pantalones rojos: el genio que le llevó a Roma).

Oído al maestro Iguzkiza, hijo de Larraun (AN).

23.— CABRAS, LOBO Y ZORRO (S)

Por la senda única y estrecha de la Selva Negra, bajaban del puerto cuarenta cabras a pasar el invierno en los pastizales de Petarre. Habían entrado cerca del precipicio de Basaburua, donde un gran lobo las encuentra y dice:

—Tengo que hacer hoy un gran hartazgo con vuestra sangre. Ni una de vosotras saldrá de aquí con vida. Sin embargo, os dejaré huir sin haceros daño si me dais palabra de que serán para mí, de los cabritos que nazcan y se críen este invierno, diez selectos.

Y vencidas por el horror de la muerte, las pobres cabras le dieron su palabra.

Pasa el invierno; hay cuarenta cabritos a cuál más hermoso y empezados a robustecerse. Cuanto más se acercaba el día de volver al puerto, las cabras se ponían jadeantes; después, lloraban; por fin, suspiraban. Habiéndoles preguntado el zorro qué pasaba, las cabras le refirieron lo que sucedió con el lobo.

—Secad esas lágrimas. Yo os acompañaré pasado mañana al puerto. Os doy palabra y seguridad de que el lobo os dejará pasar sin haceros daño alguno.

Habiendo reunido treinta y nueve zapitos (vasos de madera) viejos, de suela rota, a cada cabra puso uno al amanecer para emprender el viaje al puerto, colgándoselo de los cuernos y de las orejas hasta sus dos ojos.

Dejó sin el zapito a una cabra e hizo que fuese ella por delante, siguiéndole los cabritos por detrás.

El lobo aguardaba en las crestas de la Selva Negra.

—Di, raposuelo, ¡qué veo encima de las cabezas de esas cabras?

—Tiene una cabeza de lobo cada una.

—Esa que viene delante, ¿por qué no la tiene?

—Porque el Basajaun, que ahí mismo llega, ha dicho que a esa cabra le pondrá él tu cabeza.

Quedó el lobo tan asombrado, que saltó senda abajo, se fue dando volteretas... y, habiéndosele roto el hueso del cuello, quedó cadáver en el suelo. Las cabras, de entonces en adelante, le tuvieron al raposo, alimentándole con queso de señorita, hasta que de puro viejo murió dulcemente. A mí, sin embargo, las veces que he pasado por allí no me han ofrecido jamás ni siquiera una gota de agua.

Fabien Hastoy, de Atharratze.

24.— LA FELICIDAD DE UNA ZORRA (AN)

Una zorra, por la mañana, antes de salir de su nido, echó un cuesco caliente y se dijo entre sí:

—Este, mi cuesco caliente, es, sin duda, señal de buena suerte. Hoy, allí o aquí, me apoderaré de algo bueno.

Salió del nido y bien pronto se apoderó de una vejiga llena de manteca.

—En verdad creía que aquella *mi cosa* de la mañana me traería buena suerte; pero si yo como esto, quedará aletargada para todo el día. Voyme adelante y ya cogeré alguna cosa mejor.

Se fue adelante, según había dicho, y halló una cerda con siete u ocho crías bien gorditas. Le dijo a la cerda:

—Sois míos, no os mováis.

—¿Qué nos quieres hacer? —le preguntó la cerda.

—Os tengo que comer.

—¿Así, estando tan sucios, tienes que comerlos? Ahí cerca hay un pozo. Te es mucho mejor, en caso de que tengas que comerlos, el comerlos después de haberlos limpiado ahí.

—No está mal dicho.

Se fueron a la orilla del pozo y comenzó la zorra a lavar uno por uno los gorrinos. Mientras se ocupaba en esto, la cerda, que estaba detrás, le empujó con el morro y le arrojó al pozo. Mientras estuvo allí la zorra, a punto de ahogarse, la cerda huyó con las crías. Ya cuando salió la zorra, todos estaban lejos.

Apenada la zorra, se dijo entre sí:

—Lo tengo bien merecido. ¿Quién me mandó a mí hacer de lavandera, metiéndome a lavar los cerdos? Mejor hubiera sido comerlos como estaban; pero no me acobarde de masiado. Todavía me apoderaré seguramente de algo —dijo, y continuó caminando.

Sin alejarse mucho, halló una yegua con sus crías y les dijo:

—Sois míos.

La yegua le contestó:

—Yo, ciertamente, ¡vaya una comida! Si soy vieja, totalmente arrugada.

—Sí, tienes razón. No te he de comer a ti; pero sí a las crías.

—Eso, pase; pero te ruego que antes de que comas a las crías me permitas ausentarme a algún sitio. Tengo una espina en la pata y para que pueda andar más a prisa en el camino, por favor, tú misma tienes que sacarme.

—Ya te lo haré.

Comenzó a examinar la pata de la yegua, viendo en qué parte tenía la espina. Mientras la zorra se ocupaba en esto, la yegua le dio una gran patada en el hocico, y, dejándola sin sentido y con los dientes rotos, huyó con sus crías.

Cuando la zorra volvió a su ser, se vio sin nadie, con gran pena.

—¿Quién me hizo a mí cirujano para empezar a sacar la espina?

Se fue algo más adelante y se dijo a sí misma:

—¡Ah, que me iba a aletargar mi vejiga de manteca de la mañana! No me entristezcas. ¡Ah, si hubiera comido tal como estaban mis gorrinos gorditos! Si hubiera mordido a mi potrico, dejando el oficio de curandero! No me pasará en otra ocasión semejante cosa.

Continuando el Camino encontró a una cabra vieja, y

—Tengo que comerte —le dijo.

—¿A mí? ¡Valiente cosa! Si no soy mas que hueso y piel. De comer carne de cabra, mejor te es comer mis dos crías. Ahí están, en ese molino. Si quieres, te los traeré acá.

—Está bien, tráelos.

Se fue la cabra al molino y, en vez de volver con las crías, refirió al molinero lo que ocurría. Entonces cogió el molinero el arma y desde la ventana del molino mató de un tiro a la zorra.

25.— LA FLOR DEL SICOMORO (B)

En el monte denominado *Iluntzar*, de encima de Navarniz, existe una sima cuya profundidad nadie la ha medido nunca. Esta sima tiene oculta su boca entre abrojos y árgomas, y, en tiempos atrás, tenía un sicomoro *, probablemente nacido de algunas semillas llevadas por el viento. Una mujer, calzada de abarcas y ciñendo saya roja, pasó una vez, conduciendo de la mano a un niño, por las inmediaciones de la sima. Viendo la criatura una flor en las ramas del sicomoro, en su limitado lenguaje dijo a su madre:

—Madre, bonito.

—No, querido; pues tiene porquería.

—Bonito, bonito.

Al decir esto, primeramente se echó a llorar. Luego, ¡plum!, dio un salto y quedó entre los matorrales y árgomas, no pudiendo moverse ni arriba ni abajo. La madre, al ver aquello, chillando, dio un salto brioso. Madre y criatura, destrozando cien zarzadoras, espantando otros tantos murciélagos y cornejas del interior de la sima, poco a poco se hundieron dentro de la misma. Desde entonces, nadie tiene noticias de ellos.

Debajo del monte mana de una peña agua ferruginosa de espesa capa. Los aldeanos, al ver la rojez de aquella agua, creen que la enrojece la saya de la pobre madre.

Tomás Iburguen, de Nabarniz.

26.—UNA VEZ PARA SIEMPRE (B)

Hace unos trescientos, cuatrocientos o quinientos años, solían andar en Lequeitio, como en otros muchos pueblos, en noche cerrada, algunos que se llamaban penitentes con un cilicio en la mano y desnudos de cintura arriba. La villa estaba rodeada de murallas. Cada una de ellas tenía una puerta y sobre ella la imagen de algún santo. Los penitentes se paraban frente a aquellas imágenes y se disciplinaban fuertemente.

Entonces, al igual que en nuestros días, los que más temprano se levantaban eran los pescadores. Y a la mayoría de ellos les producía miedo el ver a algún penitente. Para saber cuándo tenían que ir y cuándo no aquellos hombres a la mar, solía haber un atalayero encargado de la misión de levantarse antes que ningún otro e ir él solo a examinar cómo estaba la mar. En presencia de aquel atalayero mencionaron una vez aquellos hombres el asunto de los penitentes y el miedo que les producía el verlos.

—Chili, ¿tú no te asustas cuando ves a alguno de éstos?

—¡Yo asustarme! Con frecuencia he visto yo alguno que otro de esos a la madrugada, ¿pero temblar? Es, señores, bien pequeño el corazón que tiembla por cositas de nada.

—Luego no vale el decir una cosa y hacer otra. Chili: si a eso de la media noche, en una noche oscura, en que no se ve ni la propia sombra, estando tú solo, se te apareciera un penitente como un gigante, descubierto, descalzo y medio desnudo, ¿no tendrías miedo?

—Mira: aunque el mismo demonio se me apareciera, vestido de penitente, y me dijera que le siguiese, no tendría yo miedo y no echaría pie atrás. ¿Qué corazón es el corazón que tiembla? ¿Creéis acaso que lo tenemos colgado de alguna vena?

A la mañana siguiente, levantándose, como de costumbre muy temprano, cuando fue Chili a la atalaya a explorar la mar y las nubes, vio una cosa, y de grandes dimensiones,

* Basaiko o basiko, lit., es higo de selva, sicomoro.

que venía hacia él desde la atalaya de arriba. De puro negro producía sombra aun en la obscuridad. Cuando se le acercó

—Buenas noches, compañero —le dijo Chili—, madrugamos mucho.

—Temprano o tarde ¿a ti qué te importa?

—Este muchacho viene enfadado. Pues tampoco somos nosotros malos elementos para riñas. ¿Quién eres tú, rayo?

—¿No me ves?

—Yo no muy bien, a no ser el azote de esta tu manaza. Apostaría que estoy hablando con algún penitente loco. ¿Por dónde andas tú?

—No tengo tiempo para ocuparme en habladurías; pero te diré, con la condición de que no me dirijas más preguntas. Toda la noche estoy andando, sin saber por dónde, y sin más compañía que mi sombra. Si supiera por dónde, quisiera llegar al pie del monte Oiz antes de amanecer.

—¡Antes de amanecer! ¡Hmmm! Ni tampoco aunque fueras el demonio del infierno.

—Si tuviera un buen compañero, sí.

—Por ver eso...

—Ven.

—Pero yo...

—En tal caso, eres hombre de dos palabras.

—Yo no.

—¿No prometiste tú anoche que acompañarías a cualquier penitente

—Pero...

—Tú no tienes mas que excusas y pretextos.

—¿Y quién demontre (rayo) llamará, si se ha de ir a la mar?

—Si hiciera mal tiempo, una marejada que las lanchas no pudiesen resistir ¿me seguirías?

—Sí. ¿Por qué no?

Al decir esto, no vio Chili en unos momentos al compañero de enfrente. Cuando se le apareció, siguieron en esta forma la conversación:

—He aquí fuerte vendaval y olas como esa isla.

—¡Rayo rojo! Eres mejor anunciador que yo.

—¿Vienes o no vienes?

—Vayamos.

Al momento llegaron Chili y su compañero bajo el arco de San Pedro. Al ver que el compañero seguía adelante,

—Amigo —le dijo Chili—, estás delante de una imagen santa. Si eres penitente de buena ley...

—¿Y a ti, qué?

—A mí, personalmente, nada; pero...

—¿Tienes miedo?

—Miedo ¿por qué?

—¿Me seguirás?

—Adonde quieras.

De allí al segundo arco, al del centro de la villa, no tenían mucho camino y aun yendo un poco más despacio hubieran llegado pronto. Tampoco entonces vio Chili a su compañero azotar su cuerpo, y, con las manos en el sobaco, le dijo estas palabras:

—Si tú no tienes valor para azotar tu corpachón, si te parece igual, te lo azotaré yo por

calentar las manos.

—¿Tienes ganas de calentarte? Ya te calentarás. Preguntas que no vienen a cuento dirigen los hombres de poco fuste.

—Pues tengo duda de que seas tú buen pez.

—¿Tienes miedo?

—¿Por qué me dices eso?

—¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo.

La tercera puerta de la villa estaba en el arrabal denominado *Atea* en el camino que va de la villa hacia Amoroto. Encima de aquel arco se veía la imagen de la Virgen. Tampoco allí se detuvo el compañero de Chili, pasando con la cabeza gacha, como avergonzado, sin hacer nada con el azote. Chili, aun entonces le hubiera dicho algo, si el otro, mirando de soslayo con chispeantes ojos como de tigre, no le hubiera dicho: «Adelante.»

Cuando dejaron atrás la última casa del pueblo, Chili (probablemente por hacerle decir algo al otro), le dijo que estaba sudando y que aun andando más despacio llegarían.

—¡Sudor! Tú, cobarde, estas sudando porque tienes miedo.

Cuando oyó que le llamó cobarde, cerró las dos manos e iba a decir y a hacer alguna burrada el forzado atalayero; pero se imaginó ver en los dedos del compañero diez garras, torcidas como anzuelos, y quedo espantado, sin aliento y con la boca abierta.

—¿Tienes miedo, tú, cobarde y sin fuste?

—No —contestó, como bostezando; y sin darse cuenta entonces salió de su boca la primera mentira de su vida.

Más fatigosamente y más tarde de lo que creía Chili, llegaron al Cristo del Portal. Una vez allí, de no mostrar alguna señal de penitente, no le iba a acompañar más adelante, aunque de labios del otro oyese palabras como friolero, cobarde, miedoso y cualquier otro insulto. Llegaron alguna vez. El compañero, por no ver la imagen del Cristo crucificado, se adelantó por detrás de la columna de piedra. Cuando Chili, con el deseo de decirle algo levantó la cabeza y abrió los ojos, se le figuró ver en el rostro del otro hocico y dientes de cabra; y en la creencia que tenía un cosquilleo como el que da una cadena, al mismo tiempo que frotaba el pescuezo con la mano, el de la cara de cabra le soltó una gran carcajada.

—¿Tienes miedo? —le preguntó, pero no con palabras de hombre, sino con balidos de cabra. Chili nada le contestó.

Ambos iban cada vez más aprisa, al parecer a porfía. Para dejar atrás Olaeta, tuvieron que pasar por el puente de Lea, por la estrecha senda de Auria, a través de Arrufain; y aunque aquellos parajes para pescar anguilas conocía tan bien como los rincones de su casa, no distinguió Chili ni casa ni río, ni puente, ni fábrica. Cuando llegaron a las inmediaciones de Oibar, registro los pantalones, sacó el rosario y empezó a rezar sus quince misterios.

—En vano —le dijo su compañero. El cual, como si se hubiera despertado de un sueño pesado, le miró con la boca abierta.

—En vano —le dijo el otro por segunda vez.

Chili, el pobrecito, estaba no pudiendo cerrar los ojos, cual, según dicen, suelen estar los pájaros delante de una culebra: ambos quietos, ambos mirándose mutuamente. Si el miedo mismo pudiera encarnarse y hacerse hombre, no estaría tan descolorido como estaba Chili. El seudopenitente le mostraba una traza cual si cien rostros anduviesen dando vueltas en una rueda; parecía que los perros de ojos más rojos y chatos, los chivos más viejos y barbudos, los cerdos más feos y sucios y otras muchas clases de animales parecidos a

los citados, parecía que habían convenido en presentarse sobre sus espaldas.

Chili ¡el pobrecito! iba a caer cuando el otro, riéndose a carcajadas, le dirigió por última vez la pregunta anterior:

—Chili, forzudo, escucha bien y responde una vez y para siempre: ¿Tienes miedo?

—Madre María (de) la Antigua, tengo miedo —dijo, y golpeando con la mano la puerta de la ermita de Oibar, cayó de bruces adentro.

Entonces el pseudopénitente, con un rugido terrible que le salió de sus entrañas

—Chili —le dijo—, otra vez deja en paz al demonio del infierno. Soy yo. He aquí la señal. Mío eras, mío. Da gracias a lo que tienes en la mano y al lugar en que estás.

Diciendo esto, dio un gran golpe a la puerta y allí dejó incrustadas las huellas de las cinco enormes garras de su mano.

La pequeña ermita aun hoy está en pie y entera en Oibar, delante de Gizaburuaga, junto al río, pero renovada.

En su puerta no parecen, desde hace tiempo, las señales de las garras del demonio.

27.— LA YEGUA Y LOS POTROS (BN)

Joanes, el de Iriarte, tenía una yegua que cada año se le presentaba estéril. Una mañana fue a Pamplona a saber qué tendría que hacer para que la yegua llegase a estar fecunda. Un estudiante, al saber a qué iba, le dio dos cosas grandes, redondas y hermosas, diciéndole que eran huevos de yegua, pues que también la clueca necesitaba huevos para sacar polluelos.

Cuando volvió a casa, dando al estudiante como recompensa un poco de dinero, al saber que la yegua no estaba en casa, fue en busca de ella, y tal como le enseñó el estudiante, habiendo arreglado bien el nido entre unas matas, puso en él los huevos y ató (cerca) a la yegua (suponiendo) que alguna vez había de acordarse de meterse allí para calentar los huevos.

Al día siguiente, volvía Joanes de ver a la yegua, y cuando notó de lejos que dos potros iban de entre matas hacia el zarzal, quedó asombrado. ¡Qué alegría la suya! ¡Cuán pronto calentó la amada yegua los huevos y le sacó crías! Echó a correr tras ellos, gritando:

—¡Pucho! ¡Pucho! (Potro, potro).

Y como no venían, volvió donde la yegua, diciendo esto entre sí:

—Los nacidos en el monte (tienen) costumbres selváticas. La misma yegua les recogerá más fácilmente y antes que yo.

¡Cuán grande fue el disgusto y sentimiento de Joanes, el de Iriarte, cuando vio muerta a su amada yeguita! ¡Muerta y comida y destruidos los dos huevos! Cuando advirtió que los dos supuestos huevos que allí estaban eran dos calabazas y lo que él creyó potros habían sido dos lobos, ¡¡qué aflicción la suya!!

Martín Arotzarena, de Iriberry (Villa-nueva de Aezkoa).

28.— LA ESTOPA DE BERASTEGUI (AN)

El cura de Berástegui no estaba satisfecho de sus feligreses. Para traerlos a buen camino, siendo su hermana la mediadora, se le ocurrió hacer algo, y en una ocasión subió al púlpito y les dijo:

—Venid todos, grandes y pequeños, todo el pueblo, el próximo domingo a misa mayor, pues necesito deciros algo grande, que merece la pena de oírse.

Según el deseo del cura, se reunió todo el pueblo en misa mayor. Subió el sacerdote al púlpito y dio comienzo así a su sermón:

—Berasteguianos: el día pasado, queriendo tener noticias de los hijos de aquí, salí del mundo e hice una escapadita. Primeramente, fui al Cielo. Llamé a la puerta y me salió San Pedro. Me pregunto qué era lo que quería. «San Pedro —le dije—, ¿hay aquí algún berasteguiano?» «No hay ni muestra», me contestó.

Fui después al Purgatorio. También allí toqué la puerta y pregunté: «¿Hay aquí algún berasteguiano?» ¿Sabéis quién era aquel pobre hombre Pedro José? Me respondieron que no había allí otro berasteguiano sino aquél.

Por fin, fui al infierno y llamé a la puerta. Al demonio que salió a ella le pregunté: «¿Hay aquí algún berasteguiano?» «Todo está cubierto de berasteguianos», me contestó.

Después de dar cuenta el sacerdote de sus andanzas por el otro mundo, riñó fuertemente a sus feligreses:

—Berasteguianos: sois malos y habéis agotado la paciencia de Dios. Por eso, os va a infligir un gran castigo.

Luego, mirando a la bóveda de la iglesia y con gran voz, dijo:

—Señor: arroje ese fuego. Que se abrasen todos los malos berasteguianos.

Tal como había dicho el cura, cayo de la bóveda de la iglesia un pedazo de estopa ardiendo, y todos los feligreses quedaron asombrados.

—Señor: arroje más —dijo nuevamente el cura.

Y también por segunda vez cayó un gran pedazo de estopa ardiendo.

La gente se pisoteaba en la puerta, pretendiendo salir fuera.

El cura dijo:

—Arroje más.

—Señor: se ha terminado la estopa —le dijo su hermana desde la bóveda de la iglesia.

Justo de Albizu, de Ulzama.

29.— EL TAMBORILERO DE BERRIATUA (B)

Lo que nos dice el apodo: era silbante y a veces aun zapatero, y además estaba casado y era dueño de un perro grosero grande y comilón. El perro no tenía oficio (*sic*). Por no tener mucho que comer en la cocina, solía ir con frecuencia junto al horno, por lo menos seis veces por cada hornada. Muchas veces comió el perro a dos carrillos la masa de borona que, presta para meterla en el horno, tenía la mujer del tamborilero (la tambolinera era el nombre que tenía en Berriatúa). Era de ver en tales días la buena ama del perro comilón. Insistió una y más veces en que el perro había de ser arrancado de casa. Por fin, al tamborilero le salieron estas palabras, muy agradables a su mujer:

—Lo llevaremos a Bilbao para vendérselo a alguien.

Llegó ese día. Teniendo por compañeros de viaje a un vecino suyo y al perro, caminaba nuestro Chambolín un amanecer por Markina para Bilbao. Por iniciativa suya fueron al mercado sus dos compañeros, hombre y perro, llevando aquél a éste atado con una correa. Al cabo de cosa de una hora, viene Chambolín, como si fuera otro, con trazas de mercader. Haciendo como que no se conocían, preguntó a su conterráneo:

—¿A qué precio vende usted ese perro?

—A tres onzas de oro.

—¿Tanto!

—Ni un ochavo más barato.

Chambolín sacó del bolsillo una cuerquita y midió al perro con mucho tiento. Unos curiosos que andaban allí de un lado para otro, se le acercaron por curiosidad. Dijo entonces el tamborilero al vendedor:

—Es hermoso perro, muy hermoso. Pero yo no tengo conmigo sino dos onzas de oro y voy a casa en busca de la tercera.

En cuanto se separó Chambolín, uno de aquellos curiosos, sin duda ningún majadero, se acercó al del perro y empezó a hablar con él como si quisiera comprárselo.

—¿Para qué sirve? ¿Sabe ir por liebres?

—No; pero como su dueño es zapatero y tamborilero, cuando va a los pueblos pone jamugas sobre la espalda del perro, y éste le lleva en ellas a un lado el tamboril, al otro algunos pares de zapatos y el silbo atado al rabo.

Al oír estas habilidades del perro, uno de entre los curiosos, majadero más que majadero, sacando de su escarcela tres onzas de oro hermosas se las entregó una por una al del perro.

¿María Martina Maruri, de Murelaga?

30.—EL BESUGO Y LOS ESPOSOS (B)

Un marido y su mujer tenían una vez un besugo para la cena. A la tarde, mientras el hombre fue al monte, la mujer asó el tal pescado y lo devoró. Cuando (el hombre) bajó del monte y llegó a casa, su glotona mujer le dijo:

—Pedro, no hay cosa que a nosotros no nos suceda. He tenido el besugo colgado del clavo y el desvergonzado de él se me ha escapado al arroyo.

El hombre, al oír esto, fue a registrar los rincones, llevando un palo en las manos. Sus tentativas fueron inútiles. Según venía hacia casa vio un hermoso besugo en la cesta de una vendedora de pescado, y diciéndole: «¿Ahí estás, ojirrojo?», se lo llevó a su casa. La vendedora empezó a seguir a Pedro, gritando e insultándole, todos los de la calle se desvernillaban de risa... Por la paz, un caballero dio a la vendedora el dinero del besugo.

Pedro, al llegar a casa, tomó a su cuidado el aderezar la cena. Metió el besugo en un gran puchero provisto de agua y se sentó junto al hogar, teniendo palo en la mano, para que el pez no se le escapara por segunda vez. Pronto empezó a hervir el puchero. Pedro, creyendo que el pez quería escaparse, dando fuertes golpes con el palo, hizo trizas el puchero. La culpa de todo lo sucedido era de la mala mujer.

Aprendido en Aramayona.

31.—UNA REINA SIN BRAZOS (B)

Un viudo tenía una hija muy dadivosa. Entre sus muchas virtudes ésta era la que más destacaba: la compasión. Muchos pordioseros tenían costumbre de acercarse a la puerta de su casa. Nadie salió nunca de allí sin algo en la mano. La bondadosa muchacha acostumbraba dar a los más pobres, desde huevos hasta chorizos,

Una vez llamó una vieja bruja en aquella casa y dio también a aquélla en abundancia alguna cosa, además de dinero. La mala e ingrata vieja fue a la heredad a donde el padre de la muchacha a darle cuenta de la calidad de su hija:

—Es una desmañada, perjudicial, derrochadora. También a mí me ha dado estos pe-

dazos de maíz y de chorizos, además de la limosna, y saque usted las cuentas. Lo que usted gana es poco para sus manos y, ¡pobrecito!, se va usted a arruinar.

Creído el majadero del padre y de allí a poco, diciendo que iba a llevar a la hija a la romería, vistiéndola de día de fiesta, la sacó de casa consigo. En llegando al desierto, la hizo subir a la hija a un árbol y, cortándole allí los dos brazos y atada con una cuerda en una rama, la dejó llorando a la pobre muchacha...

Comenzó a llover. Unos soldados, entre ellos el hijo del rey, pasando por allí en busca de refugio, tomaron descanso debajo de aquel árbol. Viendo caer gotas de sangre y mirando arriba, hallaron una hermosa joven, que se deshacía en lágrimas.

Le preguntaron:

—¿Qué tenéis?

Cuando la mujer les dio cuenta de todo lo sucedido, el hijo del rey la llevó a su palacio. Ordenó a los criados que la cuidasen bien. Todos, compadecidos, la querían muchísimo y estaban como enloquecidos por ella.

El hijo del rey le manifestó el deseo de casarse con ella.

—¡Casarme yo, y nada menos que con un heredero del Trono! Se reiría cualquiera al saber que se casa una sin brazos.

—No importa.

Dicho y hecho: se casaron pronto.

Antes de un año tuvo que partir lejos el esposo: a la guerra. Mandó que le trataran bien a la esposa.

Pronto le llegó el parto. Tuvo gemelos: niña y niño muy lindos. Entonces apareció nuevamente aquella vieja bruja, malvada, ingrata, discurriendo cómo perjudicar a la de sin brazos. Los del palacio dirigieron una carta al hijo guerrero, comunicándole «que había tenido hijo e hija». La bruja, sabiendo quién era el comisionado, le quitó esta carta y le entregó otra. «Su esposa, manca de los dos brazos, ha tenido dos gatitos, y todos estamos llenos de vergüenza.»

Habiendo recibido el hijo esta carta, ordenó: «Comoquiera que sea, cuiden bien a mi esposa.»

Saliendo la bruja al camino al comisionado, guardó esta carta y le entregó otra escrita por ella. «Desde el momento en que se reciba esta carta pueden sacarla del palacio a esa mujer, juntamente con su producto.» Leyeron asombrados el rey y su corte.

—No es posible —decían—. No es tan duro de corazón. No tomemos resolución alguna hasta que él venga. Estos niños, por lo menos hasta que sepan andar, tengámoslos en casa.

La madre, al ver la frialdad y tristeza de los de casa, más de una vez les preguntaba:

—¿Qué os pasa para estar tan apurados y tristes?

Cuando los niños aprendieron a andar. «Tenemos esta orden —le dijeron—, y para cuando él venga está usted precisada a salir con los niños.»

Cuando abandonó el palacio, todos estaban llorando. Andaba de pordiosera la pobre de sin brazos. Todos la socorrían en lo que podían.

Un día llegó el rey a palacio (para entonces había fallecido el padre):

—¿Dónde está la esposa y los hijitos?

—No están en casa. Nosotros, señor, os dimos cuenta exacta de lo de aquí, y como vos mandasteis sacarles de casa, nosotros...

—¡Yo mandar semejante cosa!

—Por ahí dicen que andan pidiendo limosna de pueblo en pueblo, los pobres.

El rey dijo a un hermano suyo:

—Vámonos de pueblo en pueblo en su busca.

Y empezaron a andar.

Estaban la madre y los dos hermanitos junto a un arroyo, y yendo éstos a beber agua para satisfacer la sed, ambos cayeron al río. No teniendo brazos la madre para sacarlos, se le ahogaron los angelitos. La madre no cesaba de llorar.

En esto se le acercó una mujercita, la Madre Virgen.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Se me han caído al río y se me han ahogado el niño y la niña.

—Ten mucha fe en Dios. Mete una mano en el agua y sacarás al uno.

—Pero, señora, yo no tengo ni manos ni brazos.

—Haz lo que yo te digo.

Movió algún tanto el cuerpo y en un lado surgiéronle mano y brazo, y con ellos extrajo del agua al hijo. Haciendo otro tanto en la parte izquierda, sacó arriba a la hija. A ambos los tenía vivos. ¡Qué alegría la suya!

Entonces, la Virgen María, dándole agua bendita en una botellita, le dijo:

—Vete a un prado de ahí arriba, hecha esta agua por tres veces y di: «Padre, Hijo y Espíritu Santo: ayudadme.» Diciendo esto, surgirá un hermoso palacio y vivirás allí, sin que nada te falte. Pero no dejes de dar limosna y hospedaje a todos los que te lleguen a la puerta.

Viviendo ella con toda clase de comodidades, juntamente con sus dos hijos, andaba su esposo con su hermano preguntando a uno y otro por diversas partes. Aunque había muchos pobres que tenían noticias del palacio, nadie les daba luces acerca de la de sin brazos. Llegaron ambos hermanos a la población próxima al palacio.

—De saber alguien, en este palacio pueden adquirir informes —oyeron de labios de muchos, y se fueron allá.

Les salió la misma esposa.

—Señora, ¿se le ha presentado, por si acaso, alguna vez una mujer hermosa, sin brazos, con dos criaturas, pidiendo hospedaje? Después de preguntarles todos los pormenores, les respondió la señora:

—Si ésa que ustedes dicen es una que ha sufrido mucho, también he sufrido mucho yo misma.

Mirándola el rey con atención, pensaba entre sí: «Si no tuviera brazos, diría que es ella.» Luego, mirándole atentamente a la cara, le dijo:

—Señora: usted tiene un gran parecido a ella.

—Yo os soy.

Largo tiempo vivieron juntos, llenos de alegría en aquel palacio. Una vez vieron desde lejos a un anciano agobiado que traía un saco en la espalda. La esposa dijo al esposo:

—Apostaría que aquél es mi padre.

El anciano andaba pordioseando. Saliéndole al paso, la reina supo de él muchos detalles y le preguntó:

—¿No tenía usted una hija?

—Sí, pero murió.

—Tal vez no.

Le hizo decir al anciano todos los secretos: que llevó a la hija a un bosque y la dejó entre las ramas de un árbol, sin brazos y atada y otras circunstancias.

—Mire bien. Yo soy.

Estando el anciano de rodillas, pidiendo perdón, dijo ella:

—Más culpa tenía aquella vieja perversa.

Y le hizo entrar.

Al anciano le dejaron el palacio. Ellos fueron a vivir a la capital del reino.

Francisco Urkiaga, de Murelaga.

32.— UN SOMBRERO COMO NINGUN OTRO (B)

No sabiendo un holgazán cómo sacar la vida sin trabajar, inventó un sombrero bien adornado de cintas. Solía ir él a una taberna, a la que acudían unos caballeros, y para en adelante se entendió con el tabernero. Después de tomar alguna oncena o bien una merienda,

—¿Mi cuenta? —le decía al tabernero.

Al contestar el tabernero, *tanto*, él solía dar una vuelta al sombrero.

—Está bien —decía entonces el vendedor, y el otro solía ir a casa con el interior caliente y con el humor mas caliente aún.

En los días segundo y tercero hizo lo mismo. *Mi cuenta. Tanto.* Una vueltecita al sombrero. *Está bien*, y adelante, hasta otra.

Viendo otro tanto, por cuarta vez, admirados aquellos caballeros, preguntaron al holgazán:

—¿Cómo puede ser eso?

—Sin dar dinero (dice el otro) que está bien, y a casa. ¿Cómo demonio puede ser eso?

—Moviendo bien este mi querido sombrero de la cabeza, dondequiera me dan gratis todo lo que pido; y no solamente a mí, sino también a los que van unidos conmigo. Vayamos los cuatro esta tarde a alguna fonda que ustedes quieran a merendar.

Después de decirse los otros alguna cosa en secreto, dijo el del sombrero:

—¿A casa de Francisco Barbas? Está bien, a las cuatro me tienen ustedes donde Francisco.

Aun para las tres estaba aquél allí.

Haciéndole reír dulcemente a Francisco Barbas, le pidió le diese palabra de que la cuenta de aquel día le dejase pagar con la señal del sombrero, prometiéndole que al día siguiente la liquidaría con dinero y hasta con propina. Francisco le dijo que sí. Después de andar en alguna otra parte, hasta eso de las cuatro y media, llegó el perezoso. Desde poco antes estaban allí los otros tres. Cuando llegó el momento del pago, dijo el perezoso:

—Francisco, nuestra cuenta.

—Tanto —contestó Francisco Barbas.

Movió el vago el sombrero a uno y otro lado.

—Está bien —dijo Francisco.

Después de salir de allí, dijo el vago a los compañeros:

—Señores: si así como hemos sido cuatro, hubiéramos sido catorce y aun veinticuatro, para mí, igual: dando unos movimientos a este mi amado sombrero, en paz.

—Chico, nos tienes que vender ese sombrero.

—¿Cómo! Están verdes. Sin esto, ¿cómo viviría yo?

—Sí, hombre; pide dinero, sin miramientos, como precio del mismo.

—Pero, señores, si tengo que vestirme, me viste él; si tengo que alimentarme, él; para ir a alguna parte, si necesito mula, caballo o algo semejante...

—Sí, chico; eso y más, te creemos. Tú has usado muchos años ese sombrero, ahora lo necesitamos nosotros.

A fuerza de insistir y de dinero se adueñaron aquellos tres caballeros holgazanes del sombrero de aquel flojo. En la siguiente fiesta, pareciéndoles poca cosa el pueblecito donde ellos vivían, fueron a una ciudad mayor, y allí, a la fonda más nombrada. Pasaron allí el día completo, con noche y todo. Bastante entrada la mañana del día siguiente, llamaron al fondista, y el más atrevido de los tres, el del sombrero, le dijo:

—Nuestra cuenta.

—Tanto.

Era algo grueso lo que les pidió. Moviendo a derecha e izquierda el sombrero, ya iban haciendo adiós.

—¿No me han oído cuánto es lo que deben?

—Dame a mí ese sombrero —le dijo el segundo de los compañeros.

Se cubrió con él y preguntó:

—¿Cuánto ha dicho usted?

—¿Están ustedes acaso sordos? Tanto.

Movió vivamente el sombrero el segundo de los amigos. Comenzó a enfurecerse el fondista al ver que se iban sin más. Entonces, quitó el tercero al segundo el sombrero, se puso y

—¿Cuánto, fondista, cuánto? —le preguntó al fondista.

—¿Se proponen ustedes acaso hastiarme completamente? Les he dicho que es tanto y... luego no me...

Por más aspavientos que el tercero dio al sombrero, al fin los majaderos tuvieron que pagar en dinero el gasto que hicieron en comer y beber en abundancia en aquellas veinticuatro horas.

María Martina Maruri, de Murelaga.

33.— EL MARIDO DEL OTRO MUNDO (AN)

Vivían en Aranaz un muchacho y una muchacha a punto de casarse. De repente llevaron al muchacho a la guerra. Después de un ataque, se apoderaron de una ciudad que tenían cercada. Al decir el jefe «Saqueo libre», cada cual se arrambló lo que pudo. El muchacho de Aranaz se apoderó de un cáliz. Tuvieron más tarde otro tiroteo y allí murió el hijo de Aranaz.

De allí a poco, su novia, haciendo otro amigo, se casó. Comenzó a aparecérselo el amigo de antes. La recién casada no sabía qué decir. Por aquellos años, vivía en Bera un fraile sabio, que había aprendido grandes cosas en el infierno cuando era amigo de Atarrabio. La recién casada de Aranaz fue a donde aquél en busca de luz.

—Señor fraile —le dijo—, estos días se me aparece uno del otro mundo, que antes fue mi novio. De miedo, no le puedo decir yo nada.

—Háblale tuteando, diciendo esto: «Si eres de buena parte, habla; si de mala, húndete.»

Una vez, estando hilando, se le apareció nuevamente y le dijo la mujer:

—Si eres del partido del bueno, habla; si eres del malo, húndete.

—Soy del partido del bueno —dijo el aparecido—. Dios me ha enviado desde el

Cielo. Antes de morir, robé un cáliz y guardé en una roca. Cuando aquél sea llevado a su sitio, de nuevo voy yo al Cielo.

Diciendo esto, desapareció el aparecido.

Oído a Iguzkiza, hijo de Larraun.

34.—EL SUPERIOR DE BIDAXUN (L)

El jefe de la cantera de Bidaxun habiendo perdido un pleito en Bayona y Pau, apeló a París. Tenía que estar el día siguiente en París, a las nueve; no sabía cómo llegar y andaba triste. Una mujer, sabiendo lo que le pasaba, le dijo en el habla del Bearn:

—*Ana parla lu Carrerot.*

Y se fue él donde ese Carrerot. Era Carrerot un hombre que andaba entre brujas y el pleitista de Bidaxun, no siendo por camino brujeril, por lo menos por camino real, no podía alcanzar París en tan pocas horas.

Carrerot, aceptando el deseo del de Bidaxun, se fue donde la bruja y le dijo que hacia media noche necesitaría una acémila, pero untada. A media noche, Carrerot y el compañero montaron en la espalda de la acémila untada y empezaron a andar con dirección a París, por encima de casas y de montañas. La bruja no midió bien la altura, y cuando hubieron de pasar por Estrasburgo, el caballo trabó sus patas en el campanario y los jinetes estuvieron a punto de caerse.

Entonces Carrerot dijo:

—¡To! Es este el campanario de Estrasburgo. Al untar la acémila, el dueño no le ha dado bien la altura.

Para las seis (de la mañana) llegaron a París, y a las nueve estaban los dos en la Audiencia. Cien luises dio el amo de la cantera a Carrerot, y ganó el pleito.

Graciosa Berreterot, viuda de Sorhueta, en Bardos.

35.— MUY REDONDOS (B)

Dos hombres, después de haber andado largo tiempo en tierras lejanas, llegaron juntos a su pueblo natal. Los hombres más salientes de la villa, entre ellos el párroco, les convaron un día queriendo saber noticias del Extranjero.

—¿Qué has visto, Manuel, en esos rincones del mundo?

—Yo, cosas grandes, si alguien las vio jamás.

—Dínoslas unas cuantas.

—Vi una vez a un hombre de siete brazos que tenía una sola cara. ¡Espectáculo aquél! Delante de él no podía uno menos que asustarse.

—¿Otra cosa, Manu?

—Una vez estaba en el extremo superior de una torre una gallina graaaande. ¡Qué era aquello! Tenía bajo sus alas todo el pueblo. Nosotros, como si fuéramos polluelos, estábamos bajo ellas muy calientes.

Oyendo estas cosas, unos oyentes se reían; algunos, en cambio, estaban encolerizados. El eclesiástico, sin carcajadas ni enfados, dijo sonriente:

—¿Otra cosa, Manu?

—Señor: yo tendría poco con una semana para hacer saber las cosas que he visto.

—Di las más salientes y...

—Vi una vez el mar ardiendo.

Al oír esto, los propensos a reír prorrumpieron a carcajadas, los coléricos estaban espumajeando, como un puchero hirviente, y querían llevar a Manuel atado a la cárcel. El sacerdote dijo:

—Oigamos al segundo —y se dirigió a él diciéndole—: Marcos, también tú habrás visto algo en tus días.

—Señor, el que viaja, si no es ciego, suele ver.

—¿Pues qué es eso que has visto?

—Yo vi una vez una camisa asombrosa, enorme, como no he visto otra jamás: que tenía siete mangas y siete aberturas de mangas. Sin embargo, sólo tenía una cabecera, un cuello.

—Habrá sido para el hombre de los siete brazos.

—Otra vez —añadió Marcos— vi a doce hombrachones con otras tantas palancas en sus manos, queriendo y no pudiendo mover un huevo.

—Sin duda habrá sido puesto por aquella gallina de la torre. ¿Otra cosa?

—Otra... yo, hasta un número indecible. En cierta ocasión en que yo andaba a orillas del mar, tuve ante los ojos a unos pescadores que venían hacia casa. Les miré y ellos como que te come, se ocupaban en zampar peces que habían cogido poco antes. Para comerlos, no tuvieron necesidad de fuego: venían del mar ya asados.

Al oír esto, todos los oyentes, tanto los risueños como los coléricos, se quedaron torcidos de risa. El de la sotana decía a sus compañeros entre toses:

—Señores: he oído filfas redondas en mi vida; más redondas, no.

Domingo Azkoeta, de Zarátamo.

36.— PARA CONOCER A LOS VIVOS, MORIR (B)

No sabemos de dónde se le metió a Pedro cierta sospecha respecto de su mujer. En una ocasión, abrió de par en par su pecho a un íntimo amigo.

—¡Tate, Pedro, tate! Quitá de la cabeza esas malas sospechas y recelos. Tate.

—Sea tate o sea mate, aunque hago los posibles para quitar estas malas sospechas, no quieren ellas salir de mi caletre.

—¿María, no es de buenas costumbres?

—Eso, sí.

—¿Tan laboriosa y diligente como cualquiera otra?

—También.

—¿De dónde y de qué clase son, por consiguiente, esos tus recelos y sospechas?

—Creo que no me quiere nuestra María.

—¿De dónde sabes eso?

—¡De dónde... de dónde... de dónde! No sé como para decirlo, pero lo tengo metido en mi pecho. Jamás le veo una sonrisa de cariño.

—¡Hombre! Cada cual es como le ha hecho su madre. Unos son como para estar siempre ijiji-ajaja; otros muchos, por el contrario, para estar más ceñudos que los santos viejos de la iglesia.

—Eso puede ser verdad; pero yo tengo metida la espina hasta lo más íntimo.

Después de ocuparse en decir largamente otras cosas, e interrumpiéndole, dirigió su amigo estas palabras a Pedro:

—Una buena idea me ha ocurrido ahora para sacar de tu pecho esa espina dolorosa. Oye, Pedro. Haz que te muestren a María como si estuvieses muerto. Y la veremos entonces derramar ¡oh, cuántas lágrimas amargas!

—Ese me parece también a mi el medio más adecuado.

Poco después de armar entre ellos ese embrollo, Pedro llamó a su criado y le dijo:

—Muchacho, mañana iremos juntos al monte los dos. Para eso, será necesario que llevemos un saco grande. A mí, metido en ese saco, me traerás a casa como si estuviera muerto. A mi mujer le dirás esto y lo otro. Que no sepa nadie que es cosa de diversión. Hoy a nadie mencionará nada acerca de esto.

Al día siguiente, amo y criado fueron temprano al monte. A media mañana, al venir hacia casa, no aparecía junto al carro otra persona que el criado. Su amo (nuestro Pedro) yacía en un saco grande, dentro del carro. Cuando llegó a casa, el ama preguntó al criado:

—¿Qué traes, muchacho?

—¡Que qué traigo, señora; que qué traigo! El amo, cayéndose desde la rama de un castaño, se ha fracturado el espinazo y ahí le traigo muerto.

—En ese caso, arrójale a la leñera de la cuadra de ahí abajo.

Dicho esto, María se retiró a su habitación sin que de sus ojos manara una lágrima ni de su corazón un desahogo.

Algo después llegaron las amortajadoras a vestir al muerto. Para esto, un criado de casa trajo una camisa y otras ropas interiores del amo. Habían dado comienzo al trabajo cuando entró la señora del amo.

—¿Qué? —les dijo ésta—. ¿Queréis vestirle con camisa nueva? Esa será buena para el siguiente marido. Quitad, quitad; póngasele alguna otra cosa.

Sacó el criado otra camisa más usada y cuando se la iba a entregar a las amortajadoras

—Fuera también esa, pues será buena para el siguiente —añadió la señora.

Entonces, una de aquellas mujeres dijo:

—Con la madeja de hilo que esta allí podemos envolver al difunto.

—Con eso, sí —repuso la recién viuda...

Cuando le amortajaron, queriendo la señora de casa disimular su alegría al ver presentes algunos vecinos, aparentando semblante triste, dijo estas palabras:

—¡Ay, mi Pedro! ¿Qué parecen?

—¿Yo? Un butrino, María.

Diciendo esto se levantó del ataúd donde yacía y le propinó buenos sopapos Pedro a su mujer, haciéndole oír estas palabras—: Este para ti, éste para el siguiente; éste para ti, éste para el otro...

Si no le quitan de entre manos, ¿no le habría dado muerte Pedro a María en aquel momento?

Después, según iba a su habitación a vestirse, dijo Pedro:

—Para conocer bien a los vivos no hay nada mejor que morir.

Oído en Olaeta a don Tomás Eguía, hijo de Ochandiano.

37.— VIVO EN EL ATAUD (AN)

Un hijo de Ezkurra se ocupaba una vez, hacha en mano, en querer derribar una rama de haya. Tenía junto al haya el burro cargado de leña, ya medio preparado para ir a casa. Estando el ezkurrano ocupado en aquella tarea, acertó a pasar no lejos de allí un arriero, y viendo al leñador expuesto a caerse, le dijo:

—Eh, amigo, vas a caerte a tierra.

Sonrióse el de Ezkurra y, sin contestarle nada de palabra, siguió impertérrito su trabajo. Al cortar al haya aquella rama sobre la cual estaba él sentado, llegó a tierra antes que la rama. Más adentro que el dolor consiguiente, se le metió la perspicacia y sabiduría del arriero, y cuando se levanto de tierra empezó a andar ligero en pos del arriero. Poco antes de llegar a él le llamó:

—Eh, amigo.

—¿Qué quieres?

—Habéis acertado conmigo. Sin que yo lo esperase, he caído a tierra, tal como lo habéis dicho. Vos, que sois tan despejado, sabréis sin duda cuándo he de morir yo.

—No es eso para mí cosa difícil. ¿Quieres saber cuándo has de morir, no es verdad? Mira. Cuando este burro, yendo bien cargado de leña, suelte tres cuescos, entonces has de morir tú.

Había desde entonces pasado un tiempo no sé si corto o largo e iba nuestro ezkurraño cuesta arriba, llevando por compañero a su burro bien cargado de leña, y sonó un cuesco de este compañero. Azoróse el ezkurrano y, teniendo en la mente la predicción del arriero, dijo:

—Tengo otros dos.

Antes de un cuarto de hora el burro produjo otro ruido, aún más duro y duradero que el primero. El ezkurrano, esquivo y triste, dijo:

—No tengo ahora sino uno.

Pronto salió también el tercer ruido por el camino de los dos primeros. Al oírlo el ezkurrano, convencido de que había muerto, ¡cataplum!, cayó a tierra.

Cuando el burro llegó a casa, empezaron los familiares a apurarse, pues no sabían dónde estaba el amo. Muchos hombres del pueblo, oyendo sus gritos y clamores, salieron en busca del otro. Al buscarle y hallarle dijo uno:

—Este hombre está muerto.

Unos dijeron que no. Los más creyeron que sí y, metiéndole en un ataúd, empezaron a llevárselo al pueblo. Cuando llegaron a la encrucijada preguntó uno:

—¿Iremos por el camino de arriba o por el de abajo?

También entonces surgió un conato de tumulto, diciendo los unos que por el de arriba, los otros que por el de abajo. Entonces oyeron la voz de quien menos esperaban:

—Yo, cuando vivía, solía ir por abajo.

Quien dio este parecer era el del ataúd. Los portadores, despavoridos, en cuanto sus palabras les llegaron al oído, dejaron en tierra el ataúd y a todo correr se fueron a Ezkurra.

Aprendido en Larraun. ¿Referido por Francisca Iribarren?

38.— «DIRU» Y «TXORI» (B)

Marcos, o Martín, o Marcelo, o a lo menos Mar y algo más era el nombre del primero. Al pasar de treinta años todos los demás, a no ser su anciana madre, le llamaban *Diru*

(Dinero). Era hombre de semblante lindo, de cuerpo esbelto, meloso de palabra. Por el contrario, era tosco, flojo y taimado de corazón y de alma. Mientras su madre era capaz de andar de trabajo en trabajo, a semejanza de una lanzadera de telar, nuestro muchacho vivía a gusto, cómodamente.

Cuando a la madre se le acortó la vista, se le entorpecieron las piernas y se le debilitaron los brazos, comenzó el hijo a manifestar la flojedad, tosquedad, socarronería y otros muchos defectos del alma que hasta entonces los tenía ocultos.

Próximamente un año soportó y sobrellevó la madre la ingratitud del hijo. Después, la pobre se retiró al hospicio del pueblo. Allí, cualquier cosa le recordaba a su hijo: tanto el hombre flojo como el diligente, el guapo como el feo, mujer anciana como joven, bullanguera como callada. El uno le recordaba a su hijo porque no se le parecía, el otro porque tenía, bien sea la nariz, bien los andares o bien el semblante, semejantes a los suyos.

El hijo le visitó dos veces a la madre durante los cinco largos años que estuvo en el hospicio. Ni los lodazales ni los pantanos suelen vivir solos, pues se les juntan algunas hojas atraídas por el viento y las piedras arrojadas por mozalbetes. También este nuestro muchacho, después de haber pasado solo, de alguna manera, dos años, se casó, y en adelante anduvo de pueblo en pueblo, vendiendo peines, alfileres, cuchillos, tijeras y otras muchas chucherías. En nada parecía vasco. Se hizo más pegajoso que la mosca en invierno. En la lengua tenía más adulación que muchos escritores en la pluma. En los pueblos de Bizkaya y Guipuzkoa le hicieron más dueño de apodos que de bienes: *Kuku*, *Minlaban* (adulador), *Lamertzeres* (este apodo parece que le pusieron en Ondárroa, por su esposa, porque él la llamaba La Mercedes), *Peine fino* y otros. A nuestro parecer, *Diru* era el apodo más conocido. Digamos ahora de qué llegó a ser *Diru*.

Una vez, estando en un pueblo de la costa, llegó un hombre que traía unos pájaros bonitos, como objetos de venta, el cual, si hubiera nacido ave, por lo menos hubiera sido milano: de ojos ribeteados, de garganta áspera, completamente deslenguado. La mayoría de los hombres del pueblo se le acercaron a este hombre a ver sus lindos pajarillos.

Los que con más frecuencia se iban a él eran los indianos (americanos). Se habían fijado en un pájaro; pero no para llevarlo a casa, sino para saber qué era. El uno decía que era sinsonte, el otro que era maracaibo. Para salir de esta duda se acercaron al de los pájaros. Juntamente con ellos fue nuestro *Diru*. Al preguntársele qué nombre tenía, el dueño contestó:

—Cuarenta reales.

Por segunda vez le pidieron el nombre los dos indianos; y el dueño les contestó que lo diría después de venderlo.

Entonces *Diru* le ofreció veinte reales por él. Hicieron el contrato. El de los pájaros dijo que era Ave del Paraíso. Los indianos, tanto el uno como el otro, quedaron algo incrédulos. Sin embargo, nada le contestaron.

—Buena le he metido —le decía por la noche *Lamertzeres* a La Mercedes—: por un duro falso tenemos un hermoso pájaro del Paraíso.

A poco de meter al ave en la jaula, se encamó él.

—Buena le metí —se decía a sí mismo al día siguiente el de los pájaros.

A la mañana temprano, fue *Diru* a ver su avecilla y quedó admirado de lo que veían sus ojos: el pájaro sin pinta y el agua entre amarilla y azul. El ave, de Ave de Paraíso, se redujo a malviz.

Al día siguiente fue el de los pájaros, siguiendo la diaria costumbre, a beber aguardiente. Para pagarlo, sacó el duro de *Diru* y el tendero se lo devolvió, diciendo que era falso. Cuando se vieron los dos *taimados*, después de reírse de gana, he aquí lo que resolvieron:

—Como recuerdo de este suceso, enviemos nuestras compras al lugar que les corresponde —dijo *Diru*—: el pájaro al monte, el dinero al agua.

—Bien dicho. Arroja tú primero el pájaro y después arrojaré yo el dinero.

—Vámonos en busca del pájaro —dijo *Diru* a la esposa, guiándole el ojo; y se encaminaron hacia la posada.

A la hora, el uno soltó la malviz y el otro arrojó el dinero a la orilla del río. Los dos tuvieron cuidado en mirar adónde cayó la moneda.

Antes de las dos horas cogió el del pájaro su malviz y se fue junto al río en busca del dinero. Para entonces, andaba ya *Diru* en este menester. El otro, al llegar a él,

—Amigo —le dijo—: me tenía por el más taimado del mundo; pero tú lo eres tanto como yo.

—¿Pues qué?

—¡Qué! Cuando has dicho que arrojemos el pájaro y el dinero, acepté tu parecer diciendo para mi capote: «Vienen bien.» Tú habrás dicho otro tanto para el tuyo. Sin embargo, yo, por haber andado más ligero, me he adueñado del pájaro y también me haré con el dinero, porque sé adónde ha caído.

Cuando se supo este suceso en aquel pueblo costero, al del dinero le apodaron *Diru*, y al del pájaro *Txori*. A los quince días *Txori* vendió nuevamente la malviz, transformada en Ave del Paraíso, en la casa de un minero de Bilbao; y el duro le aceptaron en una posada.

Este bonito cuento, arreglado por mí, lo publiqué en *Euskalkale* el año 1899. No recuerdo, sin embargo, ni en qué pueblo ni de quién lo aprendí. ¿Habrá sido en Lekeitio?

39.— EL SACRISTAN DE DOISTU (B)

Entre Deba y Motriko existe un barrio. Su nombre es Doistu. El sacristán del barrio era un hombre pequeñito, gran aficionado al vino. Su nombre no ha llegado a nuestros oídos. Todos los que le conocían, para nombrarle, solían decir el Sacristán de Doistu. Cuando estaba en ayunas era bueno y le querían; cuando bebía era mejor y más querido. ¡Qué sermones los suyos en tales días! Nadie le conoció otro género de calzado que alpargatas negras. Una vez, como en muchas otras, después de beber algo de más, quedó dormido bajo una peña, en una cueva. Un muchacho, que estaba layando en la heredad, viéndole dijo:

—Aquél es el Sacristán de Doistu. Para ver lo que hace, despojándole de una alpargata, voy a vestirle una abarca mía con sus peales.

Cuando el borracho, después de dormir lo bastante, se despertó, levantóse, y mirando largo tiempo a sus pies comenzó a hablar consigo mismo:

—¿Quién eres tú, pobrecillo de ti? Ahora, Sacristán de Doistu —se dijo alargando el pie derecho; y adelantando el izquierdo—: ahora, por el contrario, el Sacristán de Doistu no eres tú. Váyame, váyame a su casa o a la mía. Si el Sacristán está en casa, yo soy algún otro. Si no está en casa, yo soy ese Sacristán de Doistu.

Llegóse poco a poco a la casa del sacristán, golpeó con el puño la puerta. Nadie hizo caso.

—¡Aup! ¿Está en casa el Sacristán de Doistu?

Nadie contestó ni mu ni ma.

—Pregunto si el Sacristán de Doistu está en casa.

Llamada inútil.

—¿Si seré yo? —dijo, y se fue arriba, y allí quedó.
Es de suponer que se tendría por tal.

Domingo Aldazabal, de Markina.

40.— «DOMINISTIKUN» («DOMINUS TECUM») (AN)

Un matrimonio no tenía hijo alguno y se lo pedían diariamente a Dios. No lo alcanzaban y un día se les apareció el diablo y les dijo que tendrían sucesor, un hijo, si le daban palabra que sería para él el niño que habían de tener. Convinieron con él en ello marido y mujer. Al cabo de un tiempo nació el niño. Los nuevos padres resolvieron tener una gran fiesta el día en que había de ser bautizado. Para eso, trajeron a casa un hermoso carnero, para matarlo al día siguiente.

Uno del barrio se dio cuenta aquella noche de la conducción del carnero para la fiesta y se fue de noche a aquella casa a robar el carnero. En cuanto entró en ella encontró al diablo, que había ido en busca del alma del niño. Y dijo al ladrón:

—Tengo el proyecto de llevar a cabo una gran obra, tú no se lo cuentes a nadie. Este niño recién nacido estornudará tres veces y si nadie dice *Doministikun*, morirá el niño y me llevaré yo su alma al infierno.

Al cabo de poco tiempo, estornudó el niño y nadie dijo cosa alguna. Poco más tarde, estornudó de nuevo el niño y advirtiendo el ladrón que nadie decía nada, y para evitar que el diablo llevara el alma del niño, dijo en voz alta:

—*Doministikun*, aunque no haya de robar yo el carnero.

El diablo se fue huyendo. Los de arriba bajaron a la cuadra a ver quién andaba allí. Encontraron al aficionado a carneros y cuando supieron por él lo que había sucedido, dieron los padres al hombre, contentos, el carnero.

Cruz Goyeneche, de Elbetea (Baztán).

41.—LA VERDAD Y LA FE (BN)

Los aezkoanos, cuando se reunían en junta vecinal, nunca se ponían acordes. Un día resolvieron enviar a Pamplona a alguien de entre ellos y pedir allí consejo a un sabio. Para ello eligieron a Yoanes, el de Iriarte. Se fue y encontró a un estudiante junto a la puerta de Pamplona y le preguntó:

—¿Qué hacéis?

—Quisiéramos algo para gobernar a los del valle de Aezkoa.

—Venid conmigo, y yo os daré la Verdad y la Fe. Con éstos fácilmente os pondréis de mutuo acuerdo.

Llevó a Yoanes a la posada y algo le trajo allí en dos pucheros, cubriéndolos de pergamino.

—He aquí, Yoanes, lo que hay que hacer con esto: No abras estos pucheros en el camino, pues tienen cosa viva. Tres que son jefes en aquella Junta metan dos dedos cada uno dentro de los pucheros, sin descubrirlos del todo y chupando lo de dentro.

Cuando se juntaron en la casa de vecinos, allí estaban ya para entonces los dos pucheros: la Verdad y la Fe, sobre una mesa. Como dijo el comisionado, se pusieron de pie tres que eran jefes, y también se acercaron uno tras otro a la mesa. Y cuando metieron los de-

dos y chuparon el contenido, uno dijo:

—Es m...

El otro:

—Así es: es m...

El tercero (Yoanes) el de Iriarte:

—La Verdad y la Fe: es así.

Referido por el párroco de Iriberrí (Aezkoa) don Martín Arotzarena. De sus labios oí por vez primera, y en este mismo cuento (después de publicado el *Diccionario*) la hermosa palabra *larutz*, correspondiente al castellano «pergamino».

42.— LA MUJER PEREZOSA (B)

Vivía absolutamente sola, consumiendo lo que le dejaron sus padres. Nunca trabajó: ni cavar tierra y sembrar semilla, ni hilar hilo y lavar mudas, ni quitar polvo y recoger basuras, ni traer leña y encender fuego. Por agua a la fuente, si no había de morir de sed, y a la vecindad en busca de algo de comer, si no había de morir de hambre. Estas eran las únicas fatigas que Ignacia le daba a su cuerpo. Cuando consumió el dinero que le dejaron los padres, una temporada le daban de comer de balde los vecinos. Por fin, se cansaron, y la gran perezosa, por no empezar a trabajar en el campo, mandó que la enterraran viva. Cuando la llevaban en el féretro, hallaron a una mujer de los alrededores.

—¿Quién ha muerto? —preguntó a los portadores.

—Que nosotros sepamos, nadie.

—¿Vais, acaso, con el féretro vacío?

—Llevamos a Ignacia, la perezosa.

—¡Viva!

—Ella quiere, y...

—Yo le daré unas fanegas de maíz para que pueda vivir; y vuelvan.

—Ignacia: aquí tienes una conocida dispuesta a darte unas fanegas de maíz.

—¿Molido o sin moler? —preguntó la del féretro.

—¡Por Dios, mujer! ¿Te parece poco que te lo den sin moler?

—Si tengo que moler yo esos maíces, guárdelos usted bien en sus arcas. Adelante, hombres, hasta llegar a la sepultura.

Domingo Azkoeta, de Zarátamo.

43.— PIOJO REAL (AN)

Una reina tenía una hija pequeñita, y en una ocasión en que la estaba peinando, le cogió un piojo. Resolvieron que, en lugar de matar, debían guardar y criar aquel piojo en alguna parte, para ver cuánto crecía. Y así yendo días y viniendo días, el piojo se hizo como un gorrino de unos tres a siete meses. Pero se envejeció y después murió. De eso sintieron una gran aflicción la reina y la hija. Y con objeto de tener algún recuerdo del piojo, despojándole de la piel, hicieron un tambor. Cuando se les antojaba, dicen que tocaban el tambor y les servía de recuerdo del piojo.

Estando tocando en una ocasión, dijo la hija a su madre:

—¿Quién será capaz de adivinar que este tambor se ha hecho con piel de piojo?

—Nadie adivinaría —contestó la madre.

Cuando esa conversación llegó a oídos del padre, se le ocurrió que le podría servir esto de medio para ganar algún dinero. Prometió un gran premio para quien acertara de qué cosa se había hecho aquel tambor. Los demás, los que no podían acertar, tendrían que dar alguna cantidad de dinero. En la creencia de que ganarían el dinero prometido, muchos hombres y mujeres se fueron a donde el rey.

—Con piel de zorro está hecho —dijo uno.

—Es de piel de gato —otro.

—Lo han hecho con piel de gallina —otro.

Nadie podía acertar.

Por aquellos días, no lejos de allí, había un hombre que tenía alguna falta en la cabeza. No queriendo permanecer sujeto a los padres y diciendo que tenía que recorrer el mundo, salió de casa. Yendo por el camino encontró a un hombre tumbado, con el oído en la tierra. Le preguntó qué hacía.

—Estoy oyendo cómo nace la hierba.

—Parece que no tienes mal oído. ¿Por cuanto vendrás como criado mío?

—Por tanto.

—Pues sígueme.

Yendo ambos juntos en su camino, encontraron en un bosque a otro hombre, que, cogiendo con la mano, sacaba de raíz árboles grandes y vigorosos, cual si fueran hierbecillas. Admirados los otros de las fuerzas de éste, le preguntaron qué deseaba hacer.

—Quisiera hacer una gran carga con doce docenas y llevarlos al pueblo del rey para venderlos.

Le dijo aquel loquillo que si le quería seguir le daría buena retribución. Se fue con él. A otro le hallaron lavándose la cara.*

—¿Qué haces?

—Aquí, mudándome algún tanto, preparándome para ir al pueblo. Necesito ir allá para la hora de comer.

—¿Para la hora de comer! ¿No es algo tarde?

—Aunque haya camino de algunas horas, con estas mis grandes piernas llegaré en un cuarto de hora.

—¿Quieres también ser tú mi criado?

Contestó afirmativamente, e iban juntos. Cuando llegaron al pueblo no había allí otra conversación sino que el rey tenía un tambor que nadie podía acertar de qué se había hecho. Esos cuatro hombres entraron en una fonda próxima a la casa del rey y aquel amo extravagante hizo ponerse en una ventana que da a la casa del rey a aquel criado de oído fino, encargándole que oyendo las conversaciones de la casa del rey, le contase o diese cuenta de ellas. A la caída de la noche, oyeron estas conversaciones:

—¿Qué dineral hemos recogido con este nuestro tambor!

—¿Y lo que recogeremos todavía, pues no es posible que nadie acierte que este tambor está hecho con piel de piojo!

El criado dio cuenta de estas conversaciones a su amo, y éste, al día siguiente, se fue al palacio del rey a dar, como otros muchos, su parecer acerca de la materia con que estaba hecho aquel tambor. Y desde el principio dijo:

—Señor rey: este tambor está hecho con piel de piojo.

* Hacia el Baztán se usa el verbo *ikuzi* para significar el lavar la ropa y la colada; y *garbitu* para indicar el lavado de la cara.

Entonces no le bastaron al rey todos los dineros que había recogido hasta el momento, para dar el premio que había prometido. Que le diese el dinero que podía soportar un hombre y que lo restante le perdonaría, le dijo al rey. El rey se avino, pero el otro llevó a aquel muchacho vigoroso y el rey no tuvo suficiente dinero en todos los rincones del palacio para poder cargar cuanto pudiese levantar aquel muchacho.

Cruz Goieneche, de Elbetea (Baztán).

44.— LA CARA DEL REY (G)

Vivía un matrimonio con cuatro hijos en una cueva. El padre ganaba once cuartos (moneda de cuatro maravedises) al día haciendo carbón, y al mes le sobraba un duro. El rey, un día que andaba de caza, llegó adonde el carbonero y le preguntó cómo vivía:

—Nosotros —le respondió el carbonero— comemos manzanas silvestres y bellota, y los blancos panecillos que hacen en el fuego los granos secos de maíz nos salvan.

El rey se admiró al saber lo que ganaba.

—Mira, hombre: ten eso en silencio, no des a conocer a nadie lo que ganas. Si lo dices antes de que veas mi semblante, te haré morir.

Aquella noche, el rey le echó en cara al ministro la ruina del reino.

—Hay, sin embargo, entre mis súbditos un hombre laborioso, bueno, que vive muy feliz con su familia. Una vez de saber lo que gana y ver hasta dónde llega su felicidad, quisiera que todos los demás fueran como él.

—¿Quién es, señor, ese hombre?

—¿Que quién es? Adivínalo tú. En el caso de que no lo aciertes, te daré muerte dentro de las cuarenta y ocho horas.

El ministro, andar y andar, dio con el carbonero.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó.

—Trabajando.

—¿Solo?

—No: cuatro niños, la esposa y... los seis.

—¿Qué es lo que ganas?

—Señor, tengo orden de no decirlo. Si lo dijera, antes de ver el semblante del rey, el mismo rey mandará que me maten.

Si no es más que eso... aquí tienes la cara del rey, en estas monedas de oro. Recibe estos dineros y ahora dime lo que ganas.

—Y si el rey me toma cuentas, ¿qué le diré?

Una vez que el ministro le dijo las palabras que habría de decir en presencia del rey, el carbonero le dio cuenta al ministro de su ganancia.

Pronto llegó a oídos del rey la nueva de que el ministro se había enterado del cuento de la cueva y, furioso, le llamó al carbonero: que cuanto antes se presentara a donde él. Se presentó, y al empezar el rey a tratarle duramente

—Señor —le contestó el carbonero—: hasta ver su semblante a nadie he dicho una palabra.

—¿Dónde has visto mi cara?

—He aquí, señor, once monedas de oro. Aquí la he visto.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

45.— EL DRAGON (L)

En las inmediaciones de un hermoso pueblo en que vivía el rey había una gran sima y en ella se guarecía una tremenda serpiente de siete cabezas, por nombre dragón. Esta gran serpiente devoraba mucha gente. El pueblo hizo un contrato con el dragón: se le entregaría al año una muchacha con la condición de dejar en paz a los demás.

Todos los señores de las casas echaron a suertes para saber cuál de las muchachas habían de dar al dragón, y le correspondió a la hija del rey. Entonces el rey hizo saber en todo su reino que el que librara a su hija del dragón se casaría con ella y le haría heredero del reino.

Cuando llegó el día, ataron en un árbol a la hija del rey. Llevados de la curiosidad, subieron muchos a las ramas de los árboles de las inmediaciones. Sin embargo, ni uno solo aparecía sobre el suelo. Poco antes de aparecer el dragón llegó a aquel lugar un pastor, teniendo a un perro a su lado. A la muchacha atada preguntóle:

—¿Qué hace usted?

Y al saber de boca de la hija del rey lo que allí ocurría, se sentó detrás del árbol, teniendo junto a sí el perro.

En seguida apareció, con estrépito, el dragón. El pastor, entonces, le dijo a su perro:

—*César*, agárratele.

Y el perro se agarró a la gigantesca alimaña y la despedazó. El pastor soltó en seguida a la muchacha. Bajaron los criados del rey que estaban en los árboles de las inmediaciones y vistieron con siete sayas a su joven dueña, y un hombre cortó las siete cabezas del dragón y las llevó a casa en un gran saco. Antes de meterlas en el saco, el pastor arrancó la lengua a cada una de las cabezas, y también un pedacito a cada saya que tenía la señorita hija del rey.

Dio el rey un gran banquete, la comida de despedida de soltera. En la presidencia estaban sentados él (el rey), su hija y el prometido de la hija. Este novio era el que llevó las siete cabezas en el saco. Nadie, ningún cortesano del rey invitó a la comida al pastor. Hacía el final, y sin que los demás se dieran cuenta, apareció también aquél, acompañado del perro. Por tres veces mandó a su *César* en busca de un plato (comida).

La hija del rey se azoró al ver al perro, pues le conoció. El rey mandó a sus muchachos que atasen aquel perro, el que, para entonces, se había marchado adonde su amo, adonde el pastor. Entonces este, levantándose, se presentó delante del rey diciendo estas palabras:

—Este mi perro ha destruído al dragón. Por consiguiente, yo soy el que debo casarme con la hija del rey, conforme a su promesa.

Surgió un gran alboroto. El novio, que estaba sentado a la mesa, presentó las siete cabezas del dragón en una gran bandeja, diciendo:

—Yo lo he matado.

—Esas cabezas necesitan algo —le añadió el pastor—. He aquí las siete lenguas de esas cabezas, que las he tenido guardadas en los pedazos de las siete sayas de la muchacha.

El fue el esposo de la muchacha y el yerno y heredero del rey.

J. Echarte, de Dancharinea (Ainhoa).

46.— EL DRAGON (S)

Antiguamente, parece que en las montañas de Basaburua vivía un buen número de bestias temibles, y de todas ellas la más temible, el dragón. Tenía su cubil en una cueva de

los puertos de la comarca de Ahuzki. ¡Qué espantosa bestia el dragón y qué perjuicios no hacía a los pastores, comiendo ovejas, terneros, vacas, caballos, todo el ganado! Después de hartarse bien, bajaba a beber agua al río Aphura, en la comarca de Altzai.

Un día, los hombres de la margen derecha de la vega se comprometieron con el señor de Zaro a matar al dragón. Desollaron un ternero, cosieron la piel, la llenaron de pólvora y la colocaron a la entrada de la cueva. El dragón, creyendo que era un ternero, lo devoró de una bocanada. En cuanto empezó la pólvora a producir su efecto, no pudo apoderarse de los otros, despedazó a golpes de cola todas las rocas de Sobe, saltó después al mar y allí se ahogó.

Johane Jaureguiberry, de Atharratze.

47.— ROQUECITO Y LA MADRE (G)

Madre e hijo, como otros muchos, dicen que vivían de cáscaras de huevo. El hijo era loquillo. Sin embargo, la madre, no queriendo convencerse de que era tal,

—Tú —le dijo una vez al hijo—, tienes que empezar a sacar la vida. Vete al mercado a vender leche. Darás la leche a la más callada y a la que no anda diciendo «Te daré tanto y tanto.»

Iba, iba, iba, y se le presentó un gran perro. Roquecito, al ver que estaba callando, le quitó la tapa al cántaro y toda la leche le dio a él. Cuando retornó a casa, le dijo la madre:

—¿Eso habías de hacer, pobre? ¿Dar leche de balde*? Alguna vez, por conmisericación, se puede hacer eso, ¿pero a un perrazo?

Otra vez la madre le dio huevos para el mercado. Pían, pían, iba a vender y vio al borde del camino un árbol sin corteza que probablemente se la quitaría algún burro. Al ver aquello, recordando que era una obra de misericordia el vestir al desnudo, klask-klask, uno por uno rompió todos los huevos, y con sus yemas y claras, vistió admirablemente el desnudo árbol.

Cuando llegó a casa, díjole la madre:

—¡Hijo, eso habías de hacer! No hagas otra vez semejante cosa. Si a uno le fatiga el llevar una carga en la cabeza, se deja en el carro más próximo, y adelante.

En otra ocasión le mandó a comprar alfileres. Al volver a casa, después de haberlos comprado, Roquecito traía en el carro junto a él los alfileres. Antes de llegar a casa, con el temblor del carro, se le cayeron y se perdieron todos.

—¡Ay, hijo! —le dijo la madre al volver—. ¿Sabes lo que se debe hacer en semejantes casos? traerlos atados con una cuerda.

En otra ocasión le mandó a comprar un caldero. Compró, y atado con una cuerda lo trajo arrastrando, todo agujereado y abollado.

—Hijo, no se hace eso así —le dijo la madre—. Debías haber traído al hombro, metido en un palo.

En otra ocasión le envió a comprar un cedazo, y Roquecito, metiéndole por la mitad un palo grueso, le llevó a la madre, con un gran agujero en medio.

Después se aburrió la madre, y necesitando una ayuda en casa, le dijo una vez al hijo:

* En Arrona no se dice este vocablo *utsean* de la comarca de Mondragón. Allí y en sus contornos dicen *debalde*.

—Hijo, vete a aquella casa de arriba y hablando bien a ver si traes alguna chica para que sea tu mujer. Para eso, fijate en la mejor (lit.: pégala con el ojo).

Roquecito, al tomar el camino de aquella casa de arriba, arrancó el ojo a una oveja y lo llevaba en la mano. Dran, dran, llama a la puerta, entró y, ¡zapla!, dio en la cara a la más hermosa de entre las chicas con el ojo de la oveja. El pobrecito tuvo que salir bien a prisa.

—¡Eso habías de hacer, hijo! —le dijo la madre al llegar a casa—. El corazón de las chicas se gana hablando bien y bailando con ellas.

Cuando la segunda vez se presentó Roquecito en la casa de antes, se les había fallecido la madre. Roquecito empezó a bailar. Le despatcharon a empujones.

—¡Hijo, también has hecho eso! —le dijo la madre—. Cuando se ve algún muerto, en lugar de bailar, se debe poner de rodillas y hacer oración.

Cuando fue la vez siguiente estaban asando un cerdo muerto para después despedazarlo y hacer morcillas. Cuando Roquecito vio aquello, se arrodilló, se quitó la boina y con las dos manos unidas hizo oración.

—En estas ocasiones se dice —le dijo la madre— que venga mayor en cada año.

Fue también otra vez. Por lo visto se había fijado en aquella muchacha a la que pegó con el ojo de la oveja. Las hijas se ocupaban en curar un divieso al hombre de la casa.

—Esas cosas que vengan un año mayores que en otro —les dijo Roquecito.

A prisa tuvo que andar para entrar sano en su casa. Entonces la madre dijo:

—Majadero, se debe decir que se sequen cuanto antes.

Cuando de nuevo fue donde las muchachas, la gente de aquella casa se ocupaba en poder árboles.

—Que se sequen cuanto antes —dijo el pobre muchacho.

Salió de allí, ordenándole que no apareciera más.

En adelante, la madre, adonde ella iba, allá llevaba al hijo.

Si aquéllos vivieron bien, que nosotros vivamos mejor.

Bernardina Iriondo, de Arrona.

48.— EL LIENZO Y EL ABONO (AN)

Cuando Jesucristo andaba en el mundo, un anochecer llegó a una casa de aldea, y llamando a la puerta pidió alojamiento. Los de casa, en la creencia de que era un peregrino, no le admitieron, diciéndole esto:

—En esa otra casa de más arriba reciben a los que son como usted.

Se fue también allá y en cuanto pidió alojamiento le abrieron la puerta de par en par y le llevaron a la mesa. También le dieron cena, cama y el almuerzo del día siguiente. Jesucristo, al darles las gracias, les dijo:

—He pedido a Dios que dure hasta la tarde el trabajo al que habéis dado comienzo por la mañana.

En cuanto salió Jesucristo de casa, hizo oír el dueño estas palabras:

—Tenemos que medir el lienzo * que nos han dado el día pasado.

Y los de casa comenzaron a medir el tal lienzo. Duró este trabajo hasta la tarde, y llenaron de lienzo toda la casa. Viendo los vecinos tal cantidad de lienzo, preguntaron, admirados, de dónde tenían tal hacienda. De casa en casa se propagó este prodigio allí sucedido. La mujer de la primera casa, que no dio el cobijo, mordiéndose los

* Por lienzo en vez de *euna* dicen *eguna* en Baztán.

labios, dijo para sus adentros:

—Para mí debía haber sido esa buena suerte. Si nuevamente viniera aquel hombre de marras, no le dejaría sin alojamiento.

Al cabo de un año ya le viene el hombre de antes pidiéndole hospedaje. Conociendo que era el mismo de antes, pronto, teniendo en sus labios las palabras más suaves, contenta le recibió en casa. Después de darle buena cena, cama mullida y exquisito desayuno, estaba la señora de casa en la creencia de que oíría las palabras que dijo en la otra casa. Y, efectivamente, así sucedió. Diciendo:

—He pedido a Dios que dure hasta la tarde el trabajo que habéis iniciado por la mañana —emprendió su caminata aquel hombre.

—¿A qué nos dedicaremos? —se dijeron entre sí llenos de alegría los de casa.

—Midiendo pan —dijo uno.

—Contando el ganado — otro.

—No —dijo la señora de casa—; este día tendremos que emplear en contar unas monedas de oro viejas que tengo ahí en el baúl.

Después de tomar las monedas de oro, pero poco antes de entregarse a trabajar, dijo el hombre de la casa:

—Después de hacer nuestras necesidades, empezaremos en ese trabajo.

Bajando a la cuadra todos los de casa, cada cual se fue a su rincón a hacer sus necesidades, y habiendo durado aquel trabajo hasta la tarde, llenaron de excelente abono la casa.

Cruz Goeneche, de Elbetea (Baztán).

49.— LOS RECIEN CASADOS (AN)

En una aldea vivían tres hermanas. A la mayor, por fin, se le presentó el consorte. Se casaron, y aunque el día del matrimonio no celebraron bodas de mucho rumbo, fueron, sin embargo, bastantes para llenar bien el vientre y dejar medio exhausta la bolsa. Al día siguiente, muy temprano, se fueron los cuatro al campo: la hermana casada y el esposo y las dos chicas. A media mañana se retiró a casa la esposa, y estaba preparando la comida. Cuando la hermana que le seguía en edad entró en la cocina, antes del mediodía, en busca de la comida, halló llorando y llorando a la hermana mayor.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes, chica, para estar llorando en esa forma?

—¿Qué no he de tener? Si tenemos niño y sobre él se cae la carda, se nos morirá la criatura.

—Tienes razón —dijo, y también empezó a llorar la otra.

El nuevo esposo envió del campo a casa a la tercera hermana, para saber lo que sucedía.

—¿Qué os pasa? —les dijo la hermana más joven.

Y también ésta empezó a llorar al oír lo referente a la carda.

Llegó luego el marido a casa y la esposa manifestó también a aquél su gran aflicción porque moriría la criatura.

—He aquí tres locas —dijo el hombre—. ¿Habrá tres más locas en todo el mundo? —diciendo esto, le ocurrió recorrer todos los rincones en busca de esas tres, y antes de perder muchos días, salió de casa.

Andar y andar, dio con una mujer escardando en el campo, y que en el trasero llevaba atada una sillita.

—Mujer, ¿para qué quiere usted esa silla?

—Somos cuatro en casa. Al volver del campo, me cogen los demás todas las sillas, y por eso suelo tener conmigo esta sillita.

—He aquí otra loca —diciendo, empezó a andar en busca de las otras dos.

Andando y andando nuevamente, encontró a otra con el candil pendiente de los labios.

—Mujercita, ¿para qué quiere ese candil?

—Cuando vuelvo a casa suelo andar no pudiendo dar con la luz, y por hallarla antes tengo en mí este candil.

—He aquí la segunda loca —y diciendo esto se iba.

En una casa pidió la posada por una noche.

—Nosotros no pensamos en posadas.

—¿Qué estáis haciendo a este mulo?

—No puede comer el mulo por la boca y le estamos metiendo por...

—Esta es más loca aún que las otras dos —dijo el recién casado.

Después de pasar de alguna manera la noche, se encaminó a casa, diciendo repetidas veces estas palabras:

—Aquí tres locas, en casa tres locas: quédeme con las de casa.

Francisca Iribáñren, de Baraibar (Larraun).

50.— CASATE, CASAR (S)

—¿Qué es casarse? —preguntó una vez un sacerdote, y cierto niño creyó que le había preguntado, «¿qué es morir?»

Al efecto, respondió:

—Separarse el alma del cuerpo.

Entonces dijo el sacerdote al niño:

—No, no, completamente no; pero cerca, sí.

De la misma opinión habrá sido, creo yo, el zuberoano de otra época, a juzgar por la amenaza que dirigió al mar. He aquí por qué suceso. Por primera vez se encontró aquel suletino mirando al mar. Allí estaba enloquecido, atento al rugido espantoso del mar; contemplando las grandes salpicaduras que levantaba, viendo los topetazos que sin cesar daba a las rocas de tierra. El suletino, habiendo sido en su juventud bastante fuerte e inquieto, después de casado tuvo que aprender a estar silencioso y tranquilo, tan pronto como su mujer, Mariana, levantaba la voz. Sus conterráneos estaban en su mayoría educados como él.

Yendo el mar a lanzarse de nuevo para dar un topetazo mayor que los otros, el zuberoano le gritó:

—¡Oh, pobre imbecil! Cásate, casar; ya se te pasarán, sí, totalmente esos brincos y saltarinadas.

Fabien Hastoy, de Atharratze.

51.— EL UNGÜENTO Y LOS UNTADORES (B)

En el tiempo en que moros y cristianos andaban en lucha, una bruja se puso de parte de aquéllos. Aunque, como hoy, yaciesen muertos moros a cientos, bien sea en la llanada como en los montes de Alaba, para la mañana siguiente todos resucitados se levantaban nuevamente contra los cristianos. En tales noches, una bruja, con un gran puchero lleno de unguento bajo el sobaco, recorría hombre por hombre aquellas llanuras y barrancos y metiendo dos dedos en el puchero y untando las heridas de los muertos, sin más, dicen que se levantaban los moros como de haber dormido. Nadie tenía noticia de esta untadora.

Una vez hicieron gran carnicería los nuestros entre los enemigos, en Zaukulanda (yo no sé dónde está Zaukulanda); pero temían que, al igual que otras victorias, fuese también inútil la de aquella tarde. Cuando menos lo esperaban, se presentó entre los jefes un joven tan valeroso como ingenioso.

—Hombres —les dijo a los victoriosos,— mientras vosotros yacéis dormidos, yo estaré despierto en Zaukulanda, y a mi cuenta el matar a esos muertos.

Hacia media noche apareció una vieja canosa con su puchero. Se inclinó delante del primer muerto que encontró, metió dos dedos en el puchero y en el momento en que untó las heridas con el unguento, resucitó y se levantó el moro muerto. El muchacho, al ver esto, yendo por detrás en silencio, *zas-zas*, metió bien su afilada lanza, primero al soldado resucitado y luego a la bruja resucitadora, dejando muertos a ambos. Viendo junto a la vieja aquel puchero (hasta entonces no pudo verlo por la obscuridad), queriendo saber si resucitaba por medio de aquél, metió sus dos dedos y untó a la vieja las heridas. Asombrado y pesaroso, teniendo entonces el muchacho levantada su lanza,

—No me mates, muchacho, no me mates —le dijo la bruja resucitada—. Si me dejas viva, te enseñaré de qué y cómo se hace ese unguento.

Desoyendo el muchacho, allí dejó a la bruja sin aliento y sin vida, después de darle una o dos lanzadas.

Nuestros soldados no querían dar crédito a la hazaña del valeroso muchacho.

—¿Que no? —les decía él—. ¿Que no? Matadme vosotros y después meted con diligencia dos dedos en el puchero, rebañadme, frotadme y ungidme con esa su salsa. Que sí y que sí, que hicieran y que hicieran.

Por agradar al muchacho le mataron con una punzada y para el minuto le resucitaron.

Luego, para cuando despuntó la aurora, y gracias al unguento de la bruja, los soldados cristianos que yacían muertos en Zaukulanda resucitaron todos y se levantaron bien vigorosos.

N. Ajuria, de Olaeta (Aramayona).

52.— LA VICE-MISA DE GUERENAGA (B)

En Bizkaya, fuera de Ochandiano, Rigoitia y Zollo o algún otro, no existe pueblo más alto, que esté más arriba, que Guerenaga. Está al norte de Oiz (monte) y algo más abajo que su cima esta pequeña ventilada aldea. A su nombre le ha pasado lo que le ocurre a la piedra más dura y secular: se ha alisado y acortado. En un tiempo era Guerenaga. Luego, lo que a Ochandiano, Galdácano, Lemona, Arrona y Cestona ha hecho esa su *n*, ha hecho también la suya a Guerenaga: huir. Primeramente se transformó en Guereaga, luego

Gueriaga y, por último, Gueriaa, a lo menos en labios de entre los de sus contornos.

Hace unos cuatro siglos y unas doce generaciones, no había parroquia; los de Guerenaga no tenían sino una ermita de los canónigos de Cenarruza. Entre ellos vivía un hombre excepcional, que más que en el campo trabajaba en el portal, cestero (*zarangin*). Si hoy viviera le llamarían *zesterua*. Como aprendiz tenía a un muchachito. Sin otra compañía, en una casa que está algo lejos de la iglesia, pasaba las horas y los días y las noches. En las cestas de su taller conocía cuando era domingo. Al día acostumbraba a hacer una. Cuando tenía seis, al día siguiente, ¡sabido!, era domingo, día de misa. ¿Pero misa entera y propiamente tal cuando la oían aquéllos? De no ser el día de San Adrián, no aparecía por aquellas alturas sacerdote, por lo menos a decir misa. El cestero mismo solía ser el encargado de hacer oír, de alguna manera, la misa. Para ello tenía él un libro, probablemente prestado por los canónigos de Cenarruza. Abría y leía de él algo y después de rezar entre ellos algunos Padrenuestros y Avemarías, se acabó, hasta la fiesta siguiente.

Nuestros antepasados pensaban y creían que el rezar treinta y tres Padrenuestros equivalía a una misa. ¿Harían esto el cestero y sus compañeros? Una vez el muchacho aprendiz vendió algún cesto, olvidando el decirselo a su amo. Al llegar el sábado, no viendo más que cinco cestos, creyendo que al día siguiente era día de labor, taunk y taunk, comenzó a fabricar el sexto nuestro hombre. Momentos antes de las diez, comenzaron las campanas de Guerenaga, dinbi-danba, a llamar a su misa, a la vice-misa del cestero.

—¿Será domingo? —decía entre sí al oír el campaneado—. Si es domingo, estoy perdido.

Diciendo: «Me voy, por si acaso», comenzó a ir hacia la ermita al galope, con el libro (un gran libro) en el sobaco. Cuando llegó junto al arroyo, un gran perro, ladrando, le salió al paso, intentando agarrarle de la pierna. No pudiendo de otro modo hacer huir a aquel animal, ¡braust!, le arrojó el libro, y no tuvo la mala suerte de caérsele al río y hundírsele? Sin él, con las manos vacías, tuvo que ir al pórtico. Ni en los días siguientes podía quitar de la cabeza la idea de que aquel perrazo no fuera el demonio.

—Señores, ¿es domingo hoy? No lo sabía —les dijo a los amigos—. Pues hoy no tenemos misa. Al venir acá, un gran perro, no sé si de buen o de mal agüero, me ha salido y le he tenido que arrojar el libro a los morros. Pero os diré un sermón oído en Cenarruza que vale tanto como una misa mía.

Cuando todos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, entraron y medio llenaron la ermita, nuestro cestero se fue al púlpito y haciendo «por la señal», como si fuera un fraile anciano, dirigió como sermón dos palabras escuetas:

—*Enakutsu* (no me veis), *banakutsu* (sí me veis).

Al decir *enakutsu* escondía su cabeza tras el púlpito, al decir *banakutsu*, aparecía. Se dice que por largo espacio estuvo diciendo *enakutsu banakutsu* el cestero predicador de Guerenaga.

María Martina Maruri, de Murelaga.

53.— EN UNA JUNTA DE GUERNIKA (B)

Una mañana, en la que la sala de Juntas de Guernika estaba llena de diputados y curiosos, el secretario, según costumbre, comenzó a llamar uno a uno a los diputados, en forma que todos pudieran oír, citando en primer lugar Mundaka, con el fin de que presentaran a la presidencia sus credenciales. Cuando hizo oír Mendeja, el fiel de Mendeja se

presentó delante de la mesa. (Los fieles de entonces son alcaldes ahora.)

—Mendeja: vamos a ver esos papeles.

Mientras el alcalde sacaba del seno su nombre de diputado, se le cayeron al suelo un pedazo de borona y tres manzanas agridulces. Sin hacer movimiento al cuerpo ni mueca a la cara, dijo:

He aquí el desayuno
preparado por nuestra María:
tres manzanas agridulces
y un pedazo de borona.

Todos los compañeros de sesión, tanto los que sabían vascuence como los que lo ignoraban,* se rieron a carcajadas. Cuando terminó la primera sesión, muchos siguieron a nuestro Fiel a la taberna en que se hospedaba. El más hablador de entre ellos:

—Mendeja —le dijo—: ¡Usted sí que dará propina el último día al fondista!

—Cada cual dará lo que pueda.

—Mendeja —le decía otro—: dicen que en Bilbao le salen gusanos a la sal, y parece que usted sabe de qué manera se le pueden quitar.

—Sí, por cierto. Con la leche de una mula que jamás haya tenido crías solemos matar los gusanos de la sal, lo mismo que con el agua las manchas y pecas de los vestidos.

Al oír esto, algunos diputados se decían por señas: ¿Quién a quién nos tomaremos el pelo? ¿Nosotros a él o él a nosotros?

—Mendeja, en vuestra aldea no hay, sin duda, hombre más ingenioso que usted.

—Sí, y no pocos. Pero a aquellos se les destina a asuntos más importantes. Adonde ustedes, me han enviado a mí, que tan poco valgo.

Al oír esto, más de uno empezaron a mirar con algún mayor respeto al diputado aldeano.

El último día se presentó nuestro Mendeja, con toda reserva, al fondista y le dirigió estas palabras:

—Déme un amaseiko (una moneda de oro de dieciséis duros), pues será para su bien.

Al pedir la cuenta, después de comer, muchos diputados (hasta algunos que se hospedaban en otras fondas), estaban alerta y atentos, deseando saber cuánto iba a dar Mendeja.

Cuando la dueña le presentó la cuenta, después de pagar hasta el último maravedí, sacó de la escarcela (bolsa) una brillante, hermosa, onza de oro y, haciéndola sonar sobre la mesa:

—He aquí mi propina —dijo—. Estos hombres sabios, ricos y elegantes le darán más. Yo a más no llego.

Unos, probablemente por vergüenza, parece que dieron de propina a cada moneda de dieciséis duros.

Teresa N., de Zaldúa.

* Entonces los vascos que ignoraban su lengua tenían, y ha llegado a nuestros días, el apelativo de *motz* corto.

54.—LA VERDAD DE GUETARIA (AN)

Se dice que antiguamente no se decía verdad en Guetaria. Al igual que en otros pueblos, también los de allí se reunían de vez en cuando en la casa del Ayuntamiento; pero solían ser inútiles todas sus reuniones, puesto que en nada se daban crédito unos a otros. En una ocasión, dijo uno de los compañeros:

—Señores: sin la verdad no podemos vivir.

—Sí; la verdad nos es absolutamente necesaria.

—Aun cuando sea necesario ir lejos, traigamos esa verdad.

¿Pero de dónde? En esto, uno opinaba una cosa y otro otra, hasta que, por último, resolvieron llamar al sacerdote.

—¿Qué pasa, señores? —les preguntó el sacerdote al entrar en el Ayuntamiento.

—Aunque sea a fuerza de dinero, y del extremo del mundo, hemos resuelto hallar en alguna parte y traer la verdad.

—Alguna vez tenáis que hacer también vosotros algo bueno.

—¿Quién es, señor cura, a su parecer el que nos pueda dar la mejor verdad?

—A mi parecer, nuestro prelado. Para esto, idos a Pamplona. Conocéis el camino: desde aquí a Ataun, de Ataun subid, después tomad para abajo a la extensa llanura de Echarri-Aranaz. Desde este lugar no tendréis necesidad ni de subir ni de bajar cuestras para Pamplona.

Tres guetarianos emprendieron el camino para Pamplona. No sabían, empero, ni siquiera cómo era la verdad, y uno creía que para llevar la verdad al pueblo, como para traer una ternera, haría falta alguna cuerda o algún carro..., etc., etc.

—Alguien nos lo dirá allí.

Llegaron antes de anochecer el segundo día. Los soldados que la ciudad tenía para vigilar las murallas, sin ningún inconveniente, les abrieron de par en par la puerta que tiene Pamplona por la parte de Guipúzcoa. Preguntaron donde vivía el prelado.

—¿Saben ustedes hacia dónde cae poco más o menos la catedral?

—¿Nosotros? Nosotros no sabemos ni dónde ni qué es.

Unos estudiantes pasaron por cerca de ellos y comenzaron a charlar con los guetarianos.

—¿Conque en busca de la verdad a donde el prelado? Es nuestro superior y al momento nos la dará. Venid con nosotros.

Nuestros hombres iban satisfechos. Cuando uno de los estudiantes manifestó su idea a los compañeros, se rieron estrepitosamente. Así y todo, sin gran dificultad disimularon y encubrieron su proyecto. Uno de entre ellos se fue a donde un amigo zapatero.

Unos y otros se juntaron en el palacio episcopal. Dentro de un cuarto de hora se presentó allí, teniendo bajo el sobaco algo escondido el estudiante que fue donde el zapatero.

—Señores —les dijo a los guetarianos—, yo mismo subiré a ver al prelado y en seguida traeré la verdad que me dará para ustedes. Bajó aun antes de lo prometido, teniendo en la mano una sopera blanquísima cubierta de pergamino.

—Esto es, señores, la verdad del obispo. No debéis descubrir esta vasija hasta llegar a vuestro pueblo, para que no se pierda.

—¿Qué es lo que debemos? —les dijo un guetariano, mientras sacaba de la faja la escarcela.

—Nuestro superior, el señor obispo, no quiere recibir nada. Mas para nosotros, para que podamos celebrar una buena merienda, si quieren ustedes dar algo...

Dándoles cinco pesetas y agradecidos unos y otros, estudiantes y guetarianos, se separaron amigablemente.

La cosa aquella que llevaban en la sopera era de olor hediondo que cada hombre produce al día una vez.

En cuanto llegaron a su pueblo, corrió en tres o cuatro calles la noticia que en aquellos tres o cuatro días esperaban: que había llegado la verdad. Viejos y jóvenes, todos los guetarianos que podían tenerse en pie se reunieron en el Ayuntamiento: en el salón, en las escaleras, junto al portal; muchos, que no pudieron penetrar, quedaron fuera.

Uno de los viajeros dio cuenta de su excursión a los del pueblo, y cuando soltaron la sopera, fuertemente atada con pez e hilo por el zapatero de Pamplona, todos los hombres que estaban alrededor acercaron los dedos a las narices.

Admirado el alcalde, y queriendo saber si el gusto era como el olor, metió en la sopera la punta de los dedos y, aplicándolos a los labios:

—Es mierda —dijo.

El cura, después de hacer otro tanto, añadió:

—Es verdad.

¿Quién podrá expresar los ruidos y manifestaciones de alegría que dio el pueblo cuando oyó qué era la verdad?...

Oído a J. Albizu, de Ulzama, y traducido al guipuzcoano en el acto por este que le oyó.

55.— UNOS DE GOROZIKA POR PRIMERA VEZ EN EL TREN (B)

Quando se hizo el ferrocarril de Bilbao a Tudela, alguien esparció en Gorozika unos cuantos sucesos de aquel nuevo método de locomoción. Entonces sonó por vez primera esta palabrita: *tren*, en oídos de vascos. Marido y mujer, queriendo saber lo que era eso de *tren*, se fueron, pian pianito, primero a Zornoza (Amorebieta) y luego de allí a Bilbao.

En aquel tiempo (hace como setenta y dos años), Bilbao no era ni la cuarta parte de lo que es hoy, y presto llegaron los esposos gorociquenses a la estación de aquel único tren. Viendo a otros entrar, también ellos entraron, sin saber dónde entraban, en un vagón de primera. Pronto se acercó a ellos un empleado y los condujo consigo a uno de tercera.

Teniendo la locomotora envuelta en humo y silbando, empezó el tren a andar, y poco más tarde dijo Pedro a María:

—Yo tengo ganas de hacer algo.

—Pues vete a un rincón y haz allí ese quehacer tuyo.

Pedro vistió aquel día por primera vez calzoncillos. Sin acordarse siquiera de que los tenía, en ellos le quedó su quehacer. Cuando se sentó en su lugar, le dijo a la mujer:

—María: aun ahora voy yo viajando en primera, sentado en asiento muy blando.

No sabemos en qué pueblo fue: si en Orduña, o en Tudela, o en Logroño, o en cuál otro: fueronse a la posada, y al sentarse a la mesa, María sintió un gran hedor, un olor malo. El hedor era cada vez más intenso, y a pesar de cerrar las fosas nasales se les metía hasta dentro. Pedro conoció entonces lo que sucedió según venían en el tren.

—Arroja esos calzoncillos hediondos —dijole a Pedro su mujer cuando llegaron al cuarto.

Abrió el balcón y los arrojó. ¡Cataplum! Pronto se arrepintió de lo hecho. Pegó a un sereno en medio de la cabeza y al cabo de media hora Pedro se vio preso en la cárcel.

Ignacio Larruzea, de Gorozika.

56.— GUARIN (B)

Un padre caballero tenía tres hijas. Era él magnate de la Corte y con frecuencia tenía que presentarse en palacio. El rey, teniendo idea de armar nuevos caballeros, le preguntó a ese padre:

—¿Que familia tiene usted?

—Señor, tres hijas.

—¿Algún hijo?

—Uno, un gentil muchacho que se llama Guarin.

Al oír esto, la reina (de la que decían que era bruja o medio bruja) le dijo al rey al oído:

—Ese no tiene hijo.

Envió el rey al caballero a su casa en busca del hijo. Apurado iba él, cuanto más cerca de casa, tanto más apurado. Al llegar a casa, la primera a quien vio fue la hija mayor.

—¿Qué le pasa, padre, para estar tan triste?

—¿Que qué tengo? He dicho al rey que tengo hijo. Él me ha replicado que se lo presente, y estoy apurado.

Cuando, al hacer la misma pregunta la segunda hija, contestó el padre lo mismo que a la mayor:

—Mejor que decir eso, ¿no hubiera sido, padre, que nos trajera un buen novio a cada una?

Al tener noticia la tercera hija de la ansiedad del padre,

—No se apure, padre —le dijo—. Yo me presentaré al rey disfrazada de muchacho.

Se van ambos, padre e hija, a caballo, adelante y adelante. Cuando llegaron a palacio y se presentaron al rey, llamando este a la esposa:

—He aquí a Guarin —le dijo—, aunque tú digas que no.

—¿Ese Guarin? Esa es mujer. Envíala a aquel extenso prado.

Había en aquel prado lino a un lado, hierba al otro. La reina bruja se decía entre sí:

«Por lo mismo que es mujer, no querrá pisar el lino.»

Le comunicó después esta idea al esposo.

A Guarin, o al tenido por tal, se le apareció la Madre Virgen cuando iba al prado y le dijo:

—Vete al linar.

El jinete andaba al galope en el linar.

—Mira ahí —le dijo el rey a la esposa—; anda en el linar: es muchacho.

—Que no, hombre, que no. Dile ahora que venga hacia acá y que prepare nuevamente el caballo. Tú lo verás. Por ser mujer, arreglará el caballo dentro de la cuadra. Si fuera muchacho, lo haría fuera.

Entonces llamando el rey al jinete, le dijo:

—Ve, Guarin, ve a poner al caballo nuevas correas. Cuando iba hacia la cuadra le salió nuevamente la Virgen y le dijo al oído lo que debía hacer. Guarin entró en la cuadra

en busca de las correas y con ellas preparó al caballo fuera.

—¿Lo ves? —repuntó el rey a la esposa—. Es muchacho.

—No es muchacho, sino muchacha. Para saber si es o no lo es, envíala a la fuente con el botijo. Si trae agua, es muchacho; de lo contrario, no.

Cuando iba hacia la fuente con el botijo en la mano, la Virgen le dio este consejo al supuesto muchacho:

—En el pozo que hay junto a la fuente veras una culebra con los ojos abiertos, pero dormida. Toma en la mano este mimbre. Con él atarás bien esa alimaña en la parte trasera del caballo y después de llenar bien el botijo ven a palacio.

Sucedió esto. Al venir hacia palacio, la culebra, que venía encima del caballo, soltó una carcajada, al poco tiempo otra y otra algo más tarde. El del botijo oyó, aturdido, estas risotadas. Apareciendo nuevamente la Virgen le dijo:

—Cuando llegues a la presencia del rey pregunta tú a la culebra la causa de esas carcajadas.

Para entonces estaban en palacio, en el balcón más espacioso, el rey, la reina y muchos cortesanos. Al llegar allí pidió Guarín al rey permiso para hablar y, obtenido, dijo a la culebra:

—Culebra: ¿por qué has hecho esas tres carcajadas?

—La primera porque he visto el tejado del palacio de mi señora madre. La segunda, cuando he visto a mi señora madre junto al rey, su esposo, siendo dueña de todas las llaves. La tercera, porque una doncella como usted (esto decía por la Virgen María) me ha derrotado.

Al saber el rey a quién tenía por esposa, hizo encender un gran fuego en la misma plaza delante del palacio e hizo tostar allí a la esposa bruja. Luego, sabiendo quién era Guarín, el rey se casó con ella.

Oído en Lequeitio de labios de Dolores Echebarria.

57.— SEQUIA Y ESTREÑIMIENTO (S)

Una vez, en época de gran sequía, en un pueblecito del lado derecho de la vega, sus habitantes, atemorizados, pidieron al cura que se hiciera una procesión. Antes de salir de la iglesia, el cura les dirigió un sermón cortito. No sé cómo, pero se le enredó la lengua, y en vez de decir *idortia* (sequía), dijo *idorreria* (estreñimiento). Y pidió a Dios auxilio para tal infortunio.

Como es de presumir, se escaparon unas cuantas risas, especialmente debajo de las mantillas.

Con el sacristán por delante, empezó un grupo a andar en procesión, sendero arriba, hacia la cruz de las rogativas. Iban todos rezando y cantando y mirando a ratos al cielo por ver si veían acercarse alguna nube. El sacristán tenía otra preocupación. Al llegar a una escabrosa cuesta, le entrega al monaguillo la cruz y pronto se oculta detrás de un seto, pues no hay nada como la necesidad.

Entonces, un hombre ancianito le dice en voz baja al compañero del lado:

—¡Mira! Dios ha oído la petición de nuestro cura.

Johane Jaureguiberry, de Atharratze.

Jesucristo y San Pedro, una vez, llamaron al anochecer en la puerta de un caserío. El amo de la casa dijo a un muchacho suyo:

—Mira quién es.

—Padre: vienen dos hombres pidiendo cobijo.

—Diles que mañana vienen los desgranadores de trigo; y que si ellos quieren dedicarse también a lo mismo, que sí; de lo contrario, que se vayan.

Entraron, y después de una cena ligera, se acostaron: Jesucristo en la esquina y San Pedro delante.

Al día siguiente, antes que amaneciera del todo, les dijo la dueña de la casa:

—Ea, levantaos para desgranar el trigo.

Los otros seguían dormidos. Vino después la anciana abuela y con un palo dio una azotaina a San Pedro. Con todo, no se levantaban. En esto, le dijo Jesucristo:

—Pedro, acuéstate ahora en la esquina, para que si viene otra vez no te pegue.

Vino otra vez la abuela y dijo:

—Antes al de delante, ahora tengo que calentar al perezoso de la esquina —y no cesaba de pegar y de decir—: Levantaos, perezosos.

San Pedro estaba molido.

Después de trabajar unas dos horas vinieron los desgranadores a almorzar.

—Almorzad pronto, ya que para tantos tenemos que trabajar —les dijo la dueña de la casa.

Algunos comenzaron a murmurar.

En vista de esto, Jesucristo dijo:

—Pedro, tú tienes una yesca y vete al granero aquel donde hay un montón de trigo y dale fuego.

Se fue, le dio fuego y quedaron separados en una parte el trigo limpio y en otra el cascabillo. Al ver esto los desgranadores dijeron:

—¡Buen negocio estábamos haciendo!

Iban después a alguna otra parte Jesucristo y San Pedro. Al enterarse un hombre de la vecindad de lo que ocurrió en el barrio, se fue a su casa y con la yesca dio fuego y quemó los montones de trigo de casa y de la heredad. Esta vez no se hizo la separación del cascabillo y del trigo. El dueño se fue tras ellos llorando y gritando.

—Pedro, ¿viene alguien?

—No, señor.

Algo más tarde, volvió a preguntar el maestro:

—Pedro, ¿nadie viene?

—Uno viene corriendo —le contestó San Pedro.

Cuando se le acercó ese hombre llorón, le consoló Jesucristo diciendo:

—Que tanto la casa como la heredad las encontraría como antes, y le añadió: Hombre, en adelante, desgrana los trigos como hasta ahora.

59.— EL CARBONERO Y LA MUERTE (AN)

Un carbonero vivía en una cabaña apuradamente y harapiento, sin más alimento que habas, torta de maíz y queso. En una ocasión en que estaba haciendo su frugal cena, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Quisiera posada para esta noche.

—¿Pero quién es usted?

—Yo soy Dios.

—¡Posada a usted! A algunos les tiene usted llenos de bienes, a otros con escasa alimentación, aunque trabajan todo el día. No; váyase usted de ahí.

Después de un pequeño intervalo, volvió el mismo Dios y llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Quisiera posada para esta noche.

—¿Pero quién me es usted?

—Yo soy la Muerte.

—A usted, sí, encantado. Usted es igual con todos: lo mismo con los ricos que con los pobres, con los grandes como con los pequeños.

Y abriéndole la puerta le dijo de cenar de lo que él tenía, lo mismo que la cama, y a la mañana siguiente, el desayuno. Dando repetidas veces las gracias, la Muerte

—¿Qué quiere usted que yo le dé? —le preguntó.

—Yo..., yo..., sin vivir siempre así, quisiera alguna mayor comodidad y desahogo.

—Pues vete a la ciudad del rey. La reina está muy enferma. Hace largo tiempo que los médicos no saben qué hacer para curarla. Entra tú allá y si me ves allí, en la cabecera, puedes decir que fallecerá seguramente y que al momento cumpla sus obligaciones. Pero si estoy en la parte de los pies, puedes decir que en cualquier parte que la pongan algún emplasto, se curará en seguida.

Preparado el carbonero con sus mejores vestidos, adornando lo mejor posible su persona, contento y alegre, se fue a la ciudad aquella y dirigió sus pasos al palacio del rey. Allí nadie quiso creerle que era médico ni dejarle entrar donde la reina; pero él, a gritos, no les dejaba en paz: que tenía que ver a la reina, que tenía que ver a la reina, y siempre con lo mismo.

Cuando el rey, al oír aquellos gritos, supo quién era, preguntó quién andaba, y haciéndole entrar al sedicente médico se acercaron ambos a la parte delantera de la cama de la reina, acompañados de otros muchos médicos que por allí andaban. Hizo algunas ceremonias, que los médicos acostumbran: hacer sacar la lengua, examinar los párpados, tomar el pulso... y en esto vio que la Muerte estaba en la parte de los pies de la enferma. El carbonero dijo entonces:

—Yo sanaré al momento a esta enferma.

Para ello pidió algunos preparativos para emplastos: vino, simiente de lino, salvado, salvadillo y otros parecidos.

Los médicos que estaban presentes se rieron de él. Con todo, el rey hizo traer todo lo que pidió, y la enferma quedó curada, cual si le hubieran quitado la enfermedad con la mano.

Al verse los médicos humillados no sabían qué hacer ni qué decir. Reunidos en un rincón, resolvieron que el mayor (en edad) de entre ellos entrara en la cama. Luego dijeron al rey:

—Para que comprendáis, señor rey, la nulidad de ese hombrecillo que nos ha venido

en son de médico, hemos hecho esto y lo otro, y ordenad que venga a verme.

Al entrar el carbonero y ver en la primera mirada a la Muerte en la cabecera del enfermo, sin necesidad de ninguna ceremonia, dijo:

Este enfermo morirá muy pronto.

Las risas de los compañeros del acostado fueron esta vez mayores que la vez anterior. Pronto se les metieron las risas al observar que su compañero estaba dando las últimas boqueadas. Al ver el rey curada a su esposa y que el anciano médico que estaba sano había fallecido, según había dicho el carbonero, sacó del palacio a todos los médicos, expulsándolos.

Después dijo al carbonero:

—¿Qué deseáis que os dé como premio? ¿Y qué por ser médico mío en adelante?

—Señor, ¿lo que yo quiero?, un medio de vivir desahogada y pasablemente.

En adelante, el carbonero, comiendo en la mesa del rey pasaba los días dulcemente, como nunca los había pasado anteriormente, bajo los robles, quejigos, hayas y encinas del jardín y bosque.

Una vez, en uno de aquellos paseos, se le apareció la Muerte, hablando en esta forma:

—¡Hola! ¿Qué dices, carbonero? ¿Me conoces?

Atemorizado, el carbonero, dijo:

—¿Dónde andas, Muerte?

—He llegado en busca de ti.

—¿En busca de mí! Mientras fui pobre carbonero me dejaste vivir tantos años, y ahora, en cuanto he tenido unos cortos días de felicidad, ¿vienes en busca de mí?

—¿No me dijiste tú que yo era igual con todos, bien con los ricos y pobres, lo mismo con los grandes como con los pequeños? Como ahora es tu vez, tienes que venir conmigo.

—Te ruego que, en recompensa del favor que te hice aquella noche en la cabaña, me des tiempo para rezar Padrenuestro y Ave María.

—Eso lo tendrás, pero luego estáte alerta.

El carbonero rezó, sí, el Padrenuestro, pero el Ave María no la rezó en muchos días. La Muerte no sabía qué partido adoptar, y después de algún tiempo se colgó de una rama de roble del bosque, como si estuviera ahorcada. Viendo el carbonero muerta a la Muerte rezó muy contento el Ave María. Entonces la Muerte, levantando la cabeza y diciendo:

—Eres mío —le llevó consigo.

Cruz Goyeneche, de Elbetea (Baztan).

60.— LOS CARBONEROS EN EL PALACIO, O ADAN Y EVA RECIENTES (B)

A un matrimonio sin hijos que vivía trabajosamente de hacer carbón no pasaba un solo día sin tener alguna gresca. Lo que generalmente no sucede, el marido era la causa de las risas de aquella casuca. Sin embargo, no se encaraba con la mujer ni por perezosa (pues era diligentísima), ni por borracha (el agua, ni antiguamente, emborrachaba a nadie), ni por habladora. Con ocasión de unas misiones, se le metió al marido que una mujer, la primera, fue la causa de todas las desgracias del mundo: aflicciones y trabajos, hambre y sed, enfermedad y muertes. Raros eran los días en los que no se mencionara siete veces el nombre de Eva en aquella casa.

—Si yo hubiera sido el Angel exterminador, le hubiera muerto a ella y se acabo. ¡Mujer había de ser para cosa buena!

Las más de las veces no replicaba la mujer al carbonero. A veces, sin embargo, no le dejaba sin contestación.

—Eva, esa Eva dichosa e infeliz, también lo era tu madre. Si ella hubiera estado sola no hubiera pecado aquella. ¡Pero allí le tenía al calzonazos, allí le tenía a Adán, y sabido! La una, curiosita; el otro, comilón, glotón, insaciable; y entre los dos se comieron la manzana, hasta con pellejo.

En uno de estos altercados, diciendo uno y respondiendo la otra barajando los nombres de Adán y Eva, se les presentó un rey cazador junto a la carbonera. Al enterarse de los motivos de sus acaloradas disputas, les dijo:

—Venid, cuitados, a vivir a mi palacio.

Llenos de vergüenza, pero también alegres, iban ambos en pos del rey, pian pianito. En cuanto penetraron en palacio, haciéndoles vestir recién hechos y hermosos vestidos, les puso a su disposición habitaciones, oficinas y comedores que parecían soñados. Con todo, el rey ordenó que se guardasen cuidadosamente sus vestidos viejos y ahumados. Para su solaz les señaló un espacio ancho y vistoso admirablemente adornado de árboles bravíos, flores y árboles frutales, en un hermoso jardín sin límites, que correspondía al palacio.

En sus múltiples conversaciones, más de una vez dijo esto el esposo a la esposa:

—¿Cuántas veces, María, te he molestado por causa de Eva? Pero gracias a mi insistencia estamos en posesión de lo que queremos. De lo contrario, ¿qué? en estos momentos nos encontraríamos, yo soplando la pira de leña, y tú al puchero sin carne.

Les hizo el rey tres o cuatro visitas y, como era natural, cada vez les encontraba a sus protegidos más contentos y más admirados de su suerte.

Una vez, después de llamar a la puerta, se les introdujo un criado de palacio, trayendo en el sobaco una cajita de madera fina.

—El rey, mi amo, os dice que tengáis en su nombre esta hermosa cajita pero con la condición de que no la abráis nunca, pues, de lo contrario, perderéis la felicidad.

Después de dejar en una banqueta lo que trajo, se marchó el criado tras de hacer tres inclinaciones de cabeza.

Lo primero que le ocurrió a la esposa fue: «¿Qué contendrá?» Cuando, después de considerar largamente este pensamiento, se lo manifestó al esposo, le contestó este:

—Ten cuidado, María, ni siquiera le toques a esa cosa.

Pasó de alguna manera el primer día sin saber lo que contenía la cajita. Para cuando amaneció el día siguiente, aun antes de peinarse, se arrimó la esposa a la caja y, levantándola pausadamente con las dos manos:

—Pedro —le dijo a su consorte—, es muy linda, ¿qué contendrá?

—Luego, María, ten cuidado; de lo contrario...

—Pedro, abriré solamente como para que entre la luz.

—Que no.

—Nadie lo sabrá.

—Si te me acerco...

A media mañana, después de almorzar opíparamente, cuando paseaban en el jardín, como los grandes señorones, unas veces para acá y otras para allá, pausada y gentilmente, la esposa nuevamente le recordó la caja. A fuerza de decir, le convenció a Pedro: el uno la abriría a tientas, justamente para entrar un hilito de luz, mientras el otro mirase atentamente dentro.

—Pedro, agárrale tú.

—María, yo no puedo; prefiero amontonar una pira de leña, como antiguamente. Todo lo que soy estoy temblando.

—Enclenque, tímido, no eres hombre. Yo la abriré a empujoncitos, llevándola a mayor claridad.

En cuanto María descubrió la caja, haciendo chirrist, salió un diminuto ratoncito rabilargo y metiéndose en el matorral, se les ocultó. Allí se vieron los apuros del matrimonio, queriendo cazar la alimañita. El rey estaba arriba, espiondo. En una de estas, cuando el rey les tosió ligeramente, quedaron pálidos y descoloridos, mirando a él.

—¿En qué os ocupáis con tanta diligencia?

—Señor —contestó al fin la esposa con voz apagada—, los que están desocupados, tienen que ocuparse en algo y...

Cuando el rey, desde la ventana penetró al interior, Pedro dijo en voz baja a María:

—Estamos perdidos.

En seguida se les acercó el rey. Lo primero que hizo fue coger la caja en la mano y abrirla.

—¿Dónde está el muchachito de dentro? —les preguntó.

Pedro, callando... María, no pudiendo hablar.

—¿Dónde tenéis a mi lindo ratoncito?

—Señor, no es mía la culpa. Mi esposa, curiosa, deseosa de saber...

—Eva, siempre Eva —le dijo el rey a María.

Y luego a Pedro:

—Y Adán, siempre Adán. Sin más, salió el rey; al momento entró el empleado de maras, el criado que trajo el ratón.

—El rey, mi amo, me ha dicho que traiga vuestros viejos vestidos. Vestíos con ellos e idos a vuestra casa por donde vinisteis.

Y aquel marido y mujer, vestidos de andrajos, pasaron sus días, hasta morir, en dar fuego a piras de leña.

Mercedes N., hija de Garay.

61.— NOTICIA DE LA MUERTE (BN)

Un rey tenía la madre gravemente enferma. Fuese ese rey a ver a la madre y la halló sin habla. El rey se dijo para sus adentros que no podría curarse. Si se moría, no quería oír que se había muerto; pero tenían que hacérselo comprender. Dejó en aquel pueblo una cantidad de dinero al que había de cumplir esta comisión.

El alcalde publicó desde el Ayuntamiento cómo dejó esta orden el rey. También el cura lo anunció desde la iglesia. Entonces se presentó un pastor. Que él haría el encargo y que le haría comprender que había muerto sin decir *ha muerto*.

El tal recadista no debía ir ni a pie ni a caballo, ni en carro, ni armado ni para tomar armas. El pastor tenía arma de paja y se presentó para decir que había muerto aquella madre querida.

Tomando una cabra se fue el pastor a donde el rey. Al llegar al palacio de este tocó a la campanilla diciendo:

—Buenos días le dé Dios, rey Salomón.

—También a ti, pastor Kulur.

El pastor le dijo:

—El gallo suele cantar una y dos veces a media noche. Su señora madre no oye ni una ni dos veces.

—¿Ha muerto, por consiguiente?

—Señor, vos mismo decís eso.

Y el pastor volvió a casa.

Aprendido en el Hospital de Hasparren, de una anciana que tenía por apodo Uxua.

62.— LAS ALUBIAS Y LOS HUEVOS (B)

Un muchacho de Azpeitia salió para San Sebastián con intención de embarcarse allí para La Habana. El buque había atrasado quince días la salida, obligado por una horrosa tempestad que entonces hubo, y el buen azpeitiano tornóse a su casa. En el camino se dirigió a una taberna y pidió que le sirvieran dos huevos fritos. Sacó una moneda de cinco pesetas para pagar la cuenta; pero como no tenían cambios en la taberna, le dijeron que no importaba, que era lo mismo pagase otro día. Transcurrieron catorce años, al cabo de los cuales volvió desde La Habana mi buen azpeitiano, enriquecido, a su casa. Acordándose de su deuda, entró o se dirigió a la misma taberna y preguntó cuánto debía por aquel par de huevos fritos que años atrás le habían servido.

Tenía que dar miles de reales. No llevaba consigo tanto dinero y, según iba hacia casa en busca, un amigo suyo aldeano, con quien se encontró, le preguntó:

—¿Qué te pasa, chico, tan triste?

Contóle el azpeitiano lo sucedido, añadiendo:

—(Me han dicho) que me pondrán pleito y que me llevarán a la Audiencia.

—No te apures. Para eso llévame a mí por compañero y venga lo que viniere.

Cuando llegó el día de la citación, todos fueron puntuales menos el aldeano, y en cuanto entró en el lugar del litigio, el juez le preguntó:

—¿Dónde has estado hasta ahora?

—Señor: mañana tengo que sembrar alubias y he tenido que poner a cocer las que he de sembrar mañana.

—¿Cómo es eso? ¿Sembrar alubias cocidas! ¿Para qué? Las de esa especie no se siembran.

—Si las alubias cocidas no germinan, tampoco los huevos fritos producen pollitos. Adiós, señores.

Domingo Aldazábal, de Markina.

63.— JOSEFA Y EL MARIDO (AN)

Un hombre solía ir al trabajo para toda la semana. Cuando el sábado volvía a casa, siempre encontraba a su mujer, Josefa, con dolores y dando ayes.

—¿Qué te pasa siempre así? —le preguntaba el marido.

—Mal de estómago, no producido ni por la comida ni por la bebida. ¡Vaya un destino!

La niña en una ocasión dijo al padre:

—La madre no tiene dolores; todos los días bebe y todos los días suele estar cantando.

Al oír estas palabras quedó triste el padre. Levantóse temprano el lunes, y, en vez de ir a los trabajos de costumbre, se ocultó en la cuadra. A las ocho, la madre envió a la chica a la taberna por vino, y empezó a cantar:

Con un par de huevos,
con un sabroso tocino,
con uno de cuatro pintas,
¡cuán ricamente con el dinero del marido!
raitarai, raitarai, raitarararai.

Cuando el marido oyó este canto, salió a la cocina y le dijo a la mujer:

—Josefa, cantemos.

Espantada, al ver al marido, dijo la Josefa:

—¡Qué dolor de estómago, no producido ni por la bebida ni por la comida. ¡Vaya un destino!

—¡Insulsa! Cantemos, quieras o no quieras.

—Pues cantemos —le contestó.

Y el marido:

Con un par de huevos,
con un sabroso tocino,
con uno de cuatro pintas,
con la chica y con el padre
y con el último dinero del pobre marido
... y adiós, me voy para siempre.

Josefa se echó a llorar y la chica a llorar y a gemir. El padre, compadecido, le dijo a la mujer:

—Si no bebes más vino, nos enriqueceremos.

Así dicen que les sucedió.

Andrés Astiz, de Goldaraz.

64.— TRES HERMANOS (AN)

Tres hijos tenía un rico. A uno le hizo abogado; al otro, médico; el tercero no quería tomar determinación ninguna y vivió junto al padre mientras este vivió. A los tres hijos les dejó en herencia veinte mil duros a cada uno. El tercero de sus hijos pronto dio cuenta de sus veinte mil. Entonces se acercó al hermano abogado y le dijo:

—Yo he gastado todo el dinero, y dame mil duros.

Le dijo el hermano:

—Chico, ¿qué has hecho?

—Comer y beber y divertirme.

—También gastarás tú mi dinero.

—Trae en silencio mil duros.

—Pues toma, pero no vengas más.

Cuando gastó los mil duros se fue donde el hermano médico y le dijo:

—Ya me gasté mis dineros y los mil duros del hermano.

Dame tú otros mil.

Sin replicar nada se los dio el hermano médico, añadiéndole estas palabras:

—No vengas más.

Tomó por compañero a un adivino y comenzó a aprender adivinaciones. Además de alguna otra cosa, también aprendió esto: cuándo dan a luz un hijo y cuándo una hija las mujeres que están en cinta. Un rey le llamó y le dijo:

—Mi esposa está de parto. Como aciertes si es hija o hijo, te daré veinte mil duros; de lo contrario, te cortaré la cabeza.

Le dijo el muchacho:

—Tráigame a su esposa para que la vea.

Cuando se la trajeron, dijo a la esposa del rey:

—Vamos, señora, váyase un poco andando. Ahora, vuélvase y venga. Ya basta. Siéntese.

Y le dijo al rey:

—A su esposa, cuando iba para adelante, le he visto un hijo; cuando, al volver, ha venido, una hija.

Entonces dijo el rey:

—Llévele a este muchacho a un buen sitio de mi palacio; denle lo que quiera de comer y beber, y si mi mujer no da a luz hijo e hija, se le cortará la cabeza.

De allí a tres meses la esposa del rey dio a luz una hija a las once de la noche. El rey se entristeció, pues deseaba hijo. Llamó al muchacho y le dijo:

—He ahí qué mentiras has dicho. La mujer ha dado a luz una hija.

Le replicó el muchacho:

—Le dije que tenía una hija por delante y un hijo detrás. Pronto llegará también este.

Después, estando en conversación, le trajeron al rey un hermoso hijo. Entonces, de alegría, dio un salto el rey y le dijo al muchacho:

—Toma cuarenta mil duros y vete a todas mis posesiones.

Si esto es verdad, que se meta en el saco.

Andrés Astiz, de Goldaraz.

65.— TRES CONSEJOS (B)

Un hombre hacendado, ingenioso y anciano, estando en la hora de la muerte, le dio estos tres consejos al hijo mayor. El primero: nunca plantes arbusto alguno delante de la casa. El segundo: jamás adoptes por hijo ningún hospiciario. El tercero: si alguna vez te casas, no le descubras todo tu interior (todos los secretos) a la esposa.

En cuanto falleció el ingenioso y anciano padre, se casó el hijo, y casi todos los días iba de caza. Recordaba con frecuencia los tres consejos del padre, y, al parecer, porque las cosas prohibidas parecen mas dulces, adoptó tres resoluciones (aunque no las tres a la vez), precisamente contrarias a aquellos tres consejos.

Estando una vez en la mesa le dijo a la mujer:

—¿Qué opinas de esta mi idea? Aunque el padre me aconsejó que no plantara ningún arbusto delante de la casa, ¿no te parece que un hermoso árbol vestiría la entrada de la nuestra?

—¡Ideas de los viejos! Sí; una planta de pino produciría buen efecto.

A los pocos días allí tenían una planta de pino.

Aunque llevaban cuatro o cinco años de casados, ya que su esposa no tenía descendencia, le ocurrió adoptar por hijo a un hospiciiano. Pero antes de adoptar resolución alguna, le pidió parecer a su esposa. Después de recordar el ejemplo del padre:

—¡Cosas de viejos! —añadió también esta vez la mujer—. Todos los vestidos no suelen ser hechos por una misma; con todo, a los vestidos hechos por alguna costurera se les tiene el mismo cariño que a los hechos por manos propias. Cuando una no tiene, se puede adoptar, sí, un hospiciiano.

Antes de pasar muchos días, allí tenían en casa un muchacho adoptado como hijo.

Hacia ya tiempo que semanalmente se presentaba a la puerta de casa un mendigo, un pordiosero, llamado Domingo Rojo (*Txomin Gorri*). El señor de casa le cobró gran cariño. Le llevaba consigo como compañero de caza y allí le tenían con ellos a *Txomin* como medio criado medio familiar. Si el amo estaba contento con él, ya se puede colegir cuán alegre viviría él con su amo.

Con frecuencia recordaba el hijo el tercer consejo que le diera el padre antes de morir. Nunca se lo quiso manifestar a su esposa, para que el recuerdo de su padre no le fuera odioso. Una vez que iban de caza:

—Domingo —le dijo al criado viejo—: ya sabes qué día es el próximo sábado en nuestra casa. Se nos casa nuestro hijo adoptivo. Su esposa no querrá cohabitar con uno que ha sido pordiosero. Y, por favor, te pido que por espacio de dos o tres meses, hasta que se aclaren las cosas, vivas en otra parte. Esto quisiera de ti de todas veras y a fuer de amigo. Mientras tanto, yo te daré el dinero que necesitas para vivir. Otra gracia: deja crecer la barba y vive, con nombre supuesto, de manera que nadie te conozca. Y si yo alguna vez llamo a *Txomin Gorri* para alguna cosa, preséntate. Por Dios, no eches en olvido esto que te he advertido últimamente.

Prometiéndole que no lo olvidaría y dando muchas gracias y diciendo:

—Que le haga Dios dichoso a mi gran bienhechor —y besándole la mano se apartó de él *Chomín Gorri*.

Al mediodía, al llegar el amo solo, cuando le preguntó la mujer:

—¿Dónde le tienes, pues, a *Txomin*?

—Esposa —le contestó el marido—: no puedo guardar en mí secreto que tú no sepas. Necesito decirte, siquiera para desahogarme. Por la mañana temprano, al ir ambos de caza, por una fruslería, y por vez primera, nos hemos enfadado, y no pudiendo contener mi rabia le he dejado muerto.

—¡Ay, qué he oído yo!

—Esposa: por lo que a ambos nos interesa, no enteres a nadie de la desgracia que hoy ha ocurrido.

—Yo, no.

El sábado siguiente, reunidos los amigos, parientes y todos los vecinos, con ocasión de la boda del hijo adoptivo, sacrificaron la mejor ternera y tuvieron un gran banquete. Durante la comida, y de intento, tuvo el amo de la casa un enfado con su esposa y le arrojó a la cara un hueso. Despechada, entonces, la esposa:

—Señores —les dijo a todos los convidados—, ¿no sabéis quién es este? ¿No sabéis lo que ha hecho este el día pasado? Como consecuencia de una riña, él mismo le ha dado muerte a *Chomín Gorri*.

Al oír esto, todos los comensales se levantaron y salieron fuera. Aquella noche el amo de la casa durmió en la cárcel. Y tras unos días fue sentenciado por el juez para ser ahorcado. Para horca eligieron una rama principal del hermoso pino de frente a la casa.

La tarea más difícil del abogado fue el hallar un verdugo. Nadie quería encargarse de ese tremendo oficio. Tanto los del vecindario como los de fuera tenían cariño al reo. Los que le conocían le tenían por bueno, por hombre de mucho corazón y dadivoso. Al fin, se ofreció para ese menester aquel de quien menos se podía esperar: el recién casado, el hijo adoptivo, con la condición de que le pagaran dieciocho mil reales.

Cuando le llevaban a la horca, al llegar frente a la casa, debajo del frondoso pino, el sentenciado pidió al juez permiso para hablar.

—Si yo ahora trajera a nuestra presencia a *Chomín Gorri*, ¿me dejaríais libre?

Muchos se rieron. El juez le contestó que sí.

Entonces, soltando los grillos de la mano con permiso del juez y subiendo a la cima del pino, llamó él:

—*Chomín Gorri*.

Muchos se rieron.

—*Chomín Gorri*—por segunda vez.

Mayores risas y más abundantes. A la tercera, habiendo gritado más que las anteriores, desde algo lejos:

—Ya vengo—respondió alguien.

Nadie estaba entonces para reír.

Los más estaban temblando y con la boca abierta. De barba cana y cubierta la cabeza con sombrero arratiano, apareció *Chomín Gorri*, pareciendo ser algún otro. Al verle, los más creyeron que era alguno que venía del otro mundo. Muchos de entre ellos, temblando horriblemente, habían dado comienzo a la huída.

—Quietos aquí todos—dijo el amo de la casa, una vez bajado de la copa del pino—. Oigan los tres consejos que me dio el padre poco antes de morir. El primero: «Nunca plantes arbolillos frente a la casa.» Y nosotros, para que me sirviera de horca, plantamos este. El segundo: «Nunca adoptes por hijo a ningún hospiciano.» Y nosotros adoptamos a este que aspiraría a ser mi verdugo. El tercero: «Si alguna vez te casas, no manifiestes todos tus secretos a la mujer.» Y yo, para saber hasta qué punto llega la fidelidad de la mía, inventé la fingida muerte de *Chomín Gorri*. Hombres: mi padre, con toda verdad, fue Cabeza (jefe, porque era el amo) y la Cabeza, pues la tenía ingeniosa y profunda.

N. Ajuria, de Olaeta (Aramayona).

66.— LAS TRES VERDADES (B)

En Gantzaga de Aramayona las hilanderas vieron luz en el monte, a media noche, al salir de la tertulia. Una, al ver aquello, empezó a temblar, mientras las otras se reían de su temblor. Le picó esto algún tanto y les dijo:

—¿Queréis apostar a que el más valiente de entre vosotros no va hasta allá?

Unos que sí, otros que no, apostaron un duro.

El señalado a ir era un muchacho fornido, robusto. Para hacer creer si había o no llegado, tenía que traer una rama de un pino de allí mismo.

Cuando ese valeroso muchacho se acercó hacia la luz, un enorme perro le salió al camino y le preguntó ladrando:

—¿Adónde vas, muchacho?

—Hemos hecho una apuesta—le contestó todo temblando, dando diente con diente.

—¿Cuál es esa apuesta?

—A que llego a donde está esa luz. Y como señal de que he llegado, tengo que llevar una rama de pino.

—Puedes llevar esa rama; pero antes me tienes que decir tres verdades.

El muchacho, respirando fatigosamente por efecto del miedo, le respondió de esta manera:

—He aquí tres verdades. La primera: el día más oscuro es más claro que la noche más clara.

—Una.

—Segunda: la madre propia, por mala que sea, es mejor que la mejor madrastra.

—Dos.

—Tercera: tengo veinticuatro años y tres meses y jamás he visto perro mayor que tú.

—Tres. Sube ahora sobre mi espalda y coge una ramita del extremo superior.

Cuando, después de coger la ramita, bajó a tierra, el enorme y terrible perro le dijo estas palabras:

—No hagas otra vez tal apuesta. Para los que son como tú, se ha hecho el día; la noche, para los que son como yo.*

La luz, aquella luz que de lejos vieron las hilanderas, la tenía el perro colgando del paladar de su boca. El muchacho se retiró a casa, se acostó y no se levantó ya más.

Mercedes N., de Ochandiano.

67.— TRES ESTUDIANTES (B)

Los estudiantes de nuestros cuentos todos suelen ser traviosos, flojos, maliciosos y agudos. De este género eran también unos que en una ocasión se asociaron en Bilbao. Gastado el poco dinero que tenían, abandonados los estudios, perezosos y remolones para el trabajo, sin más bienes que cielo arriba y tierra abajo, se dijeron:

—Tenemos que hacer algo para salir de estos apuros.

El más atrevido de entre ellos:

—Tú —dijo a uno—, de dondequiera que sea, trae vino.

Al otro:

—Tú, la carne, bien sea de vaca o bien de cerdo, de todos modos, que sea carne. Yo traeré el pan.

Cada cual por su lado, empezaron las pesquisas en busca de estas cosas. El primero consiguió de alguien un pellejo y, llenándolo de agua, se dirigió a una taberna. Le dijo al tabernero que era criado de tal rico y que no siendo de todo bueno el vino que tenía, deseaba su amo se lo cambiase.

—Al rico es necesario hacer cualquier favor, y trae acá ese pellejo y coge en su lugar otro de su tamaño.

Dejó el estudiante su pellejo y, cogiendo el otro en el sobaco, tomó el camino de casa.

El segundo se fue al mercado en busca de carne. Vio desde bastante lejos un carnero y, contento, se acercó hacia él. Pronto hizo el trato con su dueño.

* En el Tirol se cuenta que a unos labradores que trabajaban de noche, una voz misteriosa les dijo *Der Tag ist dein, die Nacht ist mein* (El día es tuyo, la noche es mía). (Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens, I-575.)

—Señor, venga usted conmigo a esa iglesia. Ahí está mi amo, y pronto tendrá usted el dinero en la mano. Al llegar al pórtico —; esté usted aquí —le dijo—, hasta que yo le haga venir acá al sacerdote.

Se fue al confesonario más lejano.

—Señor, el hombre que aparece allí, junto a la puerta, viene a confesarse. A ratos le mencionará el dinero. El pobre es idiota.

—Dile que venga.

Después dijo el estudiante al amo del carnero: dice que vayas. Está allí, en aquel confesonario del rincón.

Se acercó el vendedor, y permanecía de pie y en silencio.

—Arrodíllate —le dijo el sacerdote.

—Señor, vengo en busca de dinero.

—¿Qué dinero ni qué ocho cuartos?

—El dinero del carnero.

—Pobrecito, di el *Yo, pecador*, dejando para después la cuestión del dinero.

—Que necesito el dinero. ¿También hay robos en las iglesias?

El sacerdote se incomodó y con el palo que tenía en el rincón (él era cojo y ardiente como pimienta picante) le sacó del templo poco menos que dando alaridos.

Para entonces el comprador había huído con el carnero. Sabe Dios por dónde se fue.

El tercero entró en una panadería de junto al mercado. Habiendo comprado dos hermosos panes dijo al dueño:

—Venga a casa de mi amo a recibir el dinero.

Se fueron los dos a casa de un cirujano que vivía cerca de allí.

—Estése aquí mientras estoy yo arriba.

Y el estudiante subió, dejando en el portal al dueño de los panes. Llamó a la puerta y le dijeron:

—¿Quién es?

—Yo. En el portal hay un hombre que quiere le den lavativa.

—Que espere un momento. Dile que se le llamará cuando esté presta.

Bajó el estudiante.

—Que ellos le llamarán y que espere.

Espera y espera, le parecía al panadero ya largo y por fin, dando unos fuertes aldabazos:

—¿Estamos ya dispuestos? —preguntó a los de arriba.

—¿Tanta apretura tenemos? Venga.

En cuanto llegó, el hijo del cirujano le dijo:

—Suelte usted los calzones.

—¿Qué calzones y niño muerto? Yo necesito el dinero.

Agarrándole entre padre e hijo, bajáronle los calzones y le dieron la cosa, y haciéndole sacar de la escarcela (bolsa) dos pesetas en pago, le enviaron por su camino.

Aquel anochecer, los tres estudiantes, confabulados, se llenaron de comida y bebida hasta el hocico.

Maripa Izpizua, de Gabica.



EUSKALTZAINDIA
AZKUE BIBLIOTEKA

68.—EL ASPA HACIENDO VECES DE CRUZ (B)

En el contorno de Durango, sobre un altito llamado Orozketa, hay una peña que tiene por nombre Santa Lucía, y junto a la peña una casa aislada de igual denominación que el lugar: Orozketa. En Orozketa tenían un enfermo algo grave, el hombre más anciano de la casa. Temiendo que muriera, bajó una mañana a Durango el señor de la casa, hijo del enfermo, en busca de un sacerdote. Acudió donde un fraile; el cual, como compañero suyo, llevóse con él a un célebre sacristán llamado *Mochoko*.

Arriba y arriba, llegaron alguna vez a Santa Lucía, y cuando entraron en Orozketa, el fraile, poco antes de entrar en el cuarto del enfermo, le pidió la cruz a *Mochoko*.

—Tengo aquí, fray Andrés, los óleos, la estola y todas las demás cosas que necesitamos. Eso, no; se me ha olvidado. Pero, seguramente, aquí mismo tienen la cruz.

Cuando, habiéndola pedido a los de casa, respondieron aquellos que no la tenían, *Mochoko* les preguntó si no tenían aspa, devanadera. Pronto pusieron una en sus manos y *Mochoko*, quitándole los bracitos de abajo, la puso en manos del fraile como si fuera cruz.

El fraile entonces, mostrando la nueva cruz al enfermo, le preguntó:

—¿Quién estuvo aquí?

—Ahí, ahí...

—Sí; aquí mismo, ¿quién estuvo?

—Ahí, la madeja, señor.

El fraile, al oír esto, dijo al compañero:

—*Mochoko*, este no muere. Podemos echar a andar.

Y narrando el uno esto y el otro lo de mas allá, bajaron pronto a la calle fray Andrés y *Mochoko*.

El hombre viejo de Orozketa andaba en Durango de allí a unos días. El fraile, al verle, hizo que *Mochoko* se presentara y le dijo:

—¿No te lo decía yo, Basilio? Ahí le tienes a ese, fuerte y ágil.

Raimundo Ruiz Erentxun, de Amorebieta.

69.—JUAN ARTZ (JUAN OSO) (B)

Dicen que a Juan le crió en el monte una osa porque su madre no tenía pecho. Era fuerte en sumo grado, martillador como nadie. Una vez, se le metió a Juan Artz en la cabeza que tenía que ver el mundo. Al llegar a un río, andaba mirando izquierda y derecha por si tenía puente, o lancha, o algo así. Encontró a un hombre, el encargado de pasar, que por oficio lleva a viajeros sobre la espalda de una a otra orilla.

—¿Me llevarás al otro lado? —le preguntó Juan Artz.

El otro, que sí.

En cuanto le subió a la espalda, empezó a andar el transportador. Estando a medio camino, dijo el de debajo:

—¿A cuantos hombres pesados he pasado yo en mis días? Como tú ni uno solo.

—No es de extrañar. ¿Quién lleva consigo las cosas que llevo yo? Llevo en un bolsillo un yunque de cien arrobas, en el otro, un martillo de cincuenta.

Cuando llegaron a la orilla, Juan Oso dijo al que hizo de cabalgadura:

—Muchacho, nosotros, si viviéramos juntos, ganaríamos cuanto quisiéramos.

¿Quieres empezar desde hoy?

—Sí —le respondió, y allá van los dos.

Al cabo de andar un buen espacio de tiempo, encontraron por allí a un pastor ovejero. También a aquél le llevaron con ellos, esperando que serviría para algo. Llegaron a una gran ciudad y supieron que era la Ciudad real y que el rey estaba pasando una larga temporada triste y decaído y melancólico. Juan Oso preguntó qué tenía el rey para estar así.

—¿Que qué tiene dices, que qué tiene? Una noche entró en su palacio el diablo y se llevó consigo al interior de una cueva profunda a sus dos hijas.

—¿Nadie ha empezado a sacarlas de allí?

—¿Habría hoy hombre capaz de luchar con el diablo?

—Decid al rey que tiene aquí a uno.

Al hombre que traía la aprobación del rey, pidió Juan Artz una cuerda larga. Ató con ella a la cintura al transportador y le introdujo en la cueva. Sin embargo fue inútil. Se ató luego a sí mismo y pronto halló a las dos hijas del rey. Su amo, el diablo, estaba dormido. Primero una hermana y luego la segunda, atadas también por la cintura, fueron llevadas arriba y arriba.

Los compañeros de arriba (el transportador y el pastor), viendo aquellas dos hermosas muchachas (dijéronse) que el uno necesitaba por esposa a la una y el otro a la otra, y enviando con algún pretexto a Juan Artz de nuevo a la cueva, fueron ellos a palacio, llevando cada cual a su lado a una y otra hija del rey.

Mucho tiempo estuvo Juan Artz bajo tierra. En seguida que él entrara despertó el diablo. Empezaron los dos a luchar. Juan Artz le quitó a dentelladas una oreja, y dijo él:

—Sácame de aquí, maligno, sácame.

—Sí: con tal que me des cuanta carne pueda yo comer, y además la oreja.

No sabemos cómo pudo darle Juan al diablo cuanta carne quería. Al darle la oreja, salió de la cueva a flor de tierra y se fue al centro de la ciudad. ¡Qué música y qué ruido había allí!

—¿Qué noticias hay? —preguntó él.

—Que las dos hijas del rey se casan.

Metido en palacio, pudo Juan de alguna manera conseguir llegar a su presencia.

—¿Quién os salvó? —preguntó él a las hijas del rey.

—Vos.

Sabiendo esto, dispuso el rey que los otros dos fuesen ejecutados, y a Juan Artz le tomó como yerno y substituto suyo.

María Martina Maruri, de Murelaga.

70.— LA CARDENCHA ACUSADORA (B)

Lo que rara vez ocurre entre los vascos, un hombre, sin que sepamos por qué y a sangre fría, mató a otro. Dicen que le tenía ya amenazado desde antes, diciéndole:

—Yo te mataré.

Una vez se encontraron en un terreno acotado y dicen que le dijo:

—Lo tuyo ha terminado, tengo que matarte.

—¿A mí?

—Sí; aquí y ahora mismo.

Cuando le tenía para matar, una cardencha era movida por el viento a una y otra parte. El que iba a ser muerto, dijo entonces a la hierba:

—Cardencha, tú serás la que algún día descubrirás a este mi asesino.

—¡Vaya! Buen compañero has elegido para acusador —le añadió el criminal.

En cinco largos años, nadie supo quién fue el asesino. Que si fue éste, que si fue el otro o el de más allá; pero, con seguridad, nadie supo nada.

A los dos años de esto, estando el asesino en la cama con su esposa, tenían abierta la ventana, y al ver que una cardencha movida por el viento unas veces aparecía y otras se ocultaba, se rió el marido. La esposa le preguntó:

—¿A qué se debe que estés tan contento esta mañana?

—Ya te lo diría, pero las mujeres sois como el cedazo de cerner la harina, y más me conviene callar.

Otra vez, unos tres años más tarde, estando vistiéndose, se veía la cardencha. Riéndose, le dijo el hombre:

—¡Ay, haragán, haragán! ¿Crees tú que me descubrirás?

—Marido, ¿qué le dices al cardo?

—Vosotras, las de las sayas, no sabéis guardar secreto (lit., sois pucheros pequeños) y mejor me es estar callando.

La mujer, una y otra vez:

—¿Por qué te ríes cada vez que el viento te presenta a los ojos la cardencha? Dime de una vez.

—Si tú a nadie y nunca lo descubres, sí. Y si dijeres, te desharía, y más vale estar callando.

—No diré yo a nadie. ¡Ya, ya! ¡Buena soy yo para andar con cuentos por los rincones!

—¡Ea, pues! ¿No recuerdas a aquel Antón de Echezarreta, a quien mataron hace cinco años? Lo maté yo.

Diciendo: «¡Jesús!» quedó la esposa completamente pálida.

En una ocasión necesitaba el hombre un botón de hilo en el puño de la camisa, y le dijo a la mujer que se lo cosiera. La mujer, que no tenía tiempo para hacer ojales, le dijo:

—Átalo con un pedazo de esa cardencha.

Atado en esta forma el puño, va aquel hombre a un caldero de la cocina a lavar la cara y las manos y rasgo la cara con la espina del cardo. Que aquel hombre era iracundo y fogoso ya de antes se conocía. Esta vez, achacando a la mujer la causa, por no haberle cosido el botón, se encolerizó y hasta le propinó algunos sopapos sonoros. La mujer dijo a gritos:

—Si me pegas así, diré yo que tú mataste a Antón Echezarreta.

Oyó esta amenaza alguien que pasaba por cerca de la casa (dicen que era la hija del alcalde). Cuando llegó a su casa, sin tiempo de alentar, le dijo al padre:

—Esto y esto he oído, padre.

—¡Qué! ¿Será verdad eso?

—Que sí, padre. El hombre de Gore mató al pobre Echezarreta. Lo ha descubierto a gritos la mujer.

—¿Pero lo has entendido bien?

—Sí, padre.

Llamó luego el alcalde al Ayuntamiento a la mujer aquella y le hizo confesar todo

minuciosamente. Por espacio de doce años enteros, le tuvieron en la cárcel al hombre de Gore.

Cuando le soltaron y fue a casa, cada día le daba dos palizas a la mujer, hasta que, a petición de la misma, le llevaron de nuevo a la cárcel.

Al malvado de Gore, ¿no le vendría alguna vez a la memoria en los días y noches sin fin de la cárcel, lo que Echezarreta al morir dijo a la cardencha?

Celestina Menika, de Lemona.

71.— UN BOBO (B)

Un matrimonio tenía un hijo bobalicón. Una vez le enviaron al molino en busca de sacos.

—Madre, ¿qué diré yo allí?

—«Que salga, que salga», esto dirás.

Yendo hacia allá se encontró con un carretero que en el carro traía sacos y en los sacos grano de maíz. Uno de los sacos tenía desgarrado el morro y por el agujero se deslizaba el grano. Cuando se acercó el bobo, dijo:

—Que salga, que salga.

Y el carretero siguiéndole con el aguijón, le llevó por delante.

Al llegar a casa y enterarse la madre de lo ocurrido:

—¡Ay, muchacho! Debías haber dicho: Que no salga, que no salga. ¡Vamos! Vete al molino.

Al mismo carretero de antes encontró nuevamente el bobo, en un arenal, no pudiendo extraer una rueda.

—Que no salga, que no salga —dijo el bobo cuando llegó allá.

Por segunda vez le siguió el carretero y dándole fuertes golpes le envió a casa al pobre muchacho. La madre, al enterarse de lo que le sucedió, le dijo:

—Tu debías haberle dicho: «Ya que ha salido uno, que salga también el otro.» Vete ahora, chiquito. Anda listo.

Se va y cuando se acercó al molino, se le presentó una mujer, la molinera, de un solo ojo (tuerta). Entonces, el bobo le dijo una y otra vez:

—Ya que ha salido uno, que salga también el otro.

La mujer, diciendo para sus adentros: «Este quiere burlarse de mí», añadió:

—Vete por ahí, bobalicón.

Cuando llegó a casa, le dijo la madre:

—Quédate ahí, muchacho. Ya llevaré yo el saco. Tú cuida a la criatura, pero no vayas a la bodega, ni tampoco adonde la gallina de los polluelos.

El niño estaba desasosegado, con sarampión. El bobo, creyendo que tenía algún nido de piojos, le golpeó la cabeza varias veces con el mazo y le dejó muerto. «Ahora está dormido», se dijo, y se fue a la bodega, queriendo saber por qué se lo prohibió la madre. Dio una vuelta a todas las llaves de cubas y comenzó a salir a chorro el chacolí. Luego trajo del camarote a la bodega las panojas de maíz para absorber todo el chacolí. Se acercó luego donde la gallina clueca. «¡Fuera de ahí! —le dijo—. Yo sacaré los polluelos— y él se puso sobre los huevos.

Cuando la madre le llamo una vez de venir del molino:

—No puedo venir, porque estoy encima de los huevos— contestó el chico.

—¿Dónde está la criatura? —le preguntó luego la madre.

—La criatura, durmiendo.

La madre encontró muerto al niño. Bajó luego a la bodega. Halló vacías las cubas y todo el maíz de casa empapado de chacolí.

Oído a Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

72.— KUKUBEL (B)

Kukubel era huérfana y, además, pastora y buena muchacha, muy aficionada a la música. Tenía mucha maña para hacer instrumentos de junco, encina y boj. ¡A cuántos pájaros les hizo cantar alegremente con silbos, silbatos y flautas hechos por ella!. Mientras pastoreaba en los prados con las ovejas, no dejaría de rezar un Ave María, cada vez que oyera la campana de alguna iglesia.

Una vez, a continuación de su rezo se le apareció la Virgen en persona y, amorosamente, le dirigió estas palabras:

—Muchacha, ¿qué deseas como premio?

—Yo quisiera un silbato que hiciera bailar al que lo oiga.

Al momento surgió en su mano ese instrumento. Llena de alegría, comenzó Kukubel a tocarlo, y al oírlo, tanto las ovejas como los corderos se pusieron a bailar.

En aquel mismo día, como en muchísimos otros, llegó a aquellas inmediaciones el sacerdote, cazador, y estaba oculto entre matorrales, acechando la llegada de la liebre. Kukubel, sin darse cuenta de lo que iba a suceder, empezó a tocar su nuevo silbato, y el clérigo estuvo bailando hasta que rasgaron su carne y vestidos las agudas espinas del matorral. ¡Cómo se enfureció al cesar de tocar el silbato! Antes de anochecer, la delató a Kukubel, diciendo:

—Que era bruja y que tenían que llevarla a la horca.

Y los del pueblo la apresaron y la tuvieron atada.

Al día siguiente, cuando la llevaban a la horca, le seguía todo el pueblo. En esto, Kukubel les pidió un favor: que, aunque tuvieran que matarla, le soltaran las manos, pues las tenía sin fuerza. Cuando el sacerdote vio libres las manos de aquella, dijo:

—Señores, por si acaso, atadme al eje de un martinete.

En cuanto le ataron, sacó Kukubel de la faltriquera aquel silbato y estuvo sin cesar, silbando que silba.

Al oír su dulce sonido, todo el pueblo empezó a bailar. El mismo sacerdote, aun estando atado, no cesó de moverse y de reír a carcajadas.

A Kukubel, en cuanto dio fin a aquella música tan sonora y agradable, la dejaron suelta y libre.

María Martina de Murelaga.

73.— EL PAN CON CRUZ (B)

En el barrio llamado Lamindano, en Arratia, mientras la madre estaba haciendo la hornada, una niña suya no cesaba de llorar en el portal.

—¿No hay ninguna plaga que quite de ahí a esa niña? —dijo con rabia la hornera.

En esto quedó silenciosa la niña. Por la noche no apareció por casa. Su madre andaba con todo afán en busca de ella. No pareció.

De allí a unos ocho años, en más de una ocasión un muchachito de aquella casa vio a su hermana, aquella niña llorona, delante de la cueva de Lamindano, peinándose y peinándose. La chica peinadora se escondía en la cueva en cuanto veía a alguien.

En aquella época llegó a un pueblecito de Arratia un famoso misionero. La hornera de Lamindano se acercó a él y le dijo que probablemente alguna plaga llevó a su niña; refiriéndole asimismo minuciosamente todo lo que posteriormente había acaecido. El fraile le dijo entonces que hiciera siete panes en una hornada, el séptimo con cruz, y que, dejando todos delante de la cueva, se ocultaran los padres entre los matorrales de las inmediaciones.

Dicho y hecho. Dejando extendidos delante de la cueva de las Lamias siete panes recién hechos, ocultáronse los padres, sin ir muy lejos. Pronto apareció la chica, y también empezó a llevar los panes uno a uno a su agujero. Cuando cogió bajo el brazo el séptimo, el de la cruz, no pudo entrar en el lugar de las Lamias, y entonces pudieron el padre y la madre llevarla a casa. La chica estaba medio alelada.

—¿Qué has hecho, chica, en estos ocho largos años? —le preguntó el padre.

—He estado cumpliendo la palabra de la madre.

Oído a Mercedes N., de Otxandiano.

74.— EL ARRIERO DE LACUNZA (BN)

En una ocasión, uno de Lakunza iba a Pamplona con siete mulas y pescado. En el camino se encontró con tres estudiantes. Cuando, desde lejos, le vieron, pensaron prepararle alguna travesura, y dos de ellos se ocultaron bajo el zarzal de junto al camino. El tercero empezó a conversar con el arriero.

—El pescado está hoy muy caro en Pamplona... No vivís mal los arrieros: ganar cuanto queráis, para comer el mejor pescado, para beber el mejor vino...

Y así iba el astuto estudiante endulzando los oídos del arriero. Mientras tanto, los otros dos empezaron y dieron fin a su tarea: el que iba detrás le robó y llevó una mula, con su carga. El segundo se puso el cabestro y se colocó en fila con los otros, en lugar del mulo robado.

En una de éstas, volviendo el arriero la cabeza, cuando vio a un hombre atado cual si fuera una mula, se fue hacia él todo asustado.

Le dijo:

—Hijo, ¿qué has hecho de mi mula? ¿Adónde la has llevado?

—Yo soy su mula.

—¿Cómo!

—Hace cuatro años cometí un gran pecado y el confesor me impuso como penitencia el que me transformara en mula. Ahora, he cumplido los cuatro años y heme convertido en hombre.

—¡Caramba! Muchas veces te he cargado en demasía y te he dado poco alimento. De todo te pido perdón. ¿Me perdonas?

—Sí, señor; todo está perdonado.

Dejado el cabestro, se fue el muchacho. Al volver el arriero a casa y ver la mujer que venía con una mula menos,

—¡Caramba! * —dijo la mujer—

En el juego o algo semejante habrás perdido tú la mula, ¿eh?

—Espera en paz un poco, pues ya te lo diré.

—Dilo.

—Un hijo de Pamplona, joven galán, ha andado cuatro años hecho mula y conmigo.

—¿Qué dices? ¿Y no le has pedido perdón?

—Sí, por cierto, y también me lo ha concedido.

—Sí. ¡Cuántas veces te dije yo que aquello era demasiado bonito para mula!

Al poco tiempo, nuestro lacunzano se fue a una feria de Tafalla, y allí encontró la mula robada por aquellos astutos estudiantes. Por cierto que bien pronto la reconoció. Se le acercó y le dijo a la oreja:

—¿También ahora ha cometido usted algún pecado grande? (Le hablo de usted con gran respeto.)

—¿Quieres comprarlo? *Está de venta* —le dijo el vendedor.

—No; si quieres, guárdalo para ti. Yo estoy bien escarmentado.

Justo Albizu, de Ulzama

Un cuento muy semejante, el mismo en el fondo, salió en las columnas de *Euzkadi*, firmado por *Orixe*.

75.— EL DICTAMEN DE LOS LACUNZA (AN)

En una ocasión en que dos lacunzanos andaban en pleito, fueron a Pamplona en busca de dictamen. Uno y otro, cada uno por su lado, dieron con el mismo abogado.

—Señor abogado: tiene usted que darme un dictamen.

—Está bien, pero ¿acerca de qué?

—¿Acaso no es usted abogado? Usted es el que mejor sabe.

El abogado, sonriente, le dio un papelito escrito.

—¿Cuánto es la cuenta?

—Medio duro.

Papel en mano, llegó a Lacunza el del dictamen y en cuanto llegó, llamó al alcalde.

—Señor alcalde: para mañana, después de misa, tiene usted que convocar una reunión, llamando para ello a todos los inquilinos y propietarios.

—¿Para qué?

—Allí lo verá usted.

Todo Lacunza se reunió en el pórtico después de misa.

—¿Están aquí todos?

—Sí; están aquí— le dijo el alcalde después de contarlos uno por uno.

Dio al alcalde, a la mano, aquel precioso papel. Leyó primeramente el alcalde para sí.

—Aquí no hay nada. ¡Para esto nos hemos juntado!

Todo el pueblo comenzó entonces a protestar, pataleando. Aquello quería decir que el alcalde debía leer el dictamen de Pamplona en forma que lo oyeran todos.

—Señores: aquí no aparece mas que esto: «Lo que debas hacer hoy, no lo dejes para mañana».

Los más tomaron a risa.

* Literalmente «rayo rabioso», expresión usada en la Barranca.

—¿Eso?;Hasta nuestra abuela sabía decirlo! Sí, por cierto, y ¡cuántas veces!

—¡Lo que hoy se puede hacer! —dijo otro—. La única cosa que se puede hacer en Lacunza es el asunto del lino: meter linos en el río o sacar del río los linos. Hoy los tenemos en el agua. Vea cada cual cuándo los debe sacar.

—Yo—decía el del papel—, desde luego puedo sacar los linos.

—Haz lo que quieras. Nosotros los sacaremos en su día.

El dueño del dictamen fue enseguida y pronto sacó del río sus linos. Hubo aquella noche una terrible tronada. Lloviendo torrencialmente creció el río y se llevó todos los linos. A la mañana siguiente, bien temprano, bajó a la calle con el papel en la mano, gritando una y varias veces:

—Por medio duro he tenido este dictamen. No lo daría ni por una onza de oro.

Justo Albizu, de Ulzama.

76.— UNA LAMIA Y EL CICLOPE DE HOMERO (BN)

En una casa, bajaban de la chimenea lamias donde una mujer se ocupaba en hilar, y le decían:

—*Urin prox, urin prox.* (Dicen que este *urin prox* es algo mezclado de masa de borona y de mantequilla.)

Así, bajaban todos los anocheceres.

Un día dijo el ama de la casa a su marido:

—Las lamias me están comiendo todas las mantequillas de casa.

—Aguarda—le dijo el marido—, aguarda; yo mismo me pondré esta noche a hilar. Ya la arreglaré yo a esa lamia.

Y habiendo vestido las ropas de la mujer, se puso a hilar. Como siempre, también aquella noche bajó de la chimenea la lamia, y habiendo notado que la hilandera no hilaba, como otras noches, le dijo:

—Otras noches hilabas, firrín-firrín, esta noche estás hilando, farrán-farrán.

—Anoche tenía lino, hoy tengo estopa.

—¿Tú cómo te llamas?

—Yo me llamo Mi persona.

—Mi persona, Mi persona: atiende. *Urin-prox, urin-prox.*

El hilandero puso mantequilla a calentar en la sartén, y cuando empezó a hervir, se la arrojó a la lamia al rostro. Subió entonces la lamia chimenea arriba gritando. Saliéronle después al encuentro compañeras, diciéndole:

—¿Quién y qué te ha hecho eso?

—A mi esto, Mi persona, Mi persona.

—Pues ¿quién tiene de ello la culpa?

Y ya posteriormente no volvieron las lamias a aquella casa.

Oído por mí en el pueblecito llamado Luzaide (Valcarlos).

Según nos dice Homero en su *Odisea*, su protagonista llegó, con doce hombres de su compañía a pueblo del Ojirredondo, de *Cyclops* (en castellano se llaman Cíclopes aquellos hombrachones que tienen sólo un ojo y él redondo). En aquellas comarcas tenían cuevas por vivienda. Encontraron vacía una cueva de esta especie y allí se metieron Ulises

y sus coviajeros, con idea de pasar la noche.

Al anochecer se metió allí mismo el señor del antro con su rebaño de carneros. Cerró con una roca el espacio de la entrada y empezó a hacer fuego. A la claridad de las llamas vio a los nuevos compañeros de habitación y empezó a hablar. Con sólo oír su voz, quedaron consternados aquellos trece griegos. El gigante, sin prestar oídos a sus peticiones y preguntas, mató y comió a dos de entre ellos. A la mañana siguiente, después de haber matado y comido y devorado a otros dos y dejando por puerta una gran roca, se fue como pastor de carneros hacia la montaña.

Ulises y sus compañeros estuvieron largo tiempo discurriendo y discutiendo, con deseo de dar con la mejor manera de defenderse. El gigante del ojo único, cuando, al anochecer, entró de nuevo en la cueva, sacrificó y devoró a otros dos hombres. Viendo que estaba ya harto se le adelantó Ulises, teniendo bajo el brazo un pellejo de buen vino y le dio a beber de él.

—¿Qué nombre tienes?—preguntó él a Ulises.

—Yo, Outis—respondióle éste. (El *outis* griego y el castellano *nadie* son lo mismo.)

—Outis—dijo entonces el otro—: a ti te he de comer al fin; después de devorar a los demás, entonces a ti. Esta será la señal de mi gratitud.

Quedó borracho y dormido. Los otros tenían ya anticipadamente preparada una estaca dura, la pusieron candente en el fuego y se la metieron al borrachazo en su único ojo. Levantóse éste gritando y gruñendo e inmediatamente se introdujeron allí otros cuantos cíclopes (lit. de ojo redondo) y le hicieron esta pregunta

—¿Quién te ha hecho?

—Outis.

—Si Outis (es decir Nadie) te ha llagado, sufre con paciencia tus desgracias y dolores. Y diciendo esto, se alejaron a sus respectivas cuevas aquellos cíclopes recién venidos.

77.— EL FIN DE LAS LAMIAS (B)

En la aldehuela de Arratia, llamada Igorre (en castellano, Yurre), vivía en una casa, que tenía por nombre Garamendi, un hombre alto, enorme, llamado Silvestre (*Chilibristo*). De fuerzas tenía, de fuerzas, ¡Jesús, María y José! De Urkusu arriba a Garamendi solía llevar el carro en la espalda, y calcúlese. A la orilla de un arroyo encontró en cierta ocasión un peine, lo metió en el seno y se iba adelante nuestro Silvestre. Una lamia le dijo:

Chilibristo: dadme el peine;
si no, yo atentaré a vuestra vida.

Silvestre agarró a la lamia del gaxnate y la llevó a casa, a Garamendi. La tal lamia era, como todas, ciega aficionada a la leche. Se les pasaron días y días a los de casa sin poder conseguir que aquella alimaña que tenían arrestada soltase una palabra. Parecía muda. Una vez, estando ella en la cocina, empezó a hervir la leche en la caldera. La lamia, para que no se perdiera la leche, se dio a hablar, diciendo:

—Lo blanco arriba, lo blanco abajo.

Entonces la trataron con cierta dureza por que hablara más. Uno le preguntó cómo se podían destruir las lamias. Respondió lo siguiente:

—Las lamias serían destruídas andando en el arroyo con arado dos novillos abigarra-

dos nacidos en la mañana de San Juan.

Estas palabras de la lamia se esparcieron pronto de barrio en barrio y fueron registradas todas las cuadras de Arratia en busca de novillos abigarrados de la mañana de San Juan. En los días sucesivos, los tales novillos, con más ganas que rompiendo terrones de heredades, se ocuparon en pasar el arado en los arroyos, por espantar así a las lamias. Desde entonces no ha aparecido ni siquiera una en aquellas comarcas.

Oído a un natural de Yurre (Arratia),

78.— LAS RIQUEZAS DE LAMIZULO (AN)

Un padre, al morir, dejó dos hijos y para ambos catorce mulas, sin más bienes.

—Cuando andéis de arrieros, si oís la campana de alguna iglesia, os pido que siempre oigáis misa por mi alma.

Jamás olvidó el joven estas últimas palabras del padre. Si al llegar a un pueblo estaban tocando la campana, el más joven siempre había de ir a misa. El más viejo solía atar las mulas junto a la iglesia, pero él generalmente no entraba en ella.

En una ocasión le dijo el más joven:

—Tú no has oído misa.

Se enfadaron y al fin, hicieron una apuesta: si la misa vale más que las mulas, las catorce serán del joven; y si lo contrario, del mayor.

Andando por el camino dieron con un caballero, que resultó ser enemigo de la iglesia. Al preguntarle su opinión, pronunció estas groseras palabras:

—La misa vale mucho; valen más siete mulas.

El joven arriero tuvo que entregárselas al mayor las siete mulas.

Se quedó únicamente con las alforjas, y esto gracias a su petición, que fue atendida por su hermano.

De arriero, bajó al grado de mendigo. Después de ocuparse durante el primer día en recoger mendrugos de puerta en puerta, llegó para la noche a un bosque.

Estando medio dormido, doce hombres y doce mulas salieron de un agujero. Asustado, subió sobre un árbol. A la mañana siguiente, desconfiando de la vida, entró en la cueva de aquellos hombres. ¡Qué montones de oro y plata los de allí! Abandonando allí todos los mendrugos recogidos mendigando, salió de la cueva con las alforjas llenas de dinero. Recibido en calidad de criado en la posada del próximo pueblo, aproximadamente a los cuatro meses, viendo que era rico, le casaron con la hija de la casa. Desde aquel día encargó a sus familiares diesen limosna a todos los mendigos.

Una vez, estando comiendo, pidió limosna su hermano en la puerta. Conociendo su voz, dijo a la criada:

—Iré yo mismo; esté usted ahí.

—Muchacho, ¿tú pidiendo limosna? ¿Dónde tienes las catorce mulas?

—He perdido todas. Tú ¿cómo tienes la suerte de estar aquí?

Le refirió entonces el rico, minuciosamente sus noticias. A la noche siguiente se encaminó el hermano mayor hacia aquella cueva. Estando en las ramas de un haya aparecieron doce mulas y once hombres, que del interior del antro iban hacia el monte. A la mañana, penetró él en aquel agujero. En cuanto entró, alguien le cerro la puerta, que por lo visto estaba atada con cuerda.

—No es ésta la primera vez que has venido acá —le dijo el portero.

—Sí; es la primera.

—Si no me dices la verdad, te mataré; de otro modo, vivirás.

Entonces le dijo que su hermano estuvo en aquella cueva y que estaba de hostelero en tal pueblo... En una palabra: le confesó todo lo que sabía. Allí le tenía hasta que vinieron los otros once ladrones. Estos, a pesar de la promesa del otro, lo mataron.

Luego, los doce ladrones se fueron a la fonda del otro hermano. Once de ellos metidos en pellejos que tenían agujeros en la punta para poder respirar. El duodécimo, fingiéndose vendedor de aceite, quiso acostarse en el rastel de la cuadra. El amo no consintió, sino que dijo que se acostara en la cama.

De noche, ocupados en los trabajos los criados, dijo el criado a la criada que preparase la cena de brujas (la cena de la media noche).

—No hay aceite.

—Los pellejos que están a la entrada están todos llenos de aceite.

Diciendo:

—Voy en busca—bajó el criado a la cuadra.

Cuando echó mano del primer pellejo, alguien, desde su interior, le preguntó:

—Ea, ea, ¿es hora de ir? —Aún no —le respondió el criado.

Al agarrar el segundo y tercer pellejo, sucedió lo mismo: los del interior preguntaban si era el momento; y el criado respondía que aún no lo era. Este se fue corriendo donde el amo. Trayendo los de casa la justicia a la posada, hallaron en los doce pellejos once hombres, ataron al duodécimo con cuerdas en la cama.

A la mañana siguiente, hicieron fuego en medio de la plaza y quemaron a los doce, y luego trajeron al pueblo todas las riquezas de la cueva.

Oído a una hija de Yabar.

Un cuento parecido consta también en *Las Mil y una noches*.

79.— LOS CONSEJOS DE UN VIEJO LADRON (B)

Un ladrón, viejo y ciego, estaba en la cárcel para siempre. Aunque otros ladrones vivían en aquella misma ciudad, robando cuanto podían, pero nadie podía conocer sus nombres. El último robo cometieron en la tienda de un rico. Le ocurrió a este rico tendero acercarse a la cárcel, donde vivía el viejo y ciego ladrón, en busca de luz.

—¿Tiene bodega esa tienda? —fue la primera pregunta del ladrón ciego.

—No tiene bodega y, que yo sepa, nunca la ha tenido.

—Sacudan bien el suelo en todas las direcciones. Examinen con diligencia la parte en que se produzca resonancia. Por aquella parte habrá alguna cañería o algún otro agujero. Colocad una barrica llena de alquitrán en un sitio de paso, para que cuando nuevamente vengan los ladrones queden allí adheridos.

El tendero, deseando cumplir exactamente este consejo del ladrón ciego, examinó con diligencia el piso de la tienda, y, al hallar bajo tierra un camino, puso allí una barrica bien untada de alquitrán. A la noche siguiente quedó allí, sin poder moverse ni adelante ni atrás, un ladrón. Los ladrones, por lo menos debían ser dos, pues el que quedó adherido en la barrica no tenía cabeza. Para que nadie conociese quién era, debió de cortarle el pescuezo su compañero.

Al día siguiente de suceder esto, iba contento el tendero a la cárcel a donde el ladrón ciego. Este, al oír estas nuevas, dijo:

—¡Esos sí que son muchachos! Si tuviera veinticuatro años y vista ¡qué compañeros tenía en éstos!

Para saber quién se ha llevado la cabeza de ese ladrón, podéis arrastrar por las calles el cadáver y mirad bien quién es el que llora.

Dicho y hecho, arrastraron por las calles el cadáver decapitado. Al ver esto, se echó a llorar una mujer. Entonces los que llevaban el cadáver hicieron una cruz en casa de la llorona. Se fueron a apresar a aquella vieja llorona, y les dice ella:

—¿Que he llorado? Sí, pues he cortado el dedo pulgar estando desmenuzando la berza.

Por tercera vez fue el tendero a la cárcel a donde el viejo ciego. Oído lo sucedido, nuevamente dijo lo que había dicho antes:

—¡Esos sí que son muchachos! ¡Si tuviera veinticuatro años y los ojos sanos, qué compañeros tenía en esos!

Llevad el cadáver fuera de la población, colgadlo de una rama y estad vosotros allí, pues ha de aparecer aquél a quien le importe.

Se va ese dueño de la tienda, llevando algunos compañeros, bien provistos de viandas y bebidas. Al segundo día se les presentó un caballero con caballo y todo.

Este, ocultando su idea, les dijo:

—Señores: si quisieran ustedes mostrarme el camino de la ciudad...

—Quédese aquí, coma con nosotros y tendrá usted compañía.

Estando comiendo vorazmente, sacó una botellita ese caballero y les dijo:

—También quisiera yo corresponder de buena gana a vuestra buena voluntad. Tomen esta dulce bebida.

Bebieron todos de aquella botella, y tal vez porque esa bebida era adormecedora, lo cierto es que todos quedaron dormidos. Cuando se despertaron, no vieron más que la soga colgada del árbol.

Pasados días y noches, un anochecer, adheridos cuerpo y cabeza del cadáver y elegantemente, colocó ese caballero dentro de la iglesia, junto a la puerta, cabeza abajo, con los brazos cruzados. El sacristán, cuando tenía que cerrar la puerta, dijo a ese hombre:

—Salga usted fuera.

El hombre, ni caso.

El sacristán:

—Que salga fuera

El otro, callando y quiéto.

El sacristán le pegó y le tiró al suelo. Al día siguiente, se presentó al alcalde aquella mujer que se cortó el dedo pulgar desmenuzando berza.

—¿Qué tiene usted?

—El sacristán me ha matado al marido y vengo a solicitar justicia.

A los pocos días apesaron al inocente sacristán. Al muerto, a quien cortaron la cabeza en la barrica llena de alquitrán bajo la tienda, le hicieron solemnes funerales.

Este cuento es muy parecido al del «Amezquetano y Madrileño».

Oído a María Martina Maruri, hija de Murelaga.

80.— EN EL PUENTE DE LEDEA (BN-G?)

Era el año de... Tenía que pasar por Nabarra, vuelto de Francia, el monarca cordobés Abderramán. Al saber esto el rey Sancho de Nabarra envió unos mensajeros a los valles del Roncal, Salazar y Aezkoa: ordenándoles que salieran a enfrentarse con Abderramán y sus guerreros. Inmediatamente salieron de sus valles hacia la frontera los hijos del Roncal y los salacencos. Los aezkoanos dijeron lo siguiente a los mensajeros reales:

—Decid a vuestro y nuestro señor y monarca que nosotros debemos estar en nuestro valle para defender nuestras casas, campos, familias y ganados; y que si ese moro viene atravesando la Aezkoa, no sólo le daremos cara, sino hasta fuego.

Cuando Abderramán, con sus guerreros, llegó al puente de Ledea, los roncaleses y salacencos destrozaron a sus enemigos morenos y a su jefe Abderramán le dejaron muerto en el mismo puente. Su cabeza se la llevaron los salacencos. Los roncaleses (por otro nombre, calleses) anduvieron con mucho disimulo tras los salacencos y consiguieron arrancar la lengua a Abderramán. Cuando llegaron a la presencia del rey los salacencos, con alegría y orgullo, hicieron saber que ellos, los guerreros de Salazar, mataron al rey moro. Entonces, los roncaleses adujeron que esa gran hazaña la llevaron a cabo ellos por su propia mano y, como prueba fehaciente, mostraron la lengua de Abderramán.

El rey, para mostrar su grata alegría a unos y otros, hizo construir tres escudos para aquellos tres valles dando también el título de villas a los barrios de cada valle. A los salacencos dio por escudo de armas un lobo, un lobo que tenía un cordero en la boca. Las villas del Roncal debían ostentar en su escudo un raposo, para dar a conocer su marrullería. A los aezkoanos, sin duda como señal de su flojedad, les dio el rey como escudo un jabalí tumbado bajo las ramas de una encina.

Esta curiosa leyenda la aprendí en el valle de Salazar, sin que recuerde en cuál de sus villas ni el nombre de la persona que la refirió.

81.— EL LEON Y LOS FERRONES (B)

En un desierto vivía una leona con su cría. Probablemente porque algunos hombres le mataron su compañero

—Ten miedo del hombre —le decía muchas veces al hijo—, porque seas forzudo, no te ensorbecas... Los hombres son fuertes... ten siempre miedo del hombre.

Cuando la cría de la leona se hizo grande y forzuda, saliendo del desierto, andaba a una y otra parte, deseando hallar a los hombres. El joyen se resolvió a esto sin conocimiento de la madre, o a lo menos contra los deseos de ella.

—Esta vez tenemos que conocer a los hombres —era la idea que mas bullía en su cabeza.

Por fin, llegó a un pueblo pequeño. La primera casa, con su tienda era la de un zapatero. Cuando el león llegó frente a la tienda, el tendero se ocupaba en hacer zapatos. ¡Cuánto fue su miedo al ver al gran animal! Después de decir

—Buenos días —o algo parecido— ¿eres hombre? —le preguntó el animal.

—Yo, no; yo soy zapatero.

Después de penetrar algo más en el pueblo, vio el animal silvestre a un hombre pequeño, de alpargatas negras. También a éste le hizo la misma pregunta:

—¿Eres hombre?

—Yo..., yo..., yo... Sacristán.

¡Cuando no murió de temblor en el acto!

Como el león no adquirió en el desierto conocimiento de santos, no sabía qué clase de santo era ese *San... Kristan* (Sacristán).

Aproximándose al río, mirando por una puerta vieja, se le aparecieron unos ferrones, con sus grandes delantales hasta el suelo, junto a la gran boca de un horno encendido.

—¡Aaaaup!

Al oír este bramido, los ferrones, con los pelos de punta, miraron hacia la puerta.

—¿Sois hombres? —les preguntó el animal, deseoso de noticias.

—Sí, somos hombres, ¿qué querías?

—Pues vengo a conocer a los hombres.

—Espera un poco hasta sacar esta goa.

Cuando sacaron la goa, estaba el león con el morro metido por la rendija de la ventana, y los ferrones, con unas grandes tenazas, le agarraron por la ternilla de la nariz y se la arrancaron. Dejando el león su ternilla en las manos de aquéllos cuando le dejaron libre, fue corriendo al desierto a donde su madre.

—Madre, ¿cuantos dedos tiene el hombre?—le preguntó el león joven a la vieja.

—Diez dedos en las manos y otros diez en los pies.

—Tenía usted razón, madre, cuando me decía que tuviese miedo de los hombres. Cuando con dos dedos me han quitado completamente la ternilla de la nariz, si me hubieran agarrado con diez, ¿qué hubiera sido, madre?

Desde entonces se dice que el león anda huyendo del hombre.

Oído a Juan Uriarte, en el valle de Leniz (Barrio de Guellano).

82.—EL PRIMER AEROPLANO (B)

Un arratiano revolvió durante largo tiempo en su cerebro un gran proyecto: el de andar, volando como los pájaros, de Aranotz al Gorbea y del Gorbea a Lekanda, y de montaña en montaña de aquellos alrededores. Para eso, hizo dos grandes alas, atando una a otra cañas delgadas. Cuando pensó que tenía ya preparado todo cuanto necesitaba para volar, llamó a unos cuantos vecinos y amigos. Aunque las alas eran grandes, sin duda por no ser pesadas, pudieron ser llevadas entre cuatro amigos a la cima de Aranotz.

Allí, en cuanto al inventor le ataron bien las dos alas, le dijeron:

—Esta es la tuya (lit., ahí mismo eres, pues).

La nueva ave (ave humana) hizo con sus alas *pla pla*, como veía hacer a las águilas, y se lanzó al viento desde la cumbre de Aranotz. El pobre, en un santiamén, cayó a tierra y, dando tumbos, llegó junto a Fuentefría (Iturriotz). Largo tiempo estuvo sin articular palabra, como quien había de morir. Aunque unos se sonreían, los más de sus amigos estaban acongojados. No se alegraron poco cuando vieron que abría ojos y labios.

—¿Vives, Bartolo?

—Muchachos —ésta fueron las primeras palabras de Bartolo—: una cosa... olvidó... seme: y yo... yo... no podía... volar bien.

—¿Pues qué se te ha olvidado?

—La cola..., como que... todas las aves... son colíferas.

No sabemos si a Bartolo le quedaron enteros los huesos para el segundo ensayo. Muchos creen, por lo menos, que el primer aeroplano fue inventado por un arratiano.

Domingo Azkoeta, de Zarátamo.

83.— EL PUENTE DE LIGUI (S)

¿Quién no conoce el puente de Liguí, a la izquierda de la vega? ¡No se puede creer que sea obra humana! Aunque antes había mejores canteros que ahora. Dicen los sabios que el puente de Liguí lo hicieron los romanos. Digan los sabios lo que quieran. Yo sé, habiéndoselo oído a la abuela cuando era niño, que ese admirable puente lo tenemos de manos de las lamias. No se crea que las lamias son todas malas. Hay de todo también entre ellas, como entre los hombres.

Hace ya mucho tiempo, las lamias de la montaña de Lesarantzu se propusieron hacer un puente en Liguí, sobre el gran río. ¡Trabajo difícil, si había! ¡Pero hay algo que no puedan hacer las lamias? Eligieron para ello una noche oscura, pues no querían tener observadores. Silenciosa y animosamente, se pusieron a trabajar, para terminar el puente antes que amaneciera. Levantaron el arco del puente, no de dos alturas hacia el centro, como los hombres, sino de una altura hacia la otra, según acostumbran las lamias.

No lejos de allí había un panadero y, como siempre, a luego de media noche, encendió el horno. Del gallinero, un joven gallo, al ver aquel resplandor del horno, creyendo que era ya el amanecer, empezó a cantar y a agitar las alas. Iban las lamias a colocar la última piedra en su lugar. Cuando oyeron el canto del gallo, arrojaron, ¡blau!, la piedra río abajo y ellas, con un sonoro berrido, se ocultaron en la obscuridad.

Posteriormente, cualquiera, cuando el agua del río es transparente, puede ver un gran agujero en el fondo de un alero del puente, agujero que debió llenar la última piedra de las lamias.

Jaureguierry, de Atharratze.

84.— LA MUCHACHA DE LOIDI (G)

Una niña de unos ocho años de edad, hija de una casa denominada Loidi, solía ir todos los días como vaquera a la montaña Santuane, y volvía a casa siempre bien peinada. Una vez le dijo su madre:

—¿Quién te ha peinado así?

—Una hermosa señora.

—¿Qué te ha dicho?

—Que lleve cinco chillas y siete tejas para construir un refugio.

En casa no le aceptaban a la muchachita tal encargo. Así anduvo ella por espacio de unos ocho días, apareciéndosele aquella hermosa señora diariamente.

En el último día díjole la señora:

—No faltarán en Loidi, mientras exista, contrariedades y disgustos. También hoy hay piedras en la montaña Santuane y en Arransoro una huella del pie de la Virgen, así como otras dos en la cumbre de la montaña. Al ver que aquí no le hicieron caso, la hermosa señora se fue a Aranzazu.

Añadió lo siguiente la colaboradora:

En Aralar aun hoy existen, sí, huellas de pies. En estas huellas nuestros mayores depositaban cuartos, que recogía un pastor, cuando se completaba la cantidad suficiente para encargar una misa. En Aralar está la piedra de la huella de la Madre Virgen. Las niñas tenían por costumbre ponerse de rodillas junto a esas huellas, besarlas y, santiguándose, encaminarse hacia el templo.

Mariana Ciriaco, de Amezqueta.

85.— EL PREDICADOR DE MALLABIA (B)

Existe en Bizkaya, en el límite de Guipúzcoa, una bonita aldea que se llama Mallabia; aldea montañosa que tiene por patrón, o al menos por medio patrón de la Iglesia a San Pedro. Para buscar predicador para este día, los más de los años suelen salir fuera del pueblo. Muchas veces llamaron para esto en el convento de Marquina.

Una vez, el portero de este convento va a la celda del superior y, besándole en el hábito, según es costumbre, dijo:

—Le espera alguien en la portería, el cual dice que es de Mallabia.

Al momento bajó el superior.

—¿Qué es eso, Mallabia?

—El párroco me ha enviado donde usted. También anteriormente he estado yo aquí, por lo menos tres veces.

—¿Y qué recado le ha dado el párroco?

—El de otras veces. Que necesita un predicador para el día de San Pedro, y que sea algo más fuerte que el de hace dos años.

—¡Más fuerte..., más fuerte! Como viene usted algo tarde... Si hubiera sido más temprano...; pero ahora allí tenemos sobre Lequeitio a Mendeja con su San Pedro; ahí tenemos, en el camino de Ondárroa a Berriatua, con su San Pedro, y ahí arriba está Barinaga, que no quiere ser menos; y yo tengo que enviar predicadores acá, ahí y allá. Tenemos, a decir verdad, un joven recién ordenado, de buena voz y de gran corazón. Si es que hay que hacer fuerte, hasta de la torre se le oirá a éste. Mallabi, dígale al párroco que sí; que no le faltará alguien; pero que en adelante, se acuerde más a tiempo.

—Luego, al que vaya, si es de los que antes no han estado, adviértale (no se olvide de ello): que el camino más fácil es éste: de aquí a Iruzubieta, de Iruzubieta a Guerenaga, de Guerenaga tome a la izquierda y pronto verá nuestra gran iglesia.

—Mallabi, no se apure lo más mínimo. Tenemos en el convento un lego que conoce admirablemente todas las hondonadas de estos contornos: éste irá a acompañar al predicador.

Allí iban la víspera de San Pedro, saliendo tempranito de Marquina; allí iban, hacia Mallabia, dos frailes: uno, el más joven, de Misa; el otro, el viejo, o por lo menos hombre maduro, era de los de sin misa, lego. Cuanto más se acercaban, más aumentaba el miedo del joven. Cuando, al empezar a bajar de Guerenaga, vieron la iglesia, nuevamente le manifestó al lego su temor, temblor, miedo y pavor.

—No se preocupe, fray Antonio. Mañana, momentos antes de la Misa mayor, déme esa capa blanca, hermosa, y yo me las arreglaré con San Pedro.

—¿Hermano, quieres decir que predicarás tú?

—Sí, fray Antonio, sin ningún miedo; y faltas, pifias..., ni por asomo cometeré yo.

Llegaron por fin los frailes a Mallabia; llegó la mañana siguiente; llegó la hora de Misa mayor, y desde la casa del párroco allí iba, puesta ya la blanca y hermosa capa fray Guibel-andi (*Gran Higado*) (desconocemos su nombre), pian pian, al parecer sin gran miedo.

Después de pronunciar en voz baja algo que pareciera latín, empezó a decir:

—Mis buenos oyentes: quien quiera oír mis palabras, necesita estar en estado de gracia... Sí, oyentes de mi corazón, tiene que estar en estado de gracia quien quiera oír mis palabras.

Y sin pronunciar una sola palabra, empezó a mover los brazos y las manos, arriba y abajo, a derecha e izquierda. ¡Qué de muecas y gestos hizo con el semblante! ¡Dios le acompañe!

Después de insistir en esta forma bastante rato, terminó el ejercicio con estas palabras:
—Son verdades todas las cosas que yo he dicho, tan ciertas como las cabras que están en la parte alta de la heredad de Barreneche.

Al salir del templo, miraron todos a la parte alta de la heredad de Barreneche, y al ver las cabras, quedaron admirados y asustados.

—Chicos —decía uno—, yo estoy en pecado: nada le he oído y estoy en pecado.

—Tampoco le he oído yo gran cosa.

—Tampoco yo..., tampoco yo...

Cuando los dos frailes aparecieron en el pórtico, se le acercaron al predicador muchos oyentes y le pidieron se pusiera en el confesionario.

—¿No me veis sudando, completamente abatido y apenas puedo andar de fatiga? En mi lugar se pondrá este fraile joven, todo el tiempo que queráis.

Francisco Urkiaga, de Murelaga.

86.— UN ARRIERO EN EL CAMINO DE PETIRIBERRO (AN)

En una posada entró a pasar la noche un arriero. Dicen que la dueña era bruja, y como el arriero quería saber si era así, quedó en la cocina para dormir en el escaño, a fin de ponerse en camino antes de clarear el día. Disimuló estar dormido, produciendo fuertes ronquidos.

A eso de la media noche, la posadera, andando sobre las puntas de los pies, se acercó al hogar, y queriendo ver si el arriero estaba o no dormido, le azuzo con alfiler por debajo de la pierna. El arriero entonces roncó aún más fuerte. Entonces la señora dijo:

—Sal tú, la de bajo la plancha.

Y apareció por debajo de la plancha un pucherito lleno de unguento. La vieja, metiendo en aquel pucherito dos dedos, ungió las sienes, las muñecas y las corvas, diciendo entre tanto:

—Firirifai, vieja en casa y afuera joven: por encima de la cuesta en una media hora.

Salió de casa como un buitre blanco, arriba y arriba, por el agujero de la chimenea. El arriero, de miedo, ató su cuerpo con la faja al escaño y dijo, como la bruja:

—Sal tú, la de bajo la plancha.

Ungió el cuerpo con lo del pucherito y en el mismo instante empezó a subir chimenea arriba, pero, como no podía salir el escaño por el agujero, se quedó en la chimenea, ni arriba ni abajo.

La bruja, cuando volvió, le perdonó los gastos de la posada, para que tuviese en secreto lo que allí sucedió.

Petra Arotzarena, de Abaurrepea (Aezkoa).

87.— EL CARACOL Y UN URQUIOLANO (B)

En cierta ocasión, un urquiolano que venía por Mañaria abajo, poco antes de llegar a Durango encontró en un sendero un caracol que tenía a la vista los dos cuernos. El caminante se detuvo, y quedó descolorido y pálido. Para adelantarse no tenía otro camino: a la izquierda, el río; a la derecha, una gran pared; delante, el caracol.

—Caracol —le dijo al animalejo.

El otro, ni caso.

Nuevamente:

—Caracol: por dejarme expedito el camino, he ahí un *emeretziko* (moneda de 19 reales).

El urquiolano le echó delante al caracol la moneda de oro más pequeña conocida entonces, que valía 19 reales. Quedó algo lejos la monedita roja; y, al parecer, por no haberla visto, el caracol continuaba también con los cuernos a la vista.

—Caracol: también te daría otra —y dichas estas palabras, echó la segunda algo más cerca.

El caracol esta vez tampoco le hizo caso. Estaba apurado el hombre de Urquiola.

—Caracol —le dijo por tercera vez—, no porque tenga demasiado, pero te daré un tercer *emeretziko* y, ¡hombre!, déjame andar.

Le lanzó muy cerca la tercera moneda roja y esta vez, al parecer por agradecimiento, guardó el caracol debajo de la cáscara sus cuernos movedizos. Al ver aquello el urquiolano, dando con cuidado un salto y llenando los pulmones de aliento tomó el camino de Durango.

Aprendido en Murelaga.

88.— MARTIN EL CURA (B)

Este hombre tiene por nombre en la parte de Tolosa Mateo Txistu; en Mendaro, don Clemente. ¿Quién era él? ¿Hijo de dónde? En los alrededores de Mondragón no saben tantos pormenores. Dicen que era eclesiástico y que estaba de párroco en el barrio llamado Larrino. También es tenido en todos aquellos contornos como hombre de grandes estudios. Pareciéndole por lo visto poca cosa los estudios de los colegios de la tierra, estaban él y otros dos compañeros en una temporada haciendo mayores estudios entre los demonios.

Una condición les impusieron estos maestros: que uno de los tres tendría que quedarse para siempre entre ellos. Los muchachos, conformes, tomaron en consideración la proposición y dieron comienzo con afán a esta tarea. Cuando llegó el último día, los muchachos estaban apurados. Martín díjoles:

—Tomadme vosotros la delantera, y yo me entenderé con el demonio.

Cuando terminó la lección, preguntó el demonio:

—¿Quién es el destinado para mí?

—Agarre usted al que me sigue —le contestó Martín.

Después de salir los dos amigos, iba tras ellos Martín y viendo el demonio alguna cosa detrás de él, le agarró a aquello, en la creencia de que era alguien, que era algún estudiante. Era la sombra de Martín lo que iba detrás de él. Le agarró el demonio y quedó Martín sin sombra para toda su vida.

Estando en Larrino, le dijo una vez su llavera (la criada):

—Señor, usted no tiene (hace) sombra.

Martín se lo tomó a mal y le propinó un gran sopapo.

Después de salir sin sombra de la escuela del demonio, enfadado éste, le dijo:

—Buena me has metido; pero no quedarás sin recibir la tuya (lo que te corresponde).

Te traeré un regimiento de caballería, que te estropee todas las tierras.

—Bien, pues yo —le contestó Martín— presentaré la infantería, que derrotará a esa caballería tuya.

Cayó piedra de las nubes (ésta era la caballería a que se refería el demonio). Martín el Cura hizo el conjuro y arrojó a una cuneta todo el pedrisco.

No sabiendo Martín en qué pasar en Larrino las horas del día, por hacer algo, se aficionó mucho a la caza. Una vez, estando diciendo misa, al llegar a la Consagración, sintió que los perros andaban aullando tras alguna liebre, y dejando todo cuanto tenía entre manos, empezó a correr tras los perros, en pos de la liebre. Desde entonces, ahí anda sin parar. Algunas noches vemos una claridad singular sobre las nubes y también oímos algo parecido al silbido del viento. Son el silbido de Martín el Cura y los ladridos de sus perros.

Oído en Mondragón.

89.— MARTIN HERRERO (B)

Jesucristo dio a Martín Herrero un gran saco. Martín se hacía dueño de cualquier cosa, abriéndolo y diciendo estas palabras:

—Que Dios lo meta en el saco.

Andaba contento de una parte a otra. Una vez encontró a un caballero contando dinero en una ventana. Abrió Martín su prenda y en cuanto dijo:

—Que Dios lo meta en el saco —allí tenía, dentro, todo el dinero del caballero.

El demonio tentaba con frecuencia a Martín, probablemente porque era amigo de Jesucristo. Como en cierta ocasión le tentase con insistencia, se aburrió, abrió su saco y dijo a aquél:

—Que Dios lo meta en el saco —y allí le tenía al de los pantalones rojos (así llaman al demonio).

Al ver esto, se va Martín a la fragua, y, colocando el saco sobre un yunque, le dio terribles martillazos al demonio. El demonio, saliendo de allí, se fue huyendo al infierno.

Al poco tiempo de esto, murió Martín el Herrero. Se va al Cielo y San Pedro no le quería dejar entrar, porque había introducido malamente en el saco el dinero ajeno. Se va luego al infierno, y al ver el demonio a Martín:

—Ea, muchachos —dijo—, agarrad a la puerta del infierno, para que no entre uno más fuerte que nosotros.

Nuevamente tuvo que ir el herrero al Cielo. San Pedro, que no, que no tenía intención de dejarle entrar.

—¡Por favor, San Pedro! Si no me quiere recibir a mí, reciba, ¡por favor!, mi saco, que es dado por Jesucristo.

San Pedro recibió el saco de sus mimos y lo dejó detrás de la puerta. Entonces, diciendo Martín el Herrero:

—Que Dios me meta en el saco —entró allí de repente.

Desde entonces dicen que San Pedro anda rascándose, no sabiendo cómo sacar del Cielo a Martín.

Juan Urrutia, de Guellano (Valle de Leniz).

90.— MISA MISTERIOSA (BN)

En una noche, hacia la madrugada, observaron unos pastores desde un bosque que está algo más arriba, así como una luz, en la iglesia del Salvador. A la noche siguiente, a la misma hora, observaron nuevamente los pastores la misma luz y de la misma manera durante toda una semana. El horror se apoderó de ellos y trataron de que era necesario trasladarse a otro pastizal. Pero les apenaba, por otra parte, el abandonar aquel lozano lugar, y mutuamente se dijeron que primeramente tenían que ver lo que podría ser aquella luz.

Siempre miraban en la choza, después de signarse bien con agua bendita, y teniendo en la mano un fuerte palo y rezando rosarios echaron a andar una madrugada todos juntos. Como siempre, pronto vieron una luz, y sus perros mastines retrocedieron, ladrando y ladrando. No menos espantados, se aproximaron entretanto los pastores, dándose mutuamente la mano para unirse todos. Temblando, por lo mismo, sin encontrar a nadie ni nada en el camino, llegan a la iglesia y, como siempre, la encuentran cerrada. Uno de entre ellos se atreve a mirar con mucho cuidado por el agujero de la llave y queda mudo. Sus compañeros miran como él y también están espantados ellos. Las velas del altar encendidas, y con los ornamentos sagrados puestos, estaba allí, a los pies del altar, un sacerdote. Habiendo los pastores producido algún ruido en la puerta, miró atrás el sacerdote y luego, al momento, como ahogándose, dio comienzo a la misa: *Introito ad altare Dei*. Y uno de los pastores, sin casi darse cuenta de lo que decía, contestó desde fuera, lo mejor que pudo. Y después, contestando los pastores: *Et cum spiritu tuo* o *Amen*, prosiguió y terminó la misa el sacerdote, y por cierto no tan pronto como desearan los pastores.

Cuando, por fin, se acabó la misa, volvió el sacerdote hacia la puerta y, con rostro jubiloso, dijo en voz alta:

—¡Oh, mil gracias, ánimas benditas, quienquiera que seáis! Tantos años he estado aguardando en la necesidad de decir esta misa para entrar en el Cielo. Nunca había aquí quien me respondiera. Mil gracias nuevamente. No os olvidaré desde el Cielo.

Y con esto, desapareció el sacerdote. Nuestros pastores tuvieron aquel año excelentes corderos. Pero no en aquellos mismos lugares. Precisamente el siguiente día cambiaron de pasto.

Lo aprendí en Ahatsa, de Garazi (BN).

91.— MIGUEL FERMIN (AN)

Un padre, considerándose ya viejo, dijo al hijo mayor:

—Miguel Fermín: yo y la señora de casa somos ya mayores y queremos ver, mientras vivimos, una ama de casa. Tú, que eres el hijo mayor, tienes que casarte.

—¿Con quién? Yo no conozco muchacha alguna.

En un caserío de Bedayo hay una muchacha lista; vete donde ella y dile: «Francisca: dicen mis padres que necesitamos nueva ama de casa. ¿Quisiera ser usted ama de nuestra casa?»

Se preparó al momento el hijo y se fue a cumplir el encargo del padre. Resulto que la muchacha no estaba en casa, pues le habían enviado al molino los de casa, con el celemín. Le dijeron que vendría pronto y que esperase. El, que no, pues tenía que ir a escardar maíz y que vendría en otra ocasión. Le riñó el padre, porque no esperó.

De allí a poco le envió nuevamente en busca de novia. Yendo de camino vio a la

misma muchacha de Bedayo escardando maíz en una heredad. Le dio un grito la muchacha:

—Oye, muchacho, ¿eres tú el que uno de los días pasados viniste en busca de mí?

—Sí, yo soy. ¿Qué les diré al padre y a la madre?

—Que sí.

—Está bien— y dicho esto se volvió a su casa. Cuando llegó el siguiente día de fiesta, padre e hijo se fueron al caserío de Bedayo a concertar el matrimonio. Al ver que todos estaban conformes, pregunto el padre del novio:

—¿Le vais a dar algo?

—Sí— dijo la madre de la muchacha—; es nuestra hija única y la amamos de veras. En dinero le daremos una onza; también la mitad de una cama y además el novillo de la vaca roja.

Entonces dijo el padre al hijo:

—¿Estás contento, Miguel Fermín?

—Padre, yo sí. Aquí no sólo hay mujer. También hay cosas.

Acordaron preparar la boda para el tercer día de San Miguel. Llegó ese día y a pesar de saber que vendrían los parientes, se fue Miguel Fermín a cortar hoja al terreno acotado. Al saber esto el padre, envió el segundo hijo a decirle que viniera, ya que tenía que ir en busca de la novia.

—¡Ah, hermano! —le respondió Miguel Fermín—. Traer tú o traer yo, lo traído traído estará. Yo tengo que hacer el corte de hoja.

Tuvieron que ir los tíos a traer a casa al novio. Habiéndole refinado el padre, le ordenó que se vistiera bien y que se pusiera corbata.

Comenzó a vestirse, pero no hacía cosa buena. Cuando estaba metiendo los calzoncillos por los brazos, como si fuera chaqueta, gritó:

—Padre, padre, ¿qué chaqueta me ha puesto usted aquí?

Tuvo que vestirle el padre y la madre tuvo que ponerle la corbata.

En esta forma fueron en busca de la nueva ama de casa. Cuando llegaron a la casa de ésta, dio Miguel Fermín un relinchido en el portal.

—¡Yo sí que soy hoy rey! ¡Cuán admirablemente me han puesto el padre y la madre!

Cuando la chica bajó al portal, le dijo Miguel Fermín:

—Hoy bien vestido, mañana con albarcas y polainas; hoy, comiendo cordero, y mañana, habas negras y torta de maíz. Tener que vivir así.

—¿Andarías siempre vestido así? decía la novia.

—Yo sí, y bien contento por cierto! ¡Ah, si hoy no anocheciera!

Sentados para almorzar, nada quería comer el muchacho. Dijo que aún sin comer estaba contento con su elegancia.

—Dirán que estás loco. Come, Miguel Fermín. Tú y yo tenemos que estar hoy en silencio.

Un tío, al ver que era chica tan callada, ingeniosa y lista, dijo a Miguel Fermín:

—Esta debiera tener tus pantalones y tú sus sayas.

—A lo menos, hoy no —le contestó el sobrino—; hoy necesito yo los vestidos que tengo puestos; mañana por la mañana se los daré a ésta, si es preciso.

Todos fueron contentos porque trajeron buena ama de casa.

92.— UN JEFE DE MOROS Y UN FRAILE LEGO (AN)

Uno de los jefes superiores de los moros quería sacar a los frailes de un convento. Su inteligencia no acertaba a darle remedio adecuado para eso, y se fue donde una vieja adivina. Le dijo la vieja que dentro de ocho días le mostraría ese medio.

Cuando se vieron nuevamente, le dijo la adivina:

—Vaya usted donde el superior de ese convento y hágale estas tres preguntas. La primera: ¿En cuánto tiempo podré dar yo al mundo la vuelta entera? La segunda: ¿Yo cuánto valgo? La tercera: ¿Cuál es la idea que tengo ahora en la mente?

Se fue contento el moro a donde el superior de los frailes. Le hizo las tres preguntas y le dio un mes para contestar, añadiendo estas palabras:

—Si no acierta usted, le cortaré el pescuezo yo mismo, y todos sus compañeros tendrán que salir del convento.

Estaba el superior en los días sucesivos estudiando y meditando. Cada vez estaba más apurado, pues nada pudo discurrir. Ni comía ni dormía. Se enfermó, hasta tener que encamarse.

El fraile lego le preguntó lo que le pasaba. El superior no quiso descubrirle su interior, estimando que sería inútil. El lego no cesaba de decir diariamente:

—¿Qué tiene, padre?

Un día, convencido de que hasta declarando a la piedra se siente algún placer, le dio noticia de aquellas tres preguntas hechas por el moro.

—Yo las descubriré —le dijo el lego.

Al aparecer el moro, después de pasar el mes, bajó adonde él, vestido con el hábito del superior. En seguida dieron comienzo a las preguntas y respuestas.

El moro:

—¿En cuánto tiempo puedo yo dar vuelta entera al mundo?

El lego:

—Siéntese usted sobre el sol y en veinticuatro horas dará usted la vuelta completa.

El moro:

—¿Cuánto valgo yo?

El lego:

—Judas vendió en treinta dineros al Rey de todos los reyes, al Dueño de cielo y tierra.

Usted no vale más de veintinueve.

El moro:

—¿Cuál es el pensamiento que tengo yo ahora en la mente?

—¿Lo que usted piensa? Usted opina que está hablando con el superior, y usted se las ha con un lego lerdo e ignorante.

En esto dijo entre sí el moro: «Cuando el más ignorante es así, ¿qué serán los demás? No quiero nada», y dicho esto salió del convento.

Andrés Astiz, de Goldaraz.

93.— QUIEN MAS MALO (B)

Marido y mujer ocupábanse cierta tarde en layar en su heredad. Después de haber tomado en boca una maldad hecha por alguien en alguna parte, ocurrióle a la mujer hacer esta pregunta:

—¿Quién será más malo en el mundo? ¿El hombre o la mujer?

El marido dijo que el hombre malo lo es más; la mujer, por el contrario (sostenía), que la mujer mala es más mala (que el hombre). No se convencieron mutuamente, aunque charlaron largo rato. Mientras el marido, yendo algo más lejos, se ocupó en cortar hierba, la mujer llegó hasta la casa y, a escondidas del hombre, metió en la heredad, bajo un tepe, el besugo que tenían para cenar. Luego, continuando ambos su anterior tarea, el hombre sacó de bajo el tepe el besugo. Se quedó sin saber qué decir, viendo un hermoso pescado en la punta de la laya.

—Ese ha nacido aquí mismo —le dijo la mujer.

Y, como de costumbre, el cuidado de la cena la llevó a casa algo más temprano que el marido. Después de preparar para ella la mitad del besugo y de haberla comido, para el marido preparó la cena de otros días: caldo de puerros, castañas y sopa de borona y leche.

—¿Pues dónde tienes el besugo?

—¿Qué besugo ni qué niño muerto!

—El que hemos encontrado en la heredad.

—¿En qué clase de heredad! ¡Ay de mí! Somos perdidos, nuestro Pedro se ha vuelto loco, somos perdidos —dijo, y se fue lloriqueando a la vecindad, a dar noticia del infortunio de su casa.

Los vecinos vinieron, y al oír de boca de Pedro lo del besugo de la heredad, dijeron que estaba loco, y al pobrecito le ataron.

Cuando quedaron los dos solos, trajo la mujer a la mesa la mitad del besugo y dijo:

—Pedro, aquí tengo yo el besugo que hemos encontrado en la heredad.

Pedro llamó, dando voces, a los vecinos, desde donde estaba atado.

—Que el besugo de la heredad era una locura mía, y ahí lo tenéis, sobre la mesa.

Todos estaban no sabiendo qué decir. La señora de casa, sonriéndose, les dijo:

—A la tarde, según estábamos layando, hemos tenido Pedro y yo esta conversación. Este (sostenía) que el hombre malo es más malo que la mujer mala. Yo, que no. El siempre que sí. Aunque yo recordaba maldades de todo género, éste se agarraba siempre a lo suyo. Entonces me ha ocurrido hacer lo que he hecho. Ahora, tanto Pedro como vosotros, sabéis muy bien que la maldad de la mujer es mayor.

María Josefa Izpizua, de Gabika.

94.— LA SANGRE MAS PURA (B)

Antiguamente, poco antes que olvidaran su lenguaje hierbas, pájaros, animales y alimañas, vivía un rey, hombre sincero, despegado, magnánimo, un rey que amaba a los súbditos. Tenía un hijo y él era haragán, presumido, de corazón duro y sin consideración para con los súbditos. La manera de ser de aquellos padre e hijo era aún más diferente que el anverso y reverso de una moneda. La más saliente de todas las buenas cualidades del padre era el considerar como hijos a sus súbditos. En cambio, la más conocida maldad del hijo era el tenerlos como seres de otra naturaleza. Cae de su peso el que la gente de aquel pueblo tuviese un gran cariño al padre y ninguno al hijo.

El padre, aun sabiendo cómo era su hijo, le amaba, y porque le amaba, solía estar discurriendo noche y día cómo había de enderezarlo y hacerlo bueno. Vivía sola en su choza una anciana, si por compañía no han de considerarse los cuatro o cinco gatos viejos que estaban con ella. Los más tenían a esta anciana por bruja.

Fue el rey un día a cazar, y enviando delante a sus criados, bien cargados de liebres,

sordas y ciervos, entró en la choza de la supuesta bruja. Después de darle las buenas tardes y de haberse sentado en una vieja silla junto al fuego, expuso el rey su aflicción a la vieja: la maldad del hijo. Y al decirle que entró en busca de un remedio, la anciana, después de acariciar el lomo a los cuatro gatos, le dijo:

—Queriendo sanar al hijo de ese mal y alegrar vuestro corazón, poned al hijo su propia sangre delante de sus ojos. Si llega a conocerla, ¡qué desgraciado seréis, oh rey! Si no la conoce, aquel se curará y vos quedaréis consolado. No sé más.

Por nada quiso la anciana aceptar recompensa alguna.

Aquella noche y en muchas siguientes estuvo el rey sin poder conciliar el sueño. ¿Cómo lo podría, si tenía la cabeza llena de pensamientos? De día vivía sin ganas para nada: en la mesa, inapetente; en sociedad, desganado; de pie, soñoliento; tumbado o encamado, sin poder dormir. Menos enloquecerse, todo lo demás hizo de él esta idea: «¿Cómo pondré yo a mi hijo su sangre ante los ojos? Yo amo a mis súbditos, amo más al hijo, y yo, por complacer a los súbditos, derramaré la sangre del hijo? No.»

El rey aquellos días era digno de compasión: desmazelado, flacucho, pálido y sin fuerzas. Cuando menos lo esperaba, se presentó a él una vez el hijo para decirle:

—Padre, sólo el decirlo me avergüenza, pero tengo que decirlo. Hace ya tiempo, y a escondidas de vos, estoy casado. Hoy mi mujer es madre y padre vuestro hijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tenéis un nieto. Mi matrimonio, aunque secreto, es legítimo, legítima es mi mujer, legítimo el hijo. Y si vos, así como me reconocéis a mí como hijo, queréis también reconocer a mi mujer como nuera y a mi hijo como nieto, viviremos desde mañana todos en vuestro palacio.

—Si se tratara de otra clase de madre e hijo, yo daría ahora mismo mi resolución; pero como esa madre y ese hijo pudieran en lo futuro llegar a ser rey y reina, mañana diré lo que he de decir.

Llamó aquella noche el rey a los más grandes sabios del pueblo y les dijo:

—Antes de la mañana del día de mañana habéis de responder a estas dos preguntas mías. La primera: ¿Cómo puedo yo poner a mi hijo su sangre delante de sus ojos sin detrimento de mi honor? La segunda: ¿Cómo puedo yo poner a mi amado pueblo delante de los ojos como esposa e hijo de mi hijo a una mujer y un niño a quienes aún no conozco?

Al día siguiente reunieronse de nuevo el rey y los sabios. Uno de estos le dijo en nombre de todos:

—Rey: si queréis poner la sangre del hijo amado delante de sus ojos sin detrimento de vuestro honor, recibid por nuera a la esposa del hijo y por nieto al hijo de entrambos. Después tomad en vuestras manos a vuestro netezuelo y ponedlo delante de vuestro hijo. De esta manera, y sin detrimento de vuestro honor, y con gran placer de corazón, podéis poner la sangre de vuestro hijo delante de sus ojos.

Después de darle grandes gracias, llamó el rey a este sabio a su gabinete y le dijo:

—Ya que en una sola respuesta habéis resuelto tan adecuada y hábilmente mis dos problemas, decidme ahora cómo podré curar la enfermedad de mi hijo. Cree que vosotros no tenéis sangre como la nuestra, que no sois hombres de nuestra especie; y que, por lo mismo, nosotros no debemos apreciarlos.

—Rey: estaré yo aquí cuando traigan a ese niño, y después de ver de que clase es él, resolveremos lo que haya que hacer.

Este sabio, después de salir del palacio real, anduvo al día siguiente casi hasta el mediodía de casa en casa. Antes de llegar el sol al zénit llegó nuevamente donde el rey, te-

niendo oculto en el sobaco a un niño. Pusieron a los dos en una cuna, con vestidos iguales, al nieto del rey y al traído por el sabio. Por fin, levantóse el hijo del rey y fue a ver a su hijito; pero no sabía cuál era el suyo. Estando así, compareció el rey y, viéndole perplejo, le dirigió a la cara estas hermosas palabras:

—¿Pues no sueles tú decir que nosotros no somos como los demás? ¿Que no son iguales nuestra sangre y la de los otros? Dinos, ¿cuál de esos dos niños es de sangre real?

Si el rey mismo no se lo hubiera dicho, su orgulloso hijo no lo habría acertado. El heredero cayó enfermo de allí a dos o tres meses y llamaron a un médico. Este dijo que había que sangrarle y, en efecto, sacó sangre de sus venas.

El rey entonces hizo que también a un criado se la extrajeran y que una y otra sangre fuesen puestas, una al lado de la otra, en dos vasitos; y luego dijo al médico:

—Dinos, maestro, cuál de estas dos es la sangre mas pura.

El médico, después de haber examinado bien una y otra, dijo, por la sangre del criado:

—Esta es más pura y mejor, con mucha diferencia.

El rey dijo sobre aquello al hijo cosas buenas, y parece que este se enmendó mucho en adelante.

Aunque muchos crean que es el origen lo que a un hombre en sociedad engrandece, y que la sangre azul o la tenida por tal es buena señal de grandeza, tú conocerás, María Ignacia, quién es cada cual: al árbol, por los frutos; por los hechos, al hombre.

95.— LO QUE MERECE EL BENEFICIO (B)

Un lobo estaba debajo de una piedra grande no pudiendo salir y respirando con dificultad. Pasó un hombre junto a él.

—Sácame de aquí, amigo, sácame —le decía el lobo.

—Pero tú me comerás, y más me conviene a mí la paz.

—No; no te comeré y sácame.

Por fin, extrajo el hombre al lobo de debajo de la piedra. En esto, el lobo dijo:

—El que tiene hambre, tiene que comer, y voy a comerte ahora.

—Pues no me dijiste que me dejarías sin comerme.

—Decir, sí; pero el que tiene hambre, tiene que comer y...

—Ea, pues, lobito; sigamos el consejo de los tres primeros con quienes tropecemos en el camino. Si dicen que el beneficio merece mal pago, cómeme entonces.

Andando, andando, dieron con un perro, un perro viejo, que apenas podía andar y que tenía inclinado el hocico hasta el suelo, efecto del hambre.

—¡Hola! —dijo el lobo al perro—. ¿Qué merece el beneficio?

—El beneficio merece mal. ¡Algunas liebres he cogido yo para el amo y ahora, aquí me tiene de hambre!

Nuevamente van y van y encontráronse con una vaca vieja que estaba dando vueltas en un prado:

—Compañera —le preguntó el lobo—, ¿el beneficio qué merece?

—El beneficio, mal. ¡Algunos buenos tragos de leche he dado yo, y ahora, aquí me tienen de hambre hecha un esqueleto.

Entonces el lobo dijo al hombre:

—Pues ya tengo que comerte.

—No a mí, sin antes oír el parecer del tercero.

Caminando, caminando, encontraron un raposo.

—Raposuelo, ¿qué merece el beneficio?

—¿Que qué merece el beneficio? Según sea el tal beneficio.

Ambos le dieron cuenta al raposo de lo que sucedió entre ellos. Entonces el raposo, dijo:

—Lobito, para eso tenemos que ver cómo has estado antes.

Y se fueron los tres por el camino de antes, andando, hasta dar con aquella piedra grande.

—¡Esta es la piedra! —dijo el hombre.

Debajo de ella colocaron al lobo entre el hombre y el raposo, y dijo éste:

—Estáte ahí ahora, majadero e ingrato. Y sin más, se alejó juntamente con el hombre.

María Josefa Izpizua, de Gabika.

96.— UN BORRACHO (B)

Marido y mujer vivían teniendo gresca la mayor parte de los días. El marido era borracho. La mujer, viendo que eran inútiles sus dichos, pidió su parecer a una mujer de la vecindad, para quitar a aquel el vicio de la borrachera.

—¿Sabéis, María, qué puedo hacer, si os parece bien? Estar en la copa del árbol, junto a vuestra casa alguna noche que venga borracho. y le hablaría cual si fuera yo alguna alma del Purgatorio. Creo que lograremos algo.

—Algo habrá que hacer, ciertamente.

Una noche, como en cien otras. allí venía de la taberna hacia casa trazando eses el borracho:

—¡Ay, ay! —empezó la de la copa del árbol.

—¿Quién eres? —le preguntó el borracho.

—¿No sabes quién era tu vecino Pedrantón, que murió el año pasado? Soy el alma de aquel, estoy en el Purgatorio, entre tormentos, al fuego.

—Pues ¿qué quieres?

—A mí me vendría bien el dinero que inútilmente gastas tú en la taberna.

—¡Dinero! ¿Para qué quieres tú el dinero?

—Tengo ofrecida en Aranzazu una misa de diez reales.

—¿Tú no tienes acaso dinero?

—Dinero no hay aquí. Ahí tenéis los dineros, ahí, en el mundo.

—Si no tienes dinero, vete de nuevo a tu sitio, pues nadie quiere decir misas de balde.

Aprendido en el valle de Leniz. No anoté el nombre de la persona consultada.

97.— EL LOBO Y EL RAPOSO

En cierta ocasión, un lobo hambriento encontró en el camino a un raposo. El raposo, en son de amigo, le dijo:

—Te saludo, te saludo, lobico.

El lobo le contestó:

—Bienvenido, raposuelo —añadiendo estas palabras—: tu cabeza y orejas serán hoy mi cena.

Estaba el raposo temblando de miedo, y ante la imposibilidad de la huida, comenzó a

discurrir, queriendo dar con un medio para engañar a su enemigo.

—Lobico —le dijo entonces—: hace un momento he visto ahí arriba un hermoso rebaño de ovejas. No tienen poca carne las posaderas de aquellas ovejas, y, por otra parte, los pastores están dormidos.

—¡Hum! Estoy cojo para ir allá y tengo que comerte a ti, a ti mismo. Teniendo aquí qué comer, ¿para qué tengo que ir allá?

Se persuadió el raposo de que tenía que ser comido por el lobo y, mirando luego al cortijo de arriba le dijo:

—Aunque otra cosa no pueda, tengo que oír misa.

Le dejó el lobo, pero quedó él en el portal. Al ver que a pesar de transcurrir media hora no salía de allí el raposo, el lobo, cansado de esperar, dijo:

—Esa sí que es misa larga, parece día de Ramos.

—No hay ni misa, ni siquiera iglesia. Si esperas a que yo salga de aquí, tendrás que estar ahí en ayunas.

Felipa Lastiri, de Arizkun (Baztán).

98.— EL LOBO Y EL RAPOSO (B)

En Zuberoa (Zuberoa de B es un barrio de Murelaga), estando cenando los desgranadores de trigo, el lobo y el raposo iban poco a poco junto a la casa llamada Legarre, de aquel barrio. En el firmamento lucía una hermosa luna llena, y su imagen, semejando una torta redonda, se reflejaba en un charco de Legarre.

—Raposuelo, ¿cómo se puede comer esa hermosa torta? —preguntó el lobo.

—Bebe toda el agua que contiene el charco, y así (podrás comerla).

Comenzó el lobo a beber el agua. Mas pronto le comenzó a salir por detrás lo que bebía. En esto cogió el raposo una espiga desgranada de maíz y le tapó el agujero. Al fin, vació el raposo el charco.

—¿Pues no has dicho tú, raposo, que bebiendo el agua devoraré la torta?

—La habrás devorado sin darte cuenta.

—A decir verdad, tengo bien lleno el vientre, y habré tragado efectivamente esa torta.

En esto vio el raposo, a la luz de la luna, una cuajada en la ventana de Legarre, y al lobo le dijo:

—Lobito: tú, para estas horas, querrás vaciar el interior, siquiera para poder andar.

El otro, que sí. Entonces el raposo le quitó el corcho que tenía bajo el rabo, y al lobo le salía a chorros el agua, y corría heredad abajo. A los desgranadores de trigo, que estaban cenando, les dijo el raposo:

—Señores, os lleva el agua los trigos de la era.

Al oír esto, se levantaron los hombres, y, con los mayales, le baldaron al lobo. El raposo, mientras tanto, subiendo por las ramas de la viña, comió toda la cuajada. Luego se presentó al compañero, teniendo algunas gotas de cuajada en las sienes.

—Me han baldado, raposuelo.

—También a mí, lobito.

—A mí me han aplastado todos los huesos a golpes de mayales.

—Y a mí me han dejado al descubierto los sesos.

—Yo estoy peor.

—No lo creo.

—¿Pues quieres que se pregunte al primero que llegue y el que peor esté sea llevado a hombros por el otro?.

—Sí.

Encontraron a uno que se llamaba Landeta. Cuando el lobo y el raposo se pararon en actitud de hablar, se detuvo también él.

—¿Quién está, Landeta, más destrozado? ¿El que tiene los huesos rotos a fuerza de golpes de mayal o el que lleva al descubierto los sesos?

—Mal está, raposuelo —contestó Landeta—, mal está el que tiene rotos los huesos, pero peor aún el que tiene al descubierto los sesos.

Despidiéndose entonces del hombre, el raposo se subió al hombro del lobo. El raposo tenía su guarida junto al hayedo llamado Urrejola. Cuando llegaron allá, saltó el raposo del hombro del lobo y se iba a su covacha. De rabia, y mordiéndole, le agarró entonces el lobo. El raposo le dijo riéndose:

—¡Tú sí que has hecho buena! Te has agarrado a una raíz de haya, creyendo que es mi rabo.

Y riéndose a carcajadas, se metió el raposo en su madriguera a dormir el sueño de la madrugada.

Maria Martina de Maruri, de Murelaga.

99.— EL LOBO, PASTOR (BN)

Había en la cima de un monte del País Vasco, un lobo. Si fuera necesario, podríamos saber con certeza en cuál de los montes estaba. Tenía cierta edad aquel lobo; las piernas le habían empezado ya a encorvarse y debilitarse; los dientes, a desafilarse y muchos se le habían ya caído. En un tiempo había sido cazador ágil y despierto. ¿Pero es verdad que la vejez no tiene nada bueno, especialmente para los cazadores? Allí estaba, pues, el pobre lobo debilitado por el hambre, enseñando los huesos por dentro de la piel. Estaba pensativo, sin saber qué hacer, para apoderarse siquiera de un corderito. Pero tan pronto como veían desde lejos al lobo, huían las ovejas y corderos. Por otra parte, los pastores y los perros no le dejaban acercarse al rebaño. ¿Qué hacer para vivir?

He aquí lo que se le ocurrió. Un día, estando todo el rebaño tumbado, durmiendo, las ovejas durmiendo bajo la sombra, el pastor durmiendo, durmiendo el perro, se acercó suavemente el lobo; le roba al pastor sus vestidos, su calzado y su palo. Se pone él los andrajos del pastor y de pie sobre sus patas traseras, agarrando el palo con los dos brazos y apoyando la cabeza en él, cual si fuera un hombre, dice para sí:

—«Lo que es el exponer la vida! ¿Pero cómo no se les ha ocurrido, hasta ahora, a mis semejantes, que el mejor medio para que un lobo viva dulcemente y sin miedo es el hacerse pastor?»

Estaba ensimismado, riéndose, se relamía los labios y se le figuraba que comiendo de aquellas ovejas, una cada día, tenía abundante riqueza. Pero queriendo proceder lo mejor posible se le ocurrió silbar, como los pastores, para reunir el rebaño; y, abriendo la boca para ello, en vez de silbido, hace oír un espantoso rugido, que hace temblar las rocas de la montaña. Con tal motivo se despertaron de su sueño todas las ovejas, el pastor y el perro.

—¿Qué diablo es esto? —dijo el pastor, viéndose desnudo y al lobo dueño de sus guñapos.

Estaba aturdido, pero al ver que bajo el capisayo aparecía la cola del lobo, de un brinco quitó su palo al lobo de entre las garras, y diciendo.

—*Ea, perro, ea*—le golpeó, zimpi-zampa, fuertemente.

Las ovejas huyeron hacia la montaña. Los perros, ladrando y mordiendo, enviaron al pobre lobo como desangrado y la cabeza baja.

Aprendido en Donazaharre (Garazi).

100.— PEPECHU Y POPACHU (B)

Hay en el País Vasco dos Bolívar: el uno en el valle de Leniz, encima de Escoriaza; el otro, junto a Marquina, pueblo de los antepasados de Simón Bolívar, que tanta fama adquirió en América. Los naturales le han puesto Goillibar por nombre, o no sé si por mote. En este Goillibar vivían marido y mujer, buénísimos, cándidos como niños, llamados José y Josefa, y que en labios de todo el pueblo eran designados con los nombres de Pepechu y Popachu.

Tenía Pepechu un hermano en Madrid, y hacía tiempo que tenía deseos de verle y de conocer Madrid. Una vez dijo a la mujer:

—Popachu, yo tengo que ir a Madrid a ver a mi hermano.

—Esa ida y vuelta, si no resulta carito...

—Caro o barato, yo me voy.

Pantalones blancos de cerro, sombrero redondo negro, chaleco de campanillas. ¿Qué no llevaba en el cuerpo Pepechu? Llegó por fin a Madrid. Casualidad que su hermano estaba paseando con unos amigos en la tarde del domingo que llegó Pepechu. Pronto se conocieron los hermanos. El de Madrid, probablemente por vergüenza, sin decir a los amigos quién era el aldeano, le llevó a casa disimuladamente. A la mujer, estando a solas con ella, le dijo:

—Si a este le tratamos bien, no se nos marchará nunca de Madrid.

Al pobre y digno de compasión Pepechu le acomodaron en la bodega. Le tuvieron allí a oscuras en tres días y noches completas. Al llegar el cuarto día, se le acercó el hermano a despertarle.

—Pepechu, ¿has dormido bien?

—Sí; pero laaargo, un sueño sin fin. Dime, hermano: ¿Las noches de Madrid son tan largas como esta?

—Sí. Nosotros, los que vivimos largo tiempo en él, estamos habituados y no se nos imaginan tan largos.

—Entonces me voy.

—Sí; mejor harás, Pepechu.

Empezó a caminar, y al entrar al anoecer en una posada, esta fue su primera pregunta:

—¿Las noches de aquí suelen ser tan largas como las de Madrid?

—Sí, completamente iguales.

—Entonces, adiós.

—¿Adónde vais, hombrecito? Le cogerá el sereno, y no vaya.

Según venía caminando encontró un gran burro negro, junto a un ribazo, y creyendo que era aquel el sereno, empezó Pepechu a huir precipitadamente. El burro le dejó escaparse.

Cuando, por fin, no sabemos después de cuántos días y noches, llegó junto al pueblo de su origen, queriendo descansar algún tanto, le cogió el sueño. Cuando se despertó, no aparecían ni sombrero ni bastón. ¿Se los habrá robado algún pastor? Al verse con las manos vacías, y sin nada en la cabeza, no se creía ser el mismo.

—¿Seré Pepechu?

Comenzó a llamar a la mujer:

—Popachu, Popachu.

Cuando se le acercó le preguntó la mujer:

—¿Has vuelto, Pepechu?

—¿Pero seré yo Pepechu?

—Sí, ¿pues quién?

—Creía que no podía ser, sin sombrero y bastón.

El siguiente día de fiesta, al acercarse a la iglesia, todos le pidieron noticias de Madrid.

A todos les decía:

—Allí las noches son largas.

—¿Le has visto al rey?

—Pues no le he visto.

—¡Sin ver al rey!

Al volver a casa, dice a la mujer:

—Nuevamente tengo que ir a Madrid.

—¿A qué?

—A ver al rey. Sí, Popachu.

Empezó el viaje con mil reales en la bolsa.

Al llegar a Vitoria se encontró de manos a boca con unos estudiantes, y éstos, tentándole, le hicieron decir adónde iba, a qué y con cuánto dinero.

—Al rey le tenemos aquí. Por mil reales le verá usted aquí mismo.

Un estudiante se fingió rey y Pepechu vació el bolsillo por verle.

María Martina Maruri, de Murelaga.

101.— PEDRO ARRAIZPE (B)

I

Casi todos los graciosos son más útiles para el prójimo que para sí mismos, más que a los de casa favorecen a los de fuera. Si alguno, Pedro era gracioso: vago, pero ingenioso, pesado de cuerpo y ligero de cabeza, tardo de piernas y de vista perspicaz. Hace ya tiempo que tenía ya las layas con roña, las heredades en barbecho, en ellas hierbas nocivas en abundancia, los rincones de la casa bien adornados de telarañas, los vestidos colgando pingajos, pocos bueyes y ellos flacos, fría la cocina, el hórreo de delante de la casa sin granos, el gallinero en silencio y sin gallinas.

Pedro, yendo con demasiada frecuencia a la vecindad en busca de lo que no tenía en casa, vivía más entrampado de deudas que un piojoso de piojos. Cuando ya daba fin a los bienes que le dejaron los padres, todas las semanas y hasta con más frecuencia se le presentaban los acreedores. A todos les hacía buena acogida, pero nada más: acogida sin dinero.

Cuando se aburrieron los acreedores se asociaron todos y dieron a escribanos autori-

zación para embargar a Pedro. Los escribanos le avisaron con anticipación, diciéndole:

—Pedro, tal día nos presentaremos para embargar-te.

—Vengan cuando mejor les parezca —les contestó él.

Entonces Pedro dijo a María, su mujer, conduciéndola a un rincón, mientras, sin rascazones, se rascaba la cabeza:

—María, ¿sabes lo que me dicen los escribanos? Que el lunes vienen a nuestra casa a pasar un buen día de campo.

—A nada más.

—Dicen que no.

—¿Pues qué hay en nuestra casa que se les pueda dar?

—¿Que qué es lo que hay? No se necesitará otra cosa que dos liebres pequeñas. Es probable que en este mismo barrio tenga alguien dos crías así.

—Las tiene... Las tiene... Mari Pepa, la de Ambrosio. ¿Pero quién consigue sacárselas? Ya de antes le debemos algo y no querrá dar nada.

—Pues precisamente dará por eso: de lo contrario, dile que no recibirá nada de lo que anteriormente se le debe. Si esta amenaza no fuera suficiente, como sabe que son de venir los escribanos, diciéndole que es para darles de comer, accederá, sí, y bien pronto por cierto.

—¿Y cómo las aderezaré? Para tres escribanos será una comida poco lucida.

—María, tú cumple mi encargo. Uno de los lebratos lo llevaré conmigo al monte; el segundo tenlo tú bien atado de la pata. Cuando vengan los escribanos al comenzar a preguntar por mí, soltando la cuerda a la cría de liebre, dirígele estas palabras: «*Morro Blanco*: vete al manzanal de Arraiz y dile a nuestro Pedro que venga, pues le están esperando los escribanos. Anda ligera, *Morro Blanco*.»

—Pedro: dirán que estoy loca.

—Tú haz mi encargo, Mari, y loca o no loca, ya haremos algo. Luego no les digas ninguna otra cosa.

II

Llegó el lunes y tras el sol de la mañana llegaron los tres escribanos con todo su golpe de ayudantes, teniendo bajo sus sombreros pañuelos por el sudor. Cuando le preguntaron a María por Pedro, esta sacó la liebre que tenía dentro del escaño de la cocina y, soltando la cuerda de la pata, le dijo:

—*Morro Blanco*: vete al manzanal de Arraiz y di a nuestro Pedro que venga, porque le están esperando los escribanos. Anda ligera, *Morro Blanco*.

Al oír estas palabras, la liebre corría como nunca; los escribanos estaban asombrados, mirándola; los chicos la siguieron algún rato y a poco apareció Pedro con un lebrato bajo el sobaco. Los escribanos, asombrados, salieron al camino, hicieron a Pedro una buena acogida.

—Buenos días, señores. No creía que en un día tan caluroso y bochornoso como hoy llegaran hasta el anochecer.

—¿Pues cómo has sabido que hemos llegado?

—Estaba en el manzanal de Arraiz y a toda prisa me ha venido *Morro Blanco* a decirme que le había enviado María, y que me aguardan ustedes.

—¿Pues cómo ha aprendido a hablar?

—¿Cómo aprenden los tordos de los sastres a tocar la música? Pues lo mismo éste: a

fuerza de insistencia ha aprendido a cumplir cualquier encargo.

—Nos tienes que venderlo, Pedro.

—¡Ni tampoco, ni tampoco..., ni tampoco...!

—Retrasaremos el embargo un año, y mientras tanto nosotros haremos frente a las deudas.

—Pues ahí lo tienen, porque son ustedes; de lo contrario, no tenía intención de dárselo ni siquiera al rey.

Cuando iban los tres escribanos con la liebre por su camino, le ocurrió a uno enviar a la liebre mensajera a la primera posada.

—*Morro Blanco* —le dijo—, vete ahí hacia abajo, a la posada que está junto a la carretera y pregunta si podrán poner comida para seis personas. Anda ligero, *Morro Blanco*.

Y por cierto que se marchó bien contenta; pero cuando dejó atrás a los escribanos, no le ocurrió a la liebre ni posada ni comida.

Transcurrió media hora, una hora, hora y media y... *Morro Blanco* no aparecía. Los escribanos, chasqueados, empezaron a rascarse la cabeza, sin saber qué decir. Los chicos se reían a escondidas de los amos. En esto llegó donde ellos Mari Pepa, la de Ambrosio, la del barrio de Pedro, trayendo en la cabeza un cántaro de agua.

—Buenos días les dé Dios.

—Igualmente a usted. ¿Ha visto usted por ahí, tal vez huyendo de perros, a *Morro Blanco*?

—¿Quién es *Morro Blanco*?

—La liebre a la que ha enseñado a hablar y ha domesticado Pedro. ¿No sabe usted quién es Pedro, Pedro el de Arraizpe?

—Y bien por cierto.

—¿Y no le ha visto nunca con una liebre en el sobaco?

—Yo, de asuntos de liebres, no sé más que esto: Ayer, al anochecer, venía de pasar la tarde jugando a cartas y oí que me llamaban: «Maripa. —¿Eres tú Mari?» «¿Qué deseas» «Pedro dice que mañana nos vienen a comer tres amigos de categoría; que nos des, por favor, las dos liebres y que su valor te lo dará en la primera ocasión.» Al oír esto, le di mis dos liebres, no por consideración a él, que es deudor mío, sino por miedo a que no me reconozca las deudas en caso de no entregarle las liebres.

Entonces empezaron a reírse a carcajadas los chicos de los escribanos y éstos (por lo menos, dos) de rabia comenzaron a reñir a los muchachos. La anciana, sin explicarse lo que pasaba, fue adelante con el cántaro lleno de agua. Y los escribanos, después de permanecer como una media hora sin saber qué hacer, fueron por segunda vez donde Pedro Arraizpe.

III

Para entonces, Pedro, adivinando que le vendrían por segunda vez los escribanos, estaba meditando algo con gran diligencia. La mujer, por mandato del marido, anduvo recogiendo todos los panes y boronas del barrio.

Después, escardando entre los dos el hierbal de delante de la casa, se les presentaron los escribanos en el momento de ocultar los panes y boronas debajo de los tepes.

—He aquí a nuestros señores escribanos —dijo Pedro.

—¡Demonio, buena nos has metido! Tenemos que llevarte preso con nosotros, tu-nante.

—¿Qué ocurre, señores?

—¿Que qué ocurre! ¿Y tienes valor para preguntárnoslo?

—Probablemente se han extraviado ustedes en el camino. Eso sucede por no andar con frecuencia...

—Habladurías. ¿Cómo has inventado esa travesura de *Morro Blanco o Negro*?

—¡Pobre de mí! ¿A que acierto lo que ha pasado? Sin duda, han enviado a *Morro Blanco* a algún sitio desconocido de él y luego, no pudiendo hallar el camino para volver, tal vez andando seguido de algún perro...

—Calla, embustero; pues le hemos enviado a la posada de junto al camino de ahí abajo.

—Le darían ustedes mal el encargo. Están ustedes acostumbrados a usar palabras extrañas y difíciles al hablar y después ¿cómo va a entenderlos una cría de liebre?

—Pedro... Pedro... ¿Quieres sacar al cuerno el segundo sonido (¿Quieres burlarte de nosotros por segunda vez?). ¿Acaso no han sido bastantes las riñas y burlas de antes? La burla que nos has hecho con las liebres de Mari Pepa la de Ambrosio, ¿crees que tan pronto se ha de olvidar?

—Pues, señores..., pues, señores..., no han querido ustedes comer con nosotros, y nosotros, por darles a ustedes una comida decentita, se las pedimos a Mari Pepa la de Ambrosio. No las han querido ustedes, y ¿qué íbamos a hacer? Una vez de haber traído, ¿las íbamos a arrojar al estercolero?

—Pedro, ¡eal, con nosotros a la cárcel más próxima, sin que estés aquí mintiendo y haciendo renegar al prójimo.

—No me agarren, pues, del cerviguillo para decir eso, pues no soy gato.

—¡Vamos, vamos!

—Yo no sé lo que haría en tales casos.

Dicho esto, empezó Pedro con la azada, como de rabia, a hacer un agujero aquí y otro allí, en la planicie, y en cada agujero apareció o pan, o borona, o talo (torta delgada de borona). Al ver esto, se admiraron los escribanos y preguntaron:

—¿Pedro, qué azada es ésa?

—¡Ay, esto! Gracias a ello vivimos nosotros tan cómodamente. ¿Por qué creen ustedes que yo no sembró granos ni de trigo ni de maíz? Esta azada me proporciona cuanto quiero, de toda clase de pan. No tengo más trabajo que escardar la tierra en este ribazo o delante de la casa.

—Véndenos esa azada.

—¿Vender? En estas inmediaciones no hay dinero suficiente para comprarla.

—Pues dánsela en préstamo para unos quince días y durante otro año nosotros haremos frente a tus deudas.

—Ya se puede hacer tanto favor al hombre. Lleven la azada, ¿pero en esos quince días cómo podré vivir sin ella?

—Cosa bien fácil es ésa. Saca ahora en este ribazo el pan que necesitarás en quince días.

—Tienen razón. Pedro extrajo los panes que había metido media hora antes y al entregar la azada, dijo:

—Señores, luego no crean que en cualquier tierra se pueda extraer pan, o borona, o talo. El poder de esta azada se reduce a las tierras inmediatas a la casa de cada cual.

Al oír esto, cogieron la azada y se alejaron los tres escribanos.

A la mañana siguiente, podían verse bien cavadas y ahondadas las inmediaciones de las casas de los tres. La azada de Pedro Arraizpe extrajo buena cantidad de piedra y gusa-

nos, pero de pan, ni siquiera lo suficiente para un pájaro. Al ver esto, los escribanos fueron a Arraizpe más incomodados aún que el día anterior, teniendo la azada en la mano.

Para entonces, Pedro y María se habían entendido bien acerca de lo que tenían que hacer cuando fueran los escribanos. María tenía una vejiga llena de sangre en la cintura, escondida bajo el regazo de la chaqueta. Pedro pasó media mañana en cortar unas ramas verdes, lisas y en despojarlas de la corteza y en hacer con ellas unos silbos. En una de éstas llegaron nuestros escribanos, furiosos, le agarraron a Pedro del cogote y le dijeron:

—Demonio de ti, no has de escaparte esta vez.

—¿Qué?

—Zarceta, asada en la punta de un asador.

—¿A dónde me llevan?

—Luego lo verás, bruto.

—¿Por qué?

—Calla y no te muevas.

—María, María, tú has debido hacer a éstos algo grave, para que a mí me lleven de esta manera; y yo, en estas ocasiones, aunque me lleven a la horca, haría cualquier cosa.

Diciendo esto cogió Pedro un cuchillo afilado que tenía preparado de antemano, y ¡zas!, le metió a la mujer en la cintura por la vejiga. María hizo un ruido especial de respiración y cayó en tierra, como muerta, arrojando a chorros la sangre de la herida.

Al ver esto los escribanos, dijeron:

—Pedro, ¿qué has hecho? ¡Has matado a la mujer!

—Señores, ¿pues qué creían ustedes? Cual a un loco novillo me han querido llevar a la muerte entre los tres, y la sangre, como dice el pueblo, hierva sin fuego.

—Pedro, ¡miserable de ti! ¿Qué has hecho?

—Pero no se apuren: con frecuencia doy yo muerte a ésta. Tengo una navaja que, aunque le haya dado muerte, devuelve la vida arrebatada, tocando el silbo.

—¿Eh?

—Verán ustedes.

Cogió entonces Pedro un silbo en la mano y haciéndole sonar, ¡juiiiiist!, la muerta, o la presunta muerta, entreabrió los ojos. Los escribanos estaban asombrados. ¡juiiiiist!, por segunda vez. María respiró largamente. Los escribanos, con la boca abierta. ¡juiiiiist!, por tercera vez: la vieja de Arraizpe vino a su ser, y los escribanos quedaron atontados.

Pedro les dijo muy seriamente:

—Señores: no hay instrumento como este para hacer silenciosas a las mujeres habladoras y mansas a las enreídas. Las mujeres más malas se pueden transformar en buenas y las más ariscas en sumisas, y bien pronto.

—Pedro, tú, ¿para qué quieres eso? Aunque tu mujer haya sido alguna vez habladora y atrevida, y mala, y arisca, préstanos ese utensilio una o dos semanas, y no sólo te aplazaremos las deudas, sino que aun te las pagaremos nosotros.

—Señores: no hubiera dado ni prestado esto a cualquiera; pero son ustedes hombres inteligentes, conocedores de lo que hay que hacer y pueden llevar eso a condición de devolvérmelo dentro de una semana.

Después de agradecerle a Pedro vivamente se fueron los escribanos por su camino, no pudiendo dar crédito a su alegría.

Los que no saben qué son las inquietudes y las dudas no tenían sino ir siguiendo a los tres escribanos desde Arraizpe hacia el pueblo. El más anciano llevaba en la mano el albugue de Pedro el de Arraizpe, con más cariño que si fuese una reliquia. Los otros dos le arguyeron alternativamente, diciéndole que tampoco ellos eran menos que otro, que el albugue no era de uno solo y que había que hacer algo para saber quién habría de llevarlo el primero.

Al llegar acá se dividen las opiniones de los que conocen a los escribanos. Unos dicen que al llegar a la primera taberna resolvieron, jugando al as de oros, quién había de llevarlo el primero. A juicio de otros, llevóse el silbo el que sacó el mayor palillo de entre los que escondieron bajo la mano. Pero ¿quién da crédito a esto? ¿Cuándo se habrán conocido escribanos faltos de dinero? Según la opinión de alguien, se resolvió en pleito quién habría de ser el dueño temporero de aquel silbo silvestre.

Fuese lo que fuese, el que lo llevó, al llegar a casa, miró a su mujer con enfado y le dirigió tantas reconvenciones como palabras, y cuando la mujer comenzó a responderle en la misma forma, ¡zas, zas!, le metió el cuchillo afilado y le dio muerte en un momento. Sacó luego el silbo y comenzó a tocar, ¡Juiiiiiiiist!, pero la muerta no hizo ningún movimiento. ¡Juiiiiiiiist!, por segunda vez; miró, pero inútilmente. La tercera vez toco más largamente: ¡Juiiiiiist! ¿Pero qué? Quieta, era ya cadáver la pobre mujer.

Cuando este escribano bobalicón, no sabiendo qué hacer con el cadáver de la esposa, andaba tirándose los pelos y dando patadas en el suelo, alguien llamó a la puerta y llevó el silbo al segundo escribano. Le ocurrió también a éste lo mismo que al primero. Lo mismo al tercero. Aquel mismo día se vieron los tres, y después de cambiar impresiones, se fueron a toda prisa hacia Arraizpe.

Viéndoles Pedro desde lejos, con trajes de luto, dijo:

—Los tres han dado muerte cada cual a su esposa, ¡pobre de mí! —y les salió al encuentro.

Los escribanos, sin hacer caso a los pretextos y excusas de Pedro, lo metieron en un tonel y lo llevaron, dando vueltas, con la idea de arrojarle al mar. Al llegar a la primera taberna, los escribanos se detuvieron con intención de tomar algo, dejando a Pedro*, sin sacarlo del tonel, en una esquina del camino.

En esto, pasó por allí un rebaño y Peru comenzó dentro a dar puñetazos al tonel. Se acercó el pastor, queriendo enterarse de lo que pasaba y le preguntó:

—¿Quién es?

Peru contestó: —¡Ay qué trabajos y disgustos los míos!

—¿Pues qué te pasa para estar afligido?

—¿Que qué me pasa? Contra mi voluntad me quieren casar con la hija del rey.

—¿Contra tu voluntad?

—Si yo lo quisiera, no tendría sino ir por mis pies.

—Si tú no quieres casarte, aquí estoy yo dispuesto para eso.

—Ábrele, pues, la tapa a este tonel y haremos cambio de vida: yo entraré en el pastoreo, tú en el palacio del rey.

Al cabo de media hora andaba Pedro cerca del camino con su rebaño y, en cambio, al pobre pastor le llevaron dando vueltas los escribanos. De vez en cuando

* En el texto original desde este párrafo al referirse a Pedro figura con el nombre de *Peru*.

—Que ya me casaré —decía el del tonel.

Los otros, para su capote, añadían:

—Nuestro Peru se ha vuelto loco.

Al llegar a la orilla del mar, entre los tres escribanos arrojaron el tonel al agua. Hecho pedazos, entre las rocas, el pastor andaba entre las olas, haciendo grandes esfuerzos, no pudiendo sostener el cuerpo a flor de agua.

Los escribanos, cuando estaban creídos de que juntamente con la muerte de Peru también habían terminado sus rencores, tirrias y odios, los tres emprendieron el camino de casa. ¿Quién es capaz de definir y mostrar su susto y pavor cuando vieron con sus propios ojos a Peru Arraizpe, el de *Morro Blanco*, el de la azada y silbo, al mismo Peru, entre ovejas, silbando a una, punzando a otra, y apedreando a la de más allá? Peru, con sólo verles la cara, adivinó su interior inquietud, y con toda suavidad, según era costumbre en él, como si nada le ocurriera, les preguntó:

—¿También ahora están ustedes por aquí, señores?

—¿Es éste Peru? ¡¡Peru Arraizpe!! ¡Semejante suceso! ¿Dónde has recogido esas ovejas?

—¿No me han visto ustedes entre las olas, agarrando ahora a una y luego a otra, recogiendo ovejas blancas?

—Que te ocupabas en algo, sí; pero no hemos podido ver otra cosa.

—De haber querido, hubiera yo recogido seis veces más.

—¿Es que hay aún más?

—Sí: cuanto puedan ustedes coger los tres, y más aún.

—¿Me lanzarás a mí allá, al mejor sitio?

—Siempre estoy dispuesto a hacer tanto favor.

—Pues arrójame.

Pedro le empujó con gusto y arrojó al uno al mar.

Éste era viejo y no sabía nadar y empezó a ahogarse antes que el pastor.

—¿En qué anda aquél? —le preguntaron los otros dos a Peru.

—Está escogiendo y recogiendo las mejores. Si no andan ustedes ligeros, ya sé lo que va a ocurrir hoy.

—Arrójanos por lo mismo, pronto.

—Vamos, pues —diciendo, les empujó también a éstos Peru, y pian pian, cual si nada hubiese hecho, se fue donde sus ovejas.

Domingo Aldazábal, de Marquina.

102.— PEDRO Y MARIA (B)

Este matrimonio vivía en un caserío llamado Solaun, en Murelaga (Bizkaya). No tuvieron más que una criatura y a ella le tenían enferma con un tumor. Cuando ese tumor empezó a madurar, dijo María a su esposo:

—Pedro, vete a Murelaga en busca de una aguja grande. Tenemos que sajarle ese tumor y yo necesito una aguja grande para eso. Ea, vete.

—Pero a mí se me olvidará en el camino y será inútil, María, el que yo vaya a Murelaga.

—Según vayas andando en el camino, vete diciendo: «*Mari, Orratz* (María, aguja); *Mari, Orratz*», y no se te olvidará.

Pedro empezó a salir hacia la calle sin soltar de los labios: «*Mari, Orratz; Mari, Orratz*». Hacia la mitad del camino le empezó un pájaro a piar y en cuanto dirigió la vis-

ta a él se le olvidó el encargo de su mujer, y nuevamente tuvo que volver Pedro a casa.

—María, se me ha olvidado tu encargo. ¿Cómo ha sido ello?

—¡Ay, Pedro, Pedro! «*Mari, Orratz: Mari, Orratz*». Vete, y no hagas caso a los gorjeos de los pájaros.

Ya se va Pedro repitiendo las dos cortas palabras, sin hacer caso a los pájaros; pero nuevamente le hizo olvidar el encargo de la mujer una hermosa liebre que salió de entre espinos. Al entrar por segunda vez en casa y saber María lo ocurrido, le dijo:

—Iré yo. Quédate tú aquí, meciendo la cuna y cantando el dringuilin—drangon.

Pedro sabía de memoria algunos cantos de cuna que había oído cien veces a la mujer y a algunos otros. Cantó a su modo lo siguiente:

Dringuilon drangon mece la cuna,
pronto espero yo crecer
y todavía mucho más pronto
si en tus espaldas me he de ver.
Dringuilin drangoa, sí;
no soy yo loca, no;
ya de antes tengo la espalda
con demasiada inclinación.

La criatura no dormía, y para hacerle dormir más fácilmente sajóle el tumor con una lezna de albarcas, metiéndosela hasta el fondo, y le dejó muerto al pobre niño.

Viene María y:

—Pedro mío, ¿que le has hecho a la criatura?

—Durmiendo está ése, durmiendo.

—No, Pedro; pues se nos ha muerto.

Después de mucho llorar, van de noche a darle tierra, y dijo María a Pedro:

—Cierra esa puerta para que nadie entre.

Pedro llevaba la puerta sobre los hombros.

—¿Qué es eso, Pedro?

—¿No me has dicho tú que la lleve sobre los hombros?

—No, sino que la cerraras.

—Es lo mismo.

Dicho esto, fbase Pedro adelante.

En esto, percibieron ruidos de ladrones, y ambos, con la criatura, subieron a un árbol bravío. Casualmente, quedaron bajo este árbol los ladrones para repartirse sus dineros. Tenían miedo los de arriba. Por efecto del mucho miedo, le vino a Pedro ganas de hacer algo.

—Estoy apurado, María, y tengo que...

Aunque María le dijo que no hiciera, comenzó al fin a hacer su necesidad. Al ver los ladrones caer aquello dijeron:

—Don de Dios.

La siguiente necesidad de Pedro comenzó a *chorros* y luego a gotas; entonces dijeron los de abajo:

—El aceite de Dios.

Después Pedro, cuando, cansado de tener sobre los hombros la puerta, la tiró abajo,

—Castigo de Dios —dijeron los otros, se dieron a la fuga, dejando todo el dinero bajo el árbol.

Entonces, los de arriba bajaron con la criatura muerta a cuestras y, tomando los dineros, se llevaron.

Poco más tarde, apareció un ladrón a hurtadillas, queriendo saber cuántos eran los que recogieron el dinero. En cuanto empezó a hablar con Pedro, le agarró éste y, metiéndole por la lengua la lezna, le hizo huir, tartamudeando y gritando. Los compañeros, cuando preguntaron:

—¿Cuántos son?

No pudiendo hablar, contestó:

—*Birmilla, birmilla* (Dos mil, dos mil) —o algo semejante, y los demás huyeron a todo correr y temblando.

Pedro y María tenían ya tanto dinero como para dar tierra a la criatura.

María Martina Maruri, de Murelaga.

103.— PEDRO Y MARIA (G)

María quería que Pedro se volviese ciego y sordo, y dicen que acudía a San José pidiendo ayuda. Pedro sospechó, por fin, los deseos de María, y saliendo de casa de antemano, se ocultaba alrededor de San José. María, cada vez que se presentaba delante de la imagen del Santo, de esta manera le hacía oración:

—Señor, que Pedro sea ciego y sordo; que Pedro sea ciego y sordo. Pedro, desde el lugar en que estaba oculto, tras la imagen del Santo, fingiendo la voz, una vez contestó en esta forma a la suplicante:

—María, para eso, dale de comer y beber espléndidamente a Pedro.

Desde entonces, María le daba un trato mucho mejor que antes a su marido. Pedro le decía:

—María, yo cada vez veo menos y también oigo menos.

María, contenta. En esa forma pasaron una temporadita bastante prolongada los esposos. Pedro, comiendo y bebiendo admirablemente y diciendo que veía y oía menos; María, contenta, para darle cada vez mejor de comer y cenar.

—María —le dijo una vez el marido—: yo no sirvo ahora para nada. Estoy ciego y sordo y llévame a la sima de allí arriba y tú misma me tienes que arrojar al agujero.

—¡Jesús, Pedro! ¡Y te atreves a decirlo!

¡Hizo María cada aspaviento!

—¡¡Pedro, te atreves a decirlo!!

—Y a hacerlo. Sí, María. Vámonos cuanto antes.

Se fueron y también llegaron a la sima. Pedro, estando en el mismo borde dijo a la mujer:

—María, vete a aquella puntita y tomando brea, empújame y arrójame a la sima.

Cuando venía María corriendo, se apartó Pedro y la misma María se precipitó de arriba abajo.

Bernardina Iriondo, de Arrona.

104.— DOS O TRES SESIONES EN PETRALANDA (B)

Petralanda es el aquelarre de Bizcaya. Este lugar de brujas está en Arratia, jurisdicción de Dima. En un pueblecito de sus inmediaciones (¿en Dima? ¿Yurre? ¿Arantzazu?) vivía una dama rica, prendada de sí misma, orgullosa. Lo que es costumbre en otras muchas iglesias, se practicaba también en la iglesia de aquel pueblecito: repartir pan bendito durante la misa mayor entre los feligreses. También a esta rica daba su correspondiente pedacito de pan bendito el sacristán. Una vez se le cayó de la mano y, no queriendo inclinarse de puro orgullo, dejó allí su pedacito. En los días siguientes, cada vez se sentía ella más débil, con menos salud, sin que nadie supiera de dónde y de qué clase era su mal.

Por aquellos años les dio por reunirse en Petralanda, los sábados por la noche, a todas las brujas de los alrededores. Una de entre ellas tenía de criado a un muchacho listo y curioso, ¿y pues no le surgió una vez, ignorando su señora, el deseo de entrar en una sesión de brujas? Llegó allá mucho antes de la media noche. Subido a un roble bravío, allí estaba el muchacho, esperando a que diera comienzo la reunión. Hacia la media noche, una por una parte y otra por otra, se reunieron las brujas. En aquella sesión, además de alguna otra cosa, mencionaron la acción vanidosa que llevó a cabo el último domingo la mujer rica, orgullosa y presumida. El oyente, que estaba sobre el roble bravío, se hizo bien cargo de lo que entonces dijo una bruja:

—Esa orgullosa no se curará mientras no lama con la lengua el lugar donde estuvo el pedazo de pan.

A continuación de la sesión, y después de dividirse y esparcirse cada cual a su casa, bajó el muchacho del roble, y en un dos por tres llegó a casa algo antes que su ama. Al día siguiente, llamó a la puerta de la dama rica, diciendo que tenía una orden secreta, y cuando le admitieron, dio cuenta a la señora de su grave dolencia.

Fue a la iglesia sin pérdida de un día, se acercó a la sepultura de su familia e, inclinándose con toda humildad, lamió lo mejor que pudo con la lengua el sitio donde estuvo el pan bendito. Al salir de la iglesia la dama, no parecía la misma. Iba a su sitio fuerte y airosa.

De lo que más se habló en la sesión del sábado siguiente de Petralanda fue esto: la inopinada curación de la rica orgullosa. Una bruja expuso su sospecha, que la dieron por buena o la aceptaron otras muchas: que algún espía oyó en la sesión anterior lo que allí se dijo y enseñaría el remedio a la dama. De otra manera, no podría curarse aquélla.

Entre varias brujas registraron todos los rincones, orillas y zarzales: nadie aparecía. En una de estas, una bruja que miraba arriba, dijo:

—*Aiko an, aiko an* (Miradle allí, miradle allí).

Por cierto que allí estaba nuestro muchacho espía. ¡Buena paliza le arrearon! En un momento feliz se le ocurrió al pobre muchacho el nombre más terrible para las brujas: «Jesús.»

Al oír esto, le dejaron absolutamente solo al muchacho en Petralanda.

Antonia Zugazaga, de Gorozika.

105.— LA MUJER DE BRAGAS Y EL HOMBRE DE SAYAS (B)

A semejanza de muchos matrimonios de cuentos de Bizcaya, también éstos eran Pedro y María. El pobre Pedro era un insubstantial, un débil; en resumen: nada. Alguien

tenía que mandar y María era la que ordenaba en aquella casa. Una vez envió al marido a vender pollos con un burro bien cargado. Merodeaban en el mercado de una a otra parte tres hambrientos estudiantes, pretendiendo engañar a alguien. Cuando vieron a Pedro con el burro al lado, pareciéndoles algún tanto cuitado, se le acercó uno de ellos.

—¿Están acaso de venta estos hermosos pollos?

—Para esto me ha enviado nuestra María.

—En tal caso usted es Pedro.

—Uno, sí.

—Yo no sabía que traería usted tantos pollos, pues en tal caso hubiera venido bien provisto de dinero. ¿Qué precio tienen ellos?

—Me ha dicho María que por cada uno pida seis reales, uno con otro, grande o pequeño, y que el precio ínfimo de venta sea de una peseta.

—¡Estos a cada peseta! Son demasiado baratos. Yo le daré dos pesetas por cada uno. Esté usted aquí, Pedro, hasta que yo venga. Yo, por no ir con las manos vacías, los llevaré de paso. ¿Cuántas piezas ha traído usted?

—Estoy en que son treinta.

—Treinta, cada uno a dos pesetas, sesenta. Aquí me tiene usted pronto con las sesenta pesetas en el bolsillo.

Y haciéndole señas a un amigo estudiante llevaron entre los dos los treinta pollos atados por las patas.

El pobre Pedro estuvo largo tiempo con el burro al lado, esperando el dinero de los pollos.

—Compañero, has venido a vender el burro? —le preguntó el tercer estudiante.

—Me ha enviado María a vender pollos. También los he vendido, pero no aparece el comprador con el dinero.

—Yo sé dónde vive. ¿No ves allí, arriba de todo, una casa de ancho portal?

—Sí.

—Allí vive, Pedro, el que te ha comprado los pollos. Vete. Mientras tanto, yo tendré el cuidado del burro. Se va Pedro a la casa señalada por el otro; y cuando llamó en la puerta, a la mujer que preguntó

—¿Quién es?

Le contestó:

—El dinero de los pollos.

—¿Qué habla usted de pollos? Usted se ha vuelto loco.

Quedó Pedro sin pollos, sin dinero y sin burro. Los estudiantes, cuando empiezan a hacer travesuras, no saben cuándo terminar y aquel estudiante que acompañó al de los pollos hizo una apuesta con su compañero: que le dejaba a Pedro desnudo, antes de llegar a casa. Iba Pedro despacio hacia la suya. El otro, tomándole la delantera por veredas, le salió al puente por el que había de pasar. Le encontró al estudiante llorando.

—¿Qué le pasa, hombre?

—¡Me dice usted qué me pasa! Diez mil reales se me han caído al río, no sé nadar y estoy perdido para siempre.

Y diciendo esto, no cesaba de llorar el estudiante.

—¿Pues adónde se le han caído esos dineros?

—Debajo del puente, ahí abajo, hombre.

Se desnudó Pedro, dejó la ropa en el ribazo y se tiró al río. El estudiante de malas entrañas, para enseñar mejor el sitio a Pedro, bajó al ribazo.

—Ahí, ahí es. Algo más abajo. Un poco más arriba. Ahí mismo. Zambúllese hasta el fondo.

Mientras tanto, el estudiante, con las ropas de Pedro bajo el brazo, tomó el camino del pueblo. Al subir a la superficie, viendo que no había ni ropa ni hombre en el ribazo, se ocultó de vergüenza el pobre hombre en un espeso herbazal.

Poco después venía un arriero, y al ver por encima del puente, en el herbazal, una cosa grande y blanca:

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—Yo soy —le contestó el otro.

—¿Quién eres tú?

—Pedro.

—¿Qué haces?

—Me han robado los pollos, el burro y el vestido y estoy de miedo para ir a casa.

—Ven acá, pobrecito. Te envolveré en la manta y te llevaré sobre el macho.

Cuando iban hacia casa, percibiendo el macho el buen olor de la hierba, ¿no le come a Pedro una oreja? Al llegar al lado de su casa, Pedro, por miedo a la mujer, se ocultó en el horno, entre leñas. Cuando María llegó de la heredad a casa,

—María —le llamó Pedro.

—¿Eres Pedro? ¿Qué tienes?

—Me han robado los pollos en el mercado.

Otra gallina tenemos puesta sobre los huevos y pronto tendremos nuevos polluelos. No importa. Ven.

—También me han robado el burro.

—La burra esta preñada y pronto tendremos algún nuevo borriquillo. No importa. Ven.

—También me han robado los vestidos.

—Pronto se harán otros. No importa. Ven.

—El macho me ha comido una oreja.

—¿Qué? No quiero para marido quien no tenga más que una oreja —dijo, y dio fuego a las leñas del horno y le quemó allí al pobre, al miserable Pedro, su mujer, la de bragas.

Domingo Aldazábal, de Marquina.

106.— UN NUEVO PREFACIO (AN)

En un tiempo, en que los ladrones abundaban más que estos días, a un sacerdote, según iba de viaje, salióle al encuentro un ladrón de su pueblo, Salamón, y después de quitarle todo el dinero que llevaba y someterle a algunas niñerías, le ordenó severamente que en oídos de nadie depositase ni una palabra acerca de aquel robo.

—De lo contrario, yo mismo o algún compañero mío, te mataremos.

El sacerdote, después de entregarle el último ochote (sueldo), dijo humildemente al ladrón:

—Salamón (*sic*): aunque no sea ni a hombre ni a mujer, podré yo, para desahogarme de alguna manera, podré dar noticia de esta desventura a Dios?

—A Dios, sí; cuanto quieras.

Largo tiempo estuvo el pobre cura con el bolsillo vacío y la conciencia llena de aflic-

ción. Un día de solemne fiesta, en que la iglesia se llenó de bote en bote, de hombres y mujeres, cuando llegó al Prefacio, en vez de *Vere dignum et justum...* cantó estas palabras:

—En este pueblo hay un hombre llamado Salamón, uno que en montes y en zarzales anda quitando dinero y matando hombres. A mí, a mí mismo, me ha quitado cuarenta doblones y una mula. Además, me ha hecho beber una gotita de orina de la mulita. Me ordenó que no dijese esto sino a Dios. Por lo mismo, se lo digo yo a nuestro Dios y Señor. Ahí está, aquí está: coged a ese hombre.

Aquella noche no durmió Salamón en su casa.

Lo oí de labios de Juan Aldaz, hijo de Arbisu (Arakil). También aprendí de Martín Violet, hijo de Ziburua (L), una variante de este prefacio nuevo. «¡Oh Beltza (negro), Beltza, Beltza! Beltza me ha llevado el caballo, el caballo en que montaba, con su silla, la silla con cien escudos blancos. A Beltza le prometí no decirselo al mundo, ni a persona alguna del mundo; pero se lo digo a estè altar santo.»

107.—UNA MISA DE «REQUIEM» (AN)

Se dice que esto sucedió en Ezkurra, y Ezkurra está en Navarra: es una aldeita de la región que se llama Basaburua, en un tiempo, según fama, bien provista de imbéciles, de grandes imbéciles. Un día de Sábado Santo, el cura del lugar dijo al sacristán:

—Muchacho, coge el Misal y vete a Erasun a preguntar al cura qué misa tenemos mañana. Examinando el libro de Misa, el rector de Erasun colocó dentro un papel como señal, diciendo

—Esta es la misa de mañana.

Vio el sacristán una *R* grande, y dando las gracias y cogiendo bajo el brazo el Misal y un traguito en el estómago, pian pian, tomo el camino de Ezkurra.

Cuando entró en el pórtico, encontró a alguien, y estando charlando con él, ¿no se le cayó el libro y la señal al suelo?

Diciendo:

—¡Rayo rabioso! —estaba allí dudando, sin saber qué hacer.

Casualidad que en aquellos momentos salió del pórtico el párroco.

—¿Ya has venido, muchacho? ¿Qué misa te ha dicho don Juan Miguel que tenemos?

—Señor, traía un papel en el interior como señal, ¿y no se me ha extraviado? ¿Iré otra vez?

—¿Pero no recuerdas si tenía esa misa algún Santo al principio o alguna otra señal?

—Eso, sí. Tenía una *R* grande, señor, ¿sabe usted la parrilla ancha que en muchas iglesias tiene en las manos San Lorenzo? El Introito tiene una *R* grande como aquélla.

—En ese caso ya sé cuál es: La misa de *Requiem*.

Y dicen que aquel año se cantó en Ezkurra la misa de *Requiem* el día de Pascua.

Justo Albizu, de Ulzama.

108.—SACRISTAN INGENIOSO (B)

Vivía en un pueblo pequeño una muchacha rica, hija única, a la que muchos le habían echado el ojo para novia. Mientras le vivieron padre y madre nadie se atrevía a llamar a aquella puerta. Por el contrario, al quedar huérfana, una vez una vieja y otras alguna que no lo era tanto, andaban no sabiendo como meter en aquella casa algún hijo o sobrino suyo.

La misma muchacha quería casarse, pero no sabía a quién elegir para marido, y todas las mañanas iba a la iglesia y estaba largo rato ante el altar de la Virgen María.

El sacristán, aunque no había nacido ayer mañana, era soltero y hasta entonces, ni directamente ni por mediación de otros había manifestado a esa rica su pensamiento. Al verla venir con tanta frecuencia a la iglesia, adoptó con toda alegría una resolución atrevida. Muchas mañanas estuvo oculto tras la Virgen María. Una vez que entró tempranito en la iglesia, dirigió estas palabras a la Virgen María esa novia rica, de modo que pudiera oírle el sacristán:

—Madre, querida madre: quisiera un buen novio, que sea de vuestro agrado.

—Hijita, el mas apropiado te es el sacristán.

Sabiendo cuál era el deseo de la Virgen, iba contenta a casa la muchachita. Al anoecer de aquel día, una mujer madura llamó en casa del sacristán en nombre de la rica.

—Crispín, ¿te casarías con la huérfana rica?

—Yo, sí; pero ya sabe usted, yo no tengo otros bienes que el cielo arriba, abajo la sacristía y una heredad. Yo soy pobre de solemnidad, que nada poseo.

—No te importe, Crispín; ha tenido inspiración de lo alto. De no ser contigo, con nadie se nos casará aquélla.

—Siendo así —añadió el sacristán—, lo que el Cielo quiera realícese en la tierra.

Y antes de mes y medio se efectuó el enlace matrimonial.

Domingo Aldazabal, de Marquina.

109. —EL CANDELERO DE LA IGLESIA DEL SALVADOR (BN)

Hace ya mucho tiempo, hará como ocho o nueve siglos, no había en Mendibe más casas que las de Lohibarre y Mikelbarre. El muchacho de Lohibarre fue en una ocasión al precipicio de Galharbe, detrás de unas vacas. Andando de una parte a otra, ve en una caverna una lamia limpiando el candelero que está ahora en la iglesia del Salvador, mientras se peinaba con un peine de oro. Al ver que brillaba como el sol, le pide el muchacho a la lamia el candelero. La lamia le dice que no. Pero, al fin, a fuerza de ruegos, consigue hacerse el muchacho con el hermoso candelero y se va.

Pronto cae en la cuenta la lamia que el muchacho le ha quitado el candelero para llevar al Salvador y que va directamente a la iglesia. A gritos, le empieza a seguir inmediatamente, y con tanto, aparece en un alto el Basajaun saltando... Llegó también aquél. El muchacho se creía ya perdido, y fatigadísimo, llega al Salvador y comienza a dar voces:

—Señor San Salvador, lo tenía para vos. Compadéceos de mí.

Y al momento empieza de por sí a sonar la campana del Salvador. La lamia y el Basajaun pararon de golpe, en el mismo momento, y el Basajaun le gritaba al muchacho:

—Ya te vale ciertamente el toque de ese cencerro que está dale y dale. Pero ya daré cuenta de ti la primera vez que te sorprenda en ayunas.

Después de varios días, el muchacho va nuevamente al día siguiente de haber estado trillando trigo. De repente, le sale en una revuelta el Basajaun; se espanta el muchacho y, rascándose la cabeza, se convenció de que su vida había terminado; pero se le quedaron enredados en la cabeza, la víspera, tres o cuatro granos de trigo; los cogió entre los dedos y «de golpe» los mete en la boca con el fin de romper el ayuno. Con esto desapareció el Basajaun y no ha aparecido más. Pero tampoco ha subido al monte en ayunas el muchacho. El muchacho de Lohibarre hizo con el candelero lo que dijo. Llevó a la iglesia del

Salvador y aun en nuestros días se puede ver allí. Pero seguramente no estará tan hermoso como antes.

Los españoles han dado fuego por dos veces a la iglesia, quedando ennegrecida. Los de Mendibe quisieron entonces llevarlo al pueblo; pero nunca pudieron llevar más abajo que el collado de Haritz-kurutzeta.

Más de una vez, ayudados por dos parejas de bueyes, pretendieron bajar, pero siempre inútilmente, y posteriormente allí está, en la iglesia del Salvador, y estará también para siempre.

Aprendido en Ahatsa (BN). Muy parecido a *Le chandelier de Saint-Sauveur*, de Cerquand.

110. —SAN MARTÍN Y EL, BASAJAUN (SEÑOR DE LAS SELVAS) (G)

San Martín, cuando vino a Ataun, no tenía conocimientos ni del lugar ni de la labranza. Quería edificar una iglesia en una pradera, en el sitio más ancho de la vega. El Basajaun quería se hiciera sobre la colina (en el cementerio de hoy). Los trabajos que hacía éste de día, San Martín los trasladaba de noche a la vega. Una noche estaba una vieja acechando. San Martín dijo a su pareja de bueyes:

Arre, blanco; arre, rojo,
a esa vieja que está acechando
sácale un ojo.

Un buey, con sus cuernos, le sacó el ojo a la anciana.

Edificó San Martín la iglesia; pero para los servicios de la misma no tenía ni cereales ni heredades. Pidió socorro al Basajaun, pero en vano. Este estaba dando brincos sobre la simiente de trigo. San Martín, viendo a aquél en tal forma, se hizo unas polainas hasta arriba de las piernas y vestido de ellas:

—También yo haré como tú —le dijo al Basajaun.

Comenzó él también a saltar de un montón a otro, y las polainas se le llenaron de simiente, robó el trigo. Luego le hizo esta pregunta:

—¿Cuándo se siembra el trigo?

El Basajaun, entre sonrisas y burlas, hizo saber a los amigos lo que pasaba y les dijo:

Brote de hoja, siembra de maíz;
sequía de hoja, siembra de nabo;
caída de hoja, siembra de trigo.

Mientras tanto, San Martín estaba escondido, y del escondite oyó estas palabras del Basajaun. Y de lo que de él aprendió, también él sembró el trigo, y desde entonces pudo alimentar muy bien a los servidores de la iglesia. Dicen que la oración del día de este San Martín solía ser ésta:

Que la comida nos aproveche, que la bebida no nos perjudique.
En el cuerpo, salud, sin perjudicar el alma.

Antonio Arruebarrena, de Ataun.

111.— EL APURO DE SAN MARTIN (B)

San Martín era herrero. Una vez estaba en sus ocupaciones muy enfadado, probablemente por efecto de la enormidad del trabajo y del calor; y dijo que estaba dispuesto a entregar su alma al demonio con la condición de que le sacara de aquel apuro.

Al momento se le apareció el demonio, diciendo:

—Aquí mismo me tienes, Martín.

—Yo no te necesito a ti para nada.

—Tú me has llamado y heme aquí.

—Si te he llamado habrá sido sin saber lo que hacía.

—¡Ta ta ta ta! Tienes que venir conmigo.

—Que he hecho sin voluntad de ningún género.

—Martín, si quieres librarte de mis manos, tendrás que hacer dos cosas ahora mismo: la primera, inventar un nuevo instrumento de hierro; la segunda, decir cuáles son los doce grandes misterios.

—¡Un nuevo instrumento de hierro! —dijo entre dientes y estuvo apurado, mirando al suelo; luego a lo alto, cual si estuviese pidiendo ayuda; y el ver hermosas y largas hojas melladas en las ramas del castaño hizo surgir en su cerebro una nueva idea.

Luego, todo nervioso, comenzó a trabajar. Metiendo en el fuego las barras y flejes de hierro y trayéndolas con las tenazas sobre el yunque, comenzó San Martín a trabajar dando enormes martillazos. Entonces, salió de entre las manos de un hombre la primera sierra.

La segunda petición, el mencionar los doce grandes misterios, la hicieron entre los dos: el demonio preguntaba y San Martín daba la respuesta.

—Martinico: di uno.

—Nuestro Señor, El es uno, El nos salvará; pero no a ti.

—Martinico: di dos.

—Dos son los altares de Roma; nuestro Señor Él es uno, Él nos salvará; pero no a ti.

—Martinico: di tres.

—La Trinidad son tres; dos son los altares de Roma; nuestro Señor, El es uno, El nos salvará..., etc.

—Martinico: di cuatro.

—Los cuatro evangelistas, cuatro; la Trinidad, tres; dos los altares de Roma, etc.

—Martinico: di cinco.

—Las Llagas de Jesucristo son cinco; los cuatro evangelistas, etc., etc.

—Martinico: di seis.

Seis son los luceros; cinco las llagas de Jesucristo; cuatro los..., etc.

—Martinico: di siete.

—Siete los Sacramentos; seis los luceros..., etc., etc.

—Martinico: di ocho.

—Los ocho están en el Cielo; siete los Sacramentos, etc.

—Martinico: di nueve.

—Nueve son los Ordenes; los ocho están en el Cielo, etc.

—Martinico: di diez.

—Diez son los Mandamientos; nueve, etc., etc.

—Martinico: di once.

—Once mil los ángeles, etc., etc.

—Martinico: di doce.

—Doce los apóstoles; once mil los ángeles; diez los mandamientos; nueve las Ordenes; ocho están en el Cielo; siete son los Sacramentos; seis los luceros; cinco las llagas de Jesucristo; cuatro los evangelistas; la Trinidad son tres; dos los altares de Roma; uno es Nuestro Señor Jesucristo, El nos salvará; pero no a ti.

—Martinico: di trece.

—No hay trece.

—Ya hay trece.

—El gallo canta en el mundo. El ángel hermoso en el Cielo, dejó mi alma a la Santísima Virgen en el regazo.

Y entonces desapareció el demonio.

Aprendido de una mujer de Ermua (B)

112.—EL LOBO COMIO A «SANCTIFICETUR» (S)

Juan Ukhularte, si conocía, cada una con su nombre, todas las reses mayores y menores del pueblo, no pudo meter jamás en la cabeza las palabras del *Pater Noster*. En aquellos tiempos, nadie sabía leer y ni el cura ni la madre no pudieron hacer aprender de memoria a Juan el Padrenuestro.

Un día, habiendo sumado el cura (y visto) que en el rebaño que Juan conducía diariamente a pastar había tantas ovejas como palabras tiene el Padrenuestro, ni una más, ni una menos, le dijo al pastor:

—Tenemos que bautizar los dos tus ovejas, según pasen delante de nosotros, una por una y una tras otra sendero arriba.

—Con mucho gusto (lit., sí y sí).

Empiezan a darles nombres. Primeramente al morueco le llaman *Pater*, a la oveja que va detrás de él *Noster*, a la tercera *Qui*, a la cuarta *Es*, a la quinta *In*, a la sexta *Coelis...* y a la última *Amén*.

Luego de haber terminado el cura, manda a Juan que haga pasar de nuevo el rebaño por delante de ellos, nombrando cada res por ver si falta alguna. Y una vez dos veces, las hace pasar ocupando cada cual siempre el mismo puesto, sin mezclar nunca, según lo acostumbraban. Y he ahí cómo Juan, con nombrarlas, pronuncia el Padrenuestro de un extremo a otro, sin olvidar una palabra. El cura estaba muy satisfecho. Juan también.

De allí al cabo de unos cuantos días hace el cura que Juan repita de nuevo los nombres de las ovejas. Empieza Juan:

—*Pater, Noster, Qui, Es, In, Coelis, Nomen, Tuum...*

—Calla, calla, Juan, calla. Se te ha olvidado *Sanctificetur*.

—No, señor cura; no se me ha olvidado; sino que ya no hay mas *Sanctificetur* pues me la ha comido anoche el lobo.

Fabien Hastoy, de Atharratze.

113.— LA SARDINERA, EL ZORRO Y EL LOBO (AN)

Una vez apareció una sardinera con un cesto de sardinas en la cabeza. Haciéndose el muerto, estaba tendido en el camino un zorro. La sardinera se dijo entre dientes:

—Al llegar al pueblo, me dará el alcalde unas cinco pesetas por este zorro. La piel, como suele destinarse para adorno de las ricas en los hombros, también me producirá algo —se dijo, y tomando de la cola al zorro, de golpe, lo echó en la cesta.

El zorro empezó entonces en el camino a tragar, una a una, aquellas hermosas sardinas. Cuando vació la cesta, silenciosamente saltó al muro más próximo y se ocultó. Mientras tanto, estaba la sardinera discurriendo cómo hablaría al alcalde. El zorro se encontró con un lobo y le dijo:

—Lobito: me he hecho el muerto en el camino y me ha ocurrido tal y tal cosa. Ponte también tú así y verás cuánto más fácil nos es llenar el cuajo de esta manera que andando de monte en monte.

Se colocó el lobo cual si estuviese muerto. El zorro, mientras digería la comida, se fue algo más lejos, con el deseo de saber lo que pasaba. Cuando llegó la sardinera al pueblo, preguntando dónde estaba el Ayuntamiento, se acercó allá y bajó de la cabeza la cesta. Al verla vacía, maldijo a todos los zorros, y empezó a desandar el camino, para ver si se habían caído algunas sardinas. Encontró al lobo, donde antes estuvo el zorro, en traza de muerto, y diciendo:

—¡Rayo fogoso! ¿Nuevamente aquí? —rompió al lobo todos los huesos con la corona y los flejes del cesto, hasta dejarle muerto de verdad.

Felipe Lastiri de Arizkun (Baztan).

114.—EL VALOR DE UN SASTRE (AN)

Dicen que un sastre solía ir de un pueblo a otro, dejando a su familia, y pasar toda la semana. Volvía el sábado. Una vez, viniendo hacia casa, comenzó a hacer sus necesidades. Dicen que entonces, aun los hombres, al igual que las mujeres, usaban ciertos adornos por detrás; y que a nuestro viajero le tenían apresado las zarzas, mientras duraba su operación. Añaden que el pobre sastre pasó toda la noche diciendo:

—Déjenme, déjenme.

Por la mañana, cuando amaneció, miro hacia atrás, y al ver que era una zarza lo que le sujetaba, sacó las tijeras de la cintura y, ¡zas!, la cortó.

—Lo mismo sería si fuera un hombre —parece que dijo entonces el sastre. Luego, al llegar a casa a la mañana, la mujer:

—¡Qué hombre éste! —le dijo—. Anoche, toda la noche aquí he estado en la creencia de que vendrías.

—Sí, ya hubiera venido, sí; pero me han salido siete ladrones.

—¡Luego te han robado!

—¿Quitarme a mí dinero, robarme a mí? Mientras tenga tijeras en la mano, no.

—¿Tú tanto valor? Calla, calla.

—Sí; A mí, mientras tenga estos instrumentos entre manos, no hay quién me quite nada.

El lunes siguiente se marchó nuevamente para toda la semana. El sábado por la tarde le salió al camino su esposa y, con voz gruesa que asemejaba ser de otro, le dijo:

—Alto, saca los dineros.

El pobrecito sastre, creyendo que era ladrón el otro, le dio la bolsa entera.

—Luego, hasta que yo diga, estarás ahí quieto.

Cuando llegó cerca de casa la esposa, la supuesta ladrona, le dijo:

—Ven ahora.

Entonces entró el sastre todo humillado en su domicilio.

—Hombre —le dijo después su mujer con voz corriente —, ¿qué te pasa? Pareces otro.

—Sí; también tengo motivos. Me han salido los ladrones.

—¡Ladrones! ¿Y te han quitado los dineros?

—Sí, mujer; fácilmente me han quitado.

—¿Y no te ha sucedido alguna cosa?

—También algo más.

—¿Pues qué te han hecho, qué?

—Hacerme besar en el...

—¡Ah, demonio, que bruto eres! Yo era ese supuesto ladrón, yo, yo

—Sí, y al besar en el... me pareció un cuesco tuyo.

Francisca Iribarren, de Baraibar (Larraun).

115.—SEIS AMIGOS DE NOVEDADES (B)

En una aldehuela de muchos prados situada entre montañas vivía un cazador muy hábil. No se le conocía otra aptitud, por lo menos digna de mención, sino para la caza. Había muchísimos que le ganaban a los bolos y también perdía casi siempre que jugaba a la raya; para el mus, cierto que no era de los más topos, pero tampoco astuto como ningún otro. En matar, lo mismo liebres que perdices, codornices, tordas y aun jabalíes, en eso, sí; no tenía rival por aquellos contornos. ¿Dónde no se oía entonces el nombre del cazador de Zelayeta? Al parecer por haber oído a algún extranjero, surgió en su mente y corazón un vivo deseo de ausentarse lejos, el deseo de saber cosas nuevas. Para eso quería alguno que otro amigo que tuviese alguna aptitud. En su aldeita no había quien le llenara el ojo o le satisficiera, y empezó a caminar solo.

Hubo un hombre que le causó admiración, un hombre alto y erguido, que llevaba una piedra de molino atada al pie. Desde bastante lejos comenzó a hablarle:

—Hombre, ¿qué haces o qué es lo que te tiene ahí parado?

—Por no andar demasiado a prisa, de vez en cuando tengo necesidad de atar al pie esta piedra de molino. Que vea yo alguna liebre correr cuesta arriba, empezaré a andar tras ella y porque ando demasiado ligero, comienza para abajo y con frecuencia me escapa. Naturalmente soy yo así.

¿Quieres venir conmigo a saber y ver lo que pasa en el mundo?

—A donde tú quieras. ¡Ea!

Van, van, van... y al borde de una heredad ancha llena de hermosos nabos vieron una sima que tenía tres leguas de profundidad, y junto a ella a un hombre musculoso que la había agujereado, el cual tenía la oreja tocando el suelo.

—¿En qué andas o en qué te ocupas, muchacho? ¿Tienes, acaso, dolor en la oreja? —le preguntó el cazador.

—¿No sabes que una semilla que se siembra en tierra comienza pronto a pudrirse? ¿Y que la podrida se fortalece de nuevo y que empieza a brotar nueva vida en el regazo de la muerte? ¿No sabes esto?

—Nosotros no hacemos caso de semejantes niñerías.

—Cuando la semilla muerta resucita poco a poco y aparece en la corteza de la tierra se le llama germen. Y yo suelo estar oyendo el apenas perceptible ruidito que producen estos gérmenes cuando vienen para arriba. Oídos más finos que los míos, ni tanto siquiera,

no tiene ni ave alguna de las nubes, ni liebres de los bosques, ni abeja de entre flores, ni ladrón que vive de espaldas a la ley.

—Si quieres venir con nosotros, servirá acaso para algo esa tu aptitud. Yo, si alcanzo con mi vista la paloma torcaz que anda a tres leguas de aquí, le disparo, ¡zast!, un dardo afilado y pronto la haré caer en tierra. Este, mi compañero, ¿sabes cuán ligero, cuanto corre hacia el Norte el humo que sale de la chimenea de una panadería en los días de viento Sur? Este anda aún mas ligero que ese humo de los días de viento tierra. ¿Quieres ir el tercer en saber y hacer saber las novedades del mundo?

—¡Ea! Vámonos a donde se quiera.

No tuvieron necesidad de subir y bajar grandes cuestras para encontrar un compañero como ellos. Junto a un árbol bravío de esos que nunca han sido podados vieron a alguien haciendo algo.

—Muchacho, ¿qué traes ahí? —le preguntó el cazador.

—Estoy haciendo un atadero con el eje de este árbol bravío. —¿Para qué quieres tal atadero?

—Quisiera hacer un molino bajo mi techo. Para eso necesito agua. Yo, si conservo la fuerza que hasta ahora tuve en los brazos, llevaré la casa junto al río, sujetándola bien con este atadero.

—Eso podrás hacer al volver para acá. Ven ahora con nosotros, pues vamos a ver lo que pasa en el mundo.

Después de salir de aquella arboleda silvestre, se les apareció el que iba a ser su quinto compañero. Era risible la ocupación que tenía.

—Oye, tú, que comes las piedras de las canteras, ¿están sabrosos esos pedruscos? ¿Qué pensamiento te ha movido para estar comiendo piedras cual si fueran pedazos de borona?

—Si yo, en comiendo todas las piedras que quiero, doy el trasero y empiezo a arrojar piedras, soy capaz de hacer huir a un ejército.

—¡Por vida de...! Entre todos haremos alguna cosa grande, y ven con nosotros.

Pronto encontraron al sexto compañero.

Cuando, al verle sostener con los hombros una montaña, le preguntaron para qué estaba así, contestó que estaba sosteniendo la montaña para que no coja debajo ese lindo pueblo vecino. Y después de consentir ir con ellos, antes de empezar a andar, tuvo que dar un empujón a la montaña.

He aquí, pues, nuestros seis amigos de novedades: el Cazador, el Andarín, el Oyente, el Forzudo, el Apedreador y el Defensor de pueblos.

Cuando empezaron a andar, y cada cual estaba dando a conocer su aptitud,

—A callar, muchachos —dijo el Oyente—. De aquí a tres leguas está el rey dando a conocer un pensamiento suyo.

—¿Qué dice el rey?

—Que al que traiga de tal fuente un cántaro lleno de agua tan pronto como una criada suya, le dará tanto dinero como pueda levantar un hombre.

El Cazador, al oír esto, dijo al segundo amigo de novedades: —Tú Andarín suelta esa piedra de molino que tienes atada al pie y en un momento preséntate delante del rey.

Se presentó éste ante el rey, y llegando en un momento a la fuente con el cántaro a la cabeza, cuando volvía más ligero que el humo con el cántaro lleno de agua, la criada del rey, que era bruja, para hacerle perder la apuesta, le puso en las narices un narcótico.

—Estamos perdidos ahora —dijo el Cazador de vista de lince—. Nuestro compañero el Andarín esta dormido. No apurarse por eso. Yo lo despertaré.

Colocando en aquella dirección el arma que llevaba cruzada al hombro y disparando-

la, le quitó de la nariz el narcótico e hizo que llegara a la meta antes que nadie, llevando el cántaro en la cabeza. Estando los seis curiosos allí, el rey, con el deseo de cumplir la palabra empeñada, preguntó a los que estaban al rededor quién llevaría el dinero que había prometido como premio. El Forzudo, instruido de antemano, probablemente por el Cazador, tenía preparado un descomunal saco hecho con piel de seis bueyes. En cuanto le llenaron de dinero ese gran saco, con él al hombro, y con los cinco compañeros a los lados, se alejó del pueblo hacia el monte.

El rey, con el deseo de quitarles el dinero, envió tras ellos un cuerpo de ejército. El Cazador, en cuanto les vio desde lejos, al Apedreador le dijo:

—Ea, compañero, ahora es la tuya.

Después de pasar un cuarto de hora en comer piedras, dio el trasero a los soldados del rey y los deshizo a pedradas: a cuatro dejó heridos; a los demás, muertos. Cuando estaban descansando en la falda de una gran montaña repartiendo el dinero sin ningún otro cuidado, vio desde lejos el Cazador venir un ejército mayor que el anterior y dijo al Defensor de pueblos:

—Ahora es también la tuya.

Este, cuando llegaron aquellos soldados a la falda del monte se fue al otro lado, le dio un empujón al monte y debajo de él quedaron aplastados todos los soldados enviados por el rey.

Oído brevemente a María Martina Maruri, hija de Murelaga.

Este cuento es semejante al llamado «Alkartuak».

116.—MARIDO Y MUJER IDIOTAS (L)

Un padre tenía un hijo idiota. Una vez mandó a ese hijo idiota a cuidar ovejas. Cuando llegaron al pastizal comenzó a comer el pastor y también las ovejas. El pastor creyó que empezaron a pastar por burlarse de él, y después de amenazarles, mató cinco. Se fue a casa y le dijo al padre, tuteándole:

—He matado cinco ovejas.

El padre:

—Iré yo con las ovejas, y tú darás a tu abuela baños de agua templada y después leche.

Se fue el padre con las ovejas. El hijo hizo hervir el agua y echándosela por encima coció allí mismo a la abuela. Luego coció la leche y se la ofreció a la abuela. La pobre estaba muerta y no podía pronunciar una palabra y ni podía beber leche.

El, el muchacho, la bebió.

Al anochecer, le preguntó el padre al hijo:

—¿Le has dado el baño?

—Sí.

—¿Ha bebido la leche?

—No. Estaba riendo y no me la quiso tomar. La he bebido yo. Entonces se fue el padre a ver a su madre y, al hallarla muerta, dijo:

—Vámonos de aquí, vámonos, pues nos prenderá la justicia. No tenemos defensa. Coge tú la puerta al hombro.

Cogió el muchacho la puerta al hombro y se iban. Al anochecer, subieron a un árbol. Estando allí, llegaron cuatro ladrones al pie del árbol y comenzaron a contar el dinero. Y he aquí que el hijo le dice al padre:

—¡Ay, ay, ay! Tengo ganas de hacer aguas, padre.

—Estáte en silencio.

—¡Ay, ay, ay! Tengo ganas.

Una y otra vez la misma canción.

—Pues hazlo, —le dijo el padre al oído.

Barbarbar, comenzó el hijo a orinar. Los ladrones, como estaba el cielo encapotado, dijeron:

—Está Lloviendo,

Algo más tarde, nuevamente, el hijo al padre dijo:

—¡Ay, ay, ay! Tengo ganas... de lo otro.

—Cállate.

—¡Ay, ay, ay...!

Y una y otra vez lo mismo.

—Pues hazlo —le dijo el padre cuchicheando.

¡Plost, plost, plost! Empezó el hijo a descargarse. Los ladrones, mirando al cielo y viendo que estaba más encapotado que antes, dijeron:

—Maná del cielo.

—Un poco más tarde:

—¡Ay, ay, ay! Estoy baldado —le dijo el hijo al padre.

—Estáte callando.

—Estoy fatigado, completamente fatigado.

Una y otra vez la misma canción, y en una de éstas, ¡brau!, dejó caer la puerta y aplastó a los cuatro ladrones.

Bajaron del árbol a la mañana del día siguiente, y quisieron coger la puerta, pero viendo muertos a los ladrones y su oro y plata, dejando la puerta, llevaron el oro y la plata en sacos.

Iban y encontraron en un campo una mujer parecida a la difunta abuela. Se puso furioso el muchacho, creyendo que era la abuela, pues por ella salieron de casa; y a un hombre que se ocupaba en aquellas intermediaciones en amontonar helechos le quitó el rastrillo, colocó en él a la anciana y lo puso como espantapájaros sobre la horquilla.

Iban e iban y hallaron una hermosa casa, en la que penetraron. La hija de aquella casa era graciosa, pero también tenía cierto aire de boba. He aquí que se casaron los dos, pues la una tenía mucha hacienda y el otro mucho oro (el oro de los ladrones).

De lo que pasó mas tarde, yo no tengo noticia.

J. Echarte, de Dantxarinea.

117.—LAS RESPUESTAS DE UN SORDO (AN)

Estaba un hombre sordo sembrando habas con una pareja de bueyes. Tenía al lado una yegua y un muleto. Vio acercarse un hombre, a quien no conocía, y se dijo para sí:

—Ese hombre, sin duda no sabe que yo soy sordo. ¿Que me preguntará? «¿Qué siembra usted?», me dirá. Yo le responderé: «Habas.» «¿Cuánto?» «Tres arrobas.» «¿De quién es esa yegua?», preguntara después. Yo responderé: «Mía.» «¿Y el muleto?» «También el muleto.» Luego me dirá: «¿Hasta dónde llega este pozo?» Yo le responderé: «Hasta esta protuberancia. (El aguijón de sus manos la tenía) «¿Por dónde se va a Madoz?», preguntará después. «Por esa cuesta de ahí arriba.» «¿Está acaso cerca de la cumbre?» «En seguida de pasar la cumbre.»

A juicio del sordo éstas debían ser las preguntas y respuestas que habían de mediar entre ambos. El caminante en cuanto se le acercó le dirigió con dulzura estas suaves palabras:

—Buenos días le dé Dios.

—Habas —le contestó el otro.

—¿Trabaja usted con ganas? —fue la segunda pregunta.

—Tres robos.

El caminante dijo entonces entre sí estas palabras: «Equivocadamente dice este hombre las cosas. ¿Será él algún loco?

—Esa yegua mía —le dijo el sordo.

—Pues ojalá te la coma el lobo.

—Y también el muleto.

—Quitándote esa aguijada, te voy a meterla por detrás.

—Hasta esta protuberancia.

—¡Ojalá te lleven los del infierno!

—Por encima de esa cuesta.

—¡Ojalá te abraze el rayo!

—En seguida de pasar la cumbre.

Andrés Astiz, de Goldaraz. Semejante a este cuento es el que lleva por título «El aezkoano sordo».

118.—LA BRUJA NUEVA (B)

Vivían en una casa un hombre y dos mujeres. Estas mujeres, aunque el hombre se acostara, no se iban a dormir muchas noches. El hombre empezó a sospechar. «¿Qué es lo que harán nuestras mujeres las noches que no se acuestan?» Para saber mejor, se le ocurrió estar acechando desde el agujero de la chimenea. Las dos mujeres dieron vuelta a la piedra del fogón, sacaron de allí un puchero y frotándose el cuerpo con el ungüento en él contenido, dijeron:

—Por debajo de todas las nubes, por encima de todas las zarzas.

Y de repente, saliendo de la chimenea, desaparecieron.

Al hombre le entraron ganas de hacer otro tanto. Fue a la cocina y sacando el puchero por detrás de la piedra del fogón, y cuando después de meter dos dedos frotó el cuerpo con el ungüento, dijo al revés las fórmulas de las brujas.

—Por encima de todas las nubes y por debajo de todas las zarzas —fue lo que dijo el hombre embrujado.

Cuando empezó a andar, apurado, se asió al escaño. Era evidente que el ungüento era de mucha fuerza.

Con escaño y todo arrancó al hombre, y unas veces muy arriba, «por encima de todas las nubes» otras veces muy abajo, «por debajo de todas las zarzas», después de andar por mucho tiempo arrastrando y con las manos y cara rasgadas, llegó a Aquelarre.

Allí había que besar al demonio. Cuando le besaron los demás, también tenía que besarle él, e iba, iba, iba, y no pareciéndole bien el besar le metió por el... la lezna albarquera.

Entonces, el chivo, mirando para atrás, dijo:

—Esta nueva bruja tiene barba áspera.

Este cuento tiene algún parecido con el «Mandazai bat Petirriberrora bidean».

119.—UNA BRUJA EN LA IGLESIA (B)

En Durango, en la esquina de *Artekale* (calle del Medio), tenían a un niño enfermo, habiéndole alguien hecho mal de ojo. Un vecino les dio este remedio:

—Meted en un puchero a cocer un pollo, atravesadas sus carnes con treinta y tres alfileres en forma de cruz. Pronto se dejará ver la persona que le ha aojado.

Dicho y hecho. Metieron el pollo en un puchero, al puchero pusieron por cobertera un tepe (trozo duro de tierra) para que no le saliera el vapor. No tardó en llegar una anciana arrugada, madre del párroco de Abadiano.

—Quitad del fuego ese puchero —díjoles la vieja.

—Nosotros sacaremos del fuego ese pollo; pero también tú deberás jurar que no acarrearás daño alguno a nadie de nuestra familia.

La anciana, después de prestar el juramento que le pidieron, tomó el camino para su casa. De la noche para la mañana quedó sano el niño aojado. Poco después de propagarse esta noticia en Durango, llegó a oídos del cura de Abadiano y, ¡¡claro está!!, quedó molestado, avergonzado y afligidísimo.

Una mañana este sacerdote, queriendo saber si su madre era bruja de verdad, al terminar la misa dejó abierto el misal sobre el altar. Cuando volvió a casa, encontró preparado el almuerzo para dos, en la mesa del escaño; pero no parecía la segunda comensal para almorzar: su madre. El sacerdote envió a la muchacha a la iglesia en su busca.

—Abuela: el amo dice que venga usted.

—Di al cura que venga él acá y que quite lo que allí ha dejado abierto.

Al oír este mandato fue el cura de nuevo a la iglesia, cerró y guardó el misal y entonces pudo su madre volver de la iglesia a casa.

Dicen que el cura desbrujó a su madre a fuerza de conjuros.

Magdalena Bilbatua, de Berriz.

120.—TARTALO (G)

Un gigante, de un solo ojo en la frente y más forzudo que Sansón, vivía en el monte, manteniéndose de ovejas y de carne humana. Una vez, un joven pastor, que iba al monte en busca de ovejas, halló a ese gigante, que se llamaba Tártalo.

—¿A dónde vas, muchacho?

—En busca de ovejas.

—Vámonos a mi cueva.

Y se fueron a aquella cueva. El muchacho, viendo las cosas que allí había, estaba asombrado y atento: en el llar, un gran caldero colgado, lleno de brazos y piernas humanas. En los rincones, pieles de ovejas y ropas de muchos hombres y mujeres.

—Mete, muchacho, el asador en el fuego y come esa pierna de ahí, pues también tú tienes que ser comido.

El pastor decía entre sí:

—Perderme de una o perderme de otra manera, no me importa.

Mientras tanto, Tártalo estaba roncando y el pastor se metió por el ojo el asador candente y quedó ciego. ¡Qué chillidos y gritos los suyos! El muchacho se escondió entre las pieles de ovejas. Tártalo estaba en la puerta de la cueva, teniendo las piernas

entreabiertas. Las ovejas salían fuera por debajo de sus piernas. Tártalo palpaba a cada una en el vello.

—Estoy perdido —se decía para sí el muchacho.

Tuvo una gran idea: el pasar también él vestido de piel de oveja, con el fin de que no le conociera Tártalo. Se vistió así, y al pasar por debajo de las piernas del gigante y a pesar de tocarle en la espalda, Tártalo no conoció quién era.

Para cuando salió de allí, contento, arrojó la piel de oveja y echó a correr. El anillo de Tártalo sabía hablar y le dijo a su amo:

—Tártalo chimenea: ahí va el muchacho.

Tártalo arrojó el anillo y metió en el dedo meñique del muchacho.

—Tártalo chimenea: aquí estoy, aquí estoy.

Tártalo corría tras el muchacho. El muchacho no podía desprender del dedo el anillo delatador. Cortó el dedo meñique con un cuchillo y lo arrojó a un pozo, juntamente con el anillo.

El anillo nuevamente decía:

—Tártalo chimenea: aquí estoy.

Tártalo, arrojándose al pozo se ahogó. Y en adelante vivió aquel pastor como quería.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

121.—»TIBI» (S)

Un señor párroco convidaba cada domingo a comer a su sacristán. Allí los dos, frente a frente, dulcemente, despachaban su comida y se decían dos o tres chistes en la conversación. Cuando la campana hacía oír su llamada para las vísperas, el párroco brindaba con su sacristán diciendo:

—*Tibi* (que significa «A ti»).

Hacía ya algunos años que vivían así, dulcemente y en paz, párroco y sacristán.

Un día le fue preciso al sacristán ir con un mensaje a casa del cura del barrio. Llega allá hacia el mediodía. (Diciéndole) que no debía volver en ayunas, el cura le obligo al citado sacristán a quedarse a comer. Conversaron alegremente durante la comida y al terminarla, el párroco brindó diciendo:

—Brindo a su salud.

Entonces el sacristán (dijo):

— Señor, usted me dice así, pero nuestro párroco de otra manera.

—¿Y cómo?

—*Tibi*.

—¿*Tibi!* No, probablemente no.

—Sí, sí, *Tibi*.

—Yo no puedo creer que un señor sacerdote te diga a ti esa palabra.

—Que sí, cierto: *Tibi*.

—¿Puede acaso ser verdad lo que me dices?

—Que sí, *Tibi*. Pero dígame usted lo que significa.

—No puedo.

—Sí, por favor; ilústreme usted.

—Pero podría acarrear algún mal al señor párroco.

—No, señor, no. Dígame, le ruego.

—Pues he aquí. *Tibi* es el nombre de todos los insultos. Quiere decir tonto, inútil y miserable (francés, *gueux*), lerdo y todo lo que quieras.

—¿Es así?

Y el sacristán se va a casa con el corazón acongojado y con ansias de vengarse, sin poder explicar como el cura se burló de él tanto tiempo.

En el siguiente domingo, el párroco convida, como siempre, a comer al sacristán. El sacristán (estuvo) ceñudo, hurafío, sin embargo de ser buena la comida: gubios (peces de río) y palomas y buen vino; pero el sacristán, silencioso y hurafío.

A luego de comer hizo la campana su llamada y el párroco, como siempre, al brindar dijo:

—*Tibi*.

Entonces el sacristán, teniendo los ojos vivos, los carrillos ardiendo, aguijón en la lengua, le dijo:

—¡Ah! ¿*Tibi*? Basta ya. Su madre de usted, *Tibi*; *Tibi* su padre; usted mismo, *Tibi*; *Tibi* todos sus parientes, y no vendré más a su casa. El párroco no le entendió ni pizca.

Referido por el sacerdote Intxaustoy, de Garandaine.

122.—«CHALIN ERROTA» (B)

Un asno era el dueño de este nombre, el asno del molino que se llamaba Maifurreta. El molinero era un cicatero, avaro, aficionado al dinero, tenía a media ración a su asno *Chalin*. Lo que ahorra con tener a éste de hambre, se le iba por otro lado: pues que el raposo le comía las gallinas, pollos y pollas del molino.

No sabía el molinero qué hacer para matar al raposo. En una ocasión en que estaba discurriendo esto, le dijo *Chalin*:

—Amo, yo mataré esos raposos.

—¿Tú matar esos raposos! ¿Como? Saben demasiado esos bichos.

—Es de suponer que tenga yo algún compañero, y lo veremos.

Diciendo esto, salió del molino y comenzó nuestro *Chalin Errota* a buscar un compañero. Vio a un tordo, que no cesaba de silbar, bastante arriba, en una rama de saúco.

—Tienes buen humor, tordillo.

—Tengo cuatro crías a cuál más hermosas, ¿y cómo no estar de buen humor? Tú, asno, no vives mal: sin un saco en la espalda, en vagancia agradable.

—Me ha enviado el amo, diciéndome que tengo que matar raposos. Para esto, necesito compañero. ¿Lo serás tú?

—Pero yo, yo estoy criando cuatro crías, no tengo tiempo para otra cosa.

—En ese caso, adiós.

El tordo continuaba cantando, manifestando así su alegría y de entre zarzas se le presentó el raposo.

—Buen humor, ¿eh, tordillo? — Sí, como el llorar no trae cosa buena...

—¿A quién diriges esos cantos tan suaves, sonoros y alegres?

—Tengo cuatro hermosas crías.

—¿Cuatro! Me tienes que dar una, pues tengo hambre.

Con el corazón hondamente dolorido, tuvo que darle una cría al raposo. Al día siguiente, otra. El tercer día, la tercera, y al cuarto día se quedó sin crías. ¡Qué llantos los suyos! Viniendo *Chalin* hacia el molino, después de pasear, y al oír los llantos del tordo, le preguntó:

—¿Qué te pasa, tordillo?

—¿Qué me ha de pasar! El raposo me ha comido mis cuatro crías.

—¿Me ayudarás ahora a matar esos raposos dañinos?

—Sí, y contento. Para esto, tú, asnillo, te tumarás ahí, en alguna parte, y no hagas ningún movimiento y no se perciba ni el aliento. Aunque yo te haga enormidades, tú siempre quieto, cual si yacieras muerto.

Cumplió el asno lo dicho por el tordo, quien, a su vez, comenzó a cantar como antes. Llegó el raposo y, al verle tan alegre y cantarín, le preguntó:

—Tordico, ¿qué te pasa para estar tan alegre?

—Se nos ha muerto *Chalin Errota*, ¿y cómo no estar alegre? ¿Quieres verle?

—¿Estará él bien muerto?

—Ya lo verás.

Van, y allí estaba *Chalin*, tumbado todo lo largo que era. Se posó el tordo en un vuelo en la espalda y *pirri pirri*, le hizo algo. *Chalin*, quieto. En otro vuelo se fue a la cabeza y le dio picotazos en los ojos. *Chalin*, como si fuera de piedra. El raposo, al ver aquello, diciendo,

—Hoy tenemos bodas —se fue en busca de los compañeros.

Trajo consigo treinta raposos, entre jóvenes y viejos, y les dijo:

—Porque ha muerto *Chalin Errota* tenemos que sacar un baile, el auresku, siguiendo la costumbre de los hombres.

Ató bonitamente unos con otros a los treinta raposos. Y diciendo

—Ahora tengo que hacerle algo en los dientes —se va el raposo a la cabeza del burro, y en cuanto acercó su trasero al morro, para hacer *ese algo*, le agarró *Chalin* y lo hizo trizas allí mismo.

Se fue luego *Chalin* llevando tras de sí los treinta raposos a Maiñurreta, y llamó a la puerta del molinero.

—¿Quién es? —preguntó el amo desde el interior.

Soy *Chalin*. He aquí «a éstos».

El amo vendió cada raposo a diez reales. En adelante, *Chalin*, con la ración que le aumentó el amo, vivió muchos años, y mejor de lo que quería, opíparamente y dulcemente.

N. Ajuria, de Olaeta (Aramayona).

123.—LA EDAD DES DIABLO (B)

Un arlotte, probablemente por dinero, vendió su alma al diablo. El pobre andaba lleno de miedo, aterrado, cuando a este contrato se le acercó el plazo. El diablo le dijo una vez:

—Si aciertas cuántos años tengo yo, te dejaré libre.

El hombre andaba noche y día quebrándose la cabeza, no pudiendo calcular los años del Malvado. Para esto, se aconsejó con todos los eruditos y sabios de la comarca, y todo en vano. Cuanto más cerca el plazo, tanto estaba el arlotte más apurado y acongojado. Una vez se le presentó una anciana y le preguntó qué le tenía tan apurado.

—Tengo vendida el alma y no puedo en manera alguna acertar el único medio de librarme. Este medio es saber cuantos años tiene el diablo.

—Ve tú a casa, rapazuelo, y deja esta tarea a mi encargo.

De allí a poco se presentó el diablo a la anciana. Esta, desde poco antes yacía en tierra, popa al aire. El diablo, prorrumpiendo en grandes carcajadas, dijo:

—Tengo ciento cincuenta años, pero otro tanto no he visto jamás.

Sabiéndolo así, pudo librarse el vendedor del alma.

Teresa Pagoaga, de Gatzaga (Salinas de Leniz).

124.—EL OLOR DE CERDO (AN)

Eran dos hermanos: el uno, sacerdote; el otro, casado. El sacerdote estaba de párroco junto al pueblo de su naturaleza. El casado vivía con su familia en la casa natal. De vez en cuando solía ir éste donde el párroco. En una ocasión, quería el párroco matar el cerdo. Era costumbre en aquel pueblo enviar trozos a amigos y contertulios el día de la matanza del cerdo. Dijo el párroco al hermano:

—Tengo que matar el cerdo, y verás: no tendré suficientes trozos para dar algo a todos.

—¿Sabes lo que debes hacer? Mátalo de noche y comunica que te lo han robado.

—¡Hacer yo eso! No, a lo menos mientras viva.

Mató el cura el cerdo, e ignorándolo él, lo robó enterito el hermano aldeano, y comió poco a poco todas las morcillas. Pareció en la casa rectoral con el último trozo en el estómago. Al empezar a comer, dijo el cura:

—Chico, la idea que tú me indicaste de robar el cerdo, alguien me lo ha ejecutado.

—Tú dí eso.

—Que es verdad, hombre, que a verdad.

—Dilo así, y todos te lo creerán.

Al cabo de cierto tiempo, y después de almorzar con los restos últimos de cerdo, se fue aquel aldeano a la casa cural para la hora de comer. Hablaron también esta vez acerca del cerdo, y en esto al morcillóvoro le salió un viento oloroso y sin ruido.

—Di —le dijo entonces al hermano sacerdote—, ¿has percibido alguna vez olor de cerdo robado?

—Yo no.

—Pues si hoy no percibes, no percibirás nunca el olor de ese cerdo.

Cruz Goyeneche, de Elbetea (Baztan).

125.—ASTILLAS DE ORO (AN)

Una madre viuda tenía muchos hijos y no tenía ningún bien para ellos: ni pan para comer, ni leña para calentarse. Envió una vez a uno de sus niños donde un rico, solicitando un cesto de astillas, para que, aun estando de hambre, siquiera pudieran calentarse. El rico se lo negó. La criatura volvió llorando donde la madre, diciendo que no se lo había dado.

Envió luego a otro niño donde otro rico a pedir un almud de harina. Tampoco aquél le dio nada. Envió una tercera criatura a la casa de otro rico a pedir una cestita de astillas.

—Sí —le dijo éste—. En tal sitio hay un montón de leña, y trae una carretada.

Dicho y hecho. Venía la criatura contenta con el carro lleno de astillas. Para cuando

llegó a su casa, toda la carga que llevaba se le transforma en oro. Tomando estos dineros, fueron los otros niños a comprar pan. El primero de los ricos, admirado al ver aquello,

—Niños —les dijo—, ¿cómo os habéis hecho tan pronto con tanto dinero?

—Fulano nos ha dado leña y la tal leña se nos ha transformado en oro. Yo mismo he traído en el carro esa leña.

—Vete de nuevo en busca de leña y trae una carretada a mi casa.

Se fue el muchacho por leña y llegó al portal del rico, teniendo el carro lleno de leña. Allí las astillas y leñas se convirtieron en ratones y ratas, y éstas alimañas se comieron todos los bienes del rico avaro.

Felipa Astiri, de Arizkun (Baztan).

126.—EN LA ERMITA DE URSUA (AN)

Había en tierra de Arizkun, valle del Baztan (Navarra) un viejo palacio llamado Ursua o Urtsua. Aún se conservan en pie sus muros. Gozaba de gran predicamento un tiempo en Navarra. Un señor de aquel palacio fue cortesano del rey. Otro se casó con una mujer de Francia. Tenía esta mujer un hermano sacerdote, y se le presentó a despedirse, pues venía a casarse con un noble navarro. El sacerdote, conociendo que su hermana estaba embarazada, quiso retenerla en el palacio de sus padres. La hermana prometió una espada a su hermano, a trueque de su silencio. Al venir a desposarse trajo consigo la novia cientos de carneros ataviados de collares de oro.

Al llegar a Ursua, la vieja señora de casa bajó, según costumbre, al portal y abrazó a su futura nuera.

Casáronse y el marido conoció bien pronto el estado de su consorte, y a un criado de casa encargó que tuviera junto a la ermita presto un caballo, teniendo sus herraduras puestas al revés. Estando para ir a dormir, dijo el marido a la mujer:

—¿No has de ver la ermita de casa, siquiera para rezar algo?

—Si quieres, vámonos a la ermita.

Bajaron, y de una puñalada mató el marido a la mujer, e inmediatamente montó a caballo y huyó galopando a Francia.

Lo aprendí en el Baztan, ¿de Don Cruz Goyeneche? En el mismo valle aprendí, de Tomasa Urrutia, hija de Garzain, estas seis estrofas. Puede verse su música en la página 1057 de mi *Cancionero popular vasco*.

I

Urtsua (tiene) siete ventanas,
las siete bien alineadas,
la hija de Lantania
en Urtsua yace muerta.

II

En Urtsua, la difunta
hallada en Santa Ana,
sin decir adiós,
partiósse (el marido) de la casa.

III

Siete molinos nuevos,
ocho palacios blancos:
por todos ellos
yo no quiero (ir) Urtsua.

IV

Levantad la cabeza,
hermana mía Juana.
—No puedo levantarla,
hermano señor Bautista.

V

Parece que estás en cinta,
hermana mía Juana.
—¿En qué me lo conocéis,
mi señor hermano?

VI

El caballo con la silla,
se ha puesto para vos.
—El niño que yo daré a luz,
será de vuestros brazos.

127.—EL ZAPATERO IMPERTERRITO (B)

En el pueblo N. vivía un zapatero, un zapatero que por nada del mundo temblaba.

Una vez, y proponiéndose meterle el miedo en el cuerpo, un hombre se ofreció a hacerse el muerto. Quedó éste en ser amortajado con vestiduras de difunto y en meterse en un ataúd, cuando sus compañeros enviaron un comisionado al zapatero. Llamó a la puerta, entró y dijo:

—Vengo a saber si querías velar a un muerto.

—Sí.

—Pero a condición de que en la velada mortuoria estés tú solo al lado del muerto.

—También. ¿A dónde hay que ir?

—A la calle de Bergara (es una calle de Lekeitio), verás allí una luz en el balcón.

—¿A qué hora?

—Empezando a eso de la media noche hasta la madrugada.

—Que sí, ¿pero jornal?

—Lo de costumbre, y además habrá algo con que puedas calentar el estómago.

Cerca de la medianoche iba ya el zapatero a la velada nocturna con sus trebejos. Cuando le dejaron solo junto al féretro, empezó él a dar golpes en su tarea.

Poco más tarde, el que se fingió muerto se movió, por hacer temblar al zapatero.

—¡Hmmm, mira! —le refunfuñó el de la lezna.

Poco después, otro movimiento mayor hizo el del féretro. El zapatero le dijo:

—¡Hmmm! Luego que no te pese, ¿eh?

De allí a un cuarto de hora, el fingido muerto levantó la cabeza. El zapatero le dio un golpe en la nuca y lo dejó muerto de veras.

A la mañana siguiente, los de casa entraron allá, y viendo que estaba muerto, verdaderamente muerto, empezaron a pedir cuentas al zapatero. Aquél les dejó, diciendo lo siguiente:

—¿Pues no dijisteis que yo había de velar a un muerto? Lo he cumplido.

Y sin más se fue a su casa.

Aprendido en Lekeitio, no se de quién.

128.—LAS ENSEÑANZAS DE LOS MAYORES (B)

Un hombre, a causa de haber sido muchas veces apaleado por su mujer, huyó de casa y empezó a caminar, alejándose cada vez más. Vio a una anciana, buscando algo en su heredad, teniendo colgado de los labios un candil encendido, en pleno día. Asombrado, preguntó:

—¿En qué se ocupa, mujercita?

—¿Que en qué me ocupo? Me ocupo en sacar lino.

—Mejor podrá usted sacarlo si apaga ese candil inútil y de tan poca luz.

La vieja, al oír esto, quitó el candil de los labios y lo apagó.

—Mujercita, ¿por qué ha tenido usted encendida esa lucecita, estando radiante el sol?

—Así nos lo enseñaron nuestros mayores (los ancianos de antes).

Yendo nuestro viandante por su camino, estaba uno recogiendo un nogal, y, por cierto, que lo recogía admirablemente. Subía a los brazos del árbol, de éstos a las ramas, cogía una nuez y bajaba a tierra; subía nuevamente, recogía otra nuez y con ella en la mano bajaba. Asombrado nuestro viandante,

—¿Qué trae usted, hombrecillo? —le preguntó.

—¿Que qué traigo? Quisiera recoger las nueces de este nogal.

—¿De una en una! ¿Cuántos días suele usted emplear para recoger un nogal?

—Próximamente, un mes.

Al oír esto, fue nuestro viandante, esposo divorciado, a la cancilla más próxima en busca de una estaca y con ella en la mano, golpea que golpea, derribó a tierra en un cuarto de hora todos los granos del nogal.

—Para ver, es necesario vivir —decía el aldeano testarudo.

—¿Por qué ha solido usted recoger una a una?

—Así nos lo enseñaron los mayores.

Andar y andar, encontró tres hermanos que sólo tenían unos pantalones para los tres. El modo de vestirse guardaba también relación con ello. Cuando uno quería vestir estos pantalones, subía sobre el baúl y, sosteniéndole los otros dos, ¡zas!, de golpe solía meter las dos piernas; y con frecuencia se le hacía algún rasguño a aquel vestido. Al verlos ocupados en tal tarea, les preguntó:

—¿En qué os ocupáis, muchachos?

—¿No lo ve usted? Vistiendo pantalones.

—Yo os enseñaré la manera de ponerlos. Tú, muchacho, primero, quítatelos. Mete

primero una pierna. Muy bien. Mete ahora esa otra. Admirablemente.

Y en un momento hizo que los vistieran.

—¡¡Los pantalones que hemos destrozado nosotros!!

—¿Por qué os vestíais así, poniéndoos sobre el baúl, tan ridículamente?

—Así los vestían nuestros mayores.

Celestina, de Lemona.

129.—EL SEMINARISTA ZATIKA EN SALAMANCA (B)

Una viuda tenía un hijo que quería ser sacerdote. Por Dios y por todos los Santos, que él quería ser sacerdote, y consiguió su deseo el joven Zatika, de encima de Lequeitio. Aunque con grandes apuros y trabajos, reunía la madre el dinero que necesitaba y le envió a Salamanca a hacer sus estudios.

Antes de terminar toda la carrera, se le murió a Zatika la madre, y solía andar apurado para pagar el hospedaje y lo poco que compraba en las tiendas. Tuvo que dejar en deuda a un zapatero la compostura de unos zapatos. Esta deuda no era gran cosa: seis maravedíes; pero el acreedor estaba terne que terne. Todo un mes debía en la fonda, y cuando le dijeron que si no entregaba dinero no le darían más ni mesa ni cama, le dio un desmayo al pobre Zatika, cayendo largo sobre la tierra. Era precisamente la época del cólera.

Creyéndole muerto le llevaron a Zatika al camposanto. Cuando el zapatero se enteró de esto dicen que fue al cementerio, y con la lezna en la mano dijo estas terribles palabras:

—Hasta que me entregue los seis maravedíes que me debe, nadie le enterrará a éste.

Aquella misma noche cometieron un gran robo en el Banco. Los ladrones, para hacer la partición de lo robado, se fueron al camposanto, porque allí les dejarían en paz. Antes de llegar aquéllos allí estaban ya nuestros dos conocidos: Zatika, en el féretro, y el zapatero, en alguna esquina, acechando. Después que los ladrones colocaron por montones sus buenas y rojizas onzas de oro para repartirlas, quedó una onza, que la querían todos. El uno decía que le correspondía porque había sido él el autor de la idea, el otro, que era suyo, porque había sido el primero que entró en el Banco. El que hacía de jefe les dijo:

—Señores: que esa sobrante onza sea para el que le corte la punta de la nariz al cadáver que ahí yace.

Al oír esto Zatika, el estudiante, diciendo,

—Almas del Purgatorio, ayudadme —se levantó del féretro.

Todos los ladrones huyeron abandonando allí todo su tesoro. El zapatero, cuando vio al estudiante recogiendo dinero, dijo que él necesitaba la mitad, y por las barbas le obligó a dársela. Cuando llenaron los bolsillos y faltriqueras de hermosos dineros rojos, le dijo el estudiante al compañero que tarde o temprano vendrían sin duda aquéllos, y le añadió que sería conveniente ocultarse allí en alguna parte hasta que clareara el día.

Pronto se acercó allá un ladrón de los de antes, y hasta se metió dentro después de mirar a todas partes. Cuando, con mucho tiento, llegó cerca del féretro, recordando el zapatero escondido lo que su compañero le adeudaba hacía ya tiempo:

—Tú —le gritó—, ¿mis seis maravedíes? ¿Mis seis maravedíes?

Al oír esto el ladrón, todo asustado, echó a correr, y llegando en un aliento donde sus compañeros les dijo:

—Probablemente están allí todos los del Purgatorio e Infierno, pues de todo el dinero que nosotros hemos dejado no les ha correspondido más que a seis maravedíes.

Con los dineros de allí, Zatika se hizo hombre y sacerdote. El zapatero dejó su tienda y puso en Salamanca la mejor zapatería que se conocía.

Aurora María de Azkue, de Lekeitio.

130.—LAS CAGARRUTAS DE ZEGAMA (G)

Una cabra entró, al anochecer, en la iglesia de Zegama.

Como siempre andan por las alturas, también aquella subió al altar y encima del altar dejó cagarrutas.

Al clarear el día, mientras el sacristán subió a la torre a tocar el alba, dejando abiertas las puertas, salió la cabra de la iglesia y fue al monte. Al ir el sacristán al altar, después de hacer sonar aquellas campanas, quedó asombrado al ver tanta pelotilla negra.

Después de estar un rato mirando arriba, fijo en San Bartolomé, dijo:

—Milagro, esto es milagro de Dios. Y se fue derechamente donde el cura a comunicarle esta feliz nueva. El cura le envió a casa del alcalde. El alcalde reunió a todos los concejales en el pórtico de la iglesia. Todos oyeron boquiabiertos y asombrados las palabras del sacristán.

—¿Qué deberemos hacer? —preguntó el alcalde.

Uno decía que debería hacerse esto, el otro que debía hacerse eso. Por fin, dio esta resolución el más ingenioso de entre ellos:

—Ya que son dádivas de Dios, tenemos que recibir la comunión.

El sacristán, o alguna otra persona, propagó esta noticia y allí se reunieron la mayoría de los madrugadores de Zegama. En esto, dijo alguien:

—Señores: como hemos de tener poco que dar y seremos muchos para recibir, por necesidad habrán de tomar algunos la mitad, aunque otros lo reciban entero.

Entonces, adoptando unánimemente el parecer del concejal más ingenioso, resolvieron dar entero a los ricos y la mitad a los inquilinos. Cogió el cura en una bandeja, y ésta en la mano, todas las cagarrutas, tanto las enteras como las partidas. Primeramente tomó él una y, al darla a los otros, dijo estas palabras de zegamés de pura raza:

—No son dulces, pero sí provechosos.

No se perderá fácilmente en el País Vasco la fama de aquellos *bilindrin* (cagarrutas) de Zegama.

Toribio Iriando, de Elgoibar.

131.—NOTICIAS DEL CIELO (AN)

A una mujer, estando casada por segunda vez, se le presentó un mendigo cojo a pedirle algo. La mujer le preguntó de dónde era y de donde venía.

—Vengo del Cielo —le respondió—, con permiso de Dios, por si recojo aquí algo entre buenas gentes, para estar después más acomodado con esas cosas.

La mujer, sorprendida (dijo):

—¿Qué! ¿Acaso los que estáis en el Cielo os halláis en necesidad de algo?

—Sí, mujer. Aun allí no somos todos iguales. El que tiene mucho (está) mejor que el que tiene poco.

—Mi primer marido anda allí en alguna parte. ¿Le conocéis?

—¿Cómo se llama?

—Pello Bidegain.

—¿Conocerle! Es amigo íntimo mío.

—¿Y cómo está él?

—Pues también aquél, así, así, dispuesto a recibir algo si tuviera un dador.

Entonces la señora le trajo de arriba unas onzas de oro que tenía en la arquilla, dándoselas para su difunto marido. El otro se las recibió contento y dijo:

—Estas onzas de oro llegarán directamente a sus manos y el gozo que con este recuerdo ha de sentir su marido Pello, ¡qué gozo ha de ser!

Entonces se fue el mendigo cojo.

Al mediodía, volvió a casa, después de terminar su trabajo, el segundo marido de la mujer, y de boca de la asombrada señora de la casa oyó estas palabras:

—¡Oh, Miguel! He tenido noticias de mi difunto Pello. Dicen que está en el Cielo, sí; pero no tan bien como aquí se dice.

—¿Quién te ha dado esa noticia?

—Un mendigo cojo que, con permiso del Señor, ha bajado del Cielo, y yo le he entregado para mi difunto marido unas onzas de oro.

—¿Qué camino ha tomado ese hombre?

En cuanto supo de su mujer esto, sin decir una palabra más, cogiendo por montura el hermoso caballo que tenía en casa, salió a galope por el camino que le mostró la mujer, con el propósito de quitar las onzas a aquel hombre charlatán. El mendigo, que iba en lo alto de una montaña, pronto advirtió quién le venía por detrás, y viendo que no tenía tiempo para ocultarse, sentóse sobre un saliente de piedra. Inmediatamente tenía allí al jinete.

—¿Has visto, amigo, a un mendigo cojo yendo en este camino?

—Sí, mi hombre; le he visto, y hasta he advertido que tenía miedo de alguien. Miraba atrás y corría, miraba atrás y volaba, y no pudiendo hacer otra cosa, se ha metido en ese jaro: no puede estar lejos.

Entonces el jinete le dijo:

—¿Por favor, me tendrás este caballo?

—Sí, y por cierto con mucho gusto. Mi corazón se ensanchará sobremanera con que tú busques a ese cojo.

Mientras nuestro hombre se metió en el jaro y andaba mirando todos sus rincones, el otro, subiendo al caballo como podía, echó a correr. El escudriñador del matorral llegó al camino al cabo de un cuarto de hora, rasgadas todas sus vestiduras, y al advertir que estaba solo, conoció que el otro le metió buena cuña. Cuando llegó a casa, con el corazón contristado, la mujer le preguntó al marido:

—¿Has tenido ocasión de hablarle?

—Sí he tenido.

—¿Le has dado algo?

—Sí; el caballo para el camino.

Oído a D. Cruz Goyeneche, hijo de Elbetea (Baztan).

Una versión de este cuento recogí en Zuberoa.

Otra recogió Kiriñño en Mañaria; y la publicó en *Euskalzalae*.

La versión suletina es como sigue:

Vivía una mujer casada por segunda vez. El primer marido fue Juan, el segundo Pedro. Una vez, no hallándose éste en casa, se le presentó un hombre a la mujer. —¿Está usted? —le preguntó,

—¿Usted también viniendo?

—Sí.

—¿De dónde viene usted?

—Del otro mundo.

—¿Qué noticias (hay) en el otro mundo? ¿Ha conocido usted a mi Juan?

—Le conozco, sí; esta muy reducidito, medio desnudito, tiene también poco dinero.

—¡Pobre! ¿Quiere usted llevar algo a mi Juan?

—Sí, sí.

—Zapatos que dejó aquí y Pedro no puede meterlos, además medias, calzones, interior, faja, elástico y boina.

—¿De alimentos, nada?

—Tocino, chorizo, borona... ¿Tiene usted bota?

—No, señora; pero aun en botellas puedo llevar cuanto vino se quiera. ¿No tiene usted dinero para enviarle?

—Le daré a usted para él una moneda de cincuenta pesetas; y dígame que le amaba yo aún mas que a Pedro.

El recadista fue alegre. Poco más tarde, vino Pedro a casa. La mujer le refirió lo que había sucedido. Pedro, diciendo:

—Demonio —sacó de la cuadra la yegua y se fue (pronunciando)—: como hay Dios, le alcanzaré, sí.

El recadista del cielo temía, y de vez en cuando miraba atrás. Viendo de lejos que alguien venía a galope montado en una yegua, ocultando entre zarzas las cosas de entre manos, se sentó en la esquina del camino.

Llegó el de la yegua y preguntó:

—¿Está usted?

—¿Ha venido usted?

—Sí; ¿Ha visto usted a alguien teniendo unas cosas en las manos?

—Vaya que sí. Ha ido por ese sendero de ahí.

—¿Cómo puedo yo ir, si no puede entrar la yegua?

—¡La yegua! Mientras usted anda en busca de él, la tendré yo mismo.

Mientras Pedro estaba allí, el recadista del cielo recogió las piezas de antes y, con la yegua, se escapó.

Pedro llegó a casa triste. Mostróse alegre, para que no le riñera la mujer.

—Pedro, ¿has venido?

—Sí.

—¿Le has encontrado?

—Sí, y para que más ligero llegue al cielo le he dado la mula.

132.—EL PERRO DE LA TEA (B)

En la comarca de Baracaldo, en tiempo en que el pueblo hablaba en vascuence, las noches siguientes a la que alguien fallecía, aparecía un perro llevando en el hocico una tea

que despedía fuego y llama. Cuando veía a alguien, se zambullía en el primer arroyo y desaparecía.

En una ocasión en que un hombre estaba en la agonía, su hijo salía de casa en busca de un sacerdote. Viniendo juntos, dijo el muchacho al sacerdote:

—Aunque aparezca el perro de la tea, no se asuste, Señor. Dicen que no hace daño.

A la hora y media, próximamente, después de ayudar a morir al anciano, iban por el camino de antes el sacerdote y el muchacho, con más miedo aquél que éste. Después de llegar a su casa, dijo el sacerdote al muchacho:

—Hoy no vayas a tu casa, quédate en la nuestra.

—Aunque no sea más que para que no se asuste la madre, yo necesito ir. Si no fuera, pensaría que me ha tragado ese animal. No tengo más remedio que ir.

—Si crees de necesidad el ir a tu casa, lleva en las manos esta cruz. Si se te aparece ese perrazo, haz con el mango de esta cruz una gran circunferencia, en la mitad la señal de una cruz, y estate allí sobre la raya, mientras estás hablando con él.

—¡Hablando! ¿Señor, yo qué le diré?

—Tú dile esto: si eres de buena parte, acércate y dime lo que quieres. Si eres de mala parte, no te acerques en siete estados a la redonda.

Viene ese muchacho hacia casa, y poco antes de llegar a la puerta se le presenta repentinamente el perro y:

—No te asustes —le dijo la alimaña de la tea—; soy Fulano y estoy condenado.

El muchacho callaba y temblaba, sin ánimo para decirle más.

—De esas dos heredades de ahí abajo sacaba yo anualmente tierra a mi heredad por la acequia, y por eso estoy condenado.

El muchacho estaba a punto de caer por efecto del miedo y sin fuerzas para alentar.

—Aunque tenga cara de perro, me calienta enormemente este hábito que me vistieron al morir, y quítame este vestido con esa cruz que tienes en la mano

El muchacho, a duras penas, quitó su vestido al infortunado de figura de perro. Se le desapareció para siempre la enorme alimaña y todo temblando se acostó el muchacho y no se levantó más.

Oído a una hija de Ochandiano.

133. —UN AEZKOANO SORDO (AN)

Un aezkoano sordo estaba junto al río de Garralda, cuidando la yegua y la cría, teniendo al lado un pozo. Vio desde lejos un viajero que venía para abajo en un senderito, y se dijo entre sí.

—Ese me dirá algo y yo no le oiré ¿Cuál será la primera pregunta que me haga? Sin duda ninguna ésta: «¿De quién es esa yegua?» Yo le responderé: «Mía (es) la yegua.» La segunda: «¿Y la cría?» También su cría.» Luego si es grande ese pozo. (Midió el pozo el aezkoano y llegaba hasta el nudo de la aguijada.) «¿Por dónde se va a Aribe?», preguntará después, y yo: «Por ese camino rojo.» Luego preguntará el viajero: «¿Ese pueblo esta lejos o cerca?» Yo, entonces: «Luego de pasar esa altura.»

Llegó el hombre viajero diciendo:

—Buenos días, aezkoano.

—La yegua es mía.

—Ojalá te la coma el lobo.

- Y también la cría.
 El otro, cada vez más encolerizado:
 —Te meteré por el trasero ese aguijón.
 El sordo:
 —Hasta este nudo.
 —¡Ojalá te lleve el demonio!
 —Por ese camino rojo.
 —¡Ojalá te desnudes!
 —En seguida de pasar esa loma.

Lo aprendí en Aezkoa, no sé de quién.

134.—PADRE E HIJA (B)

En una ocasión fueron de Zeanuri a Bilbao por sal padre e hija. Compraron a cada fagna. Viniendo hacia casa, dijo la hija al padre:

- Padre, tenemos que aguardar un poco.
 —¿Qué es eso de aguardar?
 —El estar aquí un rato.
 —¿Con la carga o sin ella?
 —Dejando la carga en el suelo.
 —Si hubiera sabido qué era eso de aguardar, hubiera cargado una o dos arrobas más.
 Cuando comenzaron a andar de nuevo, sintió el padre que le dolía el talón, y queriendo saber lo que era, dijo a la hija:
 —Tengo una argoma en la pierna.
 —¿Por Dios, padre! Media tijera tiene introducida en el talón.
 Padre e hija iban descalzos, sin duda por no destrozar el calzado.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

135.—PADRINO (B)

Para ganar el cielo no hay mejor medio que el ser padrino. Había un matrimonio que vivía en extrema pobreza. Estando la mujer para dar a luz, el marido tuvo que echarse a pedir. Andando, andando, dio con una choza de ladrones. El capitán del grupo le dio una buena cantidad de dinero, a condición de que no dijera quién le había dado.

Cuando la mujer dio a luz, hizo de padrino el capitán, bautizaron a la criatura en una ermita. El padrino dio buena cantidad de dinero, tanto a los padres como al sacerdote.

De allí a poco, falleció la criatura, y al ir al Cielo rogó por el padrino. Estaba el capitán a la muerte, pero sin ninguna enfermedad; no tenía otra enfermedad, si no la sed. Iba a las fuentes y no encontraba agua. Llegó también a la orilla del mar y el mar se secó.

Entonces se le apareció un ángel con una jarra en la mano. En la jarra no había más líquido que las lágrimas del capitán.

Al poco tiempo murió el capitán y directamente fue al Cielo. Para ganar el Cielo no hay como ser padrino.

Benita Arregui, de Elorrio.

136.—EL BLASFEMO (B)

Un aldeano natural de Amoroto tenía la mala costumbre de soltar palabrotas. No ha llegado a nosotros su nombre, sí su apodo: *Kirru*. A cada triqui-traque decía: *Demonio, Rayo, Barrabás, Maldito...* y demás.

Al finalizar la Cuaresma fué, como de costumbre, a confesarse y el sacerdote le dio de penitencia por cada blasfemia que pronunciase hiciese celebrar misa de dos pesetas en sufragio de las almas del Purgatorio.

Desde entonces, a *Kirru* jamás se le oyó ninguna palabra grosera. Una vez que con un carro iba monte arriba por árgoma y cuando ya estaba el carro completamente lleno, ¡no se le rompe la delantera y empieza a resbalar el carro! Entonces, *Kirru*, mordiendo los labios, gritó:

—Ya le llevan, ya le llevan.

—¿Qué o quién le lleva? —le preguntaron algunos.

—Todos los demonios y los barrabases del Infierno llevan precipitadamente mi carro —fué la contestación de *Kirru*.

Al día siguiente celebró el párroco de Amoroto una misa de dos pesetas.

María Josefa Izpizua, de Gabika.

137.—EL ACETRE LIMPIO Y EL SUCIO (G)

Jesucristo y San Pedro encontraron a una muchacha en una fuente. Le pidieron agua y la muchacha les dio agua en un acetre sucio. Jesucristo díjole entonces:

—Muchas gracias y Dios te dé buen marido.

Caminando encontraron a otra muchacha al lado de otra fuente. También a aquella le pidieron agua.

Aquella se la dio en un acetre limpio. Entonces Jesucristo dijo:

—Muchas gracias y Dios te dé mal marido.

Al oír esto San Pedro:

—¿Cómo eso, señor? —dijo a su maestro—. ¿A la de limpio acetre, *mal marido*, y a la que os ha dado agua en (acetre) sucio, *buen marido*.

—Ay, Pedro, Pedro: la sucia no podrá sacar manera de vivir ni con el bueno; la limpia, aun con el malo, lo podrá.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

138.—EN LA IGLESIA DE ARALAR (AN)

En San Miguel de Aralar, dentro del templo, hay una piedra. Las que no tienen hijos suelen oír Misa sentadas sobre ella. Una vez se sentó allí una mujer que había tenido ya quince. Una señora del templo le dijo:

—¿No tiene usted acaso niños?

—¿Pues por qué?

—Porque ahí suelen oír misa las que no los tienen.

—¡Mil colonios! (demonios). Antes tengo ya quince ¡¡y yo (pedir) niños!!
En el siguiente parto dio a luz dos críos.

Francisca Iribarren, de Baraibar (Larraun).

139.—EL PASTOR DE ARAOZ (B)

En este barrio de Oñate, en Araoz, vivía un hombre que empleaba horas en cantar y cantar. Estando una vez en cierta cueva, empezó, como siempre, a cantar y dándose cuenta de que alguien le respondía cantando, dijo:

—¡Qué contento estoy! Me voy donde el rey.

Según iba de camino, encontró a un vendedor de paños. Este, al oírle que había de presentarse al rey, le dijo:

—Vais mal vestido. Yo os he de vestir con nuevo, limpio y hermoso traje, a condición de que sea para mí la mitad de lo que allí habéis de ganar.

Llegó el cantor de Araoz a la presencia del rey, cantó todo lo que sabía, pero al rey le pareció malo y ordenó que como premio le diesen doscientos palos.

—¡Doscientos! —dijo el cantor—. De consiguiente (resérvense), cien para el pañero.

Juan Urrutia, de Guellano (Leniz).

140.—LA PIEDRA DE LOS GENTILES DE ARRASTAN (G)

El jefe de los gentiles (gigantes) estaba ciego. En aquella época no se conocían la niebla ni la lluvia, estaban por nacer. Con el rocío de la medianoche vivían las tierras. Una vez, el ciego les dijo a sus compañeros:

—Muchachos, huelo algo extraordinario, y mirad bien a los rincones.

—Por encima del mar se ve algo.

—Con unas trancas, abridme bien los párpados.

Así lo hicieron. Esto pasó en el monte Ernaga. El ciego, teniendo ya abiertos los párpados, continuó hablando así:

—Ernaga que reniegue. Han surgido los Filisteos (*sic*) y estamos perdidos para siempre. Echadme a mí a un rincón. Vosotros, haced lo que podáis.

Murió entonces el jefe de los gentiles y su cadáver fue llevado por sus compañeros a Arrastan. Allí está la piedra de los gentiles, la de la sepultura del ciego. Entonces desaparecieron los gentiles de entre nosotros. Todavía no hace mucho han andado algunos en Arrastan buscando huesos de gentiles, pero en vano.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

141.—UNA OVEJA VIEJA (BN)

Una vez, un amo y criado se ocupaban en recoger estiércol. Por no haber hembras en aquella casa, ellos tenían que ocuparse de los quehaceres de la cocina. Para comida del mediodía, tenían una cabeza de oveja cociendo en la marmita. Con el pretexto de azucar

el fuego, el amo dejaba a veces las ocupaciones de la recogida de estiércol e iba a comerle la lengua a la cabeza de la vieja oveja.

El muchacho, sospechando, se escondió una vez en un rincón de la casa para observar desde allí en qué se ocupaba el amo. Cuando vio cuál era el trabajo del señor, en cuanto salió él de casa, también se fue el muchacho a la cocina, y arrancando los dos ojos a la cabeza de la oveja de la marmita, se los comió a gusto.

Al reunirse los dos al mediodía para comer, puso el amo sobre la mesa la cabeza de la oveja de la marmita, y observando que estaba ciega, dijo:

—Oveja vieja, mocosa, ¿dónde tienes los dos ojos?

Entonces contestó el muchacho al amo:

—Señor, déle la lengua y ella os contestará.

Oído en Donazaharre (Garazi).

142.—NO PODER DEJAR EL VINO (B)

Como por Santo Tomás (el Apóstol) se acostumbra a pagar las rentas de las casas y heredades, los inquilinos suelen estar muy apurados ese día. A unos ferrones (obreros de herrerías), estando en esta apretura por unas fiestas de Santo Tomás, se les ocurrió que desde luego tenían que empezar a ahorrar dinero. Para esto, juzgando necesario dejar el uso del vino, resolvieron ser en adelante aguados. El primero que entre ellos hiciese mención del vino tenía por mucha una arroba de habas.

Una vez, estando los ferrones, como de costumbre, comiendo habas al mediodía, uno de entre ellos, el laminador, no podía comer sin vino, y quería decir de alguna manera las ganas que tenía de beberlo; y no queriendo mencionar su nombre, de esta manera expresó su deseo:

—¡Ah, muchachos! Esto con aquello no nos vendría mal.

El maestro, después, añadió:

—¿Esto con aquéll? Que vaya el cocinero con la bota.

De entonces adelante siguieron bebiendo vino, y por las fiestas de Santo Tomás iban a casa sin dinero.

Mariano Iriondo, de Alzola (Elgoibar).

143.—EL ARRIERO DE ARRIETA (AN)

Fue un arriero a confesarse a Roncesvalles, diciendo al sacerdote que era arriero, y confesó que mezclaba con agua el vino. El sacerdote:

—Es pecado echar agua al vino. No hagas mas tal cosa.

El mismo día fue a cargar de vino sus machos. Allí alguien, como siempre, quería echar agua al vino.

—Quita, quita —dijo el pecador—. Eso no lo podemos hacer, pues es pecado. Poned primero agua en los pellejos.

Los de casa, asombrados, hicieron la voluntad del superior. Y él (les dijo):

—Ahora echad vino sin compasión, pues que no es pecado.

Maximino Iziz, de Villanueva (Iriberry), en Aezkoa.

144.—EL PUENTE DE ARROSA (BN)

Un maestro cantero tenía que construir un puente en Arrosa. Hizo el contrato de terminar tal día, con la obligación de entregar determinada cantidad, de no cumplir el compromiso. No podía hallar compañeros canteros, y estaba triste el hombre al llegar el último día. Se le apareció el demonio, y le dijo:

—¿Qué te pasa para estar tan triste?

El maestro cantero le dijo lo que ocurría. Y el demonio:

—Si me quieres vender el alma, yo terminaré hoy ese puente antes de que el gallo haga kukurruku.

El hombre dijo que sí, le vendería, y hasta firmó el contrato con su misma sangre.

Viéndole su mujer al anochecer, más triste que nunca, le preguntó lo que le pasaba. Cuando supo lo que ocurría, dijo ella:

—Yo haré que el gallo cante antes de la madrugada.

Los demonios comenzaron el trabajo del puente, sin que nadie les viera, diciéndose unos a otros:

—*Toma, Guillermo. Recibe, Guillermo. Dame, Guillermo.*

La gente estaba asustada al oír estas palabras, sin que vieran a nadie.

La mujer del cantero se fue al gallinero poco antes de la medianoche, con una luz en la mano.

Al ver el gallo aquella luz, dio sonoramente el kukurruku una y otra vez, e inmediatamente huyeron los demonios, cuando iban a poner la última piedra. Desde entonces, allí está, sin la última piedra, el puente de Arrosa.

Aprendido en Ahatsa (Garazi).

145.—PASTOR INTREPIDO (G)

En el monte de Echegarate, jurisdicción de Ataun, en la choza de la selva que lleva el nombre de Galardi, solía estar con las ovejas un solterón. Nadie ni cosa alguna le espantó nunca a aquel muchacho. Una vez, tres sacerdotes jóvenes de Ataun, vestidos de blanco, fueron a aquella selva, a Galardi, con intención de asustarle. Estando los tres sobre un árbol, dieron unos tristes clamores.

Entonces salió de la choza y apareció el solterón.

—Esperad, muchachos —les dijo—. ¿Qué habéis traído?

—Tenemos ofrecida una misa cada uno y, por falta de ella, estamos en el Purgatorio— le contestaron los plañideros.

—Muchachos, esperad les dijo nuevamente el pastor—, esperad, pues tengo que comer habas.

Se fue a la choza y cuando vino de allí nuevamente:

—Muchachos, ¿tenéis dinero? —les preguntó.

—Estando muchos años en el Purgatorio, ¿cómo hemos de tenerlo nosotros?

Si no tenéis dinero, andáis en vano. Hay en nuestro pueblo tres sacerdotes jóvenes que no dan un solo paso sin dinero. Me parece que esos tres sacerdotes son tres demonios. Andaréis inútilmente. Todo el tiempo tendréis que estar ahí, en el Purgatorio.

Tomás Ayarbe de Ursuaran

146.—EL PASTOR Y FERRERO (LITERAL, «MES DE LOBOS») (R)

Un pastor y el segundo mes del año tuvieron una conversación un año bisiesto, el día 28 de febrero:

—Febrerito, Febrerito: no tengo miedo para mis corderos.

—Aguarda, aguarda: tengo un día y si a mi hermano Marzo le quito otro, no te dejaré a ti ni carnero ni ovejita.

Mariano Mendigacha, de Bidangoz (Roncal).

147.—PARA HACER CALLAR AL BURRO (AN)

A un molinero no le dejaba dormir de noche el burro, con sus rebuznos. Una vez se presentó donde un abogado a preguntarle qué era lo que podría hacer. El abogado le mostró un fácil remedio. Del rabo le ponía colgado al anoecer una piedra, y el burro no rebuznaba hasta la mañana siguiente, y el molinero solía dormir en grande.

Andrés Astiz de Goldaraz.

148.—LA VIEJA DE LA PIERNA ROTA (B)

A una mujer, que solía estar hilando junto al fuego, le venía todas las noches un gato.

—¡Jesús! —le dijo una vez al marido—. Todas las noches me viene un gato, y no le puedo quitar de entre mis sayas. Hasta me da miedo el estar en la cocina.

—No hagas caso; esta noche hilaré yo para ver si a mí también me viene el tal gato.

Efectivamente, a poco rato de estar hilando el marido, bajando de lo alto de la cocina, se le aparece el gato. Fuese detrás de la puerta y le dijo:

—Hombre e hilando.

—Gato y charlando.

Y al decir esto, le arrojó la rueca y le rompió una pierna el hombre hiladero al gato. Al día siguiente, la anciana de la vecindad andaba cojeando.

Celestina Menika, de Lemona.

149.—EL PUENTE DE AZELAIN (G)

Un cantero se comprometió a hacer ese puente. Cuando ya estaba a punto de terminarlo, ¡cataplum!, se cayó. Segunda vez empezó la misma labor, pero un poco antes de colocar la última piedra, la llave, nuevamente se derrumbó.

Desesperado el cantero dijo estas palabras:

—Por ver terminado este puente, a cualquiera le entregaría mi alma.

Dícese que la siguiente tarde empezaron los demonios a trabajar. Necesitaron menos tiempo que el cantero y sus compañeros para llegar casi hasta el fin. Estaba ya el puente

casi terminado cuando los demonios empezaron a cantar la siguiente estrofa:

Trabajando mano por mano la piedra de Labain,
hemos casi terminado el puente de Azelain,
¡Ea!, muchachos, somos ciento y un mil,
con sólo una piedra llegamos al fin.

El cantero, viendo que su alma iba a dejar en manos de aquéllos, fue corriendo donde el señor cura a que le exorcizara. Le exorcizó y expulsó y ahuyentó a todos los demonios.

María Marca, de Hernani

150.—EL RAPOSO Y EL BÓTERO (BN)

Un raposo quería ir de un lado a otro, en un brazo de mar; y a un botero le dijo:

—Si tú quieres llevarme, tres verdades te diré:

El hombre respondió que sí. Al empezar a andar dijo el raposo:

—La primera: alguien te dirá que a veces la noche es tan clara como el día. Eso no, jamás. El día siempre es mas claro. La segunda: no dejes nunca para mañana el trabajo que puedas hacer hoy. La tercera: botero, tienes pantalones viejitos; y si tus pasajeros son como yo, viejecitos los tendrás.

Michel Gombault, de Donazaharre (Garazi).

151.—EN EL MERCADO (B)

Una vez fueron dos arratianos a la feria, al mercado. A pesar de ver hermosos bueyes, vacas, terneros, novillos y terneras, ellos iban adelante. Querían un buey izquierdo. Se dice buey izquierdo a aquél que en el yugo va por la parte izquierda.

Al dar con uno, se dirigieron a uno de la parte baja de Arratia y le preguntaron:

—Muchacho, ¿sabes castellano?

—Bueno estaría si no supiera.

—Pues pregúntale a éste si tiene en venta ese buey izquierdo.

El otro preguntó al vendedor castellano:

—¿Este buey es aquél?

—Este es éste y aquél es aquél.

—¿Que ha dicho?

—Que lo tiene vendido.

Después tenían ganas de fumar, pero no cigarros; y uno de ellos dijo al que sabía castellano:

—Chico, tú, que sabes castellano, dile si nos dará un cigarro.

—Oye, ¿quieres un siarro?

—No, gracias; ya lo tengo para mí.

—¿Qué dice?

—Que está fumando el último.

—Esto sí que es: estamos hoy de desgracia.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

152.—EL CANDELERO DEL BASAJAUN (SEÑOR DE LAS SELVAS) (BN)

En las rocas de Ilhunatze, sobre la iglesia del Salvador, vivía un Basajaun. Tenía él un hermoso candelero y sacaba al sol, cuando había, y brillaba. Se le ocurrió un día a un pastor apoderarse de él en ausencia del Basajaun; lo cogió al hombro y lo llevaba hacia el Salvador. Dándose cuenta el Basajaun de que le robaron el hermoso candelero, le siguió por detrás, habiéndole casi alcanzado.

Entonces comenzó el pastor a dar voces.

—Señor Salvador le ruego que me defienda. Quiero traerle un obsequio.

Y en aquel mismo momento, la campana del Salvador empezó de por sí a sonar, tilín, tilín... Y el Basajaun paró, sin poder dar un paso; y le gritó al pastor:

—Da gracias porque ha comenzado a sonar la vieja campana del Salvador.

Y luego reposó el pastor en la iglesia.

Después de cierto tiempo, quisieron los de Mendibe traer a su iglesia aquel candelero; y cuando lo traía un hombre al hombro, al llegar a Haritzkurutzera, quedó sin poder moverse, y lo dejó allí.

Vino después en busca con un carro de bueyes, pero como tampoco éstos pudieron llevarlo, se vieron obligados a abandonar, y luego lo volvieron atrás. Al cabo de unos años, se quemó la iglesia, y aquel candelero quedó ennegrecido.

Michel Gombault, de Donazarre (Garazi).

153.—EL LADRON DE UNA VACA (AN)

Una vez robó un hombre una vaca y le condenaron a veinticinco años de prisión en Ceuta. Marchó allá dejando en su casa a su mujer y un hijo de corta edad. Transcurrido el plazo de la condena, volvió hacia su casa, y lo primero que vio fue un hato de corderos que estaban al cuidado de un pastor joven aún.

Al verlos, se dijo para sus adentros:

«¿Si será de mi casa este rebaño?»

Cuando se acercó al pastor, le dice:

—¿De quién es este rebaño?

—De Josefa Goñi —respondió aquél.

(Josefa Goñi era la mujer del que venía de Ceuta.)

—¿Eres tú acaso el hijo de Josefa Goñi?

—Sí.

—¿Donde está tu padre?

—En la prisión.

—¿Por qué?

—Por haber robado en un jaro una vaca.

—Ahora los pagará con su cuero.

—Sí, por mí, si lo quiere.

Al oírle hablar así a su hijo, marchó el padre, riéndose, hacia su casa. En la puerta encontró con Josefa y le dijo:

—He versificado con mi hijo, Josefa.

—Después de veinticinco años que has estado tan lejos, ¿has empezado a versificar con tu hijo? ¡Eso sí que es tener hígado! ¡qué alma! Ven a casa, tengo talo y castañas y los comeremos juntos, que hace tiempo no hemos hecho otro tanto.

Andrés Astiz, de Goldaraz (Imotz).

154.—CALENTANDO LA ESPALDA (B)

Un padre de familia, de poco sentido común por cierto, al ver que sus hijos volvían al anochecer de la romería:

—¡Qué! —les dijo—. ¿Tan temprano? ¿No habéis acaso calentado a nadie el hombro?

—Nosotros, no.

—Ea, volved y no vengáis sin calentar el hombro a alguno.

—Para calentar a otros, es preciso que uno mismo esté caliente —diciendo, entraron en un establecimiento de sidra los hermanos... y bebieron hasta llenarse, y después anduvieron de una parte a otra tambaleando.

Por fin, se encontraron con un anciano fuera, a quien no conocieron y con él la tramaron, dándose golpes de palos. Cuando empieza a dar ayes, conocieron al anciano apaleado: era su padre. Algo así merecen todos los padres que aconsejan mal a sus hijos.

Juan Urrutia, de Guellano (Leniz).

155.—MEDIA MANTA (B)

Un hombre, imposibilitado por viejo para el trabajo, se fue a vivir a casa del hijo. El hijo estaba casado y tenía familia algo numerosa. Una vez, no sabemos por qué, si porque era avaro y demasiado apegado al dinero, o porque no ganaba lo suficiente para la mujer y los hijos, dijo a su padre anciano:

—Padre, yo no puedo alimentaros e idos a mendigar de puerta en puerta, llevando esta manta a la espalda, y Dios os ayude.

Entonces, el mayor de los hijitos dijo a su padre:

—Padre, ¿dais manta entera al abuelo? Le basta con la mitad. Guardad esa otra mitad para cuando yo os despache a vos de casa.

El padre de este muchacho, prudente y resulto, al oír esto, admitió nuevamente en su casa al padre anciano.

María Josefa Ipizua, de Gabika.

156.—LA LEÑA Y LA MALDICION (B)

Antiguamente, las leñas, por propio impulso, solían venir de las selvas y bosques a las casas. Una vez convinieron las ramas de un roble, y diciendo:

—Vámonos al hogar de Fulano —y dando vueltas y tumbos en cuestras abajo, poco a poco en cuestras arriba, llegaron, por fin, a la casa que querían.

Quando la carga de leña llegó al portal y empezó a subir por la escalera, venía escalera abajo una vieja de lengua afilada. Estando frente por frente, ¿no le ocurre a una punta de leña rasgar el vuelo de la saya de la anciana?

Como entonces nadie sabía lo que era el perdón, la brizna no se lo pidió a la vieja. Hubiera sido inútil el que se lo pidiera. ¡Era de ver la cara arrugada, colérica y de odio que puso la anciana! Sin más, empezó a soltar maldiciones.

—¡De hoy en adelante, ojalá no pueda moverse ninguna leña!

Desde aquella fecha, quien quiera tener leña, suele tener que ir al bosque a buscarla.

Referido en Lekeitio por Aurora María de Azkue.

157.—EL MOLINERO (BN)

Una vez, tenía tres niños un molinero. Estando juntos los tres niños, se les murieron el padre y la madre. Sus bienes eran un molino, un mulo y un gato. Y habiéndose repartido los bienes, a uno le correspondió el molino, al otro el mulo y al otro el gato. El dueño del gato estaba muy triste. Le dijo el gato:

—¿Qué te pasa que estás tan triste?

—¡Ay! ¿Cómo podré yo vivir contigo?

—No serás tú el más triste. Hazme un par de zapatos.

En medio de un bosque había un palacio, y en aquel palacio, un señor. Tenía fama aquel señor de que era duende. Se fue el gato a aquel señor y le dijo:

—Dicen que eres duende.

—Sí; así lo soy.

—Dicen que los duendes se ponen en cualquier forma.

—Sí; así es.

—¿A que no te pones en figura de león?

Y el duende se puso en figura de león.

Se espantó el gato y le dijo nuevamente:

—¿A que no te pones en figura de ratón?

Y el duende se puso en tal forma que parecía un ratón. Entonces, lanzándose el gato sobre él, le ahogó.

Y luego, haciéndole venir a su amo, vivieron juntos en el palacio.

Michel Gombault, de Donazaharre Garazi).

158.—EL COJO DE ELTZABURU (AN, B)

No sé quién ha propalado en la sociedad (por lo menos en algún valle de Nabarra) esta noticia: que el piso del infierno es de barro. Parece que la trajo el cojo de Eltzaburu. Sabemos tres cosas que le corresponden a él: que era malo que un pie tenía (como nosotros) de carne y el otro de hierro; tercero, que cuando murió le llevaron al infierno.

Allí, andando de una a otra parte, dice que agujereaba el piso con su pata de hierro y que, reunidos en consejo los demonios, acordaron arrojarle de allí.

Posteriormente, dicen que vivió muchos años en Eltzaburu. Hace tiempo que nada se sabe de él.

Este cuentecito aprendí de un ulzamés llamado Pedro Arbilla, y en lugar de tomar en su dialecto, no sé por qué razón, tomé en bizkaino todas sus palabras, excepción hecha de *zola*, piso.

159.—LA NIEVE Y LAS BRUJAS (AN)

Cuando por primera vez nevió, las brujas, asustadas, se escondieron en una cueva. Habitaba en ella un anciano de setecientos años, ciego ya. Cuando las brujas le contaron que del cielo había caído una cosa blanca, les dijo:

—Levantadme y sacadme fuera en volandas y levantadme un párpado con una palanca, para que pueda yo ver esa cosa nueva.

Al ver la nieve exclamó el viejo:

—Somos perdidos, ha nacido Jesús.

Todos ellos, jóvenes y viejos, se fueron a la cueva dando gritos y allí murieron.

Andrés Astiz, de Galdaraz (Imotz).

160.—UNA PARTERA ENTRE LAMIAS (AN)

En Abaurrea Baja fue una lamia en busca de partera y la llevó consigo. Según iban andando, en el camino la lamia dijo a la partera:

—Mira: por retribución no pidas otra cosa que carda. Cualquier otra cosa que pidieras, se convertiría en carbón. Al volver a casa, ni mires hacia atrás.

Al llegar a la antépara del molino, la lamia separó el agua y secó el camino y las dos entraron, se metieron en el agujero del manantial.

La partera volvió a casa con su carda y al entrar en ella tuvo que volver la cara para cerrar el portal; y entonces alguien le lanzó una pedrada (*sic*), y la piedra hizo un gran agujero en el portal. Por aquel agujero muchos años después andaban mañana y tarde, sin miedo de lamias, gatos y perrillos.

Celestina Bidondo, de Abaurrepea (Aezkoa)

161.—UNA MUJER Y EL SASTRE (R)

Una mujer era muy agarrada y ruin. Un día necesitó llevar a su casa a un sastre a co-ser. Convenido con el sastre en qué día iba a ir, aderezó de víspera todas las refacciones (comidas) para que no perdiese tiempo. Al día siguiente, fue el sastre a su hora. Le dio el desayuno. Después de haber desayunado le dijo:

—Si quieres almorzar, está presto.

—Dame —le dijo el sastre.

Después de almorzar, le volvió a decir:

—Si quieres comer, la comida la tengo también dispuesta.

—Dame —le dijo el sastre.

Después de comer, djíjole también que aún la cena la tenía ya aderezada y que por poco podía cenar.

—Dame —le dijo el sastre.

Después de haber cenado se levantó el sastre diciendo que «él, habiendo ya cenado, no solía coser para nadie».

Cogió las tijeras bajo el brazo y se fue a casa, con la tripa bien llena. La mujer se quedó sin pizca de trabajo, habiendo hecho todo el gasto.

Mariano Mendigatxa de Bidangoz (Roncal)

162.—EL DE LA LIEBRE (AN)

Encontróse un sacerdote, al ir de paseo, con un conocido aldeano, y al saludarle con la consabida frase: «¿Estamos trabajando?», o con otra parecida, le dice el aldeano:

—Señor, hace poco os he enviado a casa una liebre.

—¡Hombre! —y diciendo—: Mil gracias —le dio de propina una moneda de dos pesetas.

Cuando entró en casa el sacerdote dijo a su madre:

—Hoy buena cena, ¿verdad?

—Como la de siempre —le contestó la madre.

Al día siguiente, en la suposición de que su madre había puesto en salmuera la liebre, se acercó a la cocina a eso de las doce y, dirigiéndose a la madre, le preguntó:

—Hoy buena comida, ¿verdad?

Y la madre:

—¿Por qué decís eso, Martín: Ayer buena cena, hoy buena comida?

(Pocos padres hablan a hijos sacerdotes tuteando, los mas (les tratan) de vos.)

—¿No envié ayer Fulano alguna liebre?

—¿A dónde? ¿A nuestra casa? No, por cierto; ni siquiera recuerdos.

La misma tarde, iba el buen sacerdote, por el mismo camino de la víspera. Fue expresamente donde el aldeano y le hizo esta pregunta:

—¿No me dijiste ayer que me enviaste una liebre?

—Sí, señor, de entre zarzas salió la liebre y le dije: Vete a casa del señor cura.

Reférido por Manuela Ernardorena, zen Bera?

163.—UN COMPRADOR (B)

Un arratiano, después de vender en Bilbao un ternero, compró una marmita. En Puente Nuevo, al cambiarla de un hombre al otro, observó que tenía tres patas, y le dijo:

—¡Cómo! ¡Tú tres patas y yo dos pies, y yo a pie y tú a horcajadas! Ya vendrás, si quieres. Vivo en Zeanuri, junto a la iglesia.

Y abandonó allí al gran cacharro de hierro.

Cuando llegó a casa, preguntó a la mujer:

—¿Ha llegado el puchero? ¿No ha llegado una hermosa marmita que tiene tres patas?
—No.

Al día siguiente, nuevamente bajó nuestro hombre a Bilbao, a la misma tienda. En cuanto entró en ella, cogió una marmita, diciendo:

—Aquí está mi puchero.

El vendedor gritó. Después de obligarle a que lo dejara allí, envió al hombre a Puente Nuevo en busca de la marmita. Preguntó a unos y otros; pero fueron inútiles sus empeños, y con las manos vacías fue a casa nuestro jebo.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

164.—EL SOMBRERERO Y EL REY (AN)

Los regicidas no han nacido en nuestros días. Un sombrerero, trabajando dos años hizo un sombrero para el rey. Después mandó llamar a un conocido suyo, diciéndole:

—Toma este sombrero, llévaselo al rey, haz que se lo ponga y toma estos cuartos.

Se va este hombre y andando andando llegó a la residencia del rey. Dijo al rey cómo llegó con un regalo:

—Póntelo tú mismo.

El otro (dijo) que no: que era para el rey.

—No, hombre; póntelo tú mismo.

El muchacho lo puso en su cabeza y en seguida dos largos alfileres de plata se le introdujeron por las sienas y le cruzaron la cabeza, y cayó allí mismo muerto.

Aprendido en Mezkiriz, de Erro.

165.—UN FUMADOR (B)

En Arratia, como en otras muchas veces, estaba de vicario en un pequeño convento un fraile anciano, salido de su convento después de una insurrección. Era muy tacaño, que guardaba lo que ganaba, y lo guardado no gastaba. Era él fumador, aficionado al cigarrillo. Sin embargo, no compraba ni uno siquiera.

Al llegar la tarde, iba cada día donde uno que se ocupaba en hacer vallados. Una tarde, vió el aldeano de lejos y dijo para su capote:

—Pues hoy no te los daré.

—Hola, ¿trabajando, eh?

—Sí, ya trabajo.

Después de decirse alguna otra cosa, le preguntó:

—¿No tienes acaso un poco de tabaco?

—Ya lo dejé.

—¿Que has dejado de fumar?

—De fumar, no; de dar.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

166.—EL ESCRIBANO Y EL MOLINERO (B)

Un escribano, por burlarse de un molinero conocido suyo, le dijo:

—Ningún molinero suele ir al Cielo. ¿Por qué será eso?

—No diré yo —contestó el molinero— que vayan muchos; pero por lo menos uno sí entró una vez. Dispusieron hacer grandes funciones. Para ello hacía falta un escribano. Anduvieron buscándole de ceca en meca. No encontraron ni uno solo.

Juan Urrutia, de Leniz, barrio de Guellano.

167.—OFRECER Y NO DAR (B)

Un sacerdote envió a Bilbao a su sacristán en busca de incienso. Todo el camino iba el sacristán diciendo:

—Incienso, incienso, incienso.

Al entrar en Bilbao, encontró un hombre que andaba vendiendo abarcas, teniendo el hombro lleno de ellas. Entonces se le ocurrió:

—¡Chicos, qué carga de abarcas lleva aquél!

Después se le olvidó la palabra anterior e iba diciendo:

—Abarca, abarca, abarca.

Por fin, entró en la tienda.

—¿Qué necesita usted? —le preguntaron.

—Abarca —le dijo al vendedor.

Le trajo una,

—Esta, no.

Luego una mayor.

—Tampoco ésta.

Entre grandes y pequeñas, le mostró la mayoría que había en la tienda. Que no, que no y que no.

—¿Pues qué es lo que quieres? ¿Cómo es ese instrumento que deseas?

—Los sacerdotes lo usan en la Misa.

—¿Pero qué?

—Aquello que manejan ofreciendo y retirando, ofreciendo y retirando.

El vendedor, no pudiendo acertar, le dijo por fin molestado:

—Quítate de ahí, incienso.

—Eso es lo que quiero, eso que ha dicho usted ahora, eso mismísimo.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

168.—LA DISOLUCION DE UN MATRIMONIO (AN)

Dos naturales de Oroz-Betelu, que llevaban casados unos años, no pudiendo convivir, fueron a su señor cura ya declinada una tarde, al obscurecer, diciéndole lo siguiente:

—Señor, hemos sabido que vos -así como nos casasteis, podéis disolver y deshacer

nuestro matrimonio- Si esto es verdad, quisiéramos separarnos uno del otro y vivir aparte.

—¿No tenéis acaso paz entre vosotros?

—¿Paz? La tenemos casi como la del infierno.

El sacerdote, asomándosele la risa a los labios:

—Sí, amados míos —les dijo—; para vivir ahora como en el infierno y con la discordia y riña vuestra ganarlo para después, os vale más disolver cuanto antes el matrimonio. Venid mañana a misa, como la mañana de vuestro casamiento, y estad en el portal de la iglesia. Yo haré las cosas debidas.

Al día siguiente, por la mañana, cuando tocó la campana de la misa, aquellos esposos se reunieron en el pórtico con sus parientes y amigos. Apareció el cura vestido de bellos ornamentos, teniendo al sacristán por delante con la cruz; y también empezó a murmurar, haciendo como que leía del libro en latín, poniendo de rodillas junto a él los dos casados, y a continuación dio con el hisopo un cosque en la cabeza al hombre..., poco después a la mujer. Cuando empezaron los cosques a hacerse más duros y frecuentes, preguntaron, llorando, marido y mujer:

—¿Durarán tal vez mucho estas oraciones para disolver nuestro matrimonio?

—Yo no sé otra cosa que ésta: que el matrimonio durará hasta que uno de los dos muera.

—Pues vámonos a casa, y tal como nos lo prometimos al casarnos, vivamos en paz y largo tiempo —dijo el marido a la mujer.

—Haciendo eso, evitaréis el infierno de ahora y el de luego.

Diciendo esto, entró el sacerdote en la iglesia a decir misa.

Maximino, Iziz de Iriberry (Villanueva), en Aezkoa.

169.—EL VECINO DE EZKURRA Y EL LIMACO (AN)

Según iba a Pamplona un hombre de Ezkurra encontró en el camino un limaco.

—¿A Pamplona? —le preguntó—. ¿A Pamplona? ¿Quieres apostar quién llega antes? Dos duros apostaré yo.

Iban andando, andando. Al llegar delante del Portal de Pamplona topóse con otro limaco, y creyendo que era al anterior, le dice:

—¡To! ¡Esto sí que es bueno! Antes que yo has llegado. Entonces el ezkurrano dio un salto en la puerta de Pamplona, con intención de entrar el primero; mas como había puesto el pie encima del limaco, resbaló y cayó. Entonces, dirigiéndose al limaco, le dijo:

—Has ganado la apuesta. Toma los dos duros.

Justo Albizu, de Ulzama.

170.—EL EZKURRANO Y EL PICOCARPINTERO (AN)

Un ezkurrano, yendo a Pamplona, encontró un picocarpintero dando picotazos en un roble, ocupado en hacer nido,

—Levantarte temprano y estar arriba, Dios te dé buen día. ¿Trabajas con ganas? Antes que yo venga de Pamplona, tienes que hacer, picocarpintero, un casco pequeño y dos cuenquitos. Te daré dos pesetas.

Un hombre marrajo oyó estas palabras y cogiendo en alguna parte un cuenco roto lo puso bajo el roble.

Nuestro ezkurrano, cuando volvió de Pamplona, viendo bajo el roble el cuenco, dijo:

—Es algo. No es todo lo que yo mandé, pero, ¡eal, ahí tienes, picocarpintero, una pesetita.

E iba contento el de Ezkurra camino del pueblo. Excusado es decir a qué manos fue a parar aquella peseta.

Justo Albizu, de Ulzama

171.—EL ACEITE DE GUETARIA (AN)

Yendo una vez un hombre desde Guetaria a vender aceite a San Sebastián, tuvo sed en el camino y entró en la fuente de los borrachos, en taberna, a mojar el gaznate. Mientras tanto a su burro, cargado de aceite, le tenía junto al portal, atado a una argollita de hierro. Al cabo de un cuarto de hora, empezó de nuevo su caminata, más calentito que antes. Para andar más cómodamente, le ocurrió quitarse la blusa y ponerla sobre el burro. Iba adelante, adelante, diciendo de vez en cuando:

—Arre, burro.

Yendo cuesta arriba, halló en el suelo una blusa, y diciendo:

—Ahora, dos blusas —la colgó también del burro.

Nuevamente levantó del suelo otra. Y puso sobre el asno, diciendo:

—Ahora, tres blusas.

Otro tanto le sucedió hasta diez veces. Al pasar un puente levantó del suelo la blusa y la arrojó al río, diciendo estas palabras:

—¿Para qué quiero yo tantas blusas?

Y entró en San Sebastián el vendedor de aceite sin blusa.

Fue una, una sola, la que tantas veces cayó del burro.

Andrés Astiz, de Goldaraz (Imotz).

172.—EL HOMBRE DEL PELO QUEMADO (B)

Muchas veces solían ir dos hermanos a la cuadra con una luz a ordeñar la vaca. Más de una vez, un pájaro con su vuelo solía apagarles la luz. Una noche le cogieron y, agarrándole ambos de cada pata, le quemaron a la luz, y entre muerto y vivo le arrojaron al estiércol. Al día siguiente, un solterón vecino andaba por las calles sin un pelo en su cabeza. Era brujo.

Celestina Menika, de Lemona.

173.—LA BRUJA DE GORRITI (AN)

La bruja de Gorriti estaba una noche sobre un fresno, en Baraibar *. El pastor de

* Los de Larraun, por Baraibar dicen Barabar.

Dendariena perdió las ovejas. La bruja hizo sonar su cencerro desde el fresno. Levantóse de la cama el pastor y no (oía) sonidos de cencerro. Lo mismo sucedió tres veces. Cuando se levantó por tercera vez, creyendo que andaban brujas, empuñó la escopeta y mató a la bruja, a quien vio sobre el fresno.

—Dispara otro tiro —díjole la bruja.

—Te basta (con uno) —le respondió el pastor.

De haberla disparado el segundo tiro, la bruja se hubiera sanado.

Francisca Iribarren, de Baraibar (Larraun).

174.—DOS COMPAÑEROS EN YABAR (AN)

En un villorrio llamado Yabar fue a la taberna un hombre un lunes, como en tantos otros. Habiendo pasado allí todo el día, al anochecer, iba calamocano a casa, dando golpes en todos los rincones.

Un amigo suyo venía del bosque, de recoger hojarasca; y viendo a su compañero andar como las lanchas en el mar, le dijo:

—Oye, compañero: más que cinco sueldos (suses, petrillas) quisiera si estuviera como tú.

—No, no; ni con medio duro no te has de poner como yo, ni con me-me-medio duro.

Justo Albizu, de Ulzama.

175.—LOS TESTIGOS (S)

Un par, esposo y esposa, no se entendían bien y el marido golpeaba a la mujer, y la vecina oía los golpes. La mujer llamó delante del juez al marido, llevando de testigo a la vecina. En cuanto llegaron allá, el juez preguntó a la testigo si le vio pegar. La testigo dijo:

—No; pero se oían los golpes.

El juez le respondió que podía volver, que no era buena testigo.

Al volver disparó la mujer un cuesco enorme.

El juez le dijo:

—Oiga usted, mujer. Cosas como ésas no se hacen aquí.

—¿Qué, señor?

—Ha soltado usted un cuesco.

—¿Lo ha visto usted?

—No; pero sí oído.

—Tampoco usted es bueno para ser testigo.

Oído a Graciosa Larramendi, hija de Garandaine (S.)

176.—JESUS, MARIA Y JOSE (AN)

En Banka, del lado de Francia, el criado notó que había estrépitos en la cocina y se fue a ver lo que pasaba. Allí halló a la vieja señora de casa levantada la plancha. Le preguntó en qué se ocupaba. Y la vieja señora, diciendo que tenía idea de ir a la reunión de brujas, le preguntó al muchacho si quería ir con ella. Que sí. Sacó al muchacho chimenea arriba, cogiéndole al hombro.

De allí le condujo al Aquelarre. Allí vio (el mozo) que estaba María, su novia, entre muchas otras brujas. Al ver a ésta, asombrado, dijo el muchacho:

—Jesús, María y José. ¿También vos aquí, María?

Al oír estos santos nombres, todas las brujas desaparecieron. El muchacho no pudo hallar su casa en dos o tres días.

Maximino Iziz. de Villanueva (Iriberry), de Aezkoa.

177.—LA LUNA (G)

Un hombre, llevando al hombro carga de árgoma, iba hacia casa. Como la tal árgoma era cosa robada, no quería que alguien le viese. Apareció entonces la Luna y el de la árgoma le dijo:

—No necesito de ti, tate.

Entonces la Luna le agarró de la cintura y le levantó, y de entonces allí está ese hombre en la misma Luna, llevando al hombro su carga de árgoma.

Aprendido en Machinbenta (G).

Oí otra versión, muy parecida, en Anzuola (B).

178.—EN EL RIO DE IRATI

Una vez se acercó en Orbara un grupo de hombres al río de allí, creyendo que la luna era un queso, con objeto de cogerla. Para eso se pusieron colgados del puente, dándose las manos. El que estaba en lo más bajo, como no podía alargar la mano hasta la luna:

—Ep —gritó al que estaba más alto —. Suelta un poco la mano para que pueda yo coger el queso. Bastará un poquitín.

Alargó su mano el de más arriba y cayendo todo el grupo al agua, la luna se les alejó, ríe que ríe.

Martín Arotzarena, de Orbara (Aezkoa)

179.—TRES HIJAS (B)

Tenía una madre tres hijas ceceosas. Esta madre, de una o de otra manera, consiguió agenciarse novio para una de ellas. El día en que por vez primera había de venir a la tertulia, les dio la madre este encargo a las tres:

—Luego... luego estaréis callando, pues yo hablaré en vuestro nombre.

Cuando habían empezado a hilar junto al fuego, llegó el muchacho, y la madre no cesaba de charlar por las ceceosas. En esta forma llevaban bastante tiempo de la tertulia.

En una de éstas se le rompió el hilo a una de las hijas y:

—Tú, *tica* —le dijo a la hermana que tenía más próxima—, *ze* me ha roto el hilo.

La segunda:

—Zilenzio, puez la madre ha dicho que eztemoz callando.

La tercera:

—La madre ha dicho *ezo*, pero vozotraz, hablar y hablar.

No se les presentó más el novio.

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

180.—TRES HOLGAZANES (AN)

Quedaron huérfanos tres hermanos. Los testamentarios dijeron: «La casa hay que adjudicársela al más trabajador.» Para saber cuál era el más trabajador se dirigieron ellos a la casa de los huérfanos y encontraron a uno de ellos tumbado boca abajo, junto a la fuente que está cerca de casa.

—¿Qué haces ahí? —le preguntaron.

—Tengo sed —contestó.

—Bebe agua. Ahí cerca la tienes.

—Pero el levantarse es también trabajo.

—Para éste no es ciertamente la casa —dijeron los hombres.

Subieron arriba y encontraron al segundo junto al hogar, de espaldas al fuego.

—¿Qué haces ahí? —le preguntaron.

—Tengo frío en las rodillas y no las puedo calentar.

—Vuélvete, pues ahí tienes el fuego.

—Pero el volverse es también trabajo.

—Tampoco será para éste la casa —se dijeron

El tercer hermano estaba en la cama.

—¿Qué haces aquí? —le preguntaron.

—¡Ay! Esta sí que es hambre, ésta es hambre.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Tengo hambre.

—¿No tienes acaso pan en aquel armario?.

—Sí, pero para levantarme y después acostarme de nuevo, hay que trabajar.

Mucho tiempo deliberaron para quién sería la casa. Por fin, la adjudicaron al primero.

Felipa Lastiri de Arizkun (Baztan).

181.—TRES HARAGANES (B)

Los tres eran hermanos. El uno, cuando llovía, para apagar la sed, solía estar bajo la gotera, mirando al cielo y la boca abierta. El segundo se tumbaba bien extendido. El otro,

por no tomarse el trabajo de tumbarse, pasaba su tiempo de pie.

Su fama se extendió en muchos lugares. Alguien se presentó a ellos a conocer y juzgar quién era el mayor haragán. Viendo a uno beber el agua de la gotera dijo:

—¡Qué haraganazo es éste!

Al que yacía tumbado (le dijo):

—Que San Antonio te guarde. Al saber por qué estaba de pie el tercero, dijo:

—Este es el haragán mayor.

Oído a una mujer de Garay.

182.—TRES VERDADES (B)

Un raposo quería vadear el río, pero no tenía dinero, y sonriendo se le acercó al barquero.

—¿Qué te ocurre, raposillo?

—Si me pasas al otro lado, te diré tres verdades: la primera, en el comienzo; la segunda, en medio del río, y la tercera, en la orilla de la otra parte.

El barquero (dijo) que sí. Entró el raposo, y por primera verdad dijo esto:

—Dicen muchos que la luna es más clara que el día oscuro. Sin embargo, yo prefiero el día.

Al llegar a la mitad del río:

—Dicen muchos que es preferible una buena madrastra a la madre propia mala; pero yo más quiero la madre.

Cuando estaban para llegar al otro lado:

—Barquero, barquero —le dijo el astuto animal—, los pantalones los tienes viejitos. Si no pasas mejores pasajeros que yo, más viejos los tendrás.

El barquero agarró entonces al raposo del cuello y le arrojó al río.

El raposo dijo:

—Estaba ya a punto de llegar a Tortosa; ahora, antes.

—Pues no llegarás —y al decir esto el barquero nuevamente le puso en tierra.

—Estoy bien ahora, siquiera para buscar qué comer —dijo contento el raposo.

Oído a Mercedes N., hija de Garay.

Es variante del cuento «Azerija ta baxeraketaria».

183.—TRES VERDADES (BN)

Una vez bajó de la choza un pastor provisto de enseres, pero dejó por olvido en la choza la pala (para hacer talos), y volvió atrás a buscarla. Encontró en su cabaña al Basajaun (señor de las selvas).

—¿A dónde vienes? —le preguntó el Basajaun.

—Vengo a buscar la pala —le dijo el pastor.

—Si me dices tres verdades, tendrás la pala.

El pastor le dijo:

—¡Qué hermosa noche! Es tan clara como el día, podría decir alguien. No, nunca.

—He ahí una verdad —dijo entonces el Basajaun.

—La segunda: Dicen también que la corneja es tan negra como la muerte. No, nunca.

—He ahí otra —le añadió el Basajaun.

—La tercera: Yo, si hubiera sabido que tú estabas aquí esta noche, no hubiera venido acá.

—¡Ah! Esa es la verdad. Coge la pala.

Y después el pastor se fue a casa, teniendo la pala en la mano.

Oído en Santa Engracia (S) a María Anpo, hija de Esterenzubi (BN).

184.—JUAN MIGUEL (G).

Tres muchachos ladrones abandonando su respectiva casa, se dedicaban en el monte a robar: a las vacas sorbían su leche por la ubre, mataban y comían novillos... y demás. Muchos, cazadores y no cazadores, salieron a cogerlos. A dos consiguieron aun matarles. No podían con Juan Miguel. El les dijo:

—A mí no podréis matarme sin que me confiese.

Le trajeron un sacerdote.

Luego que se hubo confesado, algunos, que a su lado estaban, algún tanto asombrados, le preguntaron cómo podía ser que los demás sí y él no podía morir sin antes confesarse y él respondió:

—Porque los viernes de todas las semanas he solido ayunar.

Un hombre llamado Felipe Saralegui, que murió teniendo noventa años (era él del caserío que tiene por nombre Larramendi), decía, según aseguran, que él llegó a conocer a aquél Juan Miguel.

Mariana Ciriaco, de Amezketá.

185.—LA CAMISA DE JUAN MIGUEL (AN)

Una sola camisa tenía Juan Miguel. En un día muy lluvioso se le mojó completamente y al irse a la cama la dejó colgada en el llar. Al día siguiente se encontró con la camisa quemada. Era festividad de la Virgen y para ir a la iglesia envió a su mujer a casa de un amigo suyo en busca de camisa.

—Tengo una sola y ella la tengo puesta —contestó el amigo.

—Juan Miguel —le dice la mujer—, tendrás que ir sin camisa.

—¿No te la ha dado el bobo de él?

—Ha dicho que sólo tiene una, y ella la tiene puesta.

—¡Qué insubstancial es el hombre que no tiene más que una camisa! —dijo entonces Juan Miguel, el descamisado.

Andrés Astiz, de Goldaraz (Imotz).

186.—LOS DEMONIOS Y LOS ENDEMONIADOS (G)

El abuelo de Juangone solía estar poseído de demonios y el sacerdote solía ir a casa de Juangone, a rezar el rosario, para sacárselos. Dicen que por cada misterio le sacaba un demonio. Una vez, en lugar del sacerdote anciano, fue el joven a la casa del endemoniado. Entonces, a este sacerdote dijeron los demonios:

—A ti no te tememos. El que nos hace temblar es *Chorrocha*. (*Txorrotxa* (agudo) era el apodo del sacerdote anciano.)

Los demonios decían cualquier cosa desde el interior. Un joven se rió en una ocasión y le dijo el de dentro:

—¿Te ríes, eh, te ríes? También a ti te prestábamos ayuda cuando andabas no pudiendo subir la viña de Martineko.

Si a los demonios se les sacaba de la boca, se iban con la lengua. Una vez un demonio le pregunto a *Chorrocha*:

—¿De qué parte nos sacarás?

—Del dedo pequeño del pie.

—¿Ahora dónde entraremos?

—Entrad en el trasero del mulo *Muñocho*.

Y dicen que el mulo reventó dando bramidos y corriendo.

Marina Ciriaco, de Amezketeta.

187.—EN PAZ (G)

Un individuo, atrevido y de no mucha vergüenza, se fue un día a confesarse.

En cuanto se arrodilló dijo al sacerdote:

—En el primer mandamiento tengo algún que otro pecadito: en el segundo, no, y en paz. En el tercero, unos pocos, pero en el cuarto, ninguno, y en paz. En el quinto, sí; en el sexto, no, y en paz. En el séptimo, sí; en el octavo, no, y en paz. En el noveno, sí; en el décimo, no, y en paz.

—Oye —le dijo el confesor—: ¿En la confesión anterior te absolvió el sacerdote?

—Sí, señor.

—Pues yo ahora, no, y en paz.

Aprendido a un pastor guipuzcoano por
María Izpizua, hija de Gabika (B).

188.—A QUIEN CANTO EL CUCLILLO (B)

Yendo dos hombres por la montaña Saiturri, hacia Alaba, les cantó el cuclillo. Los dos estaban muy contentos, a cuál más. El uno decía:

—A mí me ha cantado.

El otro:

—No, sino a mí.

Por salir de dudas, resolvieron acudir a casa del abogado más próximo. El leguleyo los

recibió cariñosamente. Cuando le dieron noticia de lo sucedido, les dijo éste:

—Yo suelo tener que percibir por adelantado el dinero de la consulta y luego doy mi parecer. Mi tarea os cuesta dos duros por barba.

Cuando uno y otro le dieron el dinero, los dos habitantes de Leniz le preguntaron:

—¿A quién ha cantado el cuclillo?

—A ti, no; a ti, tampoco, sino a mí —fué el parecer del abogado.

Juan Urrutia, de Leniz, barrio de Guellano.

189.—LAS VISITANTES (AN)

Lllaman en Baztán *kusari* (de *ikusi-ari*, objeto de ver) a la visita que las amigas hacen a la recién desembarazada, como también al pequeño recuerdo que entonces llevan. Esta visita, como la presentación del regalillo, suele tener lugar el domingo siguiente al nacimiento de la criatura. Una vez, poco antes que llegaran las visitantes (como el techo estaba abierto), llevó el padre la cuna con el niño por temor del frío, a la cuadra. Después de tenerlo allí un ratito, el padre se fue a alguna parte, llevando al niño en brazos, dejando sobre la cama el yugo.

Entretanto entraron en casa las compañeras de la nueva madre y preguntáronle por el recién nacido. La madre dijo:

—El marido le ha Llevado a la cuadra.

Pronto bajaron las otras juntas a la cuadra y creyendo que aquello que estaba en la cuna era el niño, subieron y dijeron a la madre joven:

—Hermoso es el niño, se parece mucho a su padre.

Aprendido en el Baztán.

Véase el cuento «Aritzta ta ospala edo Prakaman ta Prakaman».

190.—UNO DE LAKUNZA Y EL CARRO (AN)

Dicen que a uno de Lakunza le sucedió que yendo con su carro de mulos completamente cargado, se le atacó en un barrizal. A pesar de los esfuerzos que hizo, no pudo sacar del barrizal el carro. Entonces empezó a dar gritos diciendo:

—Por sacar esto de aquí, sacaré el próximo domingo una misa a Nuestra Señora de Aranzazu. Por sacar esto de aquí, a San Antonio una misa en su día...

Y así a los santos más conocidos. Estando ofreciendo misas a San Miguel de Aralar y a otros, se encontró con él un amigo suyo y le dijo:

—Muchacho, ¿de dónde vas a sacar esas misas? No valen tanto tus machos y ese carro.

—¡Ah, rayo maldito, si lo tuviera arrancado! —le contestó el otro.

Y estando ofreciendo nuevamente misas, su compañero le añadió:

—No se arranca así, lo verás. Mira cómo se hace: Que los demonios infernales que están en el infierno le arranquen al aire a mi mulo.

Inmediatamente salió.

Francisca Iribarren, de Baraibar (Larraun).

191.—LA MONTURA DE LOS LAKUNZA (AN)

Un día del Corpus, cierto vecino de Lakunza le dijo al ama de casa (su mujer):

—Hoy tengo que hacer una cosa que hará reír mucho.

—¿No será algo que haga llorar?

—Tú misma lo verás.

En el momento que salió la procesión, subió el hombre al tejado con un aparejo de montar debajo del brazo. En la procesión figuraba todo el pueblo. Para hacerles reír, quiso echar a la calle la montura, pero se enredó con la correa y montura y todo cayó al suelo. Entonces dijo la esposa:

—¿No te decía lo que había de suceder? ¿Que en vez de cosa risible habíamos de ver algo lamentable?

Francisca Iribarren, de Baraibar (Larraun).

192.—EL CALDERO DE LOS DE LAKUNZA (AN)

Los habitantes de la Burunda suelen ir el día del perdón al monte Aralar, a la iglesia de San Miguel. Terminado el acto de la iglesia, tiene cada pueblo un lugar para preparar la comida (del mediodía) y aquí los de un pueblo, los de otro ahí: así se esparcen. Los de Lakunza tenían para eso la esquina de una roca. Allí pusieron un gran caldero lleno de morcillas, sobre leñas. Al arder las leñas y consumirse una de ellas, el caldero cayó de la punta de la roca, y dando vueltas roca abajo y monte abajo, empezó a bajar, dando saltos, hacia la Barranca.

Al ver esto, dijeron los de Lakunza:

—Aunque el caldero produzca otro caldero, sosténgase la morcilla.

Desde entonces se pregunta con gran cuidado en toda Navarra:

—¿Qué hizo el caldero de los lakunzanos?

Justo Albizu, de Ulzama.

193.—UNA LAMIA Y SU PARTERA (AN)

Una (lamia) que vivía en una cueva tuvo necesidad de partera. La partera no quería ir donde tales gentes. Dijéronle que también aquéllas eran personas y que fuese. Cuando fue le dijeron:

—Luego de allí no saques nada.

Muy bien se desembarazó la lamia.

La partera cogió un trozo de pan para probarlo en casa. No podía salir de aquel antro, porque tenía tal pan. Luego le dijeron que tenía algo. Ella negaba: que no, que no.

—¿Cómo no puedes salir de aquí?

Entonces dijo que tenía pan.

Luego le dieron un pan entero. Y mostrándole muchos hermosos objetos le dijeron:

—Elige lo que quieras.

Y escogió una carda de oro. Tenían que pasar por un río. La lamia, yendo por

delante, al llegar al río, golpeó el agua, ¡plast!, con una ramilla, y quedó seco.

—Luego no mires atrás.

La tal señora (la partera) por ver si estaba seco el río, miró atrás y sé le fue la mitad de la carda de oro a aquella vivienda de lamias.

Aprendido en una aldehuela llamada Yabar.

194.—UNA LAMIA COMO NOVIA (B)

Un muchacho solía andar de pastor en las peñas que median entre (las montañas llamadas) Amboto y Aranguio. A veces, le salían lamias. Todas solían zarandearle al aire, bailando. El, contento. Una solía acompañarle hasta casa, e hicieron contrato de casarse. La lamia, como recuerdo, púsole una sortija en el dedo meñique.

Dicho muchacho se va a casa y dijo a la señora de ella:

—Madre, casarnos o algo hemos de hacernos esta vez también nosotros.

—¡¡Casarte tú!! ¿Con quién, muchacho?

—Con una hermosa muchacha. Suele ella venírseme a la selva.

—¿Casarte, sin más ni más?

—Sí, madre.

Fuese la tal madre a consultarse con el sacerdote del barrio y obligó también al muchacho a que hiciese otro tanto. Este fue el consejo que al muchacho dio el eclesiástico:

—Mira a los pies de esa mujer, para ver de qué clase los tiene.

Al presentarse el mozo el día siguiente en casa del cura, después de haber estado con la novia, y decirle

—Tiene patas de pato.

El sacerdote resolvió:

—Devuélvele la sortija. Se fue el muchacho, y cuando se le presentó la lamia anduvo queriendo y no pudiendo sacar la tal sortija. Por fin, cortóse el dedo meñique y se lo arrojó provisto de la sortija. Según venía hacia casa, le siguió por detrás la compañera. El muchacho se fue a la cama y nunca más se levantó.

Aprendido en la villa de Ochandiano.

195.—LA LAMIA AFICIONADA A LA CUAJADA (AN)

En Ulzama hay una gran cueva en el pueblo llamado Arraitz. Parece que vivían lamias en aquel antro. Por delante de él solía pasar cada noche en primavera, el pastor de una casa que lleva por nombre Sunbillenea, llevando en la cabeza un cuenco de cuajada. Y le salían lamias al encuentro y él dábales un poquitín, y ellas quedaban con eso contentas.

Una vez les dijo que les traería un cuenco de cuajada para que comiesen de él todas las lamias. Y dicho y hecho, dejando allí al día siguiente un cuenco lleno, volvióse corriendo a su casa. Las lamias llenas de alegría, empezaron a comer y pronto vieron que había encima un poco de cuajada y debajo cagarruta.

Cuando vieron que las engañó, le siguieron por detrás, y al entrar en Arraitz, cuando iban ya a cogerle, sonaron las doce de la noche y le dijeron:

—Gracias a que ha dado la hora; de lo contrario, estabas perdido.

Justo Albizu, de Alkutz (Ulzama).

196.—DOS DIALOGOS ENTRE LAMIAS DE LAMIARAN Y ARLABAN (B)

Hay en el camino de Bermeo a Mundaka un valle provisto de una cuesta grande. Tiene por nombre Lamiarán (lit., Valle de Lamias). Una vez pasaba por él un hombre caminando. Vivían lamias aún en el arroyo Errosape, que está junto a un puente cerca del mar. Una de ellas, viendo a aquel caminante, dirigió estas palabritas, gritando y voceando, a una compañera de la altura:

—¡Ah, la de Lamiarán!

—¿Qué quieres tú, la de Errosape?

—A ése que va ahí, échale el lazo.

—¿Cómo he de echarle el lazo? Su vestidura está hecha con hilo de Navidad.

Es muy semejante a esta conversación una que otras dos lamias tuvieron en Murelaga (B):

—¡Oh, tú, la de Karache!

—¿Qué quieres tú, la de Arlabán?

—A ese hombre que viene ahí, en el camino, ponle el lazo.

—Ese tiene puestos por su mujer hilo de Navidad y séropol.

197.—EL COMENSAL DE LANDABERRO (AN)

Hay en la pequeña villa de Maya un caserío llamado Landaberro, al cual solía venir cada noche y se sentaba junto al fuego una lamia; teniendo algo levantados sus vestidos. En cuanto entraba en calor, pedía a la dueña de la casa sopa de sartén. La tal sopa se hacía desgranando migajas de pan en media sartén de aceite. La dueña, espantada del gusto hizo saber a su marido lo que le ocurría, y éste respondió a la mujer

—Hoy me quedaré yo.

Se vistió las sayas de la mujer, puso lino en la rueca, empuña el huso y empezó a hilar. Vino la lamia y le dijo:

—¿Quién eres tú?

—Yo *nor nere buru* (... yo mismo) —le respondió el hilandero.

—Ayer hilabas, *piririn-piririn* (finamente), hoy, en cambio, mueves ese huso (haciendo) *purdukun-purdukun* (toscamente).

El hilandero preparó aceite en la sartén, y cuando empezó a hervir, lo arrojó a la lamia a la cara. La lamia, con la cara quemada, empezó a dar bramidos. Acudieron a ella sus compañeras y le dijeron:

—¿Quién (y) qué te ha hecho?

—*Nor nere buru* (Mi persona).

—Si tú te has hecho a ti misma, ¿a quién echas la culpa? —diciendo esto, se le fueron todas.

De entonces en adelante, ya no volvió más aquella lamia a Landaberro.

Aprendido en el Baztan, de labios de Don Cruz Goyeneche, hijo de Elbetea.

198.—LA PRIMERA HOZ DE EZKURRA (AN)

Los naturales de Ezkurra antiguamente iban a segar trigo con tijeras en mano. Alguien se presentó a ellos una vez, queriendo venderles unas hoces. Todo el pueblo se juntó en asamblea. Resolvieron comprar una hoz. Pusieron la hoz en manos del más vivo y todos los demás fueron detrás de él a ver lo que era.

A luego de empezar a segar, cortó el hombre la mano y arrojó el afilado instrumento a pedradas. Cayó en el pescuezo de un hombre que estaba allí y el pobre iba gritando que le quitasen, que le quitasen la hoz. Muchos no se atrevieron ni siquiera a acercarse. Uno, sin embargo, dijo:

—¿Quitar? ¿Quitar? Yo se lo quitaré.

Agarró del mango a la hoz y tirando poquito a poco hacia sí, le cortó la cabeza al hombre.

Aprendido en Larraun.

199.—DÍA LARGO DE MAYO (AN)

Vivían en Orbaizeta unos jóvenes esposos y la madre del marido. La suegra y nuera siempre se ocupaban en reñir. La madre solía decir al hijo que su esposa era una grandísima floja y bebedora. Aun las llaves de casa solía quitárselas a la joven. La vieja ocultaba bajo la cama de la joven las botellas que ella vaciaba, y llevando allá al hijo:

—Mira —solía decirle—, mira de qué clase es tu mujer.

El no podía creer tal cosa. Una vez, en cierto día de mayo, fue a la heredad más de prisa que la mujer, y subiendo a la copa de un árbol, se ocultó. Estando el sol algo arriba, la nuera miró al sol y dijo:

¡Oh qué largo el día de mayo!
¡Qué hambre la de los intestinos de mi vientre!
¡Si aún así, yendo a casa tuviera paz!

El marido, al oír esto, y viendo el trabajo de todo el día, se fue a casa. Zurró a la madre, le quitó las llaves y se las dio a la esposa.

Petra Arotzarena, de Abaurrepea (Aezkoa).

200.—EL MAESTRO DE TODOS LOS MAESTROS (G)

En una pequeña villa, a la que Jesucristo y San Pedro una vez llegaron, vivía un herrador a quien le llamaban el maestro de todos los maestros. Llegaron los dos donde él; los acogió mal el orgulloso herrador. Jesucristo pidió permiso al herrador para herrar un mulo. Sacó de su faltriquera un cuchillito, y con él le cortó las venas de las patas al animal. Este cayó. Entonces Jesucristo calentó cuatro herraduras al fuego y las aplicó en las patas al mulo y soplándole con la boca se levantó el mulo sano y herrado.

Cuando Jesucristo y San Pedro salieron de allí, quería el herrador hacer lo mismo. Cogió un mulo, le cortó las venas, cayó el mulo a tierra, puso las herraduras candentes, se las aplicó al animal, le dio aire; en fin, hizo él todo cuanto había hecho Jesucristo, pero en vano.

Entonces fue el herrador tras Jesucristo y San Pedro diciendo:

—Tened piedad de mí, tened piedad.

Sí, verdaderamente tuvo misericordia de él, pero poniendo dos dedos en la frente al herrador, le dijo Jesucristo:

—Ya sabes ahora quién es el Maestro de todos los maestros.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

201.—TRIPLE ENCARGO (B)

—Muchacha —le dijo un señor a su criada—, ahí tienes tres cuartos y con ellos compra tres cosas: *nadar*, de cuatro maravedíes; *no nadar*, de otros cuatro, y *ay*, de otros tantos.

Fué la muchacha a cumplir estos encargos de su amo y compró un corcho con el primer cuarto, con el segundo un pedazo de plomo y con el tercero un alfiler largo. En cuanto llegó a casa puso un balde con agua y llamándole a su amo le dijo que allí tenía sus compras.

—Vamos a ver, ¿dónde las tienes?

Entonces la muchacha, tirando al cubo el corcho:

—Ahí —dijo—, ahí anda en el agua cuatro maravedíes de *nadar* —y arrojando el plomo—; ahí otros cuatro de *no nadar*.

—¿Y el tercero, dónde está?

—Espere usted un poco.

Y sacando del pañuelo del pecho el alfiler largo de cabeza grande le metió en la pierna a su amo.

—¡Ay, ay, ay! —gritó éste.

La muchacha contestó con sorna:

—¿No es acaso bastante *ay* para comprar por cuatro maravedíes?

Domingo Azkoeta, de Zaratamo.

202.—LAS LAGRIMAS DE MARIANA (S)

Predicaba un día un párroco de Zuberoa. Mientras duró el sermón estuvo llorando amargamente una ancianita llamada *Mañañi* (Mariana). El sacerdote habló reciamente (como que era hombre de cuatro quintales de peso), tratando duramente a los oyentes. Vio a *Mañañi* que se derretía a lágrima viva. Cuando llegó a casa, encargó a la llavera fue-se en busca de *Mañañi* para invitarla a comer con él. De miedo, llegó Mariana y de miedo sentóse a la mesa.

El sacerdote:

—¿Por qué habéis llorado tanto, *Mañañi*?

Mañañi no quiso decírselo. El sacerdote le dio vino en abundancia. En cuanto terminaron de comer, hízole aquél la misma pregunta.

Mariana, ya más animosa, gracias al vino, empezó a decir:

—Señor, hace poco se me cayó mi burro. ¿Lo sabéis?

—Sí.

—Se le quebró la nuca.

—También. ¡Lástima!

—Y murió.

—Es sensible, *Mañañi*, muy sensible.

—Y hoy, estando oyendo vuestro vigoroso sermón, creía, señor, que mi burro rebuznaba, y yo, venga llorar.

Inmediatamente la sacó de casa el señor rector.

Oído en Zuberoa, de labios de una hija de Ligui.

203.—MARI URRACA (B)

Por otro nombre la dama de Anboto. Suele estar siete años en Anboto y otros siete en una cueva de Oiz. Dicen que es ella de Lazkano. Tenía un hermano; él, sacerdote. Siendo jovencita Mari Urraca, su madre muchas veces solía llevarla donde una mujer que vivía en una cueva los días de ir al templo. Aunque el padre le decía:

—Mari, ve a la iglesia —la madre siempre llevaba a su hijita a la cueva.

Cuando el hermano sacerdote supo que no solía ir a la iglesia, la metió en un carro y atada la llevó al pórtico. Mientras fue él a la sacristía por la estola, su hermana, ya pervertida, se fue en el mismo carro al aire, despidiendo fuego y llamas. Posteriormente, ahí anda Mari Urraca, de Oiz a Anboto, de Anboto a Oiz.

Lo aprendí en Ochandiano ¿de Pedro Goikolea?

204.—EL GALLO DE MARZO Y LAS LAMIAS (AN)

Salió de casa el mes de marzo un estudiante a abreviar el ganado. Cuando, vuelto del abrevadero, llegó a casa, temió que de él se apoderasen las lamias, y, como sabía que en cantando el gallo no podían echarle la mano las lamias, dijo:

—Que venga en mi auxilio, ruego, el gallo de marzo.

En el mismo momento cantó el gallo y la lamia dijo, ardiendo en cólera:

—Ojalá se le maldiga la lengua a ese gallo, pues por él he perdido al estudiante de caballo rojo.

Aprendido en Aezkoa, en la aldehuela llamada Abaurrepe (Abaurrea Baja).

205.—MATEC SILBO (G)

Este hombre era sacerdote y además cazador. En cierta ocasión, estando él celebrando misa, los perros traían una liebre por delante, y cuando tenían que pasar por junto a la iglesia el sacerdote cazador oyó sus ladridos y, sin tiempo ni para quitarse los ornamentos que tenía puestos, salió de la iglesia y empezó a correr tras los perros. Desde entonces, ahí, en alguna parte, anda Mateo Silbo, siempre andando, sin detenerse ni siquiera una vez. Cuando va él a alguna parte cerquita de uno, se oyen ladridos diferentes de los tres perros: el uno, *au, au, au*; el otro, *i, i, i*; el otro, *gro, gro, gro*. Mateo Silbo deja siempre una tempestad detrás de sí, y la tempestad traída por él dura por lo menos quince días.

A él jamás le ha visto nadie.

Mariana Ciriaco, de Amezketeta.

206.—LA MISA Y EL AGUA (B)

Un día de fiesta en que Jesucristo y San Pedro andaban juntos, oyeron tocar las campanas para misa.

—Pedro, vamos a la misa de esa iglesia —dijo Jesucristo.

—El sacerdote de esa iglesia no es bueno, y vámonos a otra.

Iban caminando adelante, adelante, cuando San Pedro tuvo una sed horrorosa y dice:

—¡Maestro, tengo más sed, más sed...! Con gusto bebería agua, si hubiese.

—Vete a ese barranco que está ahí abajo y encontrarás ahí mismo la fuente.

Bajó y halló una culebra de cuya boca manaba agua. Temblando y con mucho miedo, pero empezó a beber. Jesucristo le dice desde arriba

—¿Qué hay, Pedro?

—Hermosa agua, maestro.

—¿Cómo es la fuente?

—A la culebra le mana el agua por la boca.

—¿Por qué, entonces, por haber sido malo el sacerdote, no has querido oír misa?

Aprendido en Igorre (Yurre).

207.—LAS LAMIAS DE MONDARRAIN (L)

Mondarrain es un gran monte que está cerca de Itsasu y Ezpeleta. Mondarrain tiene grandes agujeros.

Dicen que anteriormente había lamias en aquellos agujeros. A las cuevas aquéllas les

designaban con el nombre de agujeros de lamias y allí tenían ellas a montones el oro. Y la gente solía ir con el deseo de coger aquel oro. Bajaban atando con la cuerda la cintura y pendientes de ella. Los *Potolo* (éste era el nombre de las lamias de Mondarrain) empezaban a mormojear y los otros, asustados, daban gritos diciendo:

—¡Ah! Estírame.

La madre del hombre que contó esta historia más de una vez vio a estos hombres que iban en busca de oro.

Dicen que una vez fue un sacerdote con una sagrada hostia en el seno, descendió hasta abajo y las lamias que allí había le dijeron:

—Da gracias a eso que tienes en el seno.

Existen minas en el monte denominado Mondarrain, y por tres veces han acudido separadamente a sacar el mineral y en las tres ocasiones perdieron los hombres el sentido.

Jean Iparragarre de Ezpeleta.

208.—LA DEUDA DE UN GITANO (B)

Una vez fue a confesarse un gitano. Mal o bien iba confesando sus pecados y en el intervalo de su confesión le robó muy monamente ocho duros al confesor. Cuando le dijo que por su condición de gitano tenía que andar de pueblo en pueblo, preguntó el sacerdote:

—¿Has robado algo?

—Sí, señor; ocho duros.

—Tendrás que devolverlos a su dueño; de lo contrario, no se puede ir al cielo.

—¿Quiere usted recibir mi deuda?

—Yo, no. Dáselos al mismo dueño.

—¿Y si el dueño no quiere recibirlos?

—Entonces guárdalos para ti.

Dándole muchas gracias se retiró el gitano del confesonario.

María Josefa Izpizua, de Gabika (Ereño).

209.—EL MOCOSO Y EL SARNOSO (AN)

Un hombre llamado Martín, a quien siempre manaba el moco, y otro que, por ser sarnoso, estaba de continuo rascándose, eran ambos del mismo pueblo: paisanos y amigos. Un día que iban caminando juntos concertaron una apuesta: quién estaría más tiempo, el uno sin quitarse el moco y el otro sin rascarse. Yendo ligeros por un camino, llegaron a una encrucijada. El mocoso preguntó al sarnoso:

—¿Por dónde debemos ir?

—Aguarda a que lo acierte —contestóle el sarnoso—. O bien de ahí, o bien de aquí (quitándose los mocos con ambas manos), cumpliremos nuestro propósito.

—Me es lo mismo —dijo el otro, y se rascó el dorso de las manos.

Andrés Astiz, de Golaraz (Imotz).

210.—LAS LAMIAS DE MUNAGUREN (B)

En Bizkaya yace, a medio camino entre Amorebieta y Guernika, una linda, pacífica aldehuela llamada Gorozika, y en ella, según se va de Zugaztieta arriba hacia la iglesia, se ve en la cima de un ribazo una casa espaciosa llamada Munaguren (literalmente, Cima de Ribazo). Tiene esta casa, muy junto a la misma, un pozo llamado Pozo de Lamias (*Lamiñapozu*). Dicho pozo ostenta en medio un árbol muy pequeño, un sauce. En sus ramas solía estar con frecuencia y peinándose alguna que otra lamia.

Cuando alguien se acercaba al pozo, las lamias bajaban prontamente de las ramas del sauce al fondo del agua y allí se escondían. Solían ellas, según se dice, tener pendiente de aquellas ramas su ropa colada. En cierta ocasión, una mujer de Munaguren les robó una sábana. A la noche dijo una lamia después de haber golpeado fuerte y repetidamente la puerta:

Vieja osada de Munaguren,
tráeme mi sábana honrada.

Se repitió esto de los ruidos y petición de sábana varias noches seguidas. Por fin, sin embargo, la dueña de la casa le echó dicha sábana. Entonces dijo la lamia:

—Nunca jamás faltará lino en esta casa.

Ignacio Larruzea, de Gorozika.

211.—UNA COSA DESMESURADA (BN)

En cierta ocasión se acercó una anciana al confesonario, en Espinal, teniendo la conciencia muy apurada. Después de manifestar algún pecadillo dijo al sacerdote que tenía también alguna otra cosa, pero que no tenía fuerzas para confesar, pues sentía gran vergüenza.

—Mujer, nuestro amado Jesús, aun para los más grandes pecadores, tiene siempre los brazos abiertos. Por consiguiente, di en qué consiste ese pecado.

—El día de Corpus Criste (*sic*) produjo durante la procesión un viento de doce varas.

—¿Y cómo pudiste medir la longitud de aquella tu enorme obra?

—¿Ya sabéis, señor, como se pone una tela de doce varas en el portal de casa de Perkain?

—Sí.

—Pues la empecé en un extremo de esa tela y la terminé en el otro extremo.

Maximino Iziz de Iribarren (Aezkoa).

212.—LA CIZAÑA Y LA CEBADA (R)

Dijo la cizalla a la cebada:

—Tú eres viciosa y ordinariota; para ti, el dueño escoge el mejor campo, te cuida de

lo mejor, y, con todo, si has de nacer, te tienen que calentar bien con abonos, y eres tan zafia que la mesa no te conoce. Toda tu estimación está en la gente de la cuadra.

La cebada le respondió:

—Y tú eres aborrecida de todos, una a quien nadie tiene cariño. Para ti no hay ni precio ni medida. Naces sin que te siembren, vives de lo que robas a tu derredor, en toda la primavera te enorgulleces bien vestida; como eres loca, riñes con todos. A la era llevas la espiga vacía y pulverizas la paja para el aire.

Mariano Mendigacha, de Bidangoz.

213.—LA LECHUZA Y LA CRUZ (AN)

Desde hace tiempo vivían en Ezkurra sin poder averiguar quién robaba el aceite de la lámpara de la iglesia. Con el fin de saber quiénes eran esos ladrones, quedó uno dentro del templo una noche en acecho. A eso de la medianoche, apareció el ladrón de aceite, una lechuza vieja y fea. Nuestro cazador se irguió, satisfecho, poniendo al hombro la escopeta. La lechuza se posó en la cruz grande. El de la escopeta hizo señas con la mano una y otra vez a la cruz, para que se apartara, diciendo:

—Quítese, quítese.

La cruz permanecía sin moverse y el de Ezkurra disparó, y mientras la lechuza se fue a la cornisa superior, cayó la cruz al suelo hecha trizas. Entonces, asustado, el malhechor se arrodilló delante del altar y dijo estas palabras:

Santa Cruz: perdonad,
también vos tenéis la culpa.
Viendo al hombre colérico,
¿cómo no os habéis retirado?

Justo Albizu, de Alkotz (Ulzama).

214.—EL CHIVO DE ORBARA (BN)

En Orbara se les llenó de piojos un chivo y se reunió todo el pueblo. (Notaron) que el chivo se enflaquecía, que pronto había de morir. Así lo creían todos. En aquellos días había en Orbara un hombre de gran juicio: Yoanes, el de Iriarte. A él dieron a conocer lo que pasaba y le preguntaron qué había de hacerse. Aquél dijo:

—Meted a ese chivo en una caldera de aceite hirviendo. Allí morirán los piojos.

Metieron al chivo en una caldera así, quedó boca arriba, mostrando sus dientes muy blancos. Entonces dijo Yoanes el de Iriarte, que el chivo estaba contento, riéndose. El pobre chivo estaba muerto.

Martín Arotzarena, de Orbara (Aezkoa).

215.—EL LOBO Y LA GRULLA (G)

Estando un lobo comiendo con gran hambre carnes y huesos de un perro viejo, se le quedó un hueso en la garganta sin poder ni meterlo adentro ni sacarlo afuera.

Necesitaba de alguien para poder salir de aquel apuro. No lejos de allí andaba un hermoso rebaño de ovejas comiendo hierba y el lobo se les acercó pidiendo auxilio.

—Uno de entre vosotros arránqueme el hueso de mi garganta, por favor.

Las ovejas, en cuanto oyeron las primeras palabras del lobo, huyeron apresuradamente.

No sabía el lobo a quién acudir. Se fue junto al pueblo, pero no se atrevió a meterse entre calles. En una de éstas vio una hermosa grulla en lo más alto de la iglesia, mostrando una sola pata. Al verla empezó el lobo a llamarla, *o, o, o*.

La grulla, cuando oyó aquella llamada, elevó el cuerpo, extendió las alas y empezó a volar a un lado y a otro junto al lobo; y muy dulcemente le preguntó:

—¿Qué quieres lobito?

Se me ha quedado un hueso en la garganta y tú mete en mi boca ese hermoso pico, para extraerlo en seguida. Tendrás buena recompensa.

La grulla, bajando sus hermosas alas, se le acercó con buena voluntad. El lobo tenía muy abierta la boca. La compasiva ave metió su pico hasta la garganta y muy pronto extrajo al animalazo el hueso que allí tenía.

—¿Qué tienes para darme como recompensa? —le preguntó la bienhechora.

—Grulla, grulla: tu vida la has tenido entre mis dientes. Si te hubiera lado un mordisco, estabas ya muerta. ¿No es bastante recompensa quedarte viva?

En cuanto oyó estas palabras extendió sus alas y tomó camino de la iglesia la grulla bienhechora.

No sé de qué pueblo es este cuentecito.

216.—PEDRO AMUNDARAIN (G)

Contaba Pedro veintiún años y todavía le pedía teta a su madre. Desde Pamplona vino una vez un individuo a conocerle. El estaba ocupado en el arado.

—¿Dónde vive Pedro Amundarain?

Cogiendo el arado por la esteva, contestó:

—En aquella casa de allí.

—Entonces tú eres Pedro.

—Sí, uno.

Le llevaron a Pamplona para luchar con un perro. Cuando se le presentó el perro estaba Pedro, levantados los zaragüelles y enseñando las rodillas. Con una mano le asió al perro por el paladar y con la otra por los morros.

—¿Qué le haré?—preguntó.

—Hazle lo que quieras.

Hundió al perro con un mete y saca de la mano y le arrojó lejos de allí. El dueño del perro dijo entonces:

—Maldita sea la madre que te amamantó.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

217.—AFICIONADOS A LA PINTA (AN)

Dos aragoneses se ocupaban una vez en lanzar desafíos: que estaban dispuestos a apostar a otros dos quién bebía más vino. Dos mujercitas, que una y otra vez oyeron estos desafíos, salieron a su encuentro, sonriendo burlescamente.

—También a nosotras nos ha hecho Dios algún tanto aficionadas, y ya podéis empezar, hombres.

El uno empinó y empinó el otro, bebieron quince pintas cada uno: sesenta entre los cuatro. Cuando uno de los aragoneses cayó a tierra, el otro empezó a andar tambaleando. Las dos mujercitas, después de ganar la apuesta, pidieron la propina: otra pinta para cada una. Estando bebiendo, una preguntó a la otra:

—¿Estamos bien, Catalinita?

—Muy bien —respondió la otra.

Y poco más tarde fueron a casa sobre sus pies.

Andrés Astiz, de Goldaratz (Imotz).

218.—EL RABO DE PUERRO (B)

Andando de caza el conde de Bergara por los alrededores de Oñate, acosado por el hambre, entró en una casa de Leizargarate a pedir que le diesen de comer. No había más comida que borona. Solitos, muy solos, se encontraban los niños de la casa. Empezó el conde a comer borona y más borona, y sin duda para satisfacer más su apetito, dijo:

—¡Si hubiera un rabo de puerro para hacer comer más borona! Y cogió un rabo de puerro en las manos.

Empezaron los niños a llorar.

—¿Por qué lloráis? —les dijo.

—Porque te van a pegar el padre y la madre, pues de ese rabo de puerro se valen ellos en vez de jeringa.

Juan Urrutia, de Guellano (Leniz).

219.—EN UN PULPITO (S)

Un señor párroco recibió una vez una carta del obispo, que había de leer al pueblo. El domingo fue al púlpito, y estando leyendo se le cayó la carta, y por un agujero del púlpito fue a parar a la cabeza de la mujer del carpintero. Asustada entonces la mujer, soltó un cuesco, y todo el pueblo se echó a reír. Entonces dijo el sacerdote:

—Yo le digo muchas veces al carpintero que cubra ese agujero.

Referido por Santiago Pulit, hijo de Mauleon.



220.—EN BUSCA DE MANZANA (AN)

Hay una ermita del Santo Cristo de Otadía entre Urdiain y Alsasua. Vivían en Alsasua marido y mujer con un niño pequeño. Murió éste y los padres se encaminaron a la ermita, llevando en brazos el cadáver. Pidiéronle le resucitaran al niño muerto. El Santo Cristo, alargando entonces el brazo, le echó al niño una manzana diciendo:

—Joaquín, levántate y coge esa manzana.
Resucitó el niño y empezó a buscar la manzana.

Referido por un vecino de Alsasua.

221.—EL SILBO DE SAN MARTÍN (B)

San Martín era herrero. Todos los días iba a su fragua una vieja solterona. Un día, los hermanos de San Martín la cogieron y la arrojaron encolerizados al fuego. Tocó el silbo San Martín y al instante resucitó la vieja, pero mucho más hermosa y joven que lo había sido cuando la arrojaron.

Sabedor un vecino de este caso, dijo:

—Yo también voy a arrojar al fuego a mi vieja y fea mujer.

La arrojó, y pronto quedó calcinada, y a pesar del silbo que tocaba su marido la infeliz mujer no resucitaba.

Acudió el viudo donde San Martín y éste la resucitó, pero con la misma vejez y fealdad de antes. Entonces, San Martín, dirigiéndose al marido, le dijo:

—No intentes otra vez hacer lo que no sepas, porque otros lo sepan y hagan.

Manuel Unanue, de ochenta y cuatro años, en Alzola de Elgoibar.

222.—SAN PEDRO Y EL ESCRIBANO (B)

Un escribano llegó a la puerta del Cielo y dio dos golpes: tras tras. Al momento contestó San Pedro por dentro:

—¿Quién es?

—Soy escribano.

—¿Escribano? Aquí no nos hacen falta escribanos.

—¡Por Dios! Un rinconcito, sí: un rinconcito, por la memoria de vuestra madre, abridme la puerta.

—Entra, pues, entra adentro...

Cuando el escribano le creyó algo amigo, le preguntó al gran portero:

—¿Desde cuándo sois poseedor de esas llaves?

—Sobre poco más o menos, hace mil seiscientos años que llevo en este oficio de portero.

—¿Y sin formalizar con alguna escritura os hicieron portero?

—¡Si querrás tú hacer alguna escritura! ¡Sus, largo de aquí, sal afuera!

María Josefa Izpizua, de Gabika.

223.—SAN PEDRO Y LA ABEJA (B)

Una vez que Jesucristo con sus discípulos se encaminaba por las orillas del mar, vieron una lancha a punto de naufragar.

—Señor dijo —San Pedro al Maestro—, mira cómo andan apurados aquellos hombres.

—Por uno, tienen que perderse todos.

A poco, un fuerte ventarrón hizo volcar a la lancha. Al ver esto empezó San Pedro a mormojear por lo bajo.

Un poco más tarde se encontraron con una colmena que estaba pendiente de una mazorca.

—Pedro —le dice el Maestro—, guarda eso en tu seno.

San Pedro lo guardó. Iban andando, andando, cuando una abeja le metió el aguijón a San Pedro. Este empezó a inquietarse, molestarse y a golpear y matar a las abejas.

—¿Qué tienes, Pedro?

—Pues, Señor, como una me mete el aguijón...

—Antes, porque se han ahogado todos por uno, has murmurado, y ahora, porque una abeja te ha picado, ¿quieres matar a todas?

Francisco Urkiaga, de Murélagua.

224.—EL ESTOMAGO DE SAN PEDRO (G)

Estaba de hambre San Pedro una vez que andaba con Jesucristo por la calle en una ciudad. Quedóse algo atrasado y viendo abierta una panadería, cogió una torta y la guardó en el seno. En cuanto empezaba a comerla, le preguntaba algo Jesucristo, y San Pedro se veía obligado a echar a tierra el mendrugo (que tenía en la boca). Una y dos y tres veces, así tuvo que echar todos los trozos de la torta.

—Señor —dijo él al Maestro—, al salir de la ciudad, quíteme el estómago, pues estoy de hambre.

Se lo quitó y lo puso sobre un zarzal. Pasado un trozo del camino, dijo San Pedro:

—Mi vientre, mi rodilla.

—¿Qué tienes, Pedro?

—Estoy débil, Señor, y triste. Póngame de nuevo el estómago.

Se lo puso.

—¡Oh, qué felicidad, Señor! Me agradecería que un segundo se me introdujera.

—No, Pedro; uno, uno solo te dará mucho que hacer.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

225.—EL HAMBRE DE SAN PEDRO (AN)

En una ocasión envió Jesús a San Pedro a un pueblo próximo, a fiestas, con la condición de volver a casa al anochecer. Se fue San Pedro, y como era de buen corazón, todos porfiaban por llevarle cada uno a su casa. San Pedro, a poder ser, hubiera dado gusto a to-

dos. Como esto no era posible, se fue a casa de uno. Pasó allí el día comiendo y bebiendo. Para el anochecer, volvió donde Jesús. Este :

—¿Qué tal has andado? —le preguntó.

—No pudiendo dar satisfacción a la gente. Todos querían llevarme cada uno a su casa, y, por fin, he estado en una casa. En tales casos, el hombre debiera tener dos estómagos.

—Vete también mañana.

San Pedro quiso cumplir lo dicho por Jesús. Se fue desde la mañana y todo el día anduvo de hambre, sin que nadie le llamara a comer. Al anochecer volvió atrás, de manera que pudiese comer un perro con su piel. Entonces le preguntó Jesús:

—¿Qué tal has andado? ¿Ha habido necesidad de dos estómagos?

—¡Ay, Señor! Hasta uno me sobró.

Juan Bautista Gorosurreta, de Amayur.

226.—EL PESCADO DE SAN PEDRO (B)

Cuando San Pedro fue por primera vez a pescar con sus amigos cogió un pez llamado *kukutxa* (pez rojo y espinoso, parecido al perlón), y prometió tres chiquitos de vino a cada uno de sus amigos. Esto mismo hacían un tiempo los pescadores de Lekeitio.

Por esto al pez *kukutxa* le dan por nombre o sobrenombre «el pescado de San Pedro».

Recogido en Lekeitio.

227.—EN LA IGLESIA DE SANTA ENGRACIA (S)

Todos los domingos, en la iglesia de Santa Engracia, llevaban al ofertorio, delante del altar, pan que había de ser bendecido, y la persona encargada de la ofrenda era la señora de la casa. A recibir el pan bajaba del altar el sacerdote.

Una vez la oferente fue una mujer pequeña, y trajo un pan chiquitito. En el momento en que el cura se acercó a recibir el pan de la ofrenda, dejó escapar la pobre mujer un cuesco algo sonoro. Entonces los feligreses todos se echaron a reír; pero el señor párroco, como era sordo, no oyó el ruido mencionado y creyó que todos se reían por ser pequeño el pan. Y dijo a los feligreses:

—No os riáis. Esta vez ha hecho uno pequeño, porque le faltaba masa. El de la próxima vez será más voluminoso.

Referido por el canónigo Etxebarne al sacerdote Intsaustoy.

228.—EN DEMANDA DE NOVIO (BN)

A dos kilómetros de Donazarre, subiendo hacia el monte, existía una capilla, y a aquélla aflúan muchas muchachas jóvenes en demanda de novio. También solía ir con frecuencia una solterona bien entrada en años. Un labrador de aquellos contornos, viendo que entraba con tanta frecuencia en la capilla, quiso saber lo que decía a la Virgen; y una vez, entrando en la capilla poco antes que la muchacha, se escondió en un rincón.

Pronto se presentó allí la mujer anhelosa de novio. Poniéndose de rodillas dijo estas palabras:

—*Os ruego, buena madre, os ruego: dadme un novio*—; luego, acercándose al altar de Jesús: —*Os ruego, amado Jesús, os ruego: concededme un novio.*

Entonces, el labrador que estaba en acecho, hablando cual una mujer, le dijo:

—*Este año, no.*

La muchacha, creyendo que esta contestación le había dado la Virgen:

—*Cállate tú* —le dijo—. *la respuesta la dará el mismo hijo.*

Brígida Bera, de Donazarre (Garazi).

229.—MIRANDO (S)

En un tiempo vivía (había) un hombre anciano y raro. Un día en que pasaba él por junto a la casa del sacerdote y tenía éste una gran comida, el sacerdote, para reírse, le hizo pasar adentro.

—Cuenta usted un cuento —le dijo el cura.

—Una vez, una cerda tenía doce gorrinos y sólo once tetas.

—¿Y qué hacía el duodécimo gorrino?

—Como yo a usted ahora: estar mirando a los otros.

Cuando oyó esto, el sacerdote, tras grandes risotadas, le dio de comer y beber bien.

Referido por Margarita Othekar, en Santa Engracia (S).

230.—EL DE LAS PALABRAS FEAS (AN)

Un muchacho solía ir a llevar puercos al monte, y viendo que volvía atrás alguno que otro, se enfurecía el muchacho, no pudiendo soportar, y decía maldiciones:

—¡Por vida de mil demonios! La madre le reñía, pero no podía él dejar la costumbre. Tenía que confesarse el muchacho, y la madre dijo al confesor:

—Nuestro muchacho profiere maldiciones terribles y bueno será que le dirijáis alguna amenaza para que no diga palabras tan feas.

El sacerdote, cuando apareció el muchacho, le dijo:

—Nunca digas esa maldición. Cuando se dice: ¡*Por vida de mil demonios!* el demonio del infierno vuela por arriba, y cuando se dice ¡*Jesús, María y José!* se hunde por abajo.

Se fue el muchacho, y ya confesado, al salir comenzó a decir:

—*¡Por vida de mil demonios! ¡Jesús, María y José! ¡Por vida de mil demonios! ¡Jesús, María y José! ¡Por vida de mil demonios! ¡Jesús, María y José! ¡Por vida de...!*

—¿Qué haces, muchacho?

—Haciendo reventar al demonio por arriba y por abajo.

De labios de Josefa Recalde Ezponda, de Bera.

231.—SIN HABLA (AN)

En una ocasión en que un matrimonio estaba desavenido, la mujer no habló palabra en tres días. Al tercer día, el hombre envió al criado a casa del cura (con esta comisión): «Que viniese inmediatamente pues que tenía a su esposa sin habla.»

En un aliento llegó el sacerdote a aquella casa. Por casualidad la mujer estaba ocupada en barrer con escoba la escalera.

—Mujer —le dijo el sacerdote —, me han dado la comisión de que estás sin habla.

En esto apareció por un costado el marido. El cura, en cuanto le vio, le dijo:

—¿(Pues no decías) que estaba sin palabra?

Con vos, sí, está hablando. Tres días lleva sin hablar conmigo.

Recogido en Ulzama.

232.—LA COLA DE LA CULEBRA (B)

Había en Bargundía, caserío de Dima (B), dos hermanos. Cierta día, terminadas las labores de la heredad, volvían a casa con senda cargas de trigo, y cuando cada cual bajó del hombro su carga, de entre la paja salió una culebra. Uno de los hermanos empezó entonces a golpearla. El otro le dijo:

—Déjala, es también criatura de Dios, y déjala en paz.

Pero aquél, sin hacer caso a éste, dale que le das, quitó su cola a la culebra; y dejándola allí se fue la culebra al monte.

De allí a poco al muchacho que dijo se dejase en paz a la culebra, le llevaron de soldado, lejos. Estando de soldado, al llegar la época de Navidad, decía él:

—*¡Ay, si estuviera en casa!*

Y sin que él se diese cuenta se le presentó un hombre y le dijo:

—*Yo te llevaré a casa.*

Se agachó el hombre, subióle al hombro el soldado y le traía consigo. Al llegar a Bargundía y bajar de su hombro el soldado, el hombre le dio una faja encarnada para el hermano que quitó la cola a la culebra. El muchacho, al entrar en casa, tuvo una ocurrencia, y en vez de dar la faja a su hermano, la ató al nogal que estaba junto al caserío, y de repente la faja arrancó de raíz el nogal.

Dominica Zalbidegoitia, de Dima (Arratia).

233.—TUTEANDO (AN)

En el pueblecito del Baztán llamado Erratzu, un muchachito de unos diez u once años empezó a asistir a la doctrina. No sabía hablar si no tuteando. El párroco, llamando un día a su madre, le dijo:

—¿Cómo educáis al hijo? No sabe decir *sí, señor, y no, señor*. Aun a mí me tutea. ¿No sabéis hacer hablar a ese mozalbete algo más finamente?

La madre se fue al cortijo y dijo al muchacho:

—¿Cómo no sabes hablar diciendo *sí, señor, y no, señor*?

Dióle, además, alguna que otra sacudida.

Al día siguiente, en cuanto el mozalbete se fue al catecismo, el párroco, por ver si se le había cambiado su grosero lenguaje, le hizo alguna pregunta. El muchacho respondió:

—Sí, señor, y no, señor.

A nuevas preguntas contestaba lo mismo:

—Sí, señor, y no, señor.

—¿Quién te ha enseñado a decir *sí, señor y no, señor*?

—La madre.

—¿Y a quién te ha dicho ella que hablaras así?

—A ti.

Aprendido en el Baztan.

234.— UN MUCHACHO EN BUSCA DE CEDULA (B)

Un muchachito atrevidillo fue una vez en busca de cédula. Cuando llegó su turno, el sacerdote, tal vez por tentarle, le dijo:

—Chiquito, ¿cuántos son los diez mandamientos?

—Cinco, señor.

—Cinco más.

—*Ordago*—respondió el poco tímido muchacho.

Se rieron todos los que estaban alrededor, niños y no niños.

Entonces el sacerdote, por tentarle de nuevo, le preguntó:

—Chiquito, ¿está Dios en todas partes?

—Sí, señor.

—Luego también en vuestro horno.

—En nuestro horno, no.

—Pues no dices que Dios está en todas partes?

—Sí.

—¿Y en vuestro horno, no?

—No, porque en nuestra casa no hay horno.

Ignacio Larruzea. de Gorozika.

235.—MARIA LA DE CHINDOKI (G)

Dicen que esta María es una mujer *sui generis*. Suele estar siete años en Chindoki y otros siete en Burumendi. El día de la Santa Cruz hay que hacer el conjuro antes que de la sima salga ella; de lo contrario, aquel año abundará el trueno. Esa sima tiene por nombre *Sima del Diablo*. Dicen que esa María viene echando fuego del lado de Burumendi, como también cuando va allá.

Mariana Ciriaco, de Amezketá.

236.—LA CIGARRA Y LA HORMIGA (R)

La cigarra se fue el invierno a casa de la hormiga, llamó a la puerta, bajó una hormiga.

—¿Qué quieres?

Pidióle limosna. La hormiga subió arriba y dijo a la madre que estaba la cigarra pidiendo limosna.

—¡Hola! —dijo la madre—. La vida de ésa es cantar y cantar en el verano, después, en invierno, miseria. Di a ésa que si quiere comer en invierno, se aplique como nosotros en el verano. Dale con la puerta en la nariz y sube.

Mariano Mendigacha, de Bidangoz.

237.—LA SABANA DE ORO (G)

Había en Ataun un matrimonio que cada noche promovía una reunión, aun las veces que la mujer estuviese enferma. A la reunión, según se dice, solían asistir unos gigantes. Inmediatamente después de entrar (en el lugar de la tertulia) solían extender una sábana de oro sobre la cama. A las doce cantaba el gallo e inmediatamente los gentiles (gigantes) recogían la sábana y se largaban.

Una vez, el dueño de la casa, queriendo apoderarse de la sábana, la fijó con clavos al catre de la cama, sin que los gigantes lo advirtieran. Cantó el gallo a su hora y los gigantes, no pudiendo desclavar la sábana, la dejaron allí y se fueron enfurruñados.

No comparecieron en la tertulia una temporada. Pasado un buen número de días, asistieron de nuevo y dieron al amo de la casa un hermoso cordón, diciendo que lo atase a la mujer en la cintura, pues se había de sanar. Cuando los gigantes desaparecieron, el marido, lleno de sospechas, no queriendo atar a su mujer, fijó el cordón al nogal que estaba junto a la casa; e inmediatamente desapareció el nogal con su cordón. La sábana de oro fue llevada, formando parte de un arreo de boda, a una casa de Ataun llamada Amilleta, y en la francesada, los franceses se la llevaron consigo.

Manuel Antonio Arruebarrena, de Ataun.

238.—DOLORIDA DE PIERNAS (S)

A una mujer, llamada Mariana, que no salía de casa, la visitó otra mujer amiga suya y le dijo:

—Mariana, ¿tienes que ir a la iglesia?

—No, no; tengo la pierna dolorida.

—¿Y mañana al mercado?

—¡Oh, oh! Aunque tenga que arrastrar la pierna, sí, sí.

Referido por María Anpo, en Santa Engracia (S).

239.—LOS AMANTES DEL CIELO (AN)

Los vecinos de Ezkurra fueron una vez a su montaña llamada Oli, con idea de subir desde allí al cielo. Para eso recogieron todos los cestos del pueblo y los llevaron allá, a la cumbre del Oli. Eligieron entre los vecinos el muchacho más ágil para hacer el primer ensayo. Después de poner todos los cestos uno sobre otro, subió el ágil muchacho encima del que más arriba estaba, y desde allí dijo a sus paisanos:

—Uno necesito para llegar al cielo, un cesto.

No había más, y para dar uno al muchacho ágil, que estaba cerca del cielo, ¿qué hicieron? Quitar el que estaba más abajo. El ezkurrano no llegó justamente al cielo, por lo menos vivo.

Manuela Ernardorena, ¿de Bera?

240.—A CADA AGUJERO, SU CLAVIJA (B)

Una vez acercóse a un confesonario, con intención de confesarse un astuto aldeano.

—¿Has robado algo?—le preguntó el sacerdote.

—Una vez quise robar en un redil un carnero; pero, como el agujero era demasiado pequeño, tuve que dejarlo allí.

—El deseo basta, es tanto como si lo hubieras realizado, y no te queda otro remedio que dar su equivalente. Un par de pesetas tendrás que dar, o a los pobres, o a las ánimas, a algo.

—¿No será igual que se lo dé a usted?

—Dámelo, si te parece, pues lo daré a necesitados.

El aldeano fuese a la rejilla donde se confiesan las mujeres, y poniendo allí la moneda le dijo:

—Tome usted, señor; tome esta moneda de dos pesetas.

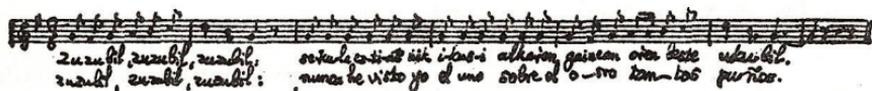
—Pero no puedo agarrarla.

—Eso mismo me pasó también a mí.

María Josefa Izpizua, de Gabika.

241.—ZUZUBIL (B)

Dos hermanos, después de comer, estaban en la mesa, mientras los padres, levantándose de allí, se calentaban junto al fuego. Uno de los hermanos, no sabiendo qué referir, estaba ocupado en poner sus puños el uno sobre el otro: el de abajo arriba, el de arriba abajo y dale que le das. El hermano cantó esto entonces:



El primer hermano, mostrando entonces al otro el espacio medio de un puño, le preguntó:

- ¿Qué es esto?
- ¿Eso? Armario.
- ¿Dónde están el pan y queso de aquí?
- Los han comido el perro y el gato.
- ¿Dónde están el perro y el gato?
- Bajo la escalera.
- ¿Dónde están las escaleras?
- El fuego las ha quemado.
- ¿Dónde está el fuego?
- El agua lo ha apagado.
- ¿Dónde está el agua?
- La ha bebido el ternero.
- ¿Dónde está el ternero?
- El padre y la madre lo han llevado a la carnicería.
- ¿Pues dónde están los dineros de aquél?
- Bien dulce estaba el trago que hemos bebido con ellos.

Los padres, que estaban junto al fogón, al oír esto se levantaron, fueron a la carnicería y supieron que el ternero fue ya vendido, y que su dinero fue gastado en tragos.

Mariano Iriondo, de Alzola (Elgoibar).